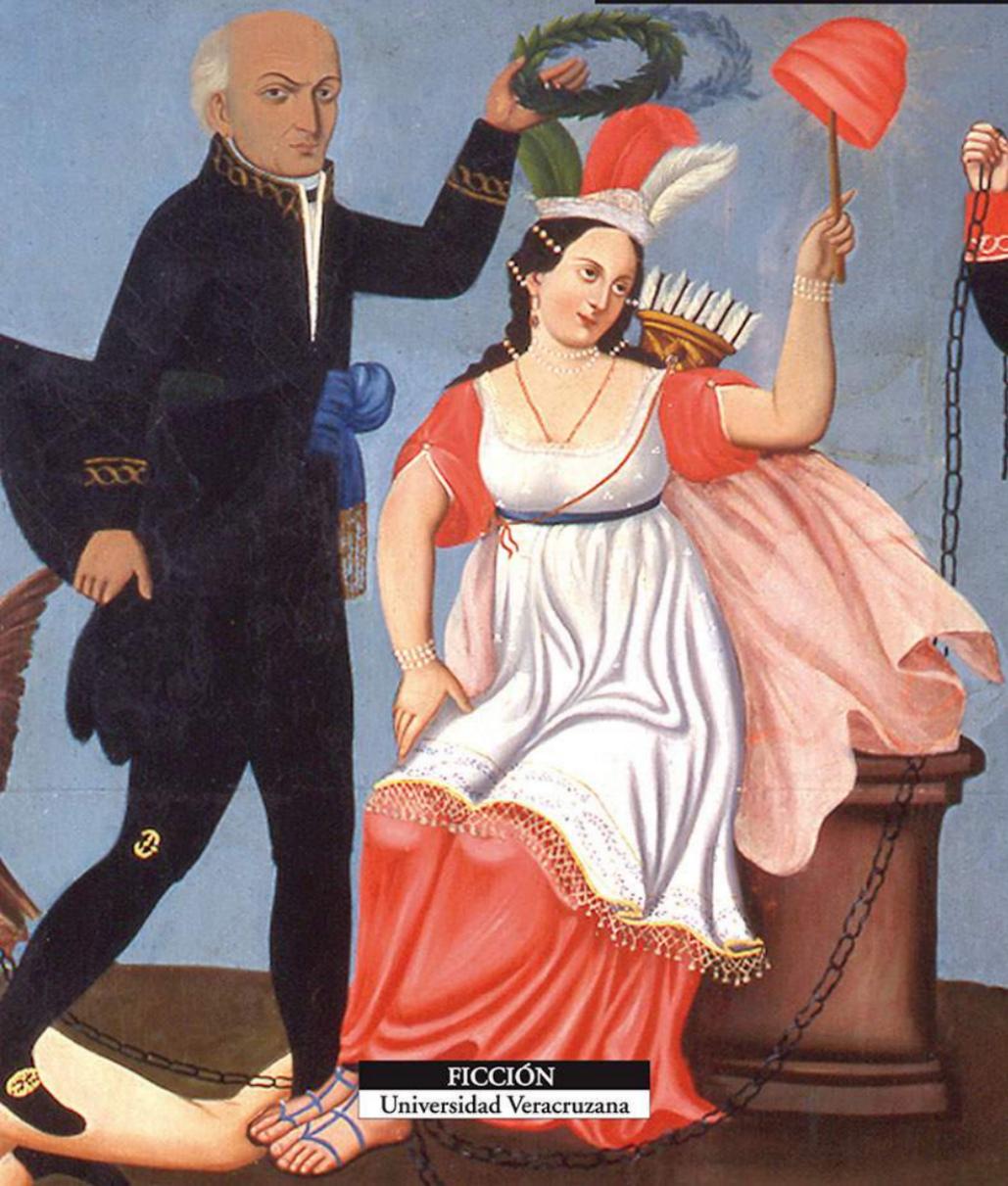


*Romancero de la Guerra
de Independencia*

**ÁNGEL JOSÉ FERNÁNDEZ
LETICIA MORA PERDOMO**



FICCIÓN

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

ROMANCERO
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raúl Arias Lovillo

Rector

Porfirio Carrillo Castilla

Secretario Académico

Victor Aguilar Pizarro

Secretario de Administración y Finanzas

Agustín del Moral Tejeda

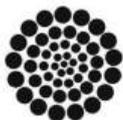
Director General Editorial

ROMANCERO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

COMPILACIÓN, EDICIÓN Y PRÓLOGO

Ángel José Fernández

Leticia Mora Perdomo



CONACYT

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología



FICCIÓN

Universidad Veracruzana

Portada de Queta

Imagen: “Alegoría de Hidalgo, la Patria e Iturbide”, óleo anónimo (1834) [detalle].
Fondo del Museo Casa de Hidalgo.

Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Archivo digital por cortesía de Editorial Clío, Libros y Videos, S. A. de C. V.

Clasificación LC: F1232 R75 2010

Clasif. Dewey: 972.03

Título: Romancero de la Guerra de Independencia / compilación, edición
y prólogo, Ángel José Fernández, Leticia Mora Perdomo.

Edición: 1a ed.

Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, 2010.

Descripción física: 371 p.; 21 cm.

Serie: Ficción

ISBN: 9786075020310

Notas: Incluye datos biográficos de los “Autores del Romancero”: p 346-
360. Bibliografía: p. 361-368.

Materia: Poesía mexicana—Siglo XIX.

México--Historia--Guerra de independencia, 1810-1821--Poesía.

Autores secundarios: Fernández, Ángel José, editor.

Mora Perdomo, Leticia, editor.

DGBUV 2010 / 39

Este libro se realizó con el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, proyecto CONACYT-AC-2006-53108. Av. Insurgentes Sur núm. 1582, Colonia Crédito Constructor, Delegación Benito Juárez, C. P. 03940, México, D. F.

Primera edición, 30 de julio de 2010

© Universidad Veracruzana

Dirección General Editorial

Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz, México

Apartado postal 97, CP 91000

diredit@uv.mx

Tel. / fax (228) 818 59 80; 818 13 88

ISBN: 978-607-502-031-0

Impreso en México

Printed in Mexico

PRÓLOGO*

Esta obra restaura, en la medida de lo posible, el programa del *Romancero de la Guerra de Independencia* que lanzó a la comunidad de poetas de México el joven escritor Gustavo Adolfo Baz, el 13 de abril de 1873. Lo hizo desde las páginas del semanario *El Domingo* –de orientación liberal–, y que había sido fundado en la capital de la República por Gustavo G. Gosdowa, barón de Gostkowski. El proyecto editorial del *Romancero* consistía en formar un libro de romances históricos, con algunos escritos sobre pedido, o con otros ya hechos e inclusive publicados, siempre y cuando tuvieran como tema las incidencias de la guerra contra el opresor español, la relevancia de sus protagonistas, el recuerdo de hazañas gloriosas o el sacrificio de los héroes.¹

El movimiento armado entre el ejército realista –que defendía los intereses del rey y de la Corona española– y las guerrillas de insurgentes –que en principio combatieron la corrupción del gobierno virreinal, luego habrían de proponer la autonomía política de la Nueva España y, finalmente, orientaron la lucha armada e ideológica para conseguir la Independencia de México– fue prolongado, sangriento y muy costoso. Con gritos como “¡Muera el mal gobierno!” y pro-

* Han colaborado en la preparación de esta obra Estela Castillo Hernández, maestra en Literatura Mexicana, y Biaani Sandoval Toledo, licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas; ambas han recibido sus títulos por parte de la Universidad Veracruzana, las dos fueron becarias del Sistema Nacional de Investigadores y prepararon sus tesis de grado en el Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias.

¹ Gustavo [Adolfo] Baz: “Romancero de la Guerra de Independencia”, en *El Domingo. Semanario de literatura, ciencias y mejoras materiales*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León y Santiago White, Segunda de la Monterilla núm. 12 y Calle de Lerdo núm. 2, [t. IV], cuarta época (13 de abril de 1873), núm. 18, pp. 247-248. Este texto puede verse íntegro en el “Apéndice 3” de este volumen, pp. 341 y ss.

clamas a favor de un gobierno que fuera autónomo de José I, el rey hispánico intruso, las fuerzas insurgentes guiadas por el padre Miguel Hidalgo y Costilla iniciaron las hostilidades el 16 de septiembre de 1810 en Dolores, Guanajuato. Y si bien la Independencia fue producto de un pacto político entre los contendientes, tras once años de lucha, la fase armada del proceso revolucionario jamás perdió vigencia, cobró cerca de un millón de víctimas, arrojó a la quiebra una economía rica y cesó sólo después de más de una década de conflictos, hasta que el Ejército Trigarante, al mando del criollo Agustín de Iturbide, tomó simbólicamente la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821 y proclamó la Independencia de lo que iba a ser el Estado nacional emergente.

Y si la lucha armada independentista fue larga, dolorosa, muy cara en tesoros y sangre, formar el nuevo Estado, crear su forma de gobierno hasta lograr el acuerdo final del federalismo, crear sus instituciones, en suma, cimentar la vida republicana y proponer, desde allí, las ideas del orden y el progreso, habría de costar —a la incipiente nación americana, la antaño «Joya de la Corona»— otro proceso lento e imparable de guerras civiles, de invasiones extranjeras y de la quiebra económica, a pesar de sus increíbles riquezas naturales y de sus recursos humanos. Consolidar el sistema de gobierno federal, allá en sus años inaugurales, había implicado un pacto más, entre las clases dirigentes del centro y los grupos de poder regionales, pero de igual modo este acuerdo también habría de costar pérdidas patrimoniales y la desaparición de muchas almas en las guerras civiles.

Los escritores de México, cuando el país vivía ya el medio siglo de vida independiente, se dieron a la tarea de generar el proceso cultural que abrió la actividad literaria de carácter institucional por medio de agrupaciones de carácter público, cuyas funciones fueron llevadas a cabo —aun sin ser estrictamente ajenas al proceder del poder del Estado—, con

una orientación y un programa distintos a los planes y los propósitos del espacio político. Este proceso, cuyo avance había sido lento y paulatino a consecuencia de las luchas entre los grupos de poder nacionales, tuvo como marco de acción el universo de incidencias que produjeron tanto la descolonización cultural como la fundación del Estado nacional mexicano.

La institucionalización de la literatura –que tuvo rasgos predominantemente nacionalistas, una discursividad patriótica y una intención de ecuménica pedagogía social– sólo fue posible después de que el país experimentara diversas etapas constructivas en los diferentes campos de la vida social, política e inclusive artística. A lo largo de este devenir, el problema de la emancipación cultural, que en parte había sido paralelo al proceso histórico y en parte distinto, debido a que la actividad literaria mostró síntomas y desarrollos diversificados de evolución: su desarrollo fue diferente, prefigurativo y anticipado respecto de la autonomía de gobierno, pues ya desde el final del siglo XVIII hubo brotes de distinción en la generación de cultura –como los que remarcaron ciertos principios de la identidad mexicana– y la circulación de obras y opúsculos –la mayoría divulgados en pliegos de cordel o en impresos clandestinos– cuyo propósito, además del aspecto contestatario, señalaba la intención de formular lo que entonces comenzó a denominarse literatura del Anáhuac; en estas obras, sustento inigualable de la sustancia de lo mexicano, aparte de la intención artística, sobresalía la ideológica, y allí los protagonistas empezaron a considerarse ya como mexicanos, es decir, como seres producto del mestizaje étnico y cultural.

La vida independiente de México permitió que naciera la opinión pública en el espacio social, y fue creciendo de modo paralelo junto con la consolidación del Estado nacional. Y más tarde, al formarse las instituciones del Estado,

así como al crear los órganos de control público, se daría inicio al proceso de una madurez democrática, que aún en nuestro tiempo atraviesa por una etapa de transición y lento perfeccionamiento. Este ideario, en aquel entonces ya lejano, así haya sido tardío cuanto incipiente, sentó las bases de una mínima evolución, permitió la apertura de los espacios públicos y, con ellos, el desarrollo de una cultura que, al mismo tiempo que evolucionaba, iba generando sus principios fundamentales de unidad nacional sustentada en el respeto por la diferencia, base esencial para conseguir la concordia entre los mexicanos.

La opinión pública se derivó, pues, del complejo social surgido en los centros de población –sobre todo en aquellos en los que se asentaba el poder y sus instituciones primordiales–, y de la implantación de instrumentos como la imprenta, su regulación y sus productos, ofrecidos en el mercado. Además de la práctica social republicana, reflejada en la actividad callejera, en la programación de espectáculos públicos (bailes, funciones de teatro, conciertos de música, ópera y zarzuela, corridas de toros, peleas de gallos, etcétera), o por medio del establecimiento de tertulias y clubes, así como de la incorporación de otras costumbres importadas, como los cafés, las cantinas y restaurantes; pero también desde luego por la oportunidad que la ciudadanía tuvo al contar con la libertad de movimiento y tener el libre acceso a los lugares públicos y, en éstos, establecer debates y diálogos, para conseguir confrontaciones y acuerdos. Y, por otra parte, por poder contar con la libre práctica y el cultivo de las artes y de las formas de asociación, cuyos trabajos se reflejaban, por ejemplo, en las redacciones de los periódicos, en la impresión de libros y folletos, y en las actividades propias de las artes gráficas.

En torno a estas actividades de eminente trascendencia social surgiría la práctica institucional de la literatura, cuyo ejemplo más remoto e importante se reduce a la fundación

de la Academia Literaria de San Juan de Letrán, que agrupó a partir de 1836 a los escritores románticos de México. Este instrumento de la inteligencia nacional se tornó en entidad cultural; sus trabajos rebasaron el ámbito escolar de la academia y sus actores trascendieron la experiencia cerrada del taller de lectura, y se integraron en torno a un foro de discusión y debate sobre el ejercicio de la creación literaria. Sus miembros, que eran aceptados por elección en asamblea, se apoderaron, al pasar a ser socios, del escenario público, luego de haber realizado esta misma práctica de la creación y de la crítica literaria en el ámbito limitado de las tertulias privadas realizadas en los domicilios de propietarios particulares. La Academia de Letrán recibió en su seno a los escritores activos de todas las tendencias ideológicas, tanto a jóvenes como a viejos y consagrados, a letrados, militares e inclusive a científicos con afición a la práctica esporádica de la escritura y el ejercicio literario. Este instituto funcionó durante dos décadas y generó diversos órganos de divulgación, como *El Recreo de las Familias*, *El Museo Mexicano*, las cuatro entregas de la revista *El Año Nuevo* (1837-1840) y, entre otros impresos, la *Revista Científica y Literaria de México*.

El aspecto institucional de la literatura mexicana abarcaría, a partir de entonces, un proceso episódico, dividido en varias etapas, funciones, transformaciones y desarrollos; proliferarían —a imagen y semejanza— clubes, asociaciones literarias como el Ateneo Mexicano —filial del antiguo y todavía en funciones Ateneo de Madrid—, que se fundó en 1840, y que funcionó efectivamente desde 1844; su puesta en acción implicó, entre otras cosas, la conciliación oficial con la literatura española, tras el reconocimiento de la Corona española de la independencia política de México y la apertura de relaciones diplomáticas. Es indispensable señalar que, en el seno del Ateneo Mexicano, comenzaron a explorarse las ideas de la creación de una literatura nacional, y que

ésta tuviera como base, según lo dijo en su momento José María Lafragua, en la lectura y revisión de los escritores de la tradición grecolatina. Las armas probadas por los escritores latinos y griegos habrían de servir para crear el retrato literario del paisaje de México, de sus maravillas geográficas, para enaltecer las acciones personales de los próceres mexicanos y para proponer, ante esa opinión pública en franca gestación, las obras originales producidas por poetas, críticos, narradores y dramaturgos.

Ahora bien, el tema que nos interesa resaltar pertinentemente es, en primordial término, el que corresponde a las asociaciones literarias reguladas, en la medida en que éstas perfeccionaron la directriz de los trabajos de la Academia Literaria de San Juan de Letrán y propiciaron el arranque del fenómeno de la institucionalización dentro de las letras de México. Nos referimos, específicamente, al caso del Liceo Hidalgo, que abrió sus puertas y trabajos en 1849 pero que reglamentó su vida institucional un año más tarde, al hacer públicas sus *Bases* de vida y gobierno. Para empezar, su nombre no fue producto del libre albedrío de los socios fundadores, sino razón y motivo de un compromiso histórico e ideológico: el país se hallaba en una de sus peores crisis, a consecuencia de la Invasión americana de 1846-1848; México había perdido la guerra y, por tanto, la mitad de su ingente territorio; el aparato del Estado atravesaba por condiciones sumamente críticas; el gobierno se desintegró; la economía se declaró en bancarrota; el ejército se diseminó en pequeñas partidas y carecía de orden y de mando supremo; la Iglesia y el Estado se disputaban el control político; los poderes regionales se polarizaron, con lo que se puso en peligro de desaparecer el pacto federal, e inclusive hubo campañas de separatismo territorial, como fue el caso específico, pero no único, de Yucatán y sus territorios peninsulares.

Ante un país arruinado, los intelectuales y escritores del Liceo Hidalgo —en su mayoría jóvenes— se pronunciaron por

la unidad nacionalista y por el programa de la independencia cultural: la literatura proclamaría un nuevo grito de libertad autonómico, ajeno a toda fuerza extraña que la pudiera influir. El Liceo Hidalgo formó un órgano de gobierno, una estructura funcional, cobró cuotas a los socios, abrió una biblioteca y programó sus actividades: unas serían gremiales y exclusivas, otras abiertas y públicas, aunque ambas planeadas y periódicas. Reglamentó el ingreso de sus socios, sobre la base de una elección individual, con votación secreta y directa, y luego de escuchar y debatir en la asamblea con los aspirantes. El Liceo propuso un aparato institucional de gobierno, y para ello se sirvió de la visión histórica del sacerdote prócer Miguel Hidalgo y Costilla, que sería su divisa: la literatura viviría así su proceso de independencia, a cambio, naturalmente, de admitir en sus trabajos sólo a escritores comprometidos con una causa superior, sin importar sus filiaciones políticas individuales; pero otorgándoles un valor a sus méritos estéticos, bajo la norma del irrestricto respeto a unas bases generales.

El Liceo Hidalgo se refundó en dos ocasiones, en 1870 y nuevamente en 1884; el grupo original había cesado en sus funciones en 1855, a raíz de los acontecimientos de la Revolución de Ayutla. Como puede apreciarse, ocurría por vez primera un paralelismo dado entre el proceso de la vida nacional y el de la institucionalización literaria. La guerra civil que acabó con la dictadura del general Antonio López de Santa Anna y su vigencia política había clausurado las actividades del Liceo Hidalgo; se reabría esta benemérita institución literaria en otro periodo de crisis política y descontento social, que se recrudecería en el año 1871, al iniciar Benito Juárez la campaña con la cual se habría de reelegir, una vez más, en la Presidencia de la República.

Los socios de la promoción de 1870 añadieron a sus principios institucionales la regla no escrita de la formu-

lación ideológica del discurso liberal. Este aspecto tendría como antecedentes un par de acontecimientos públicos: uno de orden literario y otro de estricto carácter político. El primero tuvo como finalidad la conciliación entre los grupos radicales de escritores, distribuidos en bandos antagónicos. El maestro Ignacio Manuel Altamirano propuso la unidad nacional mexicana con la organización de las Veladas Literarias de 1868 y, casi enseguida, al publicar, al año siguiente, en su periódico *El Renacimiento* (1869), de línea ideológica neutral, a todos los constructores de la literatura nacional, sin distinguir clase, origen ni ideario político.

La crisis de la actividad política en los años siguientes al periodo de la Restauración de la República, por contraste, más que dividir a la clase intelectual del grupo liberal, los aglutinó; pero también los separó del proyecto de Benito Juárez, ya bastante desgastado y con visos de tornarse en dictatorial. Los escritores de la facción liberal, antes que abandonar su ideario, prefirieron adherirse, en forma secreta pero también en forma pública, al plan renovador que proponía, en el campo de la política y con el apoyo de las armas, el general Porfirio Díaz. Esta ruptura que se dio por parte de Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada y la clase de la inteligencia mexicana liberal, y entre el presidente Juárez y su opositor político, provocó una guerra civil, de alto movimiento represivo en toda actividad pública. La censura regiría la actividad en los periódicos, en los teatros y en los escenarios públicos.

A todas estas necesidades de comunicar la expresión soportada por la opresión gubernamental y de frente a la crisis de la política respondió el programa publicitario que generó la creación del *Romancero de la Guerra de Independencia*, y a la necesaria de construir un panteón cívico en que pudiera sustentarse la nación mexicana, que no había tenido tiempo de consolidar y conciliar un pasado histórico común. El proyecto surgió en circunstancias difíciles y en torno a presiones

ideológicas y políticas casi insuperables. Al movimiento represor que propició la reelección de Juárez, la clase militar y política opositora se refugió en la insurgencia y en el ámbito de las logias masónicas. Los intelectuales de sello y compromiso liberal comenzaron, en los últimos años del presidente Juárez y en los de Lerdo de Tejada, su sucesor, una función cultural, en parte enmascarada, por contemplar acciones artísticas y políticas, y que se distinguió por su énfasis en la actividad educativa, periodística y literaria; sus parámetros y alcances fueron proyectados y dispuestos a través de las tenidas en las logias, en el proceso incipiente de lo que sería la revolución cultural encabezada por el general Porfirio Díaz.

Así, en los últimos días del presidente Juárez y en los que duró en el poder el presidente Lerdo de Tejada, en el ámbito de lo público, los escritores y artistas liberales se tornaron en educadores de la niñez, de las familias y, con énfasis, de las «señoritas mexicanas». Educar era la consigna; educar entreteniéndolo a los desprotegidos por la ignorancia. Y, asimismo, desde el ámbito de las sociedades secretas, los artistas liberales propugnaron por la formación de nuevas logias, las que durante los primeros tiempos del régimen de Porfirio Díaz habrían de consolidar la gran red que configuró en el universo de lo oculto —o de las sociedades secretas— a la Gran Logia Unificada de México y en el espacio público a los clubes políticos porfiristas.

El procedimiento de la clase intelectual de ocuparse de un doble papel, del secreto y del ciudadano, no era, por cierto, novedoso en el país. Ya había probado fortuna durante la época del centralismo previo a la Invasión americana y en la Guerra de Reforma. Sólo que ahora se articulaba en forma indivisible y en torno a un proyecto político estructurado. Una de las primeras actividades del grupo liberal fue la creación, de modo facticio, del *Romancero de la Guerra de Independencia*, y para ello la clase liberal del Porfirismo

emergente echaba mano del periódico literario *El Domingo*, y de su jefe de redacción, el joven crítico literario y poeta Gustavo Adolfo Baz, para lanzar entre la clase letrada y de frente a la opinión pública la convocatoria de este programa cultural de pretendida unificación nacionalista.

El programa del *Romancero*, que —como se ha dicho— fue explicado por Baz en *El Domingo*, convocaba a poetas, y a quienes tenían en su poder documentos y testimonios de las gestas de la insurgencia, para que, con los romances escritos por los primeros, y con base en las fuentes fidedignas proporcionadas por los segundos, la nación pudiera contar, dentro de sus incipientes efemérides, con el registro poético de sus héroes, inclusive de los desconocidos u olvidados. Se trataba, entonces, de construir un objeto artístico, de modo facticio, para que el pueblo se sirviera de él, y para que su contenido circulara, forjara patriotismo y sembrara nacionalidad en los mexicanos, y para que éstos los integraran a su imaginario cívico. La única condición, además de su fundamento de verdad, era que los cantos tuvieran la forma del romance, ya que el verso octosilábico —que le es intrínseco a este género de la tradición española— resultaba para los hispanohablantes “un metro tan fácil, tan sonoro, tan propio al mismo tiempo al oído del pueblo”, y tan cercano a la idiosincrasia nacional por el contacto cultural con el *Romancero* tradicional cultivado por siglos en la Península Ibérica. La diferencia básica radicaba en que, mientras en el hispano se recogían los ejemplos de la práctica común, con lo que rescataba un conocimiento identitario, y sólo se elaboraba un registro con base en la organización textual, en el *Romancero* de México se construía todo con el propósito de extender y uniformar, con un criterio cívico definido por la clase política, un principio civilizatorio que igualara a todas las capas de la sociedad.

La respuesta de los poetas de México fue inusitada y veloz. El 29 de junio de 1873, a sólo dos meses y pico de

haberse lanzado la convocatoria, ya resultaba insuficiente el espacio que ofrecía *El Domingo* para ir reproduciendo los romances históricos que recordaban y enaltecían las hazañas y la valentía de los guerreros autonómicos. En esa fecha, el mismo Baz había declarado que no había podido publicar –por falta de espacio– “los numerosos romances” que le habían remitido a la redacción del periódico. Y, más adelante, en esa misma noticia señalaba que, a pesar de la saturación, la convocatoria seguía abierta: “Nosotros nos atrevemos a suplicar a todas aquellas personas que posean datos históricos, romances, canciones o hechos históricos relativos a nuestra primera Guerra de Independencia, que las pongan en conocimiento de la redacción del *Domingo*, la cual se honra con haber iniciado esta obra altamente patriótica”.

Así que en *El Domingo* comenzó a circular, por medio del sistema de entregas, el gran universo poético histórico del *Romancero*. Y si bien la aparición del romance “La retirada” de Ramón Valle, el 30 de marzo de 1873, había sido generadora del programa, a este texto siguieron otros del propio Gustavo Adolfo Baz, Manuel de Olaguíbel, Ramón Rodríguez Rivera, Francisco A. Lerdo, Rodolfo Talavera, Joaquín Gómez Vergara, Francisco Sosa, Manuel Acuña, Joaquín Téllez, Vicente Riva Palacio, José Rosas Moreno, Diego Bencomo, Rafael Nájera y Juan A. Mateos, quien compuso no en romance sino en décimas espinelas su extenso poema titulado “La campana de Dolores”. Complementaron estas entregas la publicación de otros romances, anteriores y posteriores a los de los poetas acabados de citar, como los romances históricamente importantes de José de Jesús Díaz, Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván, José Peón y Contreras y Manuel Amador Bejarano, así como el que escribió especialmente para el *Romancero* Eduardo Emilio Zárate, titulado “El tío Bachichas”, y que dio a la estampa en la *Edición literaria* del *El Federalista*, el

domingo 30 de abril de 1876, en virtud de que *El Domingo* ya había cerrado sus puertas.

Como puede observarse, la planta de poetas que generaron el *Romancero de la Guerra de Independencia* resultó ser, en su momento, de primera línea; y podemos afirmar que sus autores forman parte de la clase selecta de nuestro Panteón literario. Sólo que, por motivos ajenos a su valor estético y su aspecto formativo, la colección quedó en definitiva sepultada en las páginas de la prensa literaria; las circunstancias políticas de entonces y el devenir de la vida política del futuro inmediato requirió de otras urgencias. Y éstas, y la suerte individual de su promotor Gustavo Adolfo Baz, que se desligó del universo periodístico y del movimiento literario de la capital de la República al ser destinado a la Embajada de México en París, confinó al programa a su cautiverio hemerográfico.

Hace un siglo, al celebrarse el centenario del inicio de la Guerra de Independencia, como parte de las fiestas oficiales y del boato porfirista, el impresor Victoriano Agüeros editó en dos tomos una versión espuria del *Romancero de la Guerra de Independencia*; esta publicación malversó su programa original, al grado de desvirtuarla totalmente; alteró en mucho su contenido y añadió ingente cantidad de romances, escritos con prisa por encargo del impresor de *El Tiempo. Diario católico*.² La idea de restañar el proyecto de Gustavo Adolfo Baz y, sobre todo, de la intencionalidad de fondo del programa liberal que en un principio lo hizo fructificar, nos puso frente a la tarea de reconstruir su forma y contenido originales, y de hacerlo con un aparato crítico para ponerlo a disposición de los jóvenes y del público en general.

² Véase *Romancero de la Guerra de Independencia*, 2 tt., prólogo de Victoriano Agüeros, México, Imprenta de *El Tiempo*, 1910.

Criterios de edición

La presente edición ha quedado integrada por los romances que aparecieron en la prensa del siglo XIX con la leyenda de que pertenecían al programa del «Romancero de la Guerra de Independencia», así como por los romances que, por su tema e importancia histórica, resultan antecedente y natural complemento del programa cultural lanzado por Baz. El conjunto reúne 33 piezas, todas escritas en versos octosilábicos. El contenido principal de esta obra apareció en *El Domingo*, entre el 30 de marzo y el 14 de septiembre de 1873, y sólo uno, en las páginas de la *Edición literaria* del periódico *El Federalista*.

La edición se ha enriquecido por un aparato de variantes de texto y con cinco apéndices de carácter informativo. Uno de “Personajes, sitios y acontecimientos”, otro con un “Glosario” de términos de uso poco común o en desuso en nuestro tiempo; otro más, que incluye la convocatoria del redactor Gustavo Adolfo Baz para la construcción y preparación del *Romancero*; constituye el cuarto apéndice el “Índice de primeros versos” y, en el quinto y último, hemos incluido los datos de vida y obras de los “Autores del *Romancero*”. Cierran esta obra el apartado de “Bibliografía” y el “Índice general”.

ÁNGEL JOSÉ FERNÁNDEZ
LETICIA MORA PERDOMO

**ROMANCERO
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA
[TEXTOS]**

EL GRITO DE DOLORES
(SEPTIEMBRE 16 DE 1810)*

SU MANTO sobre la tierra
tiene extendido la noche,
y duermen todos tranquilos
en el pueblo de Dolores.
5 Allende y Aldama, en tanto
que otros descansan, disponen
del gran Hidalgo ir en busca,
para que no se malogren
los planes que han concebido
10 de alzar guerreros pendones.
De Querétaro ha llegado
nota a los conspiradores,
de que el plan se ha descubierto
por los fieros españoles.
15 El buen anciano dormía
cuando a su puerta oyó golpes,
e imaginando un suceso,
en su lecho incorporóse.
Allende y Aldama llegan
20 ante el noble sacerdote,
y le dicen con acento
que revela sus temores:
“La fuga sólo nos resta,
señor cura... Descubrióse
25 la conspiración; podemos
salvarnos de las prisiones,

* Francisco Sosa: “El grito de Dolores. (Septiembre 16 de 1810)”, en *El Domingo* (6 de julio de 1873), núm. 30, pp. 410-411.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 1-4, con el título “El grito de Dolores”.

y aun acaso de la muerte
 que en sus instintos feroces
 el español nos daría,
 30 y nuestros planes, entonces...”
 Por la frente del anciano
 que escuchaba aquellas voces
 cruzaron mil pensamientos
 heroicos, dignos y nobles.
 35 Parecía que escuchaba
 de México los clamores
 y el ruido de sus cadenas
 y del amo los azotes.
 Miraba a los extranjeros
 40 humillar al indio pobre,
 y las hogueras miraba
 de crueles inquisidores.
 Miró al rico encomendero,
 entre luces y artesones,
 45 en tanto que su miseria
 lloraba el pueblo. “No llores”
 —entre sí le dijo Hidalgo—,
 y a sus tiranos: “No gocen”.
 Rasgó el porvenir los velos
 50 con que sus glorias esconde,
 y ante la vista de Hidalgo
 —entre vivos resplandores—,
 estaba México libre
 a la faz de las naciones.
 55 “Señor —le repite Allende,
 al ver que callaba—: tome
 una senda y marcharemos,
 y que no nos aprisionen”.
 “Callad —le dice el anciano,
 60 que aquellas palabras oye—:

por libertar a la patria,
¿cuál de sus hijos no expone
su sangre, su vida misma?
Corred, subid a la torre,
65 y que toquen las campanas
a misa; así se convoque
a todos mis feligreses,
y hoy en soldados se tornen.
Antes que huir de la oscura
soledad de las prisiones,
hagamos libre a la patria;
ánimo, pues: «¡A la torre!»

DEL ASTRO hermoso del día
los primeros resplandores
75 no brillaban en oriente,
ni cantaban en los robles
su amor a las rosas bellas
los peregrinos cenizontes,
y estaban los feligreses
80 ya en el templo de Dolores;
que al llamarles la campana,
de Dios escuchan las voces,
y también las de su cura,
a quien por padre conocen.
85 Hidalgo se les presenta
erguida la frente noble,
reflejando en la mirada
puro, indefinible goce.
“Sabed —les dice—, hijos míos,
90 que si el cielo nos socorre,

83 las: *la* RGI 1910.

la libertad a la patria
vamos a dar; los albores
del dieciséis de septiembre
brillarán cuando los hombres
95 que en nuestro pecho sentimos
que sangre de libres corre,
habremos todos jurado
de tiranos españoles
hacer a la patria libre
100 a la faz de todo el orbe.
Y ya no habrá encomenderos,
ricos, marqueses y condes,
humillando a los que han sido
de esta tierra los señores.
105 Iremos a las ciudades
y cruzaremos los bosques,
llevando por dondequiera
de la patria los pendones.
Hijos míos: en este suelo
110 que para siempre se borre
del esclavo el nombre odioso,
y de libre lleve el nombre.
Y no harán al mexicano
que distinta senda tome,
115 ni el temor de los cadalsos
ni el fragor de los cañones”.
Al escuchar las palabras
de su pastor, levantóse
entre la grey libre grito
120 que repitieron los montes.

¡BENDITA aurora risueña!
¿Dó está tu fulgor? ¿En dónde?

¿Por qué tarda y no ilumina
a los héroes de Dolores?

125 El santo amor de la patria
abrigan sus corazones,
y durará más su gloria
que los mármoles y bronces.

ATOTONILCO

(SEPTIEMBRE 17 DE 1810)*

- LA MUCHEDUMBRE insurgente
alegre va caminando,
y al llegar a Atotonilco
Allende les marca el alto.
- 5 El cura, entonces, murmura,
pensativo y cabizbajo:
“Ante la fuerza, el valor,
la religión al engaño”.
Y mira la muchedumbre
- 10 que se adelanta el anciano

* Rodolfo Talavera: “Atotonilco. (Septiembre 17 de 1810)”, en *El Domingo* (22 de junio de 1873), núm. 28, pp. 383-384.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 5-7, con el título “Atotonilco”.

Nota de Gustavo Baz, en el título: “El hecho a que se refiere este romance tiene una gran importancia en la historia de nuestra Independencia; todo en su proclamación fue obra de la inspiración y del momento. Hidalgo, indudablemente, era un hombre superior que comprendía la gran distancia que había entre él y las masas de entonces, y que sabía perfectamente que la sola voz de «Independencia», aunque expresaba un anhelo de todas las clases sociales, no era bastante para levantar aquel ejército numeroso y desordenado que opuso en los primeros días a las tropas españolas; quiso excitar los móviles más poderosos de aquellas turbas, y se valió del fanatismo (1) y del deseo de venganza que, como comprimido volcán, rugía desde mucho tiempo atrás entre la población criolla. Semejante conducta, vistas las circunstancias en que se proclamó la Independencia, demostraba un gran tacto político y una inteligencia superior; era la única que podía salvar la libertad en aquellos momentos de delación y defecciones. Con semejante idea principió Hidalgo por invocar a la religión al instante de llamar a sus feligreses a la más santa de las luchas; pero su estrella quiso que al día siguiente pasase por el Santuario de Atotonilco, y que en presencia de una imagen de la Guadalupe (2), le viniese una idea fecunda en resultados prácticos. Aquella imagen

y que sus dos compañeros
penetran en el santuario.
Quedan todos en silencio;
mas después de breve rato,
majestoso ante la turba
15 aparece el cura Hidalgo,
y a la sorprendida gente
dice, al presentar el cuadro
de la Virgen Guadalupe
20 en una lanza clavado:

(3), que la habilidad de los primeros sacerdotes de la Colonia había supuesto aparecida en las rocas del Tepeyac, representaba, por decirlo así, la nacionalidad mexicana; era una virgen indígena, era un enviado directo de Dios a los descendientes de los vencidos, y que no recordaba ninguna escena de sangre ni de martirio (4), como los dioses importados de Ultramar; Hidalgo comprendió, y con razón, que convertir a la imagen de la Guadalupe (5) en símbolo de su causa, era tanto como oponer al poder español de tres siglos, tres siglos también de lágrimas, de preces, de esperanzas; equivalía a convertir a toda la población indígena en un solo combatiente.— Algunos suponen que la noche misma del 16 de septiembre, Hidalgo lanzó el grito de «¡Viva la Virgen de Guadalupe!»; esto no es exacto: esta imagen no fue el lábaro de los primeros insurgentes, sino después de que pasaron frente al Santuario de Atotonilco. Nosotros poseemos un diseño de la primera bandera de Hidalgo en Dolores, que tuvo la forma de un estandarte, que fue hecho con uno de los palios de la parroquia, y sobre la cual se puso un escudo, muy parecido al adoptado después de la Independencia, y que era de papel negro recortado. El diseño original de esta primer bandera de México existe en poder del hijo del denodado insurgente Víctor Rosales” (ED 1873, p. 383 || RGI 1910, pp. 5-7). (Variantes de texto: (1) del fanatismo: *de la religión* RGI 1910; (2) Guadalupe: *Virgen de Guadalupe* RGI 1910; (3) Om., *que la habilidad de los primeros sacerdotes de la Colonia había supuesto aparecida en las rocas del Tepeyac* RGI 1910 (4); Om., *como los dioses importados de Ultramar* RGI 1910; y (5) Guadalupe: *Virgen de Guadalupe* RGI 1910).

15 majestoso: *majestuoso* RGI 1910.

“Hijos: los que habéis ya roto
las cadenas del esclavo,
esta nuestra enseña sea,
nuestro estandarte sagrado,
y de victoria en victoria
25 llevadlo siempre, llevadlo.
Luchamos por la justicia
y de Dios bajo el amparo.
¿Y quién a Dios y a lo justo
puede oponerse insensato?
30 El derecho es nuestra causa,
nuestro valor es sobrado,
y el derecho y el valor
siempre el triunfo conquistaron...
En nombre del Ser Supremo,
35 yo os bendigo, mexicanos”.
Gritos mil en ese instante
interrumpen al anciano,
y se conmueven los pechos,
y a todos embarga el llanto.
40 Y en medio de la algazara
se va la turba gritando:
“¡Que viva la Independencia,
y que mueran los tiranos!”
Y siguen por su camino,
45 llenos de fe y de entusiasmo.

LA ENSEÑA DE LOS INSURGENTES*

CLARA, tibia, deliciosa
se presenta la mañana;
el horizonte encendido
con resplandores de gualda,
5 y el cielo azul, festonado
con orlas de nubes blancas,
como flotantes crespones
que fingen formas extrañas.

De los álamos frondosos
10 se desprenden en parvadas
cardenales y gorriones,
pitorrojos y calandrias,
que dando trinos al viento
dan regocijo a las almas.

15 El zumbar de las abejas,
que sin descanso trabajan,
se mezcla con el chirrido
pertinaz de la cigarra,
y el melancólico canto
20 de la amorosa torcaza;
cuelgan de los naranjales
como racimos de nácar
azahares aromosos
y se mecen las naranjas,
25 que pomas de oro parecen
entre frondas de esmeralda,

* Rafael Nájera: "La enseña de los insurgentes", en RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 33-37.

y se perfuma el ambiente,
y los sentidos se embargan
con el olor del tomillo,
30 del ajeno y la retama.

DANDO vuelta a una ladera,
de un cerro cabe la falda,
que campanillas azules
y rojas flores esmaltan,
35 se descubre pueblo humilde
formado de agrestes casas,
con sus paredes de adobe
ligeramente blanqueadas,
sus cercas de palopique
40 y sus techados de palma;
y la iglesia, si pequeña,
graciosa y bien decorada,
con cimborrio de azulejos
y torre esbelta y gallarda.

45 Es Atotonilco el Grande,
que se encuentra esa mañana
de fiesta, según parece,
porque se hallan en la plaza
sus honrados moradores
50 unidos en algazara,
con cohetes prevenidos;
y en la torre, de atalaya,
varios mozos, en acecho,
observando lo que pasa.

55 De repente, a las esquilas,
muchas manos esforzadas

se aprestan, y los repiques
de bulliciosas campanas,
los cohetes y los gritos
60 de la multitud compacta,
anuncian que algo muy grato
en Atotonilco pasa.

Es que el cura de Dolores,
en jefe de la cruzada,
65 llega al pueblo con su pueblo,
que crece como avalancha.

Las mujeres a las puertas
se asoman regocijadas;
a los lugares más altos
70 los muchachos se encaraman,
surcan el aire cohetes,
el detonar de las cámaras
y los alegres repiques
de las alegres campanas.

75 Sobre alta y robusta mula,
modestamente enjaezada
sin arneses militares
ni distinciones jerárquicas,
el padre Hidalgo va al frente
80 de muchedumbre entusiasta,
radiante de regocijo,
si bien desprovista de armas.

Son contados los fusiles,
las pistolas muy escasas,
85 algún mosquetón mohoso,
alguna escopeta usada,

y como recuerdo histórico
una que otra bocamarta.

Los chuzos de los serenos,
90 machetes, cuchillos, dagas,
hondas y sacos de piedras,
palos, tarecuas y lanzas;
muchos sin más armadura
que su camisa de manta,
95 ni otras armas que sus manos
y el santo amor a la patria.

Hombres, mujeres y niños
con el alma emocionada,
van en busca de la muerte
100 en defensa de su causa...

A la derecha de Hidalgo,
con apostura bizarra,
sobre un alazán soberbio,
de bella y marcial estampa,
105 con militares insignias
don Ignacio Allende marcha;
y a la izquierda, en un retinto
andaluz, de pura raza,
con uniforme vistoso
110 se ostenta don Juan Aldama.

Luego que entran en el pueblo
el entusiasmo se exalta,
atruenan el aire vivas
jubilosos y entusiastas,
115 y corren por las mejillas
de regocijo las lágrimas.

Hidalgo y sus compañeros
de los caballos se bajan
y a la iglesia se encaminan,
120 a elevar a Dios sus almas.

Después que concluye Hidalgo
la fervorosa plegaria
invocando de los cielos
el triunfo para sus armas,
125 saca de su viejo marco
la hermosa Guadalupana,
que era del creyente pueblo
la joya más estimada;
con entusiasmo creciente
130 la coloca en una lanza,
y cual paladín glorioso
sale con ella a la plaza.

“Hijos —les dice a las gentes,
atentas a sus palabras—:
135 la gloria excelsa del triunfo
nos cubrirá con sus alas;
vamos a romper los grillos
que aprisionan a la patria,
a libertarnos del yugo
140 con que nos doblega España,
a vivir sin amo impío
que como a bestias nos trata,
y a conquistar los derechos,
que siendo nuestros, nos faltan.

145 ”Ésta es la enseña gloriosa
que nuestras vidas ampara,
ella nuestra única reina,

ella nuestra soberana,
la que del pueblo que sufre
150 ha de remediar las ansias
y con sublimes victorias
coronará las batallas.

”Sea nuestro grito de guerra:
¡Viva la Guadalupana!
155 Y que muera el mal gobierno,
que con rigor nos maltrata...”

“¡Viva!” —prorrumpen mil voces
de entusiasmo electrizadas;
y el pueblo de Atotonilco
160 se agrega a la caravana.

SUBE Hidalgo a su montura,
sube Allende y sube Aldama,
y salen regocijados
entre vivas y algazara,
165 llevando a la Virgen india
como enseña sacrosanta,
llenos de valor los pechos,
llenas de fuego las almas,
y en busca de la victoria
170 se dirigen a Celaya.

154 y 156 vv. invertidos RGI 1910.

EL CASTILLO DE GRANADITAS*

TRÉMULA, inquieta, azorada,
como ave que espanta el trueno,
la opulenta Guanajuato
despertaba de su sueño;
5 todo era alarma y rumores,
y confuso movimiento;
repicaban las campanas,
sonaba el clarín guerrero;
por todas partes corrían
10 los soldados europeos,
y eran las angostas calles
bulliciosos campamentos.
En las torres elevadas
de los magníficos templos,
15 las banderas españolas
se agitaban con el viento;
y a poca distancia, altivo
como si fuera un recuerdo
de las épocas feudales
20 —a la luz de un sol espléndido—,
el fuerte de Granaditas,
dominador y altanero,
viendo estrellarse en sus muros
las tempestades del tiempo,
25 de anchas trincheras ceñido
y de soldados cubierto,
guarnecido de cañones
y coronado de hierro;
sobre un pedestal de rocas
30 —inexpugnable y soberbio—,

* José Rosas Moreno: “El castillo de Granaditas”, en RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 29-32.

se alzaba como un coloso,
su frente elevando al cielo.
Ya el ejército de Hidalgo,
el horizonte cubriendo,
35 imponente por su audacia
y por su número inmenso;
irresistible y ruidoso
descendía por los cerros
como un caudaloso río
40 que se despeña violento.
Cantos de guerra y de muerte,
entre un pavoroso estruendo,
por dondequier resonaban,
repetidos por los ecos.
45 Tronó el cañón; anchas nubes
de un humo pálido y denso
por la atmósfera cruzaron:
los montes se conmovieron
al ver el fuego rojizo,
50 cual relámpago sangriento,
y al escuchar de las balas
el raudo silbar horrendo.
Los valientes sitiadores
un punto se estremecieron,
55 como las ramas que azota
el huracán en su vuelo;
y cual herido leopardo,
que mira a sus hijos muertos,
se lanzaron al castillo,
60 con más ardiente denuedo.
Poderoso respondía,
en medio al marcial estrépito,
a la voz de “¡viva España!”
el grito de “¡viva México!”

65 Creció el espanto, y horrible
nuncio de muerte funesto,
del cañón el estallido
volvió a escucharse de nuevo.
Luchaban los insurgentes,
70 sin desmayar un momento;
seis veces se aproximaron
y seis rechazados fueron.
Hidalgo entonces, terrible,
gritó con sonoro acento:
75 “Pípila, ven; necesita
la patria de tus esfuerzos”.
A su voz, lleno de harapos,
alzóse un hombre del pueblo;
de gigantesca estatura,
80 de altivo y feroz aspecto,
tomó en sus nervudos brazos
una ancha piedra, y ligero,
apoyándola en su espalda,
cruzó la calle sereno.
85 Tomó una encendida tea,
y sublime como el genio
de la muerte y la venganza,
siguió avanzando resuelto;
en derredor escuchaba
90 espantosos juramentos,
imprecaciones, blasfemias
y gemidos lastimeros.
Las balas silbar oía
y rozaba sus cabellos
95 el humo de las granadas,
como un huracán ardiendo.
Con el choque repetido
de proyectiles certeros,

su escudo tosco y extraño
100 voló al fin, pedazos hecho.
Llegó a la puerta, detúvose,
y la antorcha sacudiendo,
la aproximó a la madera.
Las llamas en el momento,
105 cual serpientes retorcidas
se derramaron crujiendo;
reinaba en aquel instante
un angustioso silencio.
Animado entonces, Pípila,
110 un grito lanzó tremendo;
y el peligro despreciando,
entró al castillo el primero.
En el pórtico, agitándose
de enojo y de rabia ciego,
115 destrozado por las armas
de los contrarios guerreros,
su pie apoyado en cadáveres,
desnudo el valiente pecho,
roto y quemado el vestido,
120 los brazos de heridas llenos;
el corazón palpitante,
los ojos lanzando fuego,
los cabellos esparcidos,
agitados por el viento;
125 con la tea en una mano
y en la otra el agudo acero,
sublime en su patriotismo,
terrible en su odio y siniestro,
reflejándose las llamas
130 sobre su rostro sangriento,
luchaba como un gigante
entre el horror del incendio.

PÍPILA*

BAÑABA el sol las montañas
que a Guanajuato circundan,
y cual celosos guardianes
a protegerla se agrupan.
5 En una de esas mañanas
hermosas, que no se anublan
y están envueltas en brisas,
que murmurantes arrullan.
Era el mes en que en la patria
10 brilló libertad augusta;
tu luz bienhechora y clara
que nuestro horizonte alumbrá;
el mes en que un pueblo humilde,
destrozando su coyunda,
15 al grito de “¡libre sea!”
su independencia procura;
que ya cansado su pecho
por rigores que le abrumán,
estalló contra el tirano
20 que aquella humildad apura.

SOBRE el alto Granaditas
se mira de espanto muda,
a la gente que al tirano
defiende torpe y adula;
25 de Granaditas que viera

* Francisco A. Lerdo: “Pípila”, en *El Domingo* (1º de junio de 1873), núm. 25, pp. 340-341.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 8-11, sin fechar.

convertidos, como nunca,
sus muros en fortaleza
contra la razón más pura...
Por la ciudad conmovida
30 de gozo el clamor se escucha;
y de libertad el nombre
que a los tiranos asusta.
De cada labio se escapa,
y al repetirlo una a una
35 las montañas, llama al cielo
pidiéndole a Dios ayuda.

ENTRE millares de bravos
que van a emprender la lucha
contra el recinto que guarda
40 a la esclavitud impura,
se levanta venerable
y grande, como ninguna,
de aquel que nos diera patria,
la santa, inmortal figura.
45 Al verla, el terror acrece
de aquella vendida turba,
que hace fuego sobre el héroe
que tanta insolencia burla,
ofreciendo bondadoso
50 el perdón, y la fortuna
de ser libre a aquella gente
que a la esclavitud escuda.
La que, en su orgullo altanero,
despreciando la conducta
55 noble, del que paz le brinda,
no atiende a razón alguna.

DESPUÉS de un tenaz combate,
que tres horas o más dura,
de la gente salvadora
60 contra la española chusma,
Hidalgo, digno caudillo
que el bien de su pueblo jura
para salvarle, prudente
le retira de la lucha;
65 y estudiando la manera
más eficaz y oportuna
de penetrar en el fuerte
sin que su tropa sucumba,
ordena que, de herramientas
70 al punto se vaya en busca,
y se derribe la puerta
de fortaleza tan ruda.
Entonces, brota divino
cual sol que rompe la bruma,
75 de entre un grupo de valientes
que tanto honor se disputan,
un niño, que no era un hombre
de dominante figura,
llamado «Pípila» el bravo
80 entre los suyos por burla;
el que, acercándose a Hidalgo,
le dice, con voz segura:
“Padre, en el nombre del cielo
y por el sol que me alumbra,
85 juro que solo y sin fierros
la puerta abriré sin duda”.
Y arrancando una gran losa
con que la espalda se escuda,
se precipita a la puerta
90 bajo una terrible lluvia

de proyectiles, que estallan
cada uno abriendo una tumba.

PASADO un amargo instante
de pena la más profunda,
95 la puerta de Granaditas,
ardiendo, al fin se derrumba.
Sobre ella pasan sin miedo
los libres, que luego triunfan
y desplegan su bandera
100 sobre la orgullosa altura.

.....

En tanto, «Pípila» el bravo,
después que su obra consuma,
alzándose victorioso
a sus hermanos saluda.

1873.

CHARO

(OCTUBRE DE 1810)*

DE CHARO en el caserío,
en los campos y las selvas,
en las cabañas y chozas,
y en la esmaltada pradera,
5 los habitantes sencillos,
de entusiasmo el alma llena,
al sonar de los repiques,
de vivas que el aire pueblan,
de pífanos y tambores,
10 como el pensamiento vuelan
a saludar al caudillo
de la santa Independencia.
Los fructíferos sembrados
así entusiasmados dejan,
15 llevando espadas y picas
en vez de arados y rejas,
para volar al combate
por la sacrosanta idea.
El sacerdote, el anciano
20 de la cana cabellera,
el que encendió allá en Dolores
noble y redentora tea,
que en el amor a la patria
los corazones incendia,
25 llena el alma de esperanza,
con noble orgullo, contempla,

* Ramón Rodríguez Rivera: "Charo. (Octubre de 1810)", en *El Domingo* (18 de mayo de 1873), núm. 23, pp. 317-319.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 12-17, sin fechar.

sus legiones de patriotas
dispuestos a la pelea,
legiones de campesinos
30 con armas heterogéneas,
de hombres que por solo escudo
llevan la fe en su defensa,
que en el campo de batalla
ni retroceden ni tiemblan,
35 y que al morir es su grito
un “¡viva la Independencia!”

HIDALGO y el gran Allende,
sentados ante una mesa
en hospitalaria choza,
40 del porvenir en la niebla
a México libre y grande
en lontananza contemplan,
tras de lagunas de sangre,
tras años de cruda guerra,
45 tras de matanza y de luto,
de destrucción y contienda,
para nuestra esclava patria,
sumida en llanto y en pena.
Mas no importa que la sangre
50 riegue en torrentes la selva,
ni que lágrimas amargas
ablanden duras cadenas,
si viene tras la neblina
más oscura y más espesa,
55 el sol de la libertad
que a México regenera;
si tras la enlutada noche
de tres centurias eternas,

viene la aurora que rompe
60 con su fuego y sus centellas
de dura opresión el fierro
que polvo entre el polvo rueda,
si en vez de la esclavitud,
de ayes y de amargas quejas
65 se oyen cánticos de gloria,
se escuchan himnos de guerra.
Interrumpe, de repente,
el curso de sus ideas
y sus palabras de fuego,
70 un hombre que hasta ellos llega:
del sacerdote cristiano
envuelto en sotana negra,
de tez brillante y cobriza
como el gladiador azteca,
75 de ancha espalda, cuerpo altivo
y ojos negros que chispean;
corona negro azabache
su frente audaz y morena,
mirada de águila altiva
80 en sus ojos centellea;
de sus gruesos labios pende
palabra breve y severa,
que nunca dificultades
al brotar de ellas encuentra.
85 “Dios os guarde, mi maestro”
—dice—; y a Hidalgo se acerca.
El héroe sus ojos clava
sobre su frente serena,
y tendiéndole los brazos,
90 contra su seno la estrecha.
“¿A qué has venido, hijo mío?”
—pregunta con faz risueña—

y levantándose altivo
como si un fuego sintiera
95 dentro del alma, sagrado,
así Morelos contesta:
“En una oleada de fuego
hasta Carácuaro llega
vuestro grito en vibraciones,
100 vuestra partida violenta;
y yo que muerto vivía,
oí esa voz que despierta,
sentí bullir en mi alma
también una cosa nueva
105 que me hizo volar, dejando
mi curato y mis ovejas;
sólo escuché de la patria
esa tristísima queja
en que pide que rompamos
110 sus grillos de prisionera;
y he venido a vos, que sois
el que nombró en su defensa,
para ofrecer mi sangre,
si puede aliviar su pena”.

115 Conmovidos y gozosos,
los dos héroes le contemplan,
y en sus palabras vislumbran
toda una hermosa epopeya,
que el fuego del patriotismo
120 sobre su frente flamea,
y en su inspirado lenguaje
y en su apostura resuelta
y en su ademán adivinan
al genio para la guerra.

125 Ambos, al concluir, llorando
entre sus brazos le estrechan.

“Seréis grande” —dice Allende,
y le admira y le respeta—;
e Hidalgo exclama: “¡Hijo mío,
130 por siempre bendito seas!
vuelve a tu pueblo, y levanta
todas las tropas que puedas,
y a las comarcas del sur
lleva la santa bandera;
135 ve a Cuautla: allí está tu gloria;
después a Acapulco vuela,
a dondequiera sembrando
el germen de nuestra idea.
No desmaye tu hidalguía
140 ante ninguna barrera,
que el mundo entero te admira,
y de ti la patria espera
su redención y ventura,
la fusión de sus cadenas;
145 y por tu acción generosa
que México libre sea,
que la libertad te guíe,
que Dios te ayude en la empresa”.

YA EL sol con rojiza lumbre
150 traspone montes y selvas,
y sus rayos moribundos
tan escasa luz destellan,
que los árboles se visten
de sombras en la pradera,
155 y están oscuros los bosques
y aparecen las estrellas
brotando tras los celajes
en un cielo que azulea.

De Charo entre la campiña,
160 sobre amarillosa senda,
se ve flotar una sombra
que a breve paso se aleja:
es un hombre sin más bienes
que el mundo de sus ideas;
165 su pensamiento, su alma
y el corcel negro en que vuela,
en pos de inmortal corona,
sin elementos de guerra,
sin armas y sin bagajes,
170 sin soldados y sin tiendas
para la terrible lucha,
y sin más en su defensa
que el santo amor a la patria
y una fe constante y ciega.
175 Vuela, y el viento acaricia
aquella frente que quema,
y a cada uno de sus pasos
sobre la movible arena,
y al fuego de sus miradas
180 y al relinchar de su yegua,
las montañas se estremecen,
los vientos murmuran “guerra”,
el cielo se pone rojo,
los cadalsos se doblegan,
185 y en su trono, que vacila,
cobarde el tirano tiembla.
Y el ángel de la victoria
sus blancas alas despliega,
para seguir de Morelos
190 la brillantísima estela.

LA BATALLA DE ZACOALCO
(NOVIEMBRE DE 1810)*

LA CONFUSIÓN y el espanto
reinan en Guadalajara,
desque proclamó en Dolores
la libertad de la patria
5 el anciano cura Hidalgo
contra el dominio de España.

Presidente de la Audiencia
era Recacho —y con ansia—
un batallón provincial
10 que se arme al momento manda.

En un brevísimo tiempo,
dos compañías bizarras
de los ricos comerciantes
y jóvenes que en las aulas
15 sus estudios proseguían,
de orden suya se levantan;
y en la catedral la voz
de la sonora campana,
en son pausado y solemne
20 a hacer ejercicio llama
a los clérigos y frailes
y a la gente timorata,
que al mando del buen obispo,
y con intenciones santas,

* Joaquín Gómez Vergara: “La batalla de Zacoalco. (Noviembre de 1810)”, en *El Domingo* (29 de junio de 1873), núm. 29, pp. 398-399.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 18-22.

25 a acuchillar insurgentes
indignados se preparan,
formando un lucido cuerpo
que llamaron La Cruzada.
“¡Que vengan los insurgentes!
30 —tan bravos guerreros claman—;
que al ardor de nuestro pecho
y al herir de nuestra lanza
quedarán todos destruidos,
cual la tímida manada
35 de ovejas, que del león
provoca la fiera saña”.

En tanto, triste noticia
llena la ciudad de alarma,
y es que José Antonio Torres
40 —caudillo de excelsa fama—,
con sus numerosas huestes
dizque ha emprendido la marcha
hacia el dilatado valle
que de Atemajac se llama,
45 y en el cual tiene su asiento
la altiva Guadalajara.
El batallón provincial
se pone sobre las armas;
y aquellas dos compañías,
50 que forman la flor y nata
del comercio y de los jóvenes
de alcurnia más elevada,
se juntan en tren de guerra
y al combate se preparan.
55 Solamente su ilustrísima
y demás gente eclesiástica,
que al ejercicio salía

llamada a son de campana,
diligentes se ocultaron
60 en el rincón de su casa,
a pedir a Dios la muerte
de las insurgentes bandas.

DE TORRES el atrevido
vienen las huestes bizarras,
65 al pie de la altiva sierra,
por las extendidas playas.

El valor y el ardimiento
en los rostros se retratan
de la multitud guerrera
70 que alegre al combate marcha.
Por las playas hormiguan
las tropas diseminadas,
y alegres cantos entonan,
que el eco de las montañas
75 trueca en el grito de muerte
para el español que avanza.

¡Qué alegre va el insurgente
Antonio Torres! ¡Qué gala
y donosura las tuyas!
80 ¡Con qué donaire cabalga
sobre su negro caballo,
que impaciente el freno tasca!
Del cerro del Tecolote
a la enmarañada falda
85 llegan, por fin, los guerreros,
que no tienen por más armas

que unos viejos arcabuces
y hondas pedreras de malla.

Torres manda allí hacer alto,
90 y las indígenas bandas,
entre el bosque de huisaches
que flores mil embalsaman,
en un instante se pierden,
y grande silencio guardan.
95 Al frente del campamento,
y a una muy corta distancia,
entre la oscura arboleda,
se ven las paredes blancas
de Zacoalco y sus alturas,
100 por la gente coronadas,
que pide a Dios que proteja
a las insurgentes armas.

YA LAS playas de Zacoalco
pisa con serena planta
105 el ejército realista,
que a muerte segura marcha;
y al verle el valiente Torres,
con sus guerreros se lanza
sobre él, y un rudo combate
110 entre ambas huestes se traba.

A los tiros españoles
la sangre insurgente mancha

105 *Nota del autor:* “Este ejército se componía de quinientos hombres, al mando de don Tomás Ignacio Villaseñor, y de su segundo, don Salvador Batres. Uno y otro carecían de conocimientos militares”.

la seca arena, y las hondas
por los indios agitadas
115 producen roncossilbidos
y a miles las piedras mandan,
que la luz del sol ocultan
en nube negra y compacta.

Bien pronto los españoles
120 miran sus tropas cercadas
por los bravos insurgentes,
que en círculo extenso avanzan
al grito de “Independencia”,
estrechando las distancias;
125 y entonces Villaseñor
a sus voluntarios manda,
que para lograr sus tiros,
una pirámide humana
formen, y puedan así
130 combatir con más ventaja;
pero Torres, que lo advierte,
con voz poderosa clama:
“¡Que mueran los gachupines!”
Y las indígenas bandas
135 al enemigo se arrojan
y espléndido triunfo alcanzan.
Sus dos jefes prisioneros
quedaron, y Torres marcha

128 *Nota del autor:* “La noticia de esta famosa pirámide me ha sido dada por un testigo presencial que se halló en la batalla a las órdenes de Torres. Al ver los indios que eran cazados desde aquella altura por los realistas, se arrojaron sobre ella y derribaron la pirámide, matando a los que servían de base, y en la confusión y el desorden que produjo la caída, dieron muerte a todo el ejército realista, sirviéndose de las armas de éste como de mazas, y matando a golpes a aquella juventud inexperta”.

con sus tropas vencedoras
140 y ocupa Guadalajara.

HOY SEÑALAN todavía
el sitio de la batalla
dos cercadillos de piedra,
que las osamentas blancas
145 de aquellos bravos guerreros
dentro su recinto guardan,
bañadas de la laguna
por las rumorosas aguas.

EL INSURGENTE EN ULÚA*

*No es novedad en su esquivo
hado cantar el cautivo
con el son de la cadena.*

CALDERÓN: Darlo todo y no dar nada

I

HUNDIDO en húmeda cárcel
y de cadenas cargado,
un preso desventurado
mudo y abatido está.

5 Suspiros exhala el triste
por la amada que está ausente,
y vese lágrima ardiente
por su mejilla rodar.

Su dicha antigua recuerda:
10 cree mirar la luz del día,
pero en la tiniebla fría
se pierde aquella ilusión;

entonces da hórrido grito
que en la bóveda resuena,
15 y redóblase la pena,
martirio del corazón.

* Ignacio Rodríguez Galván: "El insurgente en Ulúa", en *El Año Nuevo de 1837*, pp. 57-60.

OTRA FUENTE: *Poesías*, t. I, *Composiciones líricas originales*, pp. 26-28.

Por libertar a su patria
del español orgulloso,
en castillo tenebroso
20 se le condenó a gemir.

Ni la muerte, ni alejarse
de su dueño le anonada;
su patria está esclavizada...
¿Podrá dejar de sufrir?

II

25 EN SU pecho la calma
el mísero sintió que renacía,
y el placer inefable ya tenía
enajenada su alma.

En su engaño impaciente
30 cree recobrar la libertad que anhela
así con ilusiones nos consuela
la acalorada mente.

En lugar del quebranto
que en sus gemidos antes anunciara
35 agora alza la voz robusta y clara,
y principia su canto.

III

“CUANDO de México
pise la arena,
luego mi pena
40 se calmará.

”Veré las lóbregas
montañas ásperas
donde aclamárase
la libertad;

45 ”donde la rápida
bala silbosa
muerte espantosa
dio al español;

”y el trueno horrísono
50 en grutas cóncavas
y rocas áridas
ronco sonó.

”¡Oh, sol benéfico,
allí ardoroso!
55 ¡Cuán delicioso
es tu calor!

”¡Oh, bellos árboles
donde grabárase
con buril sólido
60 mi tierno amor!

”Bajo ellos mi Ángela
se reclinaba:

yo la miraba
lleno de ardor;

65 "luego, exaltándose
mi amor frenético,
su seno mórbido
besaba yo".

IV

OYE ruido de cerrojos:
70 al punto suspende el canto,
y su corazón le dice
que vienen a libertarlo.

Ya se figura en su patria,
y ya se mira en los brazos
75 de la hermosa a quien adora
y de sus padres amados.

La puerta se abre: unos hombres
aparecen, y gritando
pregunta el mísero preso:
80 "¿La libertad...?" "—¡El cadalso!"

Noviembre 19 de 1936.

LA RETIRADA DE ACAPULCO*

- EL CASTILLO de Acapulco
—cubierto de espesa sombra—,
su torreón iluminaba
en noche tempestüosa;
5 alzaba la mar sus aguas
en negras, rugientes olas,
azotando las arenas,
rompiéndose entre las rocas.
Al pie de la fortaleza
10 está la insurgente tropa;
y en lo alto de las murallas,
la guarnición española
a la lucha se previene,
y proyectiles apronta.
15 Súbito se escuchan tiros,
y aquella gente furiosa
prorrumpe en gritos atroces
con que su odio pregona.
Salen del castillo fuera
20 los sitiados, y se arrojan
mil guerreros veteranos
contra unos pocos patriotas.
Resiste el primer empuje
del gran Morelos la tropa;
25 mas, ¡ay!, que al punto comienza
de los libres la derrota.
El insurgente, que mira

* Manuel de Olaguíbel: “La retirada de Acapulco”, en *El Domingo* (25 de mayo de 1873), núm. 24, pp. 329-330.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 102-103.

que a sus soldados destrozan,
y que huyen despavoridos
30 y el estandarte abandonan,
de este modo los devuelve
a su patria y a la gloria:
“Prefiero perder la vida
y no ver vuestra deshonra”.
35 “¡Pasad antes por mi cuerpo!”
—dice, y en tierra se arroja.
Corre al punto por el campo
su voz marcial y sonora,
y sus hombres se detienen,
40 y se retiran en forma.
En tanto, la mar terrible
alzaba rugientes olas,
azotando las arenas,
rompiéndose entre las rocas.

EL INSURGENTE
(LEYENDA MEXICANA, 1811)*

*A mi querido amigo
Juan Antonio Viesca*

I. LA DESPEDIDA

EN UN pueblo de Jalisco
que nobles títulos guarda
y cuyo nombre pregona
por todas partes la fama,
5 cabe una ventana ojiva
de triste y modesta casa,
sobre un caballo animoso
un joven guerrero estaba.
Lleva en el siniestro lado
10 la fiera y temible espada
de acero pulido y terso
y fábrica toledana.
A la copa del sombrero
sobresale aguda lanza,
15 y en el arzón de la silla
un par de pistolas carga.
La rienda contiene al bruto,
que impaciente se prepara
a partir con su señor
20 las glorias de la batalla.
En los ojos del guerrero
se ve brillando la llama,
que alienta su pecho altivo

* Manuel Amador Bejarano: "El insurgente. (Leyenda mexicana, 1811)", en *El Álbum Mexicano* (1849), pp. 327-335.

de valor y de esperanza.
25 La vista fija un momento
en la gótica ventana,
y acercándose impaciente,
da por seña una palmada.
La antigua puerta rechina
30 y asoma una joven dama,
tan bella como la luna
entre celajes de plata.
Deja entonces el caballo
y a la joven se adelanta,
35 y tomándole una mano
con sonora voz exclama:

“¡Oh mi bella, mi María:
la pasión que me sofoca
deja imprima, vida mía,
40 mi boca sobre tu boca!

”Sientan tus labios ardientes
el fuego que abrasa mi alma;
si tú, señora, lo sientes,
vendrá a mi pecho la calma.

45 ”A la guerra presuroso
voy en busca de la gloria:
el beso más amoroso
quiero dejarte en memoria.

”Allí pretendo un laurel,
50 que arrancaré con mi espada,
para ceñirte con él
esa frente delicada.
”De mi lanza, mi querida,

la flotante banderola
55 verás a tus pies teñida
en negra sangre española”.

“Alberto: detente; Alberto,
depón esa fiera saña;
mas quisiera verte muerto
60 que traidor al rey de España”.

“¿Yo traidor? ¿A quién...?” “Al rey”.
“Y dime, ¿con qué derecho
pretende imponer la ley
un vil tirano a mi pecho?

65 ”Mi frente sólo se humilla
a tu angélica beldad;
sólo doblo mi rodilla
a Dios y a la libertad.

”El tirano, que en el trono
70 inciensa vil cortesano,
sentirá el terrible encono
de un corazón mexicano”.

”¿Y si mueres...?”
“Norabuena,
habrá mil que me reemplacen,
75 y que esa horrible cadena
que nos liga despedacen.

”El valor y la esperanza
inflaman mi pecho ardiente;
del combate y la venganza
80 espero la hora impaciente.

”Y a tus brazos, vida mía,
volverá tu tierno amante,
rebosando de alegría
su corazón palpitante.

85 ”A tus pies pondré mi gloria
y escribiré con mi acero
tu bello nombre en la historia
de tu valiente guerrero...”

“¡Mi nombre con sangre escrito
90 de mi padre idolatrado!
Mil veces antes maldito
y para siempre olvidado.

”Mi padre sigue el pendón
de los reyes de Castilla,
95 que nunca en su corazón
cupó desleal mancilla.

”El rey es Dios en la tierra:
quien le ofende, a Dios ofende.
Olvida, Alberto, esa guerra
100 que un pueblo loco pretende”.

“¡María! ¡Cuánto te engaña
la ciega preocupación!
¿Quién supo, con sutil maña,
inducir tu corazón,

105 ”que el error engendró en él?
¡Ese error que tantos años
nos esclavizó cruel
con tan pérfidos engaños!

”Mas, ¡ay!, se acerca el momento
110 de volver del vil letargo,
y el pueblo dará violento
al déspota ejemplo amargo.

”La nación de ánimo llena
se agita toda: en pedazos
115 salta la férrea cadena
que ató tres siglos sus brazos;

”y al silbido de las balas
y al estruendo del cañón
tiende el águila sus alas
120 en el campo del león.

”Tú me amas, bella, ¿verdad,
virgen de la patria mía?
Y yo amo la libertad
como te amo a ti, María.

125 ”Por tu nombre, hermosa, juro,
de mi patria por el sol,
que mi pecho será un muro
siempre al poder español”.
.....

Esto dijo el insurgente,
130 cuando suena por señal,
en la montaña de enfrente,
bélico clarín marcial.
El corcel tasca la brida
hiriendo altivo la tierra.
135 Dice Alberto: “Adiós, mi vida!
¡Guerra a los tiranos, guerra!”

Y poniendo el labio ardiente
en el rostro de María,
le besa la hermosa frente
140 que rojo el pudor teñía.

“Alberto: ¡adiós! Tuya soy.
Así me dejas... te vas...”
“La patria me llama y voy.
¿Pero olvidarte...? ¡Jamás!”

145 Camino de la montaña
sobre su firme trotero
se ve un momento después
volar al joven intrépido.
Allá lo aguardan valientes,
150 denodados compañeros,
en cuyos pechos de bronce
late un corazón de fuego.
Cuando llega, lo reciben
con mil muestras de contento,
155 saludándolo por jefe,
por amigo y compañero.
Entre todos se mira uno
que más que los otros, tierno
lo abraza alegre y lo estrecha
160 entre sus brazos de hierro.
“Alberto, mi capitán...”
“Por Dios, me sofocas, Pedro”.
“¿Vio usted a la buena moza?”
“Sí, la vi. Cállate, necio.”
165 Camaradas: al combate,
que todo esté listo y presto;
se aproxima un escuadrón
de mercenarios iberos”.

“¡Muera España!” —le responden.
170 “¡Muera España! ¡Viva México!”

II. EL COMBATE

NO MUY lejos de aquel pueblo
donde pasó tal escena,
hay entre otras tan floridas
una ancha y verde pradera,
175 en que nacen sin cultivo
mil florecillas diversas,
que viven sin que ninguno
goce su aroma y belleza;
donde corren a su grado
180 muchas fuentes que la riegan,
sin que el hombre les demarque
el curso que seguir deban.
Alegres y juguetonas
derraman su linfa tersa
185 por donde mejor les place,
sin que nadie las contenga,
dando pasto al pajarillo,
que en sus aguas se refresca,
y que en mil amables trinos
190 la hermosa estación celebra
y la dulce libertad
que le dio naturaleza.
A cien pasos de aquel punto
un bosque hojoso se eleva,
195 donde mil gigantes pinos,
entre naranjos, moreras
y otros árboles distintos,
llevan sus copas soberbias

hasta las nubes que el cielo
200 con paso lento atraviesan.

Era una hermosa mañana
del mes de la primavera:
el sol entre albos vapores
parece que se despierta,
205 y dejando el blanco lecho
va a comenzar su carrera,
cuando en lo interno del bosque
se oye el son de una trompeta.
Muchos ecos que hasta entonces
210 ningún hombre conociera,
atronaron con sus voces
la pacífica floresta.
Los pájaros, azorados,
volaron a muchas leguas,
215 y hasta las fuentes callaron
su murmulante cadencia.
Pocos minutos después,
del bosque a salir empiezan
cien jinetes bien armados
220 de los pies a la cabeza,
que al mando del bravo Alberto
se forman en la pradera.
Uno de ellos en su lanza
lleva en la patriota enseña
225 de una imagen de la virgen
de Guadalupe, este lema,
con letras rojas escrito
entre dos águilas negras:
“¡Que mueran los gachupines,
230 o los *chinacates* mueran!”
De repente, otros cien hombres

asoman por parte opuesta,
y apenas se ven: furiosos,
en el combate se empeñan,
235 gritando unos: “¡Viva Hidalgo!”,
los otros: “¡Viva Calleja!”

Envueltos en una nube
que forma la polvareda,
nada puede distinguirse
240 de la reñida contienda,
porque pelean sin orden,
más iracundos que fieras;
sólo se escuchan los golpes
y gritos de “viva o muera”;
245 sólo se percibe el brillo
de aceros que centellean,
que se agitan y se pierden
entre aquella mole espesa,
de gentes y de caballos
250 que se separan, se acercan
y se chocan y se oprimen
y se apartan y se estrechan.
Pero nuevos combatientes
se mira luego que llegan:
255 su número formidable
a los dos bandos supera;
que se encuentran empeñados
en la batalla sangrienta.
Apenas llegan, rabiosos
260 toman parte en la pelea,
y con el sable en la mano
hacen la lucha más cruenta.
¿De cuál partido serán?
Gritaban: “¡Viva Calleja!”

265 Eran tropas emboscadas
que traidoras se escondieran
para sorprender mejor,
y cansar la resistencia
de los bravos *chinacates*,
270 que la traición no sospechan,
y siendo en número igual
siempre vencedores fueran.

Aún resisten los valientes
que Alberto capitanea;
275 aún se mira entre la turba
flotar su airosa bandera,
si bien hecha mil pedazos
y teñida en sangre negra;
aún se oye la voz robusta
280 del jefe que a la pelea
a sus compañeros llama
y con más vigor se empeña.
Crece el tumulto; las voces
ya se perciben apenas;
285 ya se pierden en un grito
que el vecino monte atruena.

¡Mas, ay, pobres insurgentes!
Es vana su resistencia:
si ellos tienen el valor,
290 los otros tienen la fuerza.
Ya se nota que los pocos
que van quedando flaquean
a la multitud cobarde
de enemigos que los cerca.
295 El grito de “¡viva Hidalgo!”
a debilitarse empieza,

ya no se oye; todos gritan:
“¡Victoria!” “¡Viva Calleja!”

III. EL PRISIONERO

EL SOL tocaba al ocaso,
300 cuando —camino del pueblo—
desciende una comitiva
que conduce prisioneros
al capitán insurgente
y otro tan leal guerrero
305 que no quiso abandonarlo
cuando supo estaba preso.
Cuarenta hombres los custodian,
porque menos tienen miedo,
que el capitán es valiente
310 y lleva a su lado a Pedro.
Atadas tienen las manos
por detrás los prisioneros,
con tan fuertes ligaduras
que penetran hasta el hueso.
315 Montados van en dos machos,
la vista fija en el suelo;
cubierto de polvo el rostro,
lleno de heridas el cuerpo.
Después de pasada una hora
320 del más profundo silencio,
con la voz más amistosa
dice el capitán a Pedro:
“Bravo, amigo. Te portaste
como valiente y guerrero;
325 mas, ¿por qué no te salvaste?”

“¿Estando usted prisionero?”
 “Pero no ves que tu vida
 tanto a la patria le cuesta”.
 “Siendo la de usted perdida,
 330 nada, capitán, vale ésta.
 Mal nos trata nuestra suerte
 este desgraciado día...”
 “Por mí no temo la muerte;
 pero la pobre María...
 335 cuando sepa que su amante
 está preso... Si quizá
 me va a ver agonizante
 en el cadalso, ¿qué hará?
 ¡Pobre niña! Ya su pecho
 340 la desgracia presentía
 cuando en inquietud deshecho
 adiós, adiós, me decía.
 ¡Oh, pobre niña! Yo fui
 quien labró tu desventura,
 345 yo quien los lazos tendí
 a tu alma sencilla y pura.
 ¡María! ¿Por qué me amaste?
 ¿Por qué de mi amor no huiste?
 ¿Por qué mi voz escuchaste
 350 y a su acento respondiste?
 ¿No sabías, inocente,
 que era yo un hombre precito?
 ¿No viste impreso en mi frente
 —con letras negras—: «Maldito»?
 355 Las rosas cambié en abrojos,
 en sangre teñí los lagos;
 sí, los miraron mis ojos;
 sí, les dio mi mano halagos.
 Como ese árbol, cuya sombra

360 cuanto cobija envenena,
así cuanto el labio nombra
llenó de amargura y pena.
Tu porvenir he sembrado
de punzadoras espinas;
365 de sangre, niña, he manchado
el sendero en que caminas.
¡Oh!, y tal vez —¡pobre María!—,
asomada en tu ventana,
presenciarás mi agonía
370 en el cadalso mañana...”
“Mi capitán, es terrible
semejante pensamiento...”
“Para ella será insufrible
tan horroroso tormento”.
375 “Pero me viene una idea:
el capitán enemigo
es su padre; y cuando vea
el llanto de su hija...”
“Amigo
—dice un soldado—: ya basta
380 de tanta conversación”.
“Maldita sea tu casta
—dijo Pedro—. ¡Maldición!”
El soldado, enfurecido,
su lanza clava en el pecho
385 del infeliz insurgente,
que en el acto quedó muerto.
Las facciones de su amigo
de furor se contrajeron,
y una lágrima en su rostro
390 se vio correr en silencio.
La soldadesca celebra
la acción de su compañero

con mil dichos insultantes
y mil sarcasmos groseros.

- 395 Ya se divisa de cerca
el caserío del pueblo:
en las puertas y azoteas
se agrupa un concurso inmenso,
ansioso de ver la entrada
- 400 del valiente prisionero,
que agobiado de tristeza
lleva la barba en el pecho,
los ojos bajos y el alma
presa de horrible tormento.
- 405 Así atraviesan las calles
en imponente silencio,
que interrumpen las mujeres
de la multitud diciendo:
“¡Qué lastima de muchacho,
410 tan lindo mozo!” “Me alegro
—dice una vieja—: sin duda
que éste es hereje, porque esos
que pelean contra el rey
son judíos y hechiceros,
415 como dice el señor cura
que lo dice el Evangelio”.
“¡Qué hereje ha de ser, señora,
si es aquel mocito Alberto...!”
Un grito se oyó terrible
- 420 en este mismo momento
salir por una ventana,
a cuya frente a ese tiempo
pasaba la comitiva
con el joven prisionero.

425 Cuando llegan a la cárcel,
encierran al pobre Alberto
en un calabozo oscuro;
le ponen grillos de hierro
y se destinan diez hombres
430 que guarden seguro al reo.

Ya era de noche. El concurso
poco a poco se ha disuelto;
en un grupo de mujeres
aún se habla del prisionero.
435 “¡Pobre María! —dice una—,
si lo que dicen es cierto”.
“¿Pues que dicen?” —le preguntan—:
“Que era su novio ese Alberto,
y que al pasar por su casa
440 dio la pobre un grito, y luego
se desmayó”. “¡Quién le manda!
La culpa se tiene de eso,
enamorarse de un brujo...”
“¿Cómo brujo?” “Sí, hechicero,
445 pues todos los insurgentes
tienen un pie en el infierno”.
“¡Pobre muchacha! ¿Y su padre?”
“Su padre no entiende de eso:
ya mañana muy temprano
450 se arreglará con su yerno”.
“Si no es que esta misma noche
se va por un agujero,
o el diablo para salvarlo
lo transforma en un murciélago”.
455 “Yo ya le digo, comadre:
desde la aurora me vengo”.

“Yo también, hasta mañana”.
“Sí, mañana nos veremos”.

IV. EL SUPPLICIO

APENAS brilla la aurora
460 entre árboles matutinos,
cuando se observa en el pueblo
un numeroso gentío,
que espera la hora impaciente
de gozar el atractivo
465 que el espectáculo triste
de aquel bárbaro castigo,
siempre a los ojos sangrientos
del pueblo bajo ha tenido.

En el centro de la plaza
470 por todo preparativo
se mira un enorme tronco,
y un hombre de aspecto altivo,
en cuyo exterior terrible
y mirar fiero y sombrío
475 se conoce desde luego
que es el de matar su oficio.
Los brazos tiene cruzados
sobre su pecho fornido,
y la cabeza inclinada
480 le da cierto aire maligno,
semejante al de la hiena
cuando su presa ha olido.
Un hacha puesta en el tronco
que el hombre ve, de hito en hito,

485 con una expresión mezclada
de fiereza y de cariño;
es el único instrumento
que requiere su ejercicio.
El pueblo lo mira todo,
490 tan sereno y tan tranquilo,
cual si sólo se tratara
de fiestas y regocijos.
Cada uno quiere acercarse
por ver mejor el suplicio,
495 y se empujan unos a otros,
se revuelven con ahínco,
agitándose en mil olas
como un mar enfurecido.
Los contiene con sus lanzas
500 una cuadrilla de esbirros,
que se halla formada en cuadro
al derredor del patíbulo.

Un murmullo de impaciencia
se escucha en varios corrillos,
505 que se ven formados fuera
del numeroso gentío.

“¡Ah, comadre, qué ansia tengo!
le digo que ni he dormido,
pensando toda la noche
510 venir a ver el castigo.
Me da lástima el muchacho,
a pesar de que ya he dicho
es hereje, y con mis manos
quemara yo esos judíos.
515 Pero este Alberto, tan joven,
y luego bien parecido,

y amante de la muchacha
más garrida que yo he visto,
da compasión, ¿es verdad?
520 Tal vez los malos amigos,
el diablo que lo tentó
con sus halagos malditos,
y estos jóvenes del día
que la dan por atrevidos:
525 todos la echan de insurgentes,
hablan que da regocijo
de libertad, y que el rey
es como cualquier vecino”.

En otro corrillo se habla
530 de que los guardas han visto
sobre la prisión de Alberto,
esa noche, un fuego lívido
de resplandor misterioso,
y que oyeron el graznido
535 de un enorme tecolote,
que al parecer era el mismo
Satanás, que vino a ver
a su joven protegido.

Mientras tanto que esto pasa
540 en el lugar del patíbulo,
en una casa del pueblo
—de aspecto triste y sombrío—,
se ve una mujer que llora
delante de un crucifijo,
545 y un anciano alto y robusto,
en ademán pensativo,
que hijos tiene en la joven
sus ojos humedecidos.

Ya se escuchan las campanas
550 que con lúgubre sonido
anuncian se acerca la hora
del espantoso suplicio.
El anciano palidece
de terror sobrecogido;
555 la triste joven lo mira,
dando un profundo suspiro.

“¿Oyes, padre...? Ya se llega
el fatal, triste momento:
ten piedad de mi tormento
560 o tu hija al verdugo entrega”.
“Aguarda aún, criatura,
no acrescites tu dolor:
ten esperanza y valor,
que tal vez el señor cura
565 conseguirá por su influjo
otorgue el pueblo la gracia
de ese joven; por desgracia,
lo creen hereje y brujo.
Pero espera, no desmayes;
570 tu ardiente oración prosigue,
que el llorar nada consigue
ni se hace nada con ayes”.

La joven, arrodillada
a los pies del crucifijo,
575 siguió su triste plegaria
con el semblante afligido,
de lágrimas inundado,
y el anciano pensativo
salió de aquel aposento,
580 al anunciarle un esbirro

lo esperaba el señor cura
en otro cuarto contigo.

- “Señor don Juan —dice el cura—,
todo está ya preparado:
585 el pueblo desesperado,
con impaciencia murmura;
se aguarda para el suplicio
vuestra orden”. Con labio tardo
—dice don Juan—: “Y yo aguardo
590 que vos me hagáis un servicio”.
“Caballero, cuanto exija
vuestra bondad de mi parte...”
“Los cumplimientos aparte,
quiero que me salvéis a mi hija”.
595 “¿María...? Con mucho gusto.
Luego que se entierre el muerto,
yo vendré... ¿Tiene algún susto?”
“Lo que tiene es que ama a Alberto”.
“¿Lo ama? ¡Dios omnipotente!
600 ¿Y cómo puedo salvarla?”
“Conseguiréis libertarla
libertando al insurgente”.
“¿Yo librar a un enemigo
del rey...? Pero no lo entiendo...
605 ¿Sabéis lo que estáis diciendo...?”
“Sí, sé muy bien lo que digo”.
“¿Sabéis que si otros oyeran
eso que habéis pronunciado,
en vez de un ajusticiado
610 dos ajusticiados fueran?”
“Nunca fue traidor mi pecho
al monarca ni a la ley;
pero en caso tan estrecho

más amo a mi hija que al rey.
615 En ella tengo un recuerdo:
la memoria de su madre;
con ella todo lo pierdo...
¡Tened compasión de un padre!
En cien combates probada
620 tengo mi leal nobleza:
por el rey mi vida es nada,
por él daré mi cabeza.
Pero mi hija es mi ventura,
mi hija es aun más que mi vida;
625 es más que el rey, más querida
que el propio honor, señor cura.
Nunca abandoné cobarde
las banderas de Castilla;
pero mi hija —¡pobrecilla!—,
630 si puedo salvarla...”

“Es tarde”.

“Vos, padre, por vuestro influjo,
podéis con discreta maña
decir al pueblo se engaña
en juzgar a Alberto brujo.
635 Hacedlo por compasión;
ved que con él mi hija expira;
decidle cualquier mentira,
que miráis una visión,
que os habla una voz del cielo
640 y os encarga lo salvéis...
¿Pero calláis...? ¿Pero reís...?
¡Tenéis el alma de hielo!
Pedid siquiera se aguarde
un día y... ya veremos
645 si así salvarle podemos,
y a mi hija con él...”

“Es tarde
—don Juan—: la pasión os ciega;
tenéis alma muy sensible:
dadme la orden, la hora llega”.
650 “Salvad a mi hija...”
“Imposible!”
“¡Oh!, yo lo mando: que Alberto
quede libre, ¿entendéis vos?”
“Pues, señor, en vez de un muerto
tendremos entonces dos”.
655 “Señor cura, responsable
de mi indignación no salgo;
sois un monstruo abominable:
¡Insurrección! ¡Viva Hidalgo!”

El cura, precipitado,
660 se encamina hacia el patíbulo
y acusa como rebelde
—ante el pueblo allí reunido—,
a don Juan, ganando el ánimo
del impaciente gentío,
665 que ansioso de sangre pide
se le conduzca al suplicio,
y que junto con Alberto
se le dé el digno castigo.

.....
El pobre don Juan estaba
670 cada vez más afligido,
contemplando a su triste hija

668 *Nota del autor*: “Nadie ignora la parte que el clero mexicano tomó desde un principio en la gloriosa Guerra de Independencia; pero también es sabido que no faltaron entre él defensores acérrimos del gobierno español”.

con ojos enternecidos,
que aún continuaba llorando
a los pies del crucifijo,
675 cuando se escuchan afuera
el tropel y grandes gritos
del pueblo, que pide mueran
don Juan y Alberto reunidos.

Presuroso, a la ventana
680 se acerca don Juan, seguido
de la inocente María,
que casi perdido el juicio
ni escucha las amenazas
de aquel pueblo enfurecido.

685 A ese tiempo se dirige
a la plaza del suplicio
una tropa que conduce
a Alberto para el patíbulo.
Al pasar por la ventana
690 donde María ha salido,
lo ve la joven, y cae
desmayada, dando un grito.

Aquella voz hirió el pecho
de Alberto, que estremecido
695 volvió el rostro hacia la parte
donde salió... “Vamos, hijo
—dijo el cura, que a su lado
le señalaba el camino—:
levantad lejos del mundo
700 vuestro pensamiento; fijo
tenedlo en Dios, en el cielo,
que veréis luego, ahora mismo”.

“¡María!” —responde Alberto,
cual si no lo hubiera oído.

V. LA HORA

- 705 SE ESCUCHA un murmullo sordo,
las tristes campanas doblan;
Alberto llega al suplicio,
la gente al redor se agolpa;
el verdugo toma el hacha,
710 la manga en el brazo dobla
y hace seña a los esbirros
que a la víctima dispongan.
Con una cuerda le amarran,
le desnudan de sus ropas,
715 sin que él haga resistencia,
sin que parezca lo nota.
Lo aproximan junto al tronco
y le mandan que se ponga
tendido en tierra: obedece;
720 y luego el cuello coloca
sobre el tronco, donde fieros,
bruscamente le acomodan.
En semejante actitud
su cabellera lustrosa
725 caía, barriendo el suelo,
en mil sortijadas ondas.
Entonces, en las pestañas
del pobre insurgente asoma
una lágrima brillante...
730 ¡Pero una lágrima sola!

A alguna distancia, luego
 un grupo de hombres se nota,
 que va arrastrando al cadalso,
 con furor, otra persona:
 735 era don Juan; su pobre hija
 le seguía como loca,
 dando inútiles clamores,
 pidiendo a Dios la socorra.

 A este tiempo, del reloj
 740 una campana sonora
 daba las doce... El gentío
 con más violencia se agolpa
 al patíbulo, gritando
 en mil voces: “¡La hora! ¡La hora!”
 745 El cura, junto al verdugo,
 el “Credo” en voz alta entona,
 que el populacho repite
 con voz sonora y devota.

 “¡Viva México!” —se escucha
 750 al mismo instante—: una tropa
 de aguerridos *chinacates*,
 ha llegado presurosa
 a libertar a su jefe,
 impuestos de la derrota
 755 que sufrieron los valientes
 que mandó con tanta gloria,
 decididos a salvarlo
 de la muerte a toda costa.
 “¡Viva Alberto!” —repitieron—
 760 y con ansiedad furiosa
 arremeten a la turba,
 que a torrentes se desborda,

dejando la plaza libre
a la banda triunfadora,
765 que proclama a grandes gritos:
“¡Independencia! ¡Victoria!”
Alberto, luego que oyera
aquella voz salvadora,
se levanta, hace un esfuerzo,
770 y saltan las cuerdas rotas
que ataban sus manos. Vuelve,
y el hacha asesina toma,
que el verdugo sorprendido,
sin resistir, le abandona;
775 la levanta con violencia,
triunfante, amenazadora,
y al verdugo la cabeza
de un solo golpe le troncha.

.....

Aquella cabeza horrible
780 dio una mirada espantosa;
sus labios se contrajeron
por una convulsión bronca,
y una saliva sangrienta
vino a asomar a su boca.

.....

785 Otra víctima buscaba
Alberto, encendido en cólera,
cuando una joven se acerca
y entre sus brazos se arroja.
Es la inocente María,
790 que después de tal congoja,
apenas resiste el júbilo
en que su pecho reboza,
temiendo falaz engaño:
sueño que su mente forja

795 la ventura inexplicable
que su alma sencilla goza,
cuando Alberto, arrebatado,
un beso imprime en su boca,
buscando en sus tiernos ojos
800 una mirada ardorosa.

.....

En la torre de la iglesia
una bandera tremola;
tiene pintada la virgen
de Guadalupe, patrona
805 de los bravos insurgentes,
y escrito con letras rojas,
entre dos águilas negras:
“¡Independencia! ¡Victoria!”

Zacatecas, 1849.

VALDIVIA-CUREÑO*

I

- “¡AGUA!” —gritan los soldados
caminando en el desierto,
y laguna cristalina
aperciben a lo lejos.
- 5 Arrastrándose prosiguen,
y cuando juzgan, sedientos,
que va a calmarse en las aguas
de sus gargantas el fuego,
la vista vuelven confusos,
- 10 y por do pasaron ellos
ven retratarse en las ondas
del astro rey los reflejos.
Así, Rayón y sus hombres,
entre crüeles tormentos,
- 15 llevaban el estandarte
de la patria y sus derechos.
La perfidia sobre un grupo
arrojaba su veneno,
y un general, a su jefe,
- 20 le dirigía estos conceptos:
“O aceptamos el indulto
que nos ofrece el gobierno,
o por fin de la campaña,

* Manuel de Olaguíbel: “Valdivia-Cureño”, en *El Domingo* (15 de junio de 1873), núm. 27, pp. 365-366.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 57-60.

19 *Nota del autor*: “Ponce”.

como Hidalgo moriremos.
25 Sin armas, sin municiones,
serán vanos los esfuerzos,
y nuestros pobres soldados
estarán muy pronto muertos”.
Rayón dice: “Dadme un plazo,
30 general, y yo os prometo
que si continúan las penas,
a lo que pedís, accedo”.
“Capitán —dice un soldado—:
oíd mi humilde consejo,
35 y si hacéis lo que yo os digo
salud con honra tendremos.
En esa hacienda cercana,
que está sobre aquel otero,
hay guarnición española;
40 pero hay agua, y quiso el cielo
que yo pudiera en la noche
sacar este jarro lleno;
tomad pronto, y al asalto,
porque el triunfo ha de ser nuestro”.
45 Oye el capitán y dice:
“Con cien hombres no más cuento;
pero me inspiran confianza:
esta noche marcharemos”.

II

ESTANDO el pequeño grupo
50 de soldados en acecho,
un cañón abandonado

46 *Nota del autor:* “Quinientos hombres guarnecían la hacienda”.

miran brillar a lo lejos,
 y todos piensan lo mismo:
 arma inútil en el suelo,
 55 mas formidable, elevada
 dos cuartas sobre el terreno;
 derribando el débil muro
 llegaríamos hasta el centro.
 Mas, ¿qué hacer sin las cureñas?
 60 Preciso es que le dejemos.
 “Aquí estoy —dice Valdivia,
 un atlético guerrero,
 el mismo que un poco antes
 al capitán dio un consejo—:
 65 si el cañón habéis hallado,
 también cureña, yo puedo
 sostenerlo en mis espaldas
 y el muro derribaremos”.
 Cae de rodillas, le amarran
 70 el cañón con lazo estrecho;
 una bala de la hacienda
 llega y mata un artillero;
 el cañón cargan al punto
 y se oye la voz de “fuego”,
 75 la detonación se escucha,
 la multiplican los ecos
 en las montañas distantes;
 pero el héroe está en su puesto.
 “Y bien —exclama el soldado—:
 80 ¿estuvo el tiro certero?”
 Otra vez la pieza cargan
 y se repite el estruendo,
 y otra vez; mirad al muro,
 derribado está en el suelo.
 85 Mas Valdivia lanza un grito

desgarrador, lastimero;
causan el triunfo sus nobles
y patrióticos esfuerzos,
pero los golpes terribles
90 dejan torcido su cuerpo,
como la caña en los bosques
a los impulsos del euro.
Los insurgentes asaltan
y de la hacienda son dueños;
95 y Rayón, a sus soldados,
de gozo indecible lleno,
pudo decir: “Aquí hay agua,
nuestra marcha continuemos”.
Y en tanto queda Valdivia
100 como tosco, inútil leño,
que arroja el mar en la costa
después de huracán funesto.
Y este hombre grande, sublime,
y de un valor tan excelso,
105 es conocido en la historia
con el nombre de «Cureño».

HIDALGO*

Al señor don Francisco Mejía

I

CUAL LAS aguas del arroyo
que corren murmuradoras
en la risueña campiña
formando apacibles ondas,
5 y en cuyas linfas retrata
el cáliz de tiernas rosas,
que sobre su tallo erguidas
vierten suavísimo aroma;
así un respetable anciano,
10 pacífico y sin zozobras,
lleno de dicha y ventura
correr las felices horas
contempla tranquilamente
de su existencia preciosa
15 en el pueblo de Dolores,
tan celebrado en la historia.
Digno pastor de la Iglesia,
su alta misión no abandona,
y en su corazón gigante
20 santa virtud atesora.
Ajeno de acerba angustia
y de terribles congojas,
cumple fiel con los deberes

* Diego Bencomo: "Hidalgo", en *El Federalista. Edición Literaria* (13 de agosto de 1873), núm. 5, pp. 71-73.

OTRA FUENTE: EFEL 1874: *El Federalista. Edición Literaria* (10 de mayo de 1874), núm. 17, pp. 195-196, sin la dedicatoria ni la fecha.

de su carrera piadosa.
25 Auxilio eficaz les presta
a todos los que lo invocan,
ora enjugando benigno
las lágrimas del que llora,
o bien llevando el consuelo
30 del infeliz a la choza,
en cuyo pobre recinto
la acerba desdicha mora...
Ese patriarca es Hidalgo,
el cura de la parroquia
35 de aquel pueblo, cuyos hijos
con entusiasmo le adoran.
Sobre su frente se ostenta
de las virtudes la aureola,
frente a ceñir destinada
40 del martirio la corona.

II

Así el venerable anciano,
de los sacerdotes honra,
pasaba su humilde vida
en la comarca dichosa.
45 Tan venerado y querido
de todos los que allí moran,
que por su trato amoroso
padre del pueblo le nombran.

27 ora: *oro*, por errata EFEL 1874.

31 pobre: *pobro*, por errata EFEL 1874.

44 comarca: *comurca*, por errata EFEL 1874.

Él, al parecer, gozaba
50 de una vida venturosa,
sin que su frente la anuble
de los pesares la sombra.
Pero un torcedor constante,
que hasta durmiendo le acosa,
55 amargaba eternamente
de su existencia las horas.
Y era el mirar agobiados,
llenos de angustia y congojas,
a sus hermanos queridos
60 en esclavitud odiosa.
Noble indignación sentía
ver la raza vencedora,
tan tirana como injusta,
tan crüel como ambiciosa,
65 haciendo pesar el yugo
de la opresión española,
sobre la raza vencida
que esclava ante el mundo llora.

III

EL PATRIARCA de Dolores,
70 de alma noble y generosa,
que amor y bondad sublimes
su corazón atesora,
concibe gigante idea
cuya magnitud le asombra;
75 piensa en romper la coyunda
de la tiranía odiosa;
piensa en salvar a su pueblo
de la férula española,

pueblo que ha tres siglos vive
80 maniatado a la picota.
Su afán es salvar la patria
de la abyección ominosa
en que la tiene sumida
la raza conquistadora,
85 como Jesús salvó al mundo
con sus doctrinas preciosas,
que en una cruz enclavado
murió, consumando su obra.
El piadoso anciano jura,
90 que de su existencia a costa,
hará que el pueblo cautivo
sus férreas cadenas rompa.

IV

ERA el quince de septiembre...
Una noche misteriosa
95 sobre el pueblo de Dolores
extendió sus negras sombras,
envolviendo con su manto
las cabañas y las chozas,
en donde tranquilamente
100 sus habitantes reposan.
La atmósfera está sin nubes,
mil estrellas brilladoras,
cual luciérnagas celestes
el limpio espacio tachonan...
105 Son las doce de la noche,
noche imborrable en la historia;
las campanas de la iglesia
pausadamente redoblan,

llamando a los feligreses
110 que a la oración los convoca,
para que en aquel momento
concurran a la parroquia.
Y antes que el alba riente,
con su luz esplendorosa,
115 a disipar empezara
del cielo las negras sombras,
estaban allí reunidos.
Con una voz poderosa
el cura Hidalgo les dice:
120 “Hijos míos, llegó la hora,
merced a nuestros esfuerzos,
si Dios no nos abandona,
de que termine esa vida
que lleváis ignominiosa;
125 llegó el momento sublime
de que se acabe ya toda
tiranía sobre el pueblo,
que el yugo ya no soporta;
y de que al grito solemne
130 de *independencia* se rompan
esas bárbaras cadenas
de la esclavitud odiosa.
Y que México mañana,
al ver sus cadenas rotas,
135 alce la frente altanera
que hoy sin esperanza dobla,
para que luego arrojando
los grillos que la aprisionan,
salude a los pueblos libres
140 que el despotismo vil odian”.

135 frente: *frenta*, por errata EFEL 1874.

Y los que ayer eran sólo
vasallos de la corona,
que gemían bajo el yugo
de la opresión española,
145 a las palabras del cura,
magnéticas, poderosas,
de abyectos y humildes siervos
en guerreros se transforman...
Fue así como Hidalgo, al frente
150 de su improvisada tropa,
inició la *Independencia*,
para gloria de su gloria.
.....
.....
El dieciséis de septiembre
sonrieron dos auroras:
155 una fue del nuevo día,
de la libertad la otra.

V

DESPUÉS de que el gran Hidalgo
hizo alzarse presurosas,
al grito de *Independencia*,
160 doquier insurgentes tropas;
después de haber difundido
en las poblaciones todas
su noble y gigante idea,
noble y regeneradora;
165 después de haber arrostrado,
entre bosques y entre rocas,
los peligros inminentes
de la guerra aterradora,

sin más baluarte ni escudo
 170 que su abnegación grandiosa,
 más fuerte que los cañones
 de las huestes españolas;
 después, en fin, de diez meses
 de iniciada su gran obra,
 175 obra sublime que tuvo
 a la justicia por norma,
 plugo a la adversa fortuna
 —que hasta a los grandes acosa—
 cayese entre los esbirros
 180 de la nación opresora.
 Presa de aquellos sayones,
 que aniquilarlo ambicionan,
 a Chihuahua le conducen
 al son de marciales trompas.
 185 En situación tan difícil,
 su altiva frente no dobla,
 frente a ceñir destinada
 del martirio la corona.
 Y allí tiranos crüeles,
 190 por infamarlo en la historia,
 le fusilaron, creyendo
 darle una muerte oprobiosa.
 Mas de la sangre fecunda
 del eminente patriota,
 195 nació el árbol bendecido
 de la libertad hermosa...
 Voló su espíritu al cielo,

174 su: *la* EFEL 1874.

189 allí: *allí sus* EFEL 1874.

192 *Otra redacción:*

darle muerte ignominiosa EFEL 1874.

donde los mártires moran,
y alzóse al pie del cadalso
200 el pedestal de su gloria.

México, julio de 1873.

LA CAMPANA DE DOLORES*

A la niñez de la República

I

ERA un pueblo, era una aldea
entre moreras frondosas
y parras de hojas lustrosas,
en donde el sol espejea.
5 El ambiente juguetea
en el campo solitario;
cada rosa es incensario
que mece al pasar la brisa,
y a lo lejos se divisa
10 la aguja del campanario.

II

YA VA la noche avanzando,
las calles están desiertas;
y de ventanas y puertas
que pausadas van cerrando,
15 se escuchan de vez en cuando
los aldabones de hierro:
y allá en el lejano cerro,

* Juan A. Mateos: *La campana de Dolores*, 32 pp. Dedicatoria fechada el 15 de septiembre de 1880.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. II, pp. 143-157, sin autor, sin dedicatoria y omite la numeración en romanos.

como una loca que llora,
oyéndose está a deshora
20 el triste aullido del perro.

III

SÓLO tras de la vidriera,
en la ventana del cura,
estrella en la sombra oscura
y que triste reverbera,
25 hay una luz: luz postrera
que se extingue hasta muy tarde;
de vigilia haciendo alarde
en la soledad inmensa;
es que un cerebro allí piensa
30 junto a la lámpara que arde.

IV

ALLÍ está el hombre inmortal,
reclinada la cabeza
en la tallada corteza
del respaldo del sitial.
35 Sus ojos no dan señal
de ver lo que le rodea;
y es que acaso centellea
en su cerebro profundo,
llevada de mundo en mundo,
40 la vibración de una idea.

V

QUIEN pudiera penetrar
por el velo de su mente,
hallara allí la imponente
tormenta como en el mar;
45 es que de tanto pensar
no se comprende a sí mismo,
y en alas del fatalismo
él y su genio, los dos,
como en el génesis Dios,
50 caminan por un abismo.

VI

AVANZA la sombra oscura
que cubre el pueblo y el valle,
cuando se oye por la calle
el golpe de la herradura.
55 Llega una cabalgadura,
y la puerta del curato
abriéndose a poco rato,
le da a un jinete la entrada;
la puerta queda cerrada
60 y él entra con gran recato.

VII

SALE a su encuentro el anciano
lleno de inquietud y afán;
y el valiente capitán
le besa al cura la mano.

65 Al mirar al veterano,
de su apostura al través,
la vista duda si es,
por lo audaz y lo bizarro,
un capitán de Pizarro
70 o un cabo de Hernán Cortés.

VIII

HAY UNA dura expresión
de su rostro en el contorno,
y revelan su trastorno
los golpes del corazón;
75 rasga el airado infanzón
los ojales de su peto,
y como un cartel de reto
que duelo de muerte anuncia,
saca un papel que denuncia
80 la violación de un secreto.

IX

DENUNCIA que fue arrancada
por miedo y terror profundo,
de labios de un moribundo
en la postrera boqueada:
85 cuando ya sintió quebrada
el ala de la existencia,
del sacerdote en presencia,

75 *infanzón*: “Hidalgo que en sus heredamientos tenía potestad y señorío limitados” [DRAE].

por obtener el perdón,
consintió en la delación.
90 ¡Así te burlan, conciencia!

X

SINTIÓSE herido el poder
a tan formidable amago;
oponiéndose al estrago,
a Hidalgo manda prender;
95 pero una santa mujer,
a quien Dios señalar quiso,
mira la orden de improviso,
el gran secreto sorprende,
y angustiada manda a Allende
100 el más oportuno aviso.

XI

A LOS postreros fulgores
del muerto sol de occidente,
parte el capitán valiente
hacia el pueblo de Dolores;
105 viento y lluvia en sus furoros,
nada son para su brío:
el vuelo de su albedrío
no hay quien detenerle pueda,
y al triste toque de queda
110 penetra al pueblo sombrío.

XII

¡HIDALGO es la inteligencia
de aquella gigante trama,
y su labio es quien aclama
al Dios de la Independencia!
115 Mas, ¡ay!, que ya una sentencia,
fragor de rayo potente,
va a caer sobre su frente
hundiéndole en el ocaso.
¿Quién puede avanzar el paso
120 sobre de la mar rugiente?

XIII

“¡LA MUERTE!” —el capitán grita
y su frente se oscurece;
el sacerdote enmudece
por largo rato y medita;
125 mueve los labios, se agita,
y sin esperanza alguna,
viendo extinguirse una a una
las ilusiones que abarca,
con fe se tira a la barca,
130 cual César y su fortuna.

XIV

A SUS ojos se presenta
la batalla aterradora;
y su voz atronadora
invoca la lid sangrienta.

135 Al enemigo no cuenta:
mira a sus soldados fieles
cosechando sus laureles,
de la batalla a las luces;
relámpago de arcabuces
140 y revolver de corceles.

XV

AIRADO torna la vista,
y a la luz de su memoria,
mira revivir la historia
terrible de la Conquista.
145 ¡Ah!, ¿quién habrá que resista
a su espada vengadora?
Ya de otro siglo en la hora
su ánimo audaz no se arredra,
y salpica al dios de piedra
150 la sangre conquistadora.

XVI

SU CORAZÓN se reviste
de una coraza de acero,
y busca airado al guerrero
que con más ardor embiste.
155 Penetra en la Noche Triste,
y tal su despecho es,
que de la sombra al través
ve al conquistador tirano
llorar, y en su misma mano
160 bebe el llanto de Cortés.

XVII

- MIRA la terrible hoguera
donde Guatimoc perece;
y hasta un genio le parece
que le entrega una bandera.
165 Con el aliento quisiera
luchar, y fiero luchara,
hasta que rudo alcanzara,
de venganza como ejemplo,
poner sobre el mismo templo
170 de Huitzilopstle el ara.

XVIII*

- ENTRAR a saco en la tienda
del conquistador verdugo,
rompiendo el infame yugo
al furor de la contienda;
175 quitar del pueblo la venda,
entregarlo a sus furores,
y de orgullosos señores
humillando la bravura,
apagar con sangre impura
180 la hoguera de sus mayores.

* *Om.*, las estancias XVIII, XIX y XX RGI 1910.

162 Guatimoc: *Cuaubtémoc* RGI 1910.

170 Huitzilopstle: *Huitzilopochtli* RGI 1910.

XIX

PENETRAR en las ciudades
tras un asalto violento,
con el ímpetu del viento
que arrastran las tempestades.
185 A las futuras edades
llevar un mote de honor,
y con arrojo y valor,
en el nombre de la guerra,
volver a ocupar la tierra
190 que aún guarda el conquistador.

XX

Y LAS feudales murallas
derribar a los embates,
y redoblar los combates,
centuplicar las batallas,
195 quebrantar las fuertes mallas
a los rudos golpes fieros
de la lanza y los aceros;
después escarbar la tierra
y echar al campo de guerra
200 cenizas de aventureros.

XXI

TENDER osado la vista,
y al correr de sus corceles,
ir hollando los laureles
que arrebató la conquista.

205 Hallar, como un fatalista,
en las sombras del camino,
la clara estrella del sino,
cuyo fulgor reluciente
daba un mundo independiente
210 como cifra del destino.

XXII

COMO un relámpago ardiente
que en el cielo centellea,
rápida cruzó la idea
por el campo de su mente;
215 volvió la vista doliente
hacia un santo crucifijo:
nadie sabe qué le dijo,
pero algo terrible fue,
que el sacerdote de pie
220 estuvo un momento fijo.

XXIII

MURMURÓ después en calma:
“Eres luz, libertad, gloria;
de tu martirio la historia
se conserva en una palma;
225 ves el fondo de mi alma,
inspírame con tu aliento;
al oscuro pensamiento
que brota en mí, dale luz.
¡Ah, tú has muerto en una cruz
230 y yo mi muerte presiento!

XXIV

”¡QUE MI hora postrera sea
cuando yo mire seguro
en el horizonte oscuro
el porvenir de mi idea!
235 ¡La ardiente luz que flamea,
haz que mi mano no arroje;
aunque tu justicia enoje,
en tu altar yo la encendí;
este suelo en que nací
240 deja que mi sangre moje!”

XXV

LA AUGUSTA calma recobra,
y queda parado entonces
como una estatua de bronce,
sin inquietud ni zozobra.
245 Mide lo inmenso de su obra
y mantiene un rato largo,
en parasismo o letargo,
entre dormido y despierto,
y como Cristo en el Huerto,
250 apura el cáliz amargo.

231 hora: *honra*, por errata RGI 1910.

247 parasismo: *paroxismo*: “Exaltación extrema de los afectos y pasiones” [DRAE].

XXVI

EL TIEMPO corre insensible,
y el capitán, impaciente,
interrumpe de repente
aquel silencio terrible.
255 “¡Salvarnos es imposible:
morir sin nombre y sin gloria,
sin dejar una memoria,
cuando el corazón alienta...!
¡Oscura mancha de afrenta,
260 donde eche un velo la historia!

XXVII

”LA PATRIA tu sangre pide
—dijisteis entusiasmado—;
y yo, patriota y soldado
que nunca el peligro mide
265 la ofrezco, y hoy se decide
el azar que voy buscando;
al destino estoy rogando
que temple mi duro acero,
porque a rendirme prefiero
270 morir en la lid matando!

XXVIII

”¡COMBATIR hasta vencer
sosteniendo una bandera!
¡Y si es preciso que muera,
lidiar hasta perecer;

275 no como débil mujer
que llora tras la muralla,
ir al combate sin malla,
y envolverme temerario
en ese blanco sudario
280 del humo de la batalla!”

XXIX

CALLÓ el joven; del anciano
en la pálida mejilla
lágrima candente brilla;
gota que encierra el arcano
285 de aquel valor sobrehumano
que ya su mirada advierte.
Con pulsación ruda y fuerte
tiende al capitán los brazos,
y sellan aquellos lazos
290 el heroísmo y la muerte.

XXX

“Así os quiero, capitán”
—dice con tranquilo acento,
descubriendo el pensamiento
que mueve su eterno afán.
295 “¿Dónde las huestes están?”
Dice Allende: “¡No me asombra,
cuando a la patria se nombra,

288 al: *el* RGI 1910.

luchar solo; he aquí mi acero!
¡Daros esas huestes quiero,
300 se las pediré a la sombra!”

XXXI

CON UNA ansiedad febril
y su voz airada y bronca,
despierta a un indio que ronca
en las losas del pretil.
305 Se alza asustado el topil,
murmura el cura a su oído
una frase y sin ruido
abre con calma la puerta,
y por la calle desierta,
310 se va en la sombra perdido.

XXXI[I]

MIENTRAS más la noche ahonda
se arrastra, mas con cautela;
se esquiva del centinela
y esconde el bulto a la ronda.
315 No hay dintel do no se esconda,
y cumpliendo como bueno,
de inquietud y miedo ajeno,
llega a la última casa
y en cada esquina que pasa
320 le da una “cita” al sereno.

298 luchar: *lucharé* RGI 1910.

XXXIII

TÓRNASE después de un rato;
los guardas van silenciosos,
penetrando cautelosos
por el zaguán del curato.
325 El indio con gran recato
avisa al cura que aguarda;
ni un instante se retarda,
sale animoso el anciano;
todos le besan la mano,
330 mientras él silencio guarda.

XXXIV*

COLOCA el indio en la mesa
los vasos de cristal fino,
y unas botellas de vino,
que así cumplir le interesa.
335 Como ya el secreto pesa,
dice el cura: “Estáis sombríos
y apagados vuestros bríos
del «mal gobierno» al estrago:
venid y tomad un trago
340 a mi salud, hijos míos!”

XXXV

AQUELLOS hombres bebieron;
mas no sé qué de amargura

* *Om.*, las estancias XXXIV, XXXV, XXXVI y XXXVII RGI 1910.

en las palabras del cura
con triste afán sorprendieron.
345 Algunos retrocedieron
lentos de pena y disgusto;
que tras el semblante augusto
de aquel hombre se veía
una tempestad sombría,
350 que abismaba y daba susto.

XXXVI

“BEBED —dijo el sacerdote—:
el que sufre, olvidar debe;
bastante amargura bebe
quien sufre tan duro azote;
355 bebed y que no se note
nuestro amargo desconsuelo;
alguna vez querrá el cielo
extinguir el mal que daña;
bebed, no es de tierra extraña,
360 es vino de nuestro suelo.

XXXVII

”PORQUE esta patria es la vuestra:
tierra de nuestros mayores,
donde orgullosos señores
imponen la férrea diestra.
365 ¡Oh, si pudierais la muestra
dar de vuestro amor sincero,
yo, sacerdote, el acero
por la patria desnudara

y al combate me lanzara
370 sobre la arena, el primero!”

XXXVIII

DE AQUEL volcán que revienta,
a la terrible explosión,
se acobarda el corazón
y el ánimo se amedrenta.
375 Ya ninguno se da cuenta
de lo que escucha y espanta,
dogal se hace la garganta:
quieren huir; imposible,
hay una mano invisible
380 que su voluntad quebranta.

XXXIX*

DE ENTRE la turbada grey,
pálido se avanza un hombre
y dice: “¡Venero el nombre
de mi Dios y de mi rey;
385 le tengo miedo a la ley
y me asusta el Santo Oficio;
me voy, es un maleficio
cuanto está pasando aquí!”
“¡Idos, pues, dejadme a mí
390 consumir el sacrificio!

* *Om.*, las estancias XXXIX, XL, XLI, XLII, XLIII, XLIV y XLV RGI 1910.

XL

”VED: ESTAMOS denunciados,
librada ya nuestra suerte;
en los brazos de la muerte
me abandonáis, desdichados;
395 cuando tristes y agobiados
por la dura mano impía,
queráis de la tiranía
romper la férrea cadena,
evocad en vuestra pena
400 la triste memoria mía.

XLI

”IRÉIS en medio al espanto
que el corazón os aterra,
allá en mi lecho de tierra
a verter estéril llanto.
405 No veré vuestro quebranto,
ni oiré ese ronco alarido
que lanza un pueblo oprimido
en desesperado empeño;
ni interrumpirá mi sueño
410 de eternidad y de olvido...

XLII

”¿QUÉ ES la muerte? Trance breve
en que al cerrarse los ojos
deja el alma estos despojos,
y va como sombra leve.

415 ¿Quién a evadirse se atreve
de esa sentencia en su anhelo?
Sin pena ni desconsuelo
miro esas horas cercanas:
me están diciendo estas canas
420 mi proximidad al cielo.

XLIII

”¡LA PATRIA vive, adelanta;
que son las generaciones
los eternos eslabones
que el cataclismo quebranta!
425 ¡Si la esclavitud la espanta,
en gigante se convierte;
levanta su brazo fuerte
y el puñal sangriento clava,
antes que arrastrarse esclava
430 en un abismo de muerte!

XLIV

”¡VIVID, vivid con la ofensa
que vuestro existir humilla,
con el hierro en la mejilla!
¿Quién en libertaros piensa?
435 ¡Abatidos, sin defensa,
humildes como el cordero
lamiendo el filoso acero,
árbitro de su existencia,
y dejando por herencia
440 vuestra patria al extranjero!

XLV

”¡VIVID, vivid en la escoria
de vuestros males prolijos,
maldición de vuestros hijos
y vergüenza de la historia;
445 mi existencia transitoria
os deja un heroico ejemplo!”
“¡Oh, cuán sublime os contemplo
—grita Allende—: a combatir!
¡Levantará el porvenir
450 a vuestra grandeza un templo!”

XLVI

“¡A MORIR!” —todos clamaron,
lanzados sin saber cómo,
y sobre la cruz del pomo:
“¡Independencia!” —juraron.
455 “¡Libertad!” —todos gritaron.
¡Sonó su grito en la historia,
y para inmortal memoria
se oyeron lentas, pausadas,
vibrar once campanadas
460 como once ritmos de gloria!

XLVII

CONVIERTE en tienda de guerra
aquel curato ruïn,
y tiembla el vasto confín
de la americana tierra.

465 ¡Ya nadie su paso cierra,
se oyen repiques a vuelo:
brota guerreros el suelo,
y el ibérico dominio
oye el grito de exterminio
470 que rompe y vibra en el cielo!

XLVIII

LA VIRGEN de Guadalupe
pone en la blanca bandera,
y aquella turba altanera
cual ola que el mar escupe,
475 lluvia torrencial que tupe
en la montaña y desierto,
dirige su paso cierto;
y ya en los campos de Marte
iza el glosario estandarte
480 cual nave que llega al puerto.

XLIX

QUEDÓSE el templo cerrado;
despareció el sacerdote,
y de la guerra al azote
va en su corcel el soldado.
485 ¡El caudillo denodado
hace estremecer la tierra:
nada su valor aterra;
audaz, terrible, valiente,
a su voz toda la gente
490 levanta el grito de guerra!

L*

¡Y RETIEMBLA en los desiertos
 y entre las selvas retumba,
 y “¡guerra!” desde la tumba
 están gritando los muertos!
 495 “¡Guerra!” —los volcanes yertos.
 ¡Y del combate en la hora,
 la España batalladora,
 que nunca el abismo mide,
 al siglo XVI pide
 500 la espada conquistadora!

LI

MIRA en peligro el blasón
 de la antigua monarquía,
 la tierra que presentía
 en sus ensueños Colón.
 505 Siente roto el eslabón
 de la americana zona;
 nueva conquista pregona,
 y jura a Dios y a sus leyes,
 de los católicos reyes
 510 no quebrantar la corona.

LII

TORNA a emprender la cruzada
 con el estandarte aquel,

* *Om.*, esta estancia RGI 1910.

que vio la reina Isabel
en los muros de Granada.
515 Atrevida es la jornada,
el lance terrible es;
ya tiene puesto el arnés,
y se lanza decidida
cuando ha quemado atrevida
520 sus naves como Cortés.

LIII

PUEDE el sepulcro encontrar
luchando con fiera saña,
como Hernando allá en España
la rota de Villalar:
525 abandonando el altar;
y con el místico arreo
busca a España en el torneo
el sacerdote cristiano,
y del estandarte hispano
530 hace su primer trofeo.

LIV

EN GUANAJUATO la altiva
lanza el turbión de su gente,
cual desatado torrente
desde las rocas de arriba;
535 allí el combate se aviva;
terrible se hace el torneo;
y entre el rudo clamoreo
que llena el gigante foro,

siente sus entrañas de oro
540 temblar con el cañoneo.

LV*

SOBRE la ciudad desata
la furia de sus legiones,
y hace cargar sus cañones
con proyectiles de plata.
545 Nada respeta ni acata,
todo lo barre su aliento;
y rápido como el viento
incendia el muro y rastrillo,
y sobre el alto castillo
550 clava su pendón sangriento.

LVI

SIGUE su marcha atrevido
por un campo de victoria;
y por do pasa, la gloria
deja su nombre esculpido.
555 Vuelve su rostro encendido,
y de águila la mirada
a la tropa denodada,
que ya en seguirle no duda,
y con orgullo saluda
560 a la ciudad conquistada.

* *Om.*, las estancias LV, LVI, LVII y LVIII RGI 1910.

LVII

EL PUEBLO antiguo revive
al eco de “¡Independencia!”
y acumula su potencia
como torrente en declive.

- 565 Palpita su sangre, vive,
y en su cerebro flamea
el fuego de aquella idea
que extinguió un siglo de horrores;
y revientan sus fulgores
570 cual negro volcán que humea.

LVIII

NI UNA sombra leve empaña
aquella gloria gigante;
como el fulgor de levante
tras la primera montaña.

- 575 Así le vio torva España,
sobre el alto pedestal
que alzó su gloria inmortal
en aquel potente ensayo,
a las regiones del rayo
580 y cumbre del ideäl.

LIX

LE CONTEMPLAN las edades
sobre su corcel violento
atravesar como el viento
los campos y las ciudades.

585 Rumor de las tempestades
es ese grito que estalla
en sus filas de batalla,
cuando a las primeras luces
llega al Monte de las Cruces,
590 en busca de la metralla.

LX

¡CUÁNTA admiración provoca,
cuando de virtud ejemplo
la bóveda azul por templo,
y por altar una roca,
595 allí a la victoria invoca
en aquel terrible embate!
¡Angustiado el pecho late
de duda, nunca de espanto;
que allí el “sacrificio santo”
600 es prólogo de un combate!

LXI

RONCO grito al fin estalla,
cuando al descubrirse el sol
el ejército español
llega al campo de batalla.
605 Heridas por la metralla,
del combate en el espanto,
allí se encuentran, en tanto,
de la lucha en los horrores,

586 es: *en* RGI 1910.

la bandera de Dolores,
610 y la que triunfó en Lepanto.

LXII*

¡AQUEL valor prodigioso
fiero el combate prolonga,
y no hay alma a quien no imponga
ese desastre espantoso!
615 ¡Se escucha el clamor furioso
y los rancos alaridos
de los que yacen heridos:
ayes terribles, profundos,
estertor de moribundos
620 y maldecir de vencidos!

LXIII**

EL CAUDILLO denodado,
de la batalla en el centro,
acude a cualquier encuentro
como un experto soldado.
625 En el momento angustiado,
llegan y llegan legiones,
y lanza sus batallones
de su valor satisfecho,

* *Om.*, esta estancia RGI 1910.

** *XLIII*, por errata, en RGI 1910.

628 *Otra redacción:*
y los rancos alaridos RGI 1910.

hasta cubrir con su pecho
630 la boca de los cañones.

LXIV

DEL ANCIANO a la influencia
sigue la lucha empeñada;
sobre la arena escarbada
venden cara su existencia;
635 heroica es la resistencia,
pero su valor se agota,
lívido el pánico brota,
habla entusiasta el caudillo,
y en el campo de Trujillo
640 se declara la derrota.

LXV*

DE MÉXICO al valle hermoso
llega el héroe en sus afanes,
y los gigantes volcanes
saluda respetuoso;
645 despliega su vista ansioso;
su corcel salpica espuma,
y tras la lejana bruma,
en los lagos de diamantes,

636 *Om.*, este verso el impreso de 1880.

* *Om.*, las estancias LXV, LVI, LVII, LXVIII, LXIX, LXX, LXXI, LXXII y LXXIII RGI 1910.

ve los jardines flotantes
650 del harem de Moctezuma.

LXVI

COMO el águila, ligera,
sube al crestón de una roca:
mira y su ambición provoca
Tenochtitlan altanera.
655 ¿Por qué su rostro se altera
y su cabeza se inclina?
¿Qué pensamiento domina
aquel cerebro gigante?
¿Qué es lo que altera el semblante
660 que un sol de gloria ilumina?

LXVII

¡TRASFORMACIÓN misteriosa,
hondos, terribles arcanos!
Tiende a la ciudad las manos,
y con unción religiosa
665 murmurar apenas osa
palabras que él sólo entiende,
y Dios que escucha y comprende
cuanto el hombre habla a su oído,
y toca el fuego escondido
670 que él mismo en el alma enciende.

LXVIII

AQUELLA sangre vertida
de la guerra en el azote,
del cristiano sacerdote
dejó el alma conmovida;
675 ¿Por qué emprende la partida
que en el futuro columbra?
¿Cuando el claro sol alumbra,
por dónde guiará su huella?
¿O presente que su estrella
680 ha entrado ya en la penumbra?

LXIX

YA DE laurel coronado
dejar del triunfo el proscenio,
¿en los arcanos del genio
quién penetrar puede osado?
685 ¿Él, sacerdote y soldado,
se entrega a su fatalismo?
¿Quién creyera que allí mismo,
donde la luz resplandece,
la cima terrible empiece
690 que va al fondo del abismo?

LXX

LA CIUDAD encantadora,
presa en tiránicos lazos,
tendiendo a Hidalgo los brazos
la piedad del héroe implora.

695 Su mirada tentadora
encendiendo su valor
pide rendido favor
pero su ímpetu refrena
y en ardimiento encadena
700 exclamando con dolor:

LXXI

“NO COBRARÁ mi venganza
los tres siglos de opresión,
clavando el rojo pendón
entre ruína y matanza.
705 Mi ejército heroico avanza,
de la victoria seguro;
yo de mi destino oscuro
al negro abismo me entrego;
no lloverá sangre y fuego
710 dentro de tu fuerte muro”.

LXXII

NADA su insistencia iguala;
y a su promesa fiel,
por el ijar del corcel
la dura espuela resbala.
715 Como nube que se exhala,
del mar al fuego del día,
a lo lejos se veía
como sombra al horizonte,
el polvo que allá en el monte
720 su hueste al viento esparcía.

LXXIII

RÁPIDO como centella,
de Aculco al campo contrario,
va en busca de su adversario,
que marcha en pos de su huella.
725 Mas de su brillante estrella
el fulgor ardiente no halla;
las tormentas de metralla
tienen su ejército envuelto,
y sobre el campo revuelto
730 pierde la primer batalla.

LXXIV

DE AQUELLA sangrienta arena
como un sonámbulo sale:
sólo su valor le vale;
su actitud noble y serena
735 su voz tonante resuena:
donde el desorden se nota
carga la hueste patriota;
el arma en el fuego templa;
y Guanajuato contempla
740 su más terrible derrota.

LXXV

QUIERE recobrar su fama;
con los restos de su gente
cierra denodado el Puente,
y allí la victoria llama;

745 con el corazón la aclama,
que rudo en su pecho late;
mas, ¡guay!, su pendón se abate.
¡Y guarda como un blasón
el puente de Calderón
750 la historia de aquel combate!

LXXVI

ENTRE soñando y despierto,
va del desastre en la sombra;
a su espíritu no asombra
la soledad del desierto.
755 Por la traición descubierto
cae en la red que le tiende:
el enemigo sorprende
aquellos heroicos restos
y encuentra firme en sus puestos
760 a Aldama, Abasolo, Allende.

LXXVII*

ACATITA de Baján:
¡Tëatro de la traición!
En ti un horrible baldón
los siglos mirando están.
765 El soplo del huracán,
que en los desiertos se agita,
dejan tu sentencia escrita.
Y al conmover la comarca,

* *Om.*, esta estancia RGI 1910.

queda en tu frente la marca
770 de negra traición maldita.

LXXVIII

HIDALGO, con faz serena
y con ademán severo,
va como siempre el primero;
alma de temor ajena,
775 el sicario lo encadena
con una furia cobarde;
y a la luz del sol que arde,
Chihuahua los mira entrar
entre el rumor popular
780 de su presa haciendo alarde.

LXXIX*

HEROICA es la resistencia
y su actitud tan valiente,
que ni inclinaron la frente
al escuchar su sentencia.
785 ¿Qué vale ya la existencia
que rudo golpe quebranta,
ni a quién el suplicio espanta
cuando queda su memoria
en el altar de la gloria,
790 que la humanidad levanta?

* *Om.*, esta estancia RGI 1910.

LXXX

EL SACERDOTE se entrega
en brazos de su destino;
es que un aliento divino
a su ser sublime llega.
795 Desde el patíbulo lega,
al mundo que está delante,
ese espíritu gigante
que aún palpita en esta tierra,
en cuanto aprisiona y cierra
800 del Pacífico al levante.

LXXXI

¡SUBE con tu frente clara
al cadalso, heroico ejemplo!
¡Para ti la historia es templo
y el patíbulo es el ara!
805 ¡Lleva tu fama preclara
luz esplendente de gloria!
¡Oh, qué gigante memoria!
¡Qué recuerdo tan profundo!
¡Cumpliendo estás en el mundo
810 la ley fatal de la historia!

LX[X]XI[I]

DE LA existencia la tea
se extingue al golpe instantáneo:
el plomo al herir tu cráneo
dejará intacta la idea;

815 ¡El rojo sol que flamea
recorriendo el firmamento,
con el ímpetu del viento
que arrolla las tempestades,
a las futuras edades
820 llevará tu pensamiento!

LXXXIII*

¡NO TEMAS ya, noble anciano:
te circunda una aurëola;
y tu estandarte tremola
en el suelo mexicano!
825 ¡Muere tranquilo! ¡No en vano:
en aras de una creencia
sacrificas la existencia,
que heroica ya se derrumba:
¡Te arrullarán en la tumba
830 los cantos de Independencia!

LXXXIV

¡NO TEMAS, no: tu renombre
no lo tragará el olvido,
que un pueblo lleva esculpido
con luz de estrella tu nombre!
835 ¡Tú serás —y no te asombre—
mito en las libres naciones,

* *Om.*, esta estancia RGI 1910.

831 renombre: *nombre* RGI 1910.

y al sombrear tus pendones
los altares de la gloria,
adorarán tu memoria
840 siglos de generaciones!

840 *Add., esta estrofa:*

Esa campana que un día
entre el rudo desconcierto
resucitó a un pueblo muerto,
a una nación que dormía;
la escuchamos todavía,
timbre augusto en nuestra historia,
que guardará esa memoria
entre su bronce bendito,
con aquel solemne grito
de «Independencia» y de gloria. RGI 1910.

EL TÍO BACHICHAS*

*A mi ilustrado amigo
Francisco Sosa*

I

- ENTRE una alfombra de flores,
al pie tendida de un cerro,
se alza una ciudad alegre
sobre desigual terreno.
- 5 Las brisas de sus campiñas
mi débil cuna mecieron,
y a la sombra de sus bosques
pasé mis años primeros...
Rumbo al sur hay un camino
- 10 al que forman verde techo
las ramas del liquidámbar,
que aroma está despidiendo;
y recorridas dos leguas
un puente se encuentra al término.
- 15 Un riachuelo que murmura
y unas torres a lo lejos...
¡Cuántas veces he cruzado
por esos sitios amenos
el ambiente de la vida
- 20 aspirando a pulmón lleno!
Feliz yo si acaso logro

*Eduardo Emilio Zárate: "El tío Bachichas", en *El Federalista. Edición Literaria* (30 de abril de 1876), núm. 15, pp. 176-178.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 213-217.

3 *Nota del autor*: "Xalapa".

a cuantos crucen por ellos
con este humilde romance
inspirar algún recuerdo.

II

- 25 DE ESTE siglo en que vivimos
allá en los años primeros,
en una pobre cabaña
de Coatepec en el pueblo,
existió un humilde anciano
30 que como todos los viejos
que en cortos lugares viven
el *tío* llevaba antepuesto
a un apodo cuyo origen
suele ocultarnos el tiempo.
35 Llamábanle el tío Bachichas,
mas él sin cuidarse de ello,
era con cuantos le hablaban
tan afable como bueno,
y cuando ya en el ocaso
40 lanzaba el sol sus reflejos,
a la puerta de su choza
se agrupaban los chicuelos,
y él en cambio de sus risas,
de su algazara y contento,
45 pues como el dulce calor
son los niños para un viejo,
les enseñaba afanoso
las letras del alfabeto;
historias les refería

24 inspirar: *fijarles* RGI 1910.

50 que les sirvieran de ejemplos,
y al despedirse les daba...
bendiciones y consejos.

III

CUAL SUELE en tranquilo estanque
donde se retrata el cielo,
55 tornar en revueltas hondas
de las aguas el espejo,
la repentina caída
de un voluminoso leño;
así la apacible calma
60 de Coatepec en el pueblo
cambió de pronto una nueva
en sobresalto y en miedo,
y esa alarmante noticia
que circuló en un momento,
65 era la de que unas tropas
de las del real ejército
desde la bella Xalapa
a Coatepec irían presto;
y era fama que esas tropas
70 trataban a sangre y fuego
de apagar a la insurgencia
el inapagable incendio.
Todo era espanto y sollozos,
todo quejas y lamentos;
75 mujeres, niños y ancianos
llorando al monte se fueron.
En tanto que el patriotismo

71 a: *de* RGI 1910.

siempre superando al miedo,
a los hombres decidía
80 a resistir como buenos.
Al frente de sus hogares
se formaron todos ellos,
si no esperando en el triunfo
sí a morir antes resueltos,
85 que a soportar humillados
insultos y vituperios.
Así pasaron dos horas
en angustioso silencio;
y luego a un terrible grito,
90 sin querer, se estremecieron:
“ahí están los gachupines,
ahí están ya”, les dijeron
los que avanzados estaban
y regresaban corriendo.
95 Marchaban los españoles
demostrando tal aspecto,
que parecían más bien
para una fiesta dispuestos.
Y sin cesar avanzando
100 y desdeñando hacer fuego
mientras que aún vacilaban
los defensores suspensos,
iban llegando arrogantes
a los límites del pueblo,
105 cuando como tempestad
que estalla en día sereno,
brotó del fondo del bosque
de un cañonazo el estruendo,
y viose después tendido
110 de españoles un reguero;
de lo imprevisto el espanto

apoderándose luego
del orgulloso asaltante,
cambióse el valor en miedo,
115 y confusos los soldados,
despavoridos huyeron,
cual huye el niño que llega
a coger de gozo lleno
en el nido abandonado
120 los huevecillos pequeños,
y halla en el árbol un búho
con ojos como de espectro.
Alentados con la fuga
los defensores del pueblo,
125 sobre las revueltas filas
como avalancha cayeron;
y aprovechando el desorden
de aquel crítico momento,
hasta más allá del puente
130 al español persiguieron.

IV

DESPUÉS, cuando a sus hogares
todos triunfantes volvieron,
la causa de aquel prodigio
indagaron desde luego,
135 y encontraron todavía
a aquel inocente viejo
que el tío Bachichas llamaban,
acariciando contento
un cañón que presuroso
140 había por sí mismo hecho
ahuecando un tronco de árbol

y forrándolo de cuero,
y que con pólvora y piedras
después de cargarlo diestro,
145 desde el bosque disparó
en el instante supremo...
Repicaron las campanas,
el cañón ornaron luego
con las más vistosas flores,
150 y por las calles del pueblo
condujeron entre “vivas”
al tronco humeante y al viejo.
¡Roto aquél y ennegrecido
se iba pedazos haciendo,
155 y éste como siempre dando
bendiciones y consejos...!
Muy pronto los dos en polvo
habrían de quedar deshechos.
¡Mas todo aquel que algo noble
160 sienta latir en su pecho,
si aquesta historia conoce
y si visita aquel pueblo,
sea de la patria que fuere
recordará con respeto
165 aquel espanto, aquel triunfo,
aquel cañón y aquel viejo.

144 cargarlo: *cargarle* RGI 1910.

LA RETIRADA*

- TRISTE va el joven soldado:
detrás de las huestes marcha,
y en sus párpados, meciéndose,
pugnan por salir dos lágrimas.
- 5 Del paisaje la belleza
su muda atención no llama,
ni la victoria obtenida
vuelve la alegría a su alma.
Su mano soltó la rienda
- 10 que sobre el cuello descansa
del bridón, que fatigado,
sigue despacio la marcha.

- EL SOLDADO de Morelos
lleva la frente inclinada,
- 15 y el corazón lleva triste
porque se aleja de Cuautla.
Antes, su amor, su entusiasmo,
era tan sólo su patria;
otra ventura no tuvo,
- 20 más porvenir no soñaba
que verla feliz y libre;
y el objeto de sus ansias
fue el triunfo, fue la victoria,
fue el laurel de las batallas.

* Ramón Valle: “La retirada”, con el subtítulo “Del Romancero Histórico Mexicano”, en *El Domingo* (30 de marzo de 1873), núm. 16, pp. 224-225.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 92-95, sin fechar.

25 Pero, ¡ay!, que bien pronto prueba
otra sensación su alma,
sensación desconocida
que le reanima y abrasa;
que da un placer infinito,
30 y un dolor que otro no iguala.
La luz de unos ojos negros,
de una sonrisa la magia,
el desconocido influjo
de dulcísima esperanza,
35 le han dado ahora un ser nuevo
y nueva vida y nueva alma.
¡Ay!, vio a la bella Marina,
valiosa perla de Cuautla,
y luego una cosa misma
40 fue para él verla y amarla.
Primero se confundieron
sus ardorosas miradas;
después los dos suspiraron,
después los dos se buscaban,
45 después juntaron sus manos,
y una tarde, en la enramada,
después sus labios se unieron...
Con razón amor lo mata,
porque en aquel primer beso
50 se dividieron sus almas.
Desde esa tarde, la niña
siente que el joven le falta;
y desde ella, el insurgente
tan sólo vive porque ama.

55 EN MEDIO de los peligros
del sitio, bajo las balas

de Calleja, en la refriega,
su puro amor no olvidaba.
No le importó la fatiga,
60 no le arredró la metralla,
sereno estuvo y tranquilo
viéndose junto a su amada;
mas cuando las provisiones
se agotaron en la plaza,
65 mirando los sufrimientos
que el hambre horrible causaba
a los niños, a los viejos,
y a mujeres delicadas,
se conmovió compasiva
70 de Morelos la grande alma,
y ordenó romper el sitio,
y a banderas desplegadas
salir, fuerza contra fuerza,
entre las huestes contrarias.
75 La orden oyó el insurgente,
tembló, y volviendo la cara
a la pared, con tristeza
vertió amarguísimas lágrimas.
¡Ay, ni despedirse pudo
80 de la que tanto adoraba!
¡Ni recoger de sus labios
al menos una esperanza,
un acento de consuelo
en medio de penas tantas!
85 A la mitad de la noche
emprendieron, sin tardanza,
envueltos en las tinieblas,
los insurgentes, la marcha,

78 vertió: *virtió* ED 1873 | RGI 1910.

a viva fuerza pasaron,
90 por el valor de sus armas,
entre la tropa enemiga,
sorprendida y aterrada;
y ya muy lejos, muy lejos,
les sorprendió la mañana.

95 CUANDO sus luces primeras
derramó gozosa el alba,
y las del sol reflejaron
los fusiles y las lanzas,
la tropa con alborozo
100 saludó su luz dorada;
sólo el joven insurgente
solitario y triste marcha,
¡ay, sólo piensa en la niña,
a quien con tanto amor ama!
105 Se acuerda de su sonrisa,
se acuerda de su mirada...
Pero ninguna memoria
le hace derramar más lágrimas,
110 la tarde de la enramada,
porque en aquel primer beso
se dividieron sus almas.

Guanajuato, 1873.

JOSÉ ANTONIO TORRES*

DE HUMILDE hogar a la sombra,
cultivando con esmero
la tierra, que le brindaba
a su trabajo buen premio,
5 tranquilo y feliz vivía
un campesino modesto,
sin que de su alma turbasen
la quietud vanos deseos.
Un día, mientras el arado
10 preparaba, escuchó el eco
de aquel grito que, en Dolores,
Hidalgo y los suyos dieron
por libertar a la patria
de la ignominia y el duelo;
15 el campesino al instante
sintió latir en su pecho
el corazón de los libres,
y sintió del héroe el fuego.
“De Hidalgo la voz me llama
20 —Torres se dijo—: al momento
iré en busca del caudillo,
que su voz es voz del cielo.
¡Adiós, tranquila morada,
de mis gratos días risueños!
25 ¡Adiós, mis bueyes, mi campo;
adiós, mis dulces recuerdos!
La patria donde he nacido

* Francisco Sosa: “José Antonio Torres”, en *El Domingo* (17 de agosto de 1873), núm. 36, pp. 483-484.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 46-49.

hoy reclama mis esfuerzos,
y están malditos los hombres
30 que la miran con desprecio”.
Así dijo. A pocos días
estaba en el campamento
a las órdenes de Hidalgo,
por combatir el primero.

35 EL MODESTO campesino
que escuchó la voz del cielo,
al frente se hallaba, a poco,
de unos leales guerrilleros,
marchando para Colima
40 a sublevar a los pueblos,
dejando por dondequiera
de su bravura recuerdos.
Iba engrosando sus filas
su constante y noble empeño,
45 y en Sayula y en Zacoalco
en breve formó un ejército.
De sus soldados al frente,
al enemigo venciendo,
Guadalajara rindióse
50 a Torres, de gloria lleno.
Pasaron después los días
y en Calderón tuvo un puesto,
brillando en esa batalla
por su heroísmo y denuedo.
55 Michoacán luego el teatro
fue de sus triunfos sin cuento,
y temblaban los realistas

54 *Add.*, su, por errata ED 1873.

al nombre del guerrillero,
aunque siempre a los vencidos
60 Torres miró con respeto
si con sus tropas lucharon,
cual deben los caballeros.
No combate el campesino
halagado por los sueños
65 de la ambición: su bandera
es el amor a su suelo;
quiere que libre a la patria
logren hacer sus esfuerzos,
aunque perezca en la lucha
70 al realizar ese anhelo.

SON LAS glorias de este mundo
pasajeras como el viento
y es voluble la fortuna,
y hiere el mal a los buenos.
75 De mil ochocientos doce
el cuatro de abril, funesto
fue para Torres: Merino
logró hacerle prisionero,
después de haber derrotado
80 en una loma que al pueblo
de Tlasasalca está cerca,
a mil libres que murieron.
Y aquella ciudad, que un día
cruzó Torres, entre inmenso
85 gentío que le aclamaba
por su valor y denuedo,
entrar le vio conducido,
entre ignominias sin cuento,
y miró decapitarle,

90 y vio cómo dividieron
los verdugos del tirano
del héroe famoso el cuerpo,
para llevarlo a los puntos
de la ciudad y los pueblos
95 donde venciera otros días
al opresor de este suelo,
que temblaba al solo nombre
del campesino modesto.

Así su carrera heroica
100 Torres finó, sin que el miedo
ni en el cadalso asaltase
aquel corazón de acero.
Así murió; mas su gloria,
eterna cual su recuerdo,
105 guardarán los mexicanos
mientras aliente su pecho.

LOS INDIOS DE AMETEPEC*

VERDES, muy verdes sus huertas,
y muy risueños sus prados
y su cielo muy hermoso,
azul, trasparente, diáfano;
5 con alegre caserío
y un esbelto campanario
que llama a los feligreses
en días del tiempo santo,
existe un pueblo: sus hijos
10 encuentran en el trabajo
el bienestar y el contento,
ajenos de los cuidados
y sinsabores que causan
de riqueza el humo vano,
15 de la ambición los ensueños
y los peligros del mando.
Es Ametepec, do se hallan
los patriotas acampados,
reducidos en su número
20 y de pertrechos escasos.
Van Escalante y Urzúa
de aquellas tropas al mando,
que en el día antecedente
en San Martín alcanzaron
25 ceñir sus frentes de gloria
por su civismo bizarro,
logrando así que sus nombres

* Francisco Sosa: "Los indios de Ametepec", en *El Domingo* (3 de agosto de 1873), núm. 34, pp. 454-456.

OTRAS FUENTES: EPM 1886: *El Parnaso Mexicano* (1º de febrero de 1886), pp. 29-34; y RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 68-72.

respete el tiempo a su paso.
Comprenden que los realistas
30 se acercan para atacarlos
con numerosas legiones,
y aunque el insurgente es bravo,
no quiere de una victoria
fácilmente dar el lauro
35 al que a la patria encadena,
al que ultraja al mexicano.
Escalante, así, y Urzúa,
disponen con fino tacto
esquivar al enemigo,
40 y levantar de allí el campo.
Antes al pueblo convocan,
y con un acento claro
Escalante así les dice:
“Sabed, ametepecanos,
45 que escasas son nuestras tropas,
los pertrechos más escasos,
y el enemigo hallaría
fácil victoria, si vanos,
oyendo sólo al orgullo,
50 pretendemos aguardarlos.
Voy a marchar con mis fuerzas;
yo no quisiera dejaros
expuestos a los furores
de las tropas del tirano;
55 pero el deber me lo ordena,
y aunque con tristeza, parto”.
Se agita el pueblo que escucha
aquel discurso; un anciano
se sobrepone al tumulto

37 así: *pues* EPM 1886.

60 y al jefe dice: “Aguardaos,
que si el deber os obliga
esta vez a abandonarnos,
también el deber ordena
que este suelo defendamos”.

65 Y dirigiéndose al pueblo
—que se revuelve agitado—
cual en medio a la tormenta
ronco se agita el océano:
“Escuchad mi voz —les dice—:

70 me la inspira el cielo santo.
Aunque a la tierra se inclina
mi cuerpo débil, los años,
de mi corazón el fuego,
hijos míos, no apagaron.

75 Si ya no, cual otros días,
sé conducir el arado,
y en pos de mis tardos bueyes
no sufro del sol los rayos
como en mis tiempos mejores,

80 adoro mi suelo patrio,
y no quiero lo mancille
el español con sus pasos.
Si pudieron valerosos
tus nobles antepasados,

85 del conquistador sañudo
defenderlo palmo a palmo,
así tú, mi pueblo heroico,
mi débil voz escuchando,
jura sucumbir primero

90 que dejar hoy profanarlo.
Si armas nos faltan, y pocos
nos vemos ante el contrario,
que a Ametepc en cenizas

torne el fuego en sus estragos,
95 que la llama del incendio
nada respete a su paso,
y nuestras chozas perezcan
y con ellas nuestros granos.
Hunda en el polvo su frente
100 nuestro modesto santuario,
y desaparezcan las tumbas
de los que gozan descanso.
¡Pueblo, mi pueblo! ¡La muerte
o el yugo infame, elijamos!”
105 Al oír el noble acento
del mayor de sus ancianos,
la sangre sube a sus rostros
y se les secan los labios,
y sienten fuego en sus venas,
110 y salen de su letargo;
prorrumpe en un solo grito
el pueblo todo; temblaron
las montañas al estruendo
de aquellos clamores raros.
115 De “fuego” la voz terrible
cruzando va los espacios,
y en breve una sola hoguera
era el pueblo y daba espanto,
y al sonar los atambores
120 del insurgente soldado,
Ametepec no existía,
ni sus huertas ni sus prados.

Se retiran a los bosques
sus nobles hijos, y el llanto
125 a sus ojos no se asoma
al ver tan horrendo cuadro.

CUANDO el realista, sediento
de sangre de mexicanos,
llega al pueblo en que pretende
130 tornar al libre en esclavo,
a sus ojos se presenta
—por las llamas abrasado—
Ametepec, cuyos hijos
buscan asilo en los campos,
135 y no hallan dónde cubrirse
del sol ardiente a los rayos,
ni hallan pan para su boca,
ni agua, ¡ay!, para sus labios.
Aliento noble les presta
140 sólo el patriotismo santo,
y animan a sus mujeres
y niños y a sus ancianos.
Lanzan de rabia hondo grito
ante aquel portentoso raro,
145 y en su despecho maldicen
la grandeza del contrario,
los que doblan la rodilla
y quemán incienso vano
ante los torpes virreyes
150 de Carlos V y Fernando.

140 sólo: *sobre* EPM 1886.

BRAZO DE DIOS*

Al Liceo Hidalgo

I

AL FRENTE va de sus tropas,
pensativo y cabizbajo,
el coronel Elizondo,
aquel que hacía dos años
5 por la traición más horrenda
hizo prisionero a Hidalgo.
Vuelve de la Trinidad
a Béjar. Debiera ufano
volver, pues va victorioso;
10 pero lleva, sin embargo,
siempre la frente abatida
y el corazón conturbado.
Ese día era de triunfo,
ese día sus soldados
15 a las tropas insurgentes
por completo derrotaron;
pero él caminaba abstraído,
y es que el pecho atormentado
dos años hace que siente
20 por remordimiento amargo.
Tras él de repente se oye

* Ramón Valle: "Brazo de Dios", en *El Domingo* (14 de septiembre de 1873), núm. 40, pp. 528-530.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 38-43, sin dedicar ni fechar.

Nota de Gustavo Baz: "El señor Valle remitió este romance al Liceo Hidalgo, y esta asociación lo ha mandado incluir en el *Romancero de la Guerra de Independencia*".

el galope de un caballo,
y un oficial se aproxima
y se llega a saludarlo.
25 “¿Qué hay, Serrano?”
“Ya he cumplido,
señor, con vuestro mandato.
Reunidos los prisioneros
en aquel monte cercano,
vuestras órdenes aguardan”.

30 “¿Cuántos son?”
“Sesenta y cuatro”.
“Teniente, vamos allá;
dime, ¿están bien resguardados?”
“Sí, mi coronel, y todos
tienen atadas las manos”.

35 “Vamos allá”.
Se apresuran,
y en el monte penetraron.
Ve Elizondo a los cautivos,
y después manda a Serrano
que tomando diez de entre ellos
40 sean luego fusilados.
El oficial obedece,
y ellos su arrojo bizarro
sin desmentir, perecieron
como leales y bravos.

45 Tampoco sus compañeros,
que contemplan aquel cuadro,
la fortaleza desdican
que en la batalla mostraron;
lo ven, si no indiferentes,
50 serenos y resignados.
Toman de nuevo en seguida
otros diez hombres, llevándolos

al mismo sitio, y los forman
 sobre el suelo ensangrentado
 55 y encima de los cadáveres,
 todavía palpitando.
 Sus compañeros entonces
 se conmueven, aterrados,
 y al verlos caer, un grito
 60 se escapa a todos los labios.
 “Otros diez hombres” —exclama
 el jefe—; pero Serrano,
 conmovido y tembloroso,
 no se atreve a dar un paso.
 65 Y tres veces Elizondo
 dio la orden, siempre más alto.
 El oficial va hacia el grupo
 con los ojos extraviados,
 con el rostro descompuesto
 70 y todo el cuerpo temblando,
 y otros diez hombres aparta.
 Al momento de apartarlos
 la voz alza un prisionero
 de los que habían quedado:
 75 “¡Llevadme, llevadme! —clama—:
 A mis hijos se han llevado...
 Allá van... no quiero verlos
 morir... ¡Llevadme, tiranos...!
 ¡Parad! ¿No me oyen? ¡Llevadme,
 80 todos juntos perezcamos!”
 A estas voces se alborotan
 los presos, y forcejando
 la voz elevan, y pugnan
 por desatarse las manos.
 85 Serrano se halla aturdido,
 pica y detiene el caballo,

y dando órdenes contrarias
 se vuelve de todos lados.
 Ve esto Elizondo, y furioso
 90 —hasta su tropa llegando—,
 él mismo da orden de fuego
 sobre los diez señalados.
 Al verlos caer, aumenta
 el vocerío: “¡Tirano!”
 95 “¡Perdón!” “¡Que viva la América!”
 “¡Viva Allende!” “¡Viva Hidalgo!”
 “¡Misericordia!” “¡Asesinos!”
 “¡Oh, Dios mío, perdonadnos!”
 En confusa gritería
 100 exclaman por todos lados.
 El coronel arde en ira,
 y luego manda a Serrano,
 sin aguardar ya más tiempo:
 “¡En pelotón, fusilarlos!”
 105 Se cumple la orden inicua,
 se suceden los disparos
 sobre la turba; se aumenta
 la confusión y el espanto:
 caen heridos y heridos,
 110 sigue el fuego encarnizado.
 Y por fin, sobre una informe
 masa de miembros humanos,
 que parecía quejarse
 y palpitaba a intervalos,
 115 continuaban todavía
 fuego haciendo los soldados.

II

LA NOCHE era de aquel día
de muerte, de horror y llanto,
y las tropas de Elizondo
120 acampaban en un llano.

La tienda del coronel
se levantaba en un lado,
y en ella él y un capitán
se encontraban descansando.

125 “Garza: puedes retirarte”.
“¿Vais a dormir?”

“Me preparo
a hacerlo; vete a tu tienda...”

Ah, dime: ¿has averiguado
qué nombre este lugar lleva?”

130 “Señor, le llaman el Brazo
de Dios”.

Tembló el coronel
esta palabra escuchando,
sin saber por qué.

“Muy bien,
es tiempo ya de acostarnos”.

135 Se quedó solo Elizondo
y se acostó; pero en vano
quiso conciliar el sueño
durante un tiempo bien largo.

El capitán De la Garza
140 su tienda buscaba en tanto;
todo se hallaba en silencio;
oficiales y soldados
dormían, y las tinieblas
envolvían todo el campo.

145 Llegó por fin a la tienda,

y en ella encontró sentado
a Serrano, con el rostro
cubierto con ambas manos.
“Tal vez duerme —pensó Garza—,
150 Dios le dé un sueño muy grato”
—dijo—; se acostó y durmióse
rendido ya de cansancio.

“GARZA”.

“¿Quién me habla?”

“Soy yo”.

“¿Serrano?”

“Sí, soy Serrano”.

155 “¿Qué quieres? ¿Enciendo luz?”

“Capitán, no es necesario”.

Si Garza lo hubiera visto,
se hubiera luego alarmado:
todo el rostro descompuesto,

160 sanguinolentos los párpados,

torva la vista, y los ojos
de las órbitas saltados.

“¿Me oyes, capitán?”

“¿Qué quieres?”

“Corremos gran riesgo entrambos”.

165 “¡Riesgo!, ¿cuál es?”

“Elizondo

quiere ahora mismo matarnos”.

“¿Estás loco? ¿En qué te fundas?”

“Y no son temores vagos,
pues ha jurado acabar

170 con todo el género humano”.

“Vuelve en ti, teniente, vuelve
en ti”.

“Capitán, es claro,
o bien nos mata a nosotros,
o nosotros lo matamos.
175 ¿Me ayudas? Duerme; el momento
es muy oportuno. ¿Vamos?”
Conoció Garza al instante
que estaba de juicio falto
el oficial. Era cierto:
180 ¡Loco estaba el desgraciado!
Quiso Garza detenerlo
y lo tomó por un brazo;
pero Serrano, más ágil,
la espada desenvainando,
185 atravesó al capitán,
quien quedó muerto en el acto.
Salió Serrano en silencio
y atravesó todo el campo,
y en voz baja iba diciendo:
190 “Me mata si no lo mato”.
Y a la tienda de Elizondo
se introdujo espada en mano:
él dormía, y era un sueño
turbulento y agitado,
195 y en su horrible pesadilla
decía en acento claro:
“Éste es el Brazo de Dios”.
“Éste es” —respondió Serrano.
Despertó Elizondo, pero
200 él la espada levantando,
atravesó varias veces
el cuerpo del veterano.

Guanajuato, 1873.

LA ORDEN*

*A mi amigo
el señor don José Joaquín Pesado*

ROMANCE I**
EL EJÉRCITO

EN CONTRADICCIÓN el hombre
estando siempre consigo,
es de virtudes asiento,
como de pasiones nido.

5 Y desmintiendo en sus obras
su propia misión u oficio,
de impulsos mil diferentes
deja llevarse al capricho.

Se vio en el pasado tiempo
10 —y algo en nuestros días se ha visto—
trocar el cetro, la espada,
por el hábito y cilicio.

La pompa y glorias del mundo
por la humildad y el retiro,

* José de Jesús Díaz: “La orden”, en *El Museo Mexicano*, t. IV (1844), pp. 124-130.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 170-189.

Nota del autor: “Este romance se escribió desde el año de 1842, y se había remitido para su inserción a *El Veracruzano*, al tiempo que el propio periódico cesaba de publicarse”.

** *Om.*, “Romance” RGI 1910.

15 y vistiendo arnés grabado
de la paz a los ministros,
cambiar la tiara, el capelo,
la sotana, el sayal mismo,
por el yelmo y la coraza;
20 colgado el estoque al cinto,

calzando espuela dorada,
y lanza en ristre, al peligro,
como fuertes paladines
adelantarse con brío.

25 Los caballeros del templo,
espanto del islamismo,
los monjes hospitalarios
en Palestina prodigio

de bravura, y en los bandos
30 o cismas del cristianismo;
y en más mundanas empresas
los consagrados caudillos.

Las armas del cielo usaron
como de la espada el filo.

35 ¡Raro contraste, que muestra
de nuestro ser lo mezquino!

TAMBIÉN el clero en la lucha
envuelto acá y dividido,
tomó en la contienda parte
40 con denuedo y con ahínco.

Lidian unos por la causa
de los pueblos decididos,
otros del trono de España
por sustentar el dominio.

45 Aquéllos salen al campo
y desafían el peligro;
éstos, anatemas lanzan
y anuncian otros castigos.

Hubo algunos tan celosos
50 del rey, o su beneficio,
que de insignias militares
adornaron el vestido.

La provincia de Antequera
vio un batallón de improviso,
55 de clérigos levantarse:
su comandante el obispo

Bergosa, que del virrey
logra el favor y es amigo.
En ostentarse leal
60 hacia el monarca, no es tibio,

y la falange alentando
de aquellos soldados mixtos,
del cielo las recompensas,
los dones del paraíso,

65 a manos llenas ofrece
si logran el exterminio
de los rebeldes y herejes
insurgentes, que es lo mismo.

ENTRE tanto, la bandera
70 que tremoló el cura invicto
del pueblo de los Dolores,
convocando al patriotismo,

a prolongada contienda
para fijar el destino
75 de un gran pueblo, en la ignorancia
y en la esclavitud sumido,

sigue como otros valientes,
el muy preclaro y muy digno
Morelos, que abandonando
80 su religioso retiro

de Carácuaro —curato
ubicado en el distrito
de Michoacán—, do moraba
ocupado en ejercicios

85 de santidad, a ser llega
después el jefe, el caudillo,
de una empresa reservada
a su genio esclarecido.

Sólo al genio, que no cuenta
90 como general, auxilios,
y un puñado de bisoños,
ignorantes campesinos,

que nunca del hueco bronce
oyeron el estampido:
95 no tiene armas, ni caballos,
ni municiones, ni equipo,

ni víveres, ni otro erario
que su ligero bolsillo;
con treinta escasos fusiles
100 tomados al enemigo.

Pero el campo de Tres Palos
de todo estaba provisto
con profusión, y orgulloso
el jefe Paris ha dicho,

105 que pronto el rebelde cura
recibirá su castigo.
Morelos no se jactaba
de vencer, ni vengativo

amenaza; pero ataca,
110 y el realista sorprendido
pierde soldados y trenes,
tesoros, y aun fuera él mismo

prisionero, si no huyera
con astucia, y al abrigo
115 del desorden disfrazado.
A este triunfo primitivo

siguen otros, cual torrentes
de luz, surcando el zafiro,
marcan del sol la carrera
120 tras el albor matutino;

que era Morelos, y basta
para que obrando prodigios
en la causa que sostiene,
y con su nombre, a su arbitrio

125 de la fortuna la rueda
detener haya podido;
pero no fijar... que es reina,
y a los más sus favoritos

arrojó de su privanza,
130 les mostró el semblante esquivo,
el propio día que agotaba
sus falaces beneficios.

DESQUE de diez en el año
tomó Morelos partido
135 de Independencia en la causa,
sólo iban cuatro corridos

y sus vencedoras huestes
cuanto baña el mar Pacífico
de Anáhuac, en las regiones,
140 dominan y son testigos

sus pueblos de mil acciones
y de triunfos infinitos,
que contar y enumerarlos
trabajo sería prolijo.

145 FORMÓ ejércitos él solo,
bravos veteranos hizo,
y de su escuela salieron
capitanes aguerridos:

el primero en el combate,
150 el primero en el conflicto,

el último en el descanso
de los riesgos al abrigo.

A los soldados hambrientos
y desnudos, el preciso
155 y propio alimento entrega;
de sus postreros vestidos

se despoja y los reparte,
y humano con el vencido
lo consuela, moderando
160 su desgracia compasivo.

Brilló su pericia en Cuautla,
donde Calleja, el altivo
jefe del bando español,
mandaba en persona el sitio;
165 y se burlaba llamando
a la plaza de carrizo,
por débil; mas de ocuparla
nunca ejecutó el designio.

Y cuando escuálida el hambre
170 su ayuda a ofrecerle vino,
en daño de los sitiados,
Morelos —con el auxilio

de la noche y el silencio—
alzó el campo, con tal tino,
175 que hasta pasadas dos horas
no tuvo Calleja aviso.

Sustentó nuevos combates
con resultado distinto,
y vencedor de tres jefes
180 o muertos o fugitivos,

lo vio Tehuacán triunfante
de más gloria circuido,
con sus formidables huestes
y universal regocijo.

185 No se entregará al descanso
ni al festejo, previsor,
y después de otras jornadas
en que hubiera combatido

siempre con éxito, oculta
190 empresa lleva consigo,
impenetrable al alcance
del vulgo, que del sigilo

en los planes de la guerra,
el suceso ha dependido
195 muchas veces; y a Morelos
no faltó ese requisito.

YA VA el ejército en marcha.
De los fusiles el brillo:
el matiz de los plumeros,
200 de las banderas el viso;

el crujir de las cureñas,
de caballos el relincho;

187 otras: *tres* RGI 1910.

el fragor de los clarines,
de tambores el sonido;

205 van siguiendo el movimiento
y contrastan el prolijo
silencio de veteranos,
que ajustan al artificio

sus maniobras compasadas
210 cual la táctica previno,
y a la voz de capitanes
expertos y endurecidos.

El valiente Matamoros,
Galeana esclarecido,
215 Bravo esforzado, Montaña,
Victoria, modelo vivo

de intrepidez y constancia;
Terán, joven favorito
de las ciencias; Sesma y otros,
220 cuyos nombres esculpidos

en la historia, pasarán
hasta los remotos siglos,
como de ilustres patriotas
y denodados caudillos.

225 ATRAVESANDO los valles
las tropas y el tren lucido,
jardín ambulante fingen
con ramos de acero limpio:

con azucenas de pluma,
230 de púrpura y oro lirios,
en calles de humanos troncos
con simetría suspendidos;

donde concertados sones
forman metálicos trinos,
235 que al combate convidando
convidan al regocijo.

Si del valle a las gargantas
al través de precipicios,
por entre escarpadas rocas,
240 o por anchurosos ríos,

desfila rápida o lenta
en mil lugares distintos
aquella selva animada
trazando líneas y giros,

245 un agigantado boa
se creyera ver al vivo,
deslizarse cauteloso
por buena presa atraído.

LA MARCHA larga y penosa,
250 en el desierto camino,
los soles abrasadores,
las inclemencias del frío.

De conducir los cañones
y el bagaje, el infinito

255 trabajo, en el aspereza
arrastrados de continuo,

si los rostros y el acero
dejaron ennegrecidos,
si marchitaron las galas
260 y bélicos atavíos,

y por el hambre los cuerpos
quedaron enflaquecidos;
de aquella legión gloriosa
subió más grados el brío.

265 YA EN las cumbres de San Juan
del Rey, al fin reunido
está el ejército. Absorto
ve a sus pies el peregrino

valle de Antequera, entonces
270 sembrado de pueblos ricos
por sus cosechas de grana,
que la púrpura de Tiro

supera, y rival no tiene.
Ambicioso el mundo antiguo
275 como el oro demandaba
un fruto tan exquisito;

pero es Oaxaca una joya
de estima y precio subido;
y en su defensa el virrey
280 allí mantuvo y previno

de soldados y cañones
un número bien crecido.
Está de hierro erizada,
y sus guardas requeridos.

285 EL EJÉRCITO acampaba
en los llanos extendidos
de Viguera, y entre tanto
de su llegada el aviso

reciben en la ciudad
290 los realistas sorprendidos;
pero en su poder fiando
y con un grueso escogido

de tropas, salió Régules,
y a observar el campo vino;
295 mas el coronel Montaña,
a su encuentro apercebido,

con sus formidables lanzas
tanto destrozo le hizo,
que derrotado, deshecho,
300 a la ciudad pavorido

huye en pos de sus trincheras
y a buscar en los auxilios
de sus hombres y resguardos,
defensa y seguro asilo.

294 el: *al* RGI 1910.

305 DADO del suceso parte,
y después de haberlo oído
Morelos, manda que formen
los cuerpos. En su destino,

los jefes y capitanes,
310 un redoble repetido
por tres veces, de la orden
del día, es el toque preciso.

El general la ha dictado
con singular laconismo,
315 con seguridad pasmosa,
con acento decisivo:

“A acuartelarse a Oaxaca...”
es sólo su contenido,
que oye el ejército y alza
320 de ardor y júbilo el grito.

ROMANCE II*
LOS AMIGOS

LOS ENLACES inocentes
que se forman en la infancia,
o no se destruyen nunca,
o dejan memorias gratas;

325 y cuando corrido el tiempo
con estrella buena o mala,

* *Om.*, “Romance” RGI 1910.

recobramos el amigo
de nuestra edad más temprana,

330 aquella amistad de niños
sus privilegios reclama,
y sin esfuerzos ni dudas
los restituye y alcanza.

335 Mas a veces las pasiones
que germinan en el alma,
fructificando rencores
todo vínculo quebrantan.

Ejemplo, Claudio y Enrique,
de esta veleidad humana:
que los unía la inocencia
340 y el interés los aparta;

interés de una belleza
que rivales obsequiaban;
de política intereses
que la discordia separa.

345 Y los que un solo deseo
en la niñez respiraban,
después el odio alimentan,
respiran sólo venganza.

350 A ENRIQUE por sus riquezas
y por sus prendas bizarras,
lo estiman los caballeros
y lo encarecen las damas.

La hermosa Isabel reúne
con el ingenio las gracias,
355 y sensible a los obsequios,
a las amantes instancias

de don Enrique, modesta,
su ardiente cariño paga.
Claudio en el pecho de celos
360 un volcán o infierno guarda.

Como su rival, no tiene
riqueza, apostura y galas;
pero posee otros recursos:
es ingenioso, y con maña
365 se ha ingerido en los consejos,
y del jefe de la plaza
auditor y confidente,
es de sus planes el alma.

DE ISABEL rondaba Enrique
370 como amante, las ventanas,
al favor de las tinieblas
y al abrigo de la capa,

cuando ve a un hombre encubierto
que de la esquina inmediata
375 a media voz le decía:
“Caballero, una palabra”.

Y con precaución lo sigue
a un extremo de la plaza.

El incógnito del rostro
380 el embozo separaba:

“Yo soy Claudio, don Enrique
—le dice—: no es cosa extraña
que como rival o amigo
hace rato le aguardaba”.

385 “No lo extraño —le contesta—;
pero campo de batalla
mejor, debiera escogerse
para cruzar las espadas”.

“Esto prueba —le replica—,
390 y el venir aquí sin armas,
que mi intención es distinta...
¡Enrique, amigo! Te engaña

”—prosigue Claudio diciendo—
una contienda villana;
395 no soy tu rival, renuncio
de grado mis esperanzas

”y pretensiones, si logro
recobrar tu confianza
como amigo; si lo dudas,
400 sirvan de prueba esas cartas

”que sin prudencia escribiste
—y unos papeles mostraba—
dando secretos avisos
del estado de la plaza;

405 "si el comandante las viera...
A fe que fuera muy mala
tu suerte; pero he logrado
del proceso segregaras...

"El hecho me hace culpable;
410 mas la amistad me forzaba;
te quise salvar, Enrique..."
Y hay en su acento y miradas

de verdad una expresión
tan patente, y es tan clara
415 su noble acción, que una injuria
Enrique se haría en dudarla:

le echa los brazos al cuello,
su voz la ternura embarga,
lo estrecha, y los dos amigos
420 por un breve rato callan;

siguieron después las bodas
de don Enrique: su casa
don Claudio, con mutuo agrado,
desde entonces frecuentaba.

425 LÍVIDA la tez de pena,
las manos enclavijadas,
hiriendo el pecho divino
del dolor la dura daga,

afligido el bello rostro
430 que un cerco de luces baña:

negro el manto que se pliega
sobre la túnica blanca;

en su soledad la Virgen,
por diestro pincel trazada,
435 ofrece un antiguo cuadro
suspendido en una estancia,

y cerca de él dos bujías
de cera ardiendo. Postrada
ante la imagen, se mira
440 una mujer de tan alta

beldad y de hechizo tanto,
como de aflicción tan rara,
que al emblema de lo hermoso
el del pesar igualaba,

445 y más pareciera, al verla
en la angustia, y a la escasa
claridad de las antorchas
que oscilan, y sombras varias

de los muebles y las telas
450 difunden, mezclan y cambian,
ser aquel cuadro un espejo
que a la afligida retrata.

O bien, que dejando el lienzo
oscuro, la imagen sacra,
455 cobra acción, desciende al suelo
y nuevo llanto derrama.

ESTE duelo, este conflicto
de Isabel, se originaba
de una breve conferencia
460 que había tenido en la sala.

Don Claudio, según costumbre,
vino aquel día a visitarla;
pero inquieto, el embarazo
en su rostro se pintaba.

465 Isabel, sin observarlo,
por su esposo le demanda;
si hay noticias, le interroga.
“Sí, señora; pero malas”

—le contesta—: “El enemigo
470 a la ciudad amenaza”.
“Yo pregunto por Enrique
y el estado de la causa”.

“Está concluida y resuelto
que en esta propia mañana...”
475 “Hable usted, don Claudio, diga
qué suerte a mi esposo aguarda”.

“El comandante, señora,
un escarmiento prepara
a los rebeldes, y ordena
480 que si Morelos ataca,

”a los presos sin demora
se les pase por las armas;
concede sólo dos horas
para esto, o la retirada”.

485 “¡Pero Enrique...!” “En el proceso
se complica, y unas cartas...”
“Mas usted de su inocencia
no ha mucho me aseguraba”.

“Es cierto, ¿cómo pudiera,
490 Isabel, desconsolarla?
Un solo arbitrio se encuentra;
resta sólo una esperanza”.

“Consintiendo usted a todo,
huiré con él”. “Menos basta,
495 si de mi amor, Isabel,
el fuego antiguo templara

”un solo favor, en gozo
se trocaría la desgracia.
Enrique al punto evadido
500 con mi auxilio, y rechazada

”la invasión, luego un indulto
fácilmente se le alcanza.
Si la ciudad, al contrario,
vencedor Morelos gana,

505 ”con el influjo de Enrique
mi perdón seguro se halla.
Él feliz, yo venturoso,
Y usted a los dos nos salva”.

“Malvado —dice Isabel—:
510 he comprendido esa trama

del infierno; delator,
espía y verdugo, restaba

”esta injuria. Te abomino,
y si he de pedirte gracia,
515 será que a tantas maldades
no el villano insulto añadas”.

Y torciéndose los brazos,
convulsiva: “¡Virgen santa
de la Soledad! Tu amparo
520 dame” —con fervor exclama.

Vuelve después a don Claudio
una severa mirada
que lo reprende, lo asusta,
y los colores le saca.

525 “Antes —le dice—, la muerte;
antes la viudez aciaga.
¡Hombre perverso! Tu vista,
más que la pena, me cansa”.

“Bien, señora”. Recobrando
530 su disimulo y su audacia:
“Saldré” —don Claudio contesta,
y a efectuarlo se prepara.

Con ironía la saluda;
al reloj la vista clava,
535 lo consulta, y sonriendo
con cierta expresión amarga:

“Sólo dos horas —murmura—;
es corto plazo: mañana
o serás viuda paloma,
540 o está el milano en la jaula”.

Y calándose el sombrero,
arrebozado en la capa,
toma la puerta y al punto
hasta la calle se planta.

545 ESTA singular escena
dentro la ciudad pasaba,
mientras las huestes patriotas
al ataque se preparan.

Ya los cañones Terán
550 ha colocado a vanguardia;
al fuerte contrario asesta
ruinas y muertes causa.

Los cazadores que Sesma,
joven valiente, comanda;
555 la altura de San Lorenzo
a la bayoneta ganan.

Los dragones de Montaña
arden por teñir sus lanzas;
pero el fuerte que por nombre
560 de la Soledad, llevaba,

dominando el campo, vierte
tanta copia de metralla,

que largos surcos abriendo
en las filas destinadas

565 al asalto, las detiene,
las rompe, y ya vacilaban,
a pesar que en exhortarles
sus capitanes se afanan.

Porque inaccesible al muro
570 un ancho foso guardaba
con su elevadizo puente,
que le da mucha ventaja.

Y porque, al fin, hombres eran
los que resistiendo estaban,
575 y no de acero, ni tienen
más que el pecho por muralla.

El rumor de la desecha
ya en el campo circulaba
siniestro; pero un caudillo
580 lleno de vergüenza y rabia

detiene a los fugitivos,
se pone al frente y les habla:
“¡Ah, del valor, compañeros!
¡Adelante, camaradas!”.

585 Y dando él mismo el ejemplo,
ligero al foso se avanza,
al través de espesa niebla,
de humo y granizo de balas.

Allí al impulso tan sólo
590 del ardor que lo acompaña,
la acción mayor ejecuta,
que en fabulosa rayara.

Al no declarar testigos
en gran número, esta hazaña,
595 que de Victoria el renombre
por ella le dio la fama.

“Cobardes” —a los contrarios,
con voz de trueno gritaba—:
“Allá voy. Para batirlos,
600 no es menester de las armas”.

Y siguiendo el movimiento
más veloz que la palabra,
a la otra orilla el acero
arroja, y se tira al agua.

605 Lo imita al punto la tropa;
el enemigo se pasma:
huye con pavor. El puente
rápido y crujiendo baja.

EN UN tostado alazán,
610 crin espesa y prolongada,
cuello altivo, corta oreja,
breve la cabeza y alta,

599 batirlos: *batiros* EMM 1844 | RGI 1910.

ojo ardiente, fuerte el pecho,
vientre leve, llena el anca,
615 estrecho y sonoro casco,
canilla enjuta y delgada,

con fuego el aliento arroja,
el freno con fuerza tasca,
copos de espuma esparciendo
620 que el cuerpo y arneses baña.

Matamoros, el invicto
—segundo en jefe—, cabalga,
recorre veloz el campo:
ligero en las filas pasa.

625 Todo lo ve, lo dirige,
aquí amonesta, allá alaba;
y donde el mayor riesgo,
allá el primero se halla.

Mientras que el grande Morelos
630 órdenes dictando claras,
con un sosiego que hiela,
con una frialdad que espanta,

tranquilamente un tabaco,
como de habitud, fumaba;
635 y si el enemigo bronce
de su lado le arrebatá,

un edecán, que de sangre
su propio vestido mancha,
al rumbo do sale el tiro
640 con desdén los ojos alza.

EN TODAS partes la lucha
está con ardor trabada:
en todas el plomo silba,
las voces en todas claman.

645 Suena el clarín, suena el parche,
las bayonetas y lanzas
se cruzan, y el bronce ardiendo
entre relámpagos brama.

Pero corre el tiempo. Un ruido
650 sordo y confuso se alcanza
a escuchar; también de lejos
se ve una nube inflamada.

Señal que sigue el combate
y que en la ciudad batalla
655 disputando, el enemigo,
el terreno en retirada.

ANTE la imagen divina,
Isabel arrodillada,
vertiendo llanto copioso,
660 eleva ardiente plegaria.

Lo que don Claudio le dijo
con más atención repasa,
y de su Enrique el suplicio
de los ojos no se aparta.

665 Las cárceles y conventos
muchos presos encerraban,

y está de muerte contra ellos
la sentencia pronunciada.

Ella lo sabe y ha oído
670 voces, rumores de armas,
el tropel de los caballos,
el toque de generala.

Oye también dar la hora;
de improviso una descarga...
675 Y otra más... “¡Virgen piadosa
—dice—, tu favor le valga”.

Y alzando juntas las manos
a la imagen soberana,
inclina después el rostro,
680 y se queda como estatua.

“¡ISABEL!” —fuerte una voz
oye de cerca nombrarla—;
y súbita a la afligida
la ciñe una sombra humana,

685 más que un hombre. Su cabello
luengo y en desorden vaga:
enjuto, amarillo el rostro,
crecida al pecho la barba.

Y destrozadas las ropas,
690 como el que en prisión muy larga
ha vivido, y de improviso
los calabozos quebranta.

Lo ve Isabel, se estremece;
con fuerza pugna: se arranca,
695 huye, corre, se imagina
que la sigue una fantasma.

“Yo soy, Isabel, tu esposo,
yo soy Enrique”. La llama;
ella lo oye y reconoce,
700 vuela, y amante lo abraza.

QUEDÓ cumplida la orden
de acuartelarse en Oaxaca;
sus defensores rendidos
se humillan, y obtienen gracia.

705 Los calabozos se abrieron,
entre vivas y alabanzas;
el obispo y sus guerreros
repicaron las campanas.

Xalapa, agosto 16 de 1844.

LA PRISIÓN*

- JAMÁS se pasaba un día
sin que en las alas llevado
del amor, no fuese Alfonso
a ver a su bien más caro;
5 sin embargo, en el siguiente
al paseo de que hablamos,
son ya las doce... la una,
pero Alfonso no ha llegado.
Cuenta Adela los momentos,
10 le parece que oye pasos,
la respiración suspende,
vuelve la cabeza... En vano,
no es él: se apura, se aflige,
mil pensamientos amargos
15 se suceden en su mente.
Tal vez se encuentra postrado
por la enfermedad... Tal vez
ha detenido sus pasos
un asunto de interés...
20 Pero no. Nunca su amado
ha preferido otros bienes
a su amor: acaso, acaso
una mujer más dichosa...
¡Qué delirio! ¡Ni pensarlo!
25 Adela tan baja idea

* Fernando Calderón: "Adela" ("Romance segundo: «La prisión»"), en *Obras poéticas de don Fernando Calderón*, pp. 66-73 y 387-388.

⁶ Se refiere a la primera parte de "Adela" ("Romance primero. «La Viga»") que enlaza a los mismos personajes; véanse también más adelante los vv. 191-195 y siguientes. *Cfr.*, *ibid.*, pp. 59-66.

desecha con desagrado;
pero Alfonso no parece,
el sol va ya declinando...
¡Oh, buen Dios! ¿Le habrá perdido?

30 Sale al balcón, a lo largo
tiende la vista: cada uno
de aquellos que van pasando
le parece que es Alfonso;
su corazón agitado

35 casi no cabe en su pecho;
la llama su madre en vano:
“Ya voy” —dice—, y permanece
por todas partes mirando;
descubre, en fin, a un amigo

40 de su amante. ¿Algún recado
le traerá, tal vez? No hay duda,
entra en su casa: de un salto
la sala y el corredor
pasa Adela, y preguntando

45 está al amigo de Alfonso.
¡Infelice! De los labios
de aquél oye la noticia
de que está preso su amado:
pierde su faz sus colores,

50 tiende los hermosos brazos,
y faltándole las fuerzas
—como herida por un rayo—,
cayó. La madre, al momento,
y las hermanas volando

55 llegan: la encuentran tendida
en el suelo, y al infausto
mensajero, cual si fuese
hecho de insensible mármol.
Él les repite de nuevo

- 60 que su amigo desgraciado
está en la *cárcel de corte*,
por el gravísimo cargo
de ser *insurgente*... —¡Cielos!
—la anciana exclamó llorando—:
- 65 —¿Insurgente? —Sí, señora
—dijo el amigo—: y acaso
[.]
—¡yo me horrorizo al pensarlo!—,
ya se le sigue un proceso...
- 70 Su funesto resultado...
—No más —dijo la señora—:
¡Me está usted despedazando!
Vaya usted, vaya al momento,
dé usted, por Dios, cuantos pasos
- 75 pueda en favor de su amigo,
de ese amigo desgraciado.
¿Necesita usted dinero?
Yo lo daré. ¿Es necesario
ver al virrey, a los jueces?
- 80 Pues en el instante vamos.
¡Oh, santo Dios, hijas mías!
Llevemos luego a su cuarto
a esta infeliz. ¡Oh, qué tiempos!
Todo, todo se ha cambiado.
- 85 LARGO espacio permanece
Adela en aquel letargo;
pero, por fin, poco a poco
va volviendo: abre sus labios,
y con voz trémula y débil,

67 Por errata, este verso no fue impreso en la fuente.

90 de Alfonso el nombre adorado
repite; los ojos gira
en derredor de su cuarto;
no está pálido su rostro,
antes un vivo encarnado
95 hermosea sus mejillas;
bate su pulso agitado
por la fiebre más ardiente:
discursos mal concertados,
palabras vagas, locuras,
100 indican el alto grado
de la enfermedad; la ciencia,
los desvelos, los cuidados,
todo se ensaya sin fruto;
el cerebro trastornado
105 de Adela, ve sólo sombras;
y la infelice, mezclando
las más contrarias ideas,
en tropel desordenado
habla de flores y muertes,
110 de amores y de cadalsos.

POR MIL ochocientos trece
es la época de que hablamos,
época horrible, sangrienta,
para el triste mexicano:
115 cuando el nombre de Venegas
—repetido con espanto—,
helaba los corazones;
cuando algunos esforzados,
arrostrando los peligros,
120 “Independencia” gritaron;
mas no era llegado el día

por el Eterno marcado
para sacudir el yugo
del español sanguinario.

- 125 VENEGAS sofocar quiso
aquel incendio sagrado,
vertiendo sangre a torrentes,
suplicios multiplicando.
No eran necesarias pruebas
130 para mirarse arrastrado
a la prisión más estrecha
el mísero ciudadano:
bastaban sólo sospechas;
así piensan los tiranos
135 afirmar su inicuo trono,
sin advertir que la mano
que los golpes multiplica,
suele fatigarse al cabo,
y su flaqueza se aumenta
140 a proporción del estrago.

- EN LA gran cárcel de corte
se encuentra un joven cargado
de fortísimas cadenas
y de grillos muy pesados;
145 pero en su faz no demuestra
abatimiento ni espanto:
es cierto que algunas veces
por su semblante esforzado
pasa una ligera sombra
150 de tristeza, y en sus labios,
de Adela el nombre querido

—con un suspiro mezclado—
se oye sonar; mas de nuevo,
la serenidad cobrando,
155 de inmortalidad y gloria
brilla en sus ojos un rayo.
Así al claro sol oculta
algún ligero nublado;
pero pasa, y reaparece
160 con más pureza brillando;
así el árbol por el viento
un instante doblgado,
vuelve a levantarse airoso,
el huracán despreciando.

165 SEIS DÍAS hace que Alfonso
sufre su destino amargo,
sin saber cuál es la suerte
de los objetos amados
de su corazón. Se acerca
170 al fortísimo enrejado
de una ventanilla estrecha,
y sus ojos levantando
fija en el zafir del cielo.
Cuando el mortal rodëado
175 está de gozo y ventura,
cuando ardoroso su labio
—entre ilusiones mecido—
del placer apura el vaso,
le basta sólo la tierra;
180 mas cuando la helada mano
del dolor su pecho rompe,
cuando la ilusión pasando
aparecen los tormentos;

cuando no encuentra descanso
185 en el mundo, ansioso busca
otra región, otro Estado,
y sus ojos en el cielo
fija inundados en llanto.

ERA el momento solemne
190 en que el sol ha terminado
su carrera: la hora misma
en que Alfonso, acompañado
de Adela, hace siete días,
en La Viga iba soñando
195 en felicidad, en gloria,
que en prisiones se han tornado.
Así el viajero divisa
altas torres y palacios,
en el lejano horizonte,
200 que le prometen descanso,
y en mirarlos divertido,
no ve la sima en que, incauto,
se precipita y perece.
Así ligero surcando
205 el pajarillo los vientos,
tocar la copa de un árbol
cree ya, cuando aguda flecha
le derriba traspasado.

EN EL azul de los cielos,
210 más que las otras brillando,
estaba una estrella hermosa;
Alfonso con entusiasmo
fija sus ojos en ella,

como en el luciente faro
215 el navegante infelice,
que está con la mar luchando:
—Astro hermoso —dice Alfonso—,
astro puro, ¿eres acaso
tú la funeraria antorcha
220 que alumbra mi fin cercano?
¡Pronto, tal vez, en mi tumba,
tu blanda luz derramando,
indicarás a mi Adela
el lugar de mi descanso!
225 Tal vez la noche siguiente
brillarán tus tristes rayos
sobre su pálido rostro,
y en las gotas de su llanto
cambia de pronto de ideas;
230 de su patria el nombre caro
viene a su memoria: el fuego
de libertad, que abrasando
está siempre su alma noble,
aquel fuego sacrosanto,
235 que al amor cedió un momento,
vuelve a brillar, y doblando
su entusiasmo, sí, repite,
álcese pronto el cadalso,
venga la muerte gloriosa
240 que me prepara el tirano.

Así lucha el triste preso,
entre sentimientos varios,
hasta que un ligero sueño
extiende sobre él su manto.
245 Mas, ¡ay!, pronto lo despierta

un acento destemplado,
que le intima la sentencia
de muerte... Con firme paso
marcha a la oscura capilla,
250 donde un venerable anciano,
un religioso lo espera,
en caridad rebosando,
para hacer con sus acentos
el trance menos amargo.

255 TRES DÍAS después... unos tiros
—en la plaza de Mixcalco—
y unas campanadas suenan...
A esa misma hora, de blanco
vestida —y llena de flores—
260 a su lecho funerario
llevan una hermosa joven.
Es Adela, y a su lado,
de su amante, el noble Alfonso,
el sepulcro colocaron.

Enero de 1838.

BRAVO
(SAN JUAN COSCOMATEPEC)*

I

- CAEN LAS sombras a los valles
de los montes más lejanos,
y comienzan a encenderse
en la bóveda los astros.
- 5 A las orillas de un bosque
hay un grupo de soldados,
que alrededor de la lumbre,
pasan el tiempo cantando;
más allá se ven tendidos
- 10 muchos cuerpos por el campo,
demostrando que allí dióse
un combate encarnizado.
Levantábase a lo lejos,
por la loma y por el llano,
- 15 el acento de los libres
en melancólico canto.
Allí, después de una lucha
en que venció al León hispano,
en medio de sus valientes
- 20 acampa el caudillo Bravo.
La voz de los centinelas
se escucha de cuando en cuando,

* Manuel de Olaguíbel: “Bravo. (San Juan Coscomatepec)”, en *El Domingo* (4 de mayo de 1873), núm. 21, p. 296.

OTRAS FUENTES: EPM 1886: *El Parnaso Mexicano* (15 de febrero de 1886), pp. 89-91. En ambos impresos, apareció con el subtítulo “San José Coscomatepec”, por errata; y RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 44-45, sin subtitular.

y el monótono sonido
del galope de un caballo.
25 Pocos momentos trascurren,
y se extiende por el campo
la noticia de que al padre
del general han matado:
los nobles pechos se irritan
30 contra el virrey y su bando,
y el dolor más fuerte agobia
al caudillo mexicano.

II

ENTONAN himnos las aves
en el vecino palmar,
35 y cual perla entre turquesas
alza su punta el volcán,
sonrosada dulcemente
por un reflejo solar,
mientras corre entre las flores
40 fresca brisa tropical.

III

DESPUÉS de una noche horrible
que pasó el caudillo en vela,
manda formar a la tropa,
con su voz firme y entera.
45 Y trescientos prisioneros,
que hizo ayer en la pelea,
ante los ojos de Bravo
fijan la mirada en tierra.

Todos temen, y a su vista
50 sin querer miden la pena
que aquel hombre soportara
con la noticia funesta.
Más el héroe a los vencidos
les habla de esta manera,
55 y con su voz santa y pura
todo el mundo se enajena:
“Estáis libres, retiraos,
ésta mi venganza sea”.

QUECHOLAC
(OCTUBRE 14 DE 1813)*

ESTRELLA del navegante,
el altivo Citlaltépetl,
se alza dominando excelso
con su corona de nieve,
5 desde las ondas del Golfo
hasta do el sol desaparece,
y a su falda las campiñas
y las llanuras se extienden,
ornadas de verdes selvas
10 y de arroyos transparentes.

Hoy en ella los soldados
de dos enemigas huestes
a la lucha se preparan
lanzando gritos de muerte;
15 entre el follaje sus cascos
y sus armas resplandecen,
mientras que se tiñen de oro
del volcán las regias nieves,
al asomar los primeros
20 albores del sol naciente.

Unos ostentando altivos
el rico lábaro vienen
de las glorias españolas,

* Gustavo Adolfo Baz: "Quecholac. (Octubre 14 de 1813)", en P NS: *Poésias. Nueva serie*, pp. 78-82.

OTRAS FUENTES: ED 1873: *El Domingo* (27 de abril de 1873), núm. 20, pp. 279-280; P 1874: Gustavo Adolfo Baz: *Poésias*, pp. 99-102; y RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 54-56.

y los sangrientos laureles
25 allá en Bailén recogidos,
sus escudos ennoblecen.

Los otros, aunque inexpertos,
a la voz de patria fieles,
son los que dan prez y fama
30 al apodo de insurgentes.

Bandera negra, cruz roja
por marcial enseña tienen,
y los manda Matamoros,
el audaz entre los héroes,
35 el de los rubios cabellos,
el de los ojos celestes,
el que triste —de ordinario—
marcha inclinando la frente
cual los que sufren pesares,
40 cual los que meditan siempre;
pero al ver a sus contrarios
la levanta, y de sus huestes
empuñando la bandera,
y con acento solemne,
45 así a sus guerreros habla
el adalid insurgente:

“Bravos y nobles soldados:
el enemigo que hoy viene

25 *Otra redacción:*

recogidos en Bailén ED 1873 | RGI 1910.

Nota del autor: “Esta batalla fue sostenida a campo raso contra los batallones de Asturias, vencedores en Bailén”. En P 1874 apareció “en campo”, etc.

a nuestro encuentro es el mismo
50 que humilló al César potente
cuya voluntad fue norma
de los pueblos y los reyes,
mas no ahora como entonces,
patria y libertad defiende,
55 hoy sostén de los tiranos
cobarde y medroso viene.

No os intimide su fama,
su renombre no os arredre;
oponed a sus cañones
60 —y a sus mallas relucientes—
vuestros pechos que desnudos
de galas y de oropeles,
morir en sangrienta lucha
a ser esclavos prefieren,
65 y de Bailén con los lauros
ornaremos nuestras frentes” .
.....

Suena el clarín, la llanura
y las chozas se estremecen
al sonar de las descargas
70 que van sembrando la muerte.

En un eco se confunden
el trotar de los corceles,
los ayes de los heridos

61 vuestros: *esos* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.

64 a: *o* P NS 1887.

66 frentes: *sienes* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.

73 ayes: *gritos* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.

y las voces de los jefes,
75 y entre las nubes de polvo
y de humo que los envuelve,
como fantasmas siniestros
se divisan los jinetes
de San Pedro, que sus lanzas
80 a cada bote enrojecen.

Hasta que, al fin, cuando opaco
ya brilla el sol en poniente
mientras de carmín colora
con luz moribunda y tenue,
85 la blanca nivosa cima
del altivo Citlaltépetl,
de Bailén los vencedores
marchitando sus laureles
rinden armas y banderas
90 a las tropas insurgentes.

74 voces: *vivas* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.

79 *Nota del autor*: “Tal era el nombre que llevaba uno de los cuerpos de caballería insurgente que tomó parte en este encuentro”. En ED 1873, P 1874 y RGI 1910 añaden “la” caballería.

88 *Om.*, este v. P NS 1887.

LA JURA DE APATZINGÁN
(OCTUBRE 22 DE 1814)*

EN APATZINGÁN la hermosa,
cuyo horizonte resguardan
de Queréndaro las cumbres,
elevados atalayas
5 del valle donde florecen
al soplo de tibias auras,
el índigo y el cafeto
y las resonantes cañas;
en Apatzingán la bella,
10 que se aduerme reclinada
en las márgenes de un río
cuya corriente de plata
se desliza sonora
entre campos de esmeralda;
15 allí donde son eternas
las primaverales galas,
allí donde siempre alegres
su amor los pájaros cantan,
allí se escucha hoy el ruido
20 de vítores y de dianas,

* Gustavo Adolfo Baz: “La jura de Apatzingán. (Octubre 22 de 1814)”, en P NS 1887: *Poesías. Nueva serie*, pp. 73-77.

OTRAS FUENTES: ED 1873: *El Domingo* (20 de abril de 1873), núm. 19, pp. 261-262, sin subtitular; P 1874: Gustavo Adolfo Baz: *Poesías*, pp. 87-90, con el subtítulo “(1814)”; y RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 65-67, sin subtitular.

3 Queréndaro: *Ondapéndaro*, por errata, RGI 1910 || *Orapéndaro*, por errata, ED 1873.

10 aduerme: *duerme* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.

y la atmósfera conmueven
los repiques y las salvas.

Reunidos en ella, ahora,
en una modesta sala,
25 los que de la patria en nombre
formaron la ley sagrada,
que libra por siempre al pueblo
de la coyunda de España,
del gran Morelos escuchan
30 las venerables palabras.

Es su cabeza imponente,
de águila son sus miradas,
tiene su acento un remedo
del fragor de las batallas,
35 y la inspiración de un héroe
sobre de su frente irradia:
“Representantes del pueblo
—con voz dice firme y clara—:
vosotros que disteis cima
40 con vuestra noble constancia
a la empresa por Hidalgo
en Dolores comenzada;
vosotros que en Chilpancingo
formulasteis en un acta
45 la independencia y derechos
de la nación mexicana,
jurad hoy ser los guardianes
de las libertades patrias
y los derechos sagrados

31 Es: *En*, por errata P NS 1887.

32 son: *con*, por errata P NS 1887.

50 que sanciona y que proclama
aquesta ley, discutida
en las selvas y montañas
o entre el estruendo horroroso
de mortífera metralla,
55 mientras yo vuelo al combate
a conquistar con mi espada
renombre para mis huestes,
victorias para mi patria.

Y acallando los aplausos
60 y los vivos entusiastas,
un anciano le dirige
aquestas graves palabras:
“Morelos, el gran Morelos,
el de las nobles hazañas,
65 el justiciero en las villas,
el valiente en las batallas;
tú que al tirano arrollaste
desde Acapulco hasta Cuautla,
escucha: más noble empresa
70 y más digna de tu fama
te damos en este instante
en el nombre de la patria,
que guardián de nuestras leyes,
de la propiedad sagrada,
75 de la fe de nuestros padres
y la virtud sacrosanta,
por el civil magisterio
depongas las férreas armas;
pero si se torna adversa

51 aquesta: *aguesa* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.
60 los: *con* P 1874.

80 la fortuna a nuestra causa,
vuelve a la lid, al combate,
a empuñar vuelve la espada;
llama entonces en tu auxilio
a la victoria, tu hermana,
85 y lucha invocando el nombre
sacrosanto de la patria,
hasta sellar con tu sangre
la libertad mexicana”.
“Os juro —responde el héroe—,
90 el guardar esa ley santa”.
Y mientras conmueve un “¡viva!”
los ámbitos de la sala,
alta y noble la cabeza,
la mano sobre la espada,
95 el andar tardo y sereno,
se dirige hacia la plaza.

Entonces, entre los himnos,
al son de guerreras cajas,
en medio de los repiques
100 y el estruendo de las salvas,
al verle salir el pueblo
su libertador le aclama.

90 esa: *esta* RGI 1910.

93 y: *la* P 1874.

102 le: *lo*, por errata P NS 1887.

LA SEÑORA LÓPEZ*

EN MEDIO de áspera sierra,
que le ofrece sitio incómodo
al insurgente soldado
que con patriotismo heroico
5 la miseria desafía,
y del tirano los odios;
el hombre, la sed, la muerte
por triunfo tal vez remoto,
en medio de las montañas,
10 que como grandes colosos
se levantan de la tierra
de Michoacán, se halla Cóporo,
teatro de la alta gloria
de Rayón, el generoso
15 defensor de aquella plaza,
que al realista causa asombro.
Se ocupa el bravo caudillo
en disponer nuevos fosos,
y en instruir al soldado,
20 y en estar presente en todo;
que no muy lejos acampa
—henchido de fiero encono—
el español, y pretende
asaltar el fuerte, pronto.
25 Rayón, en tanto, medita
poner a esa audacia coto,
y enseñar a los tiranos

* Francisco Sosa: “La señora López”, en *El Domingo* (13 de julio de 1873), núm. 31, pp. 416-417.

14 *Nota del autor*: “Licenciado don Ignacio López Rayón”.

que es vano su empeño loco
de reprimir los esfuerzos
30 de un pueblo que dice: “rompo
para siempre las cadenas
del esclavo vil y odioso”.

“SI RECHAZARLOS consigo,
o si al llegar los derroto,
35 ¡ah, qué ventura la mía!
Veré de mi gloria el colmo;
muy en breve mis soldados,
a quienes por hijos tomo,
notarán que con mis planes
40 derramar su sangre ahorro”.
Así Rayón se decía,
recorriendo un punto y otro
de su habitación, soñando
en la patria, su tesoro,
45 cuando escucha que penetra
con ademán respetuoso
un asistente que trae
pálido el labio, antes rojo.
“General —dice el soldado,
50 cuyo descompuesto rostro
indica la pena horrible
de un presentimiento incógnito—:
de Tlalpujahuá este pliego
os mandan aquellos lobos,
55 pues han tomado esa plaza,
y aun esperan que nosotros...”
Con calma, Rayón le toma;
pero en breve, grande enojo
se refleja en su mirada,

60 y algún malestar muy hondo.
“Id a mi madre: decidle
que acuda aquí, que la invoco
porque una duda me salta
y no la resuelvo solo”.

65 “DURO caso, madre mía,
en esta vez os propongo;
perdonad, si mis palabras
os llegan del alma al fondo.
Francisco, mi buen hermano,
70 que combate cual nosotros
de España la tiranía,
sin temor y sin rebozo,
se encuentra ya prisionero
en Tlalpujahuá; hace poco
75 que este pliego he recibido,
en que Aguirre dice cómo
no le condena al cadalso
si nuestra causa abandono.
Lo que la patria me ordena
80 en este trance horroroso,
yo bien lo sé, madre mía;
vuestra voluntad ignoro,
y por eso os he llamado,
y acataré vuestro voto”.

85 La matrona no vacila,
aunque brillan en sus ojos

61 *Nota del autor*: “Doña Rafaela Rayón de López”.

76 *Nota del autor*: “Don Martín Matías de Aguirre, coronel realista”.

dos gotas de amargo llanto,
y exclama con fuego heroico:
“Madre cual soy, yo daría
90 mi sangre, y aún fuera poco,
por libertar esa prenda
que con toda el alma adoro;
pero nací mexicana,
y como tal, ambiciono
95 mirar a México libre
de sus tiranos; si el costo
de esa ventura es acaso
vuestra vida, no me opongo;
que antes que ver vuestra afrenta,
100 quiero verter triste lloro
en los sepulcros alzados
por el español encono,
que no perdona el delito
que cometemos nosotros”.

105 Rayón a su madre escucha
lleno de emoción, absorto;
sobre su frente se inclina,
y la besa fervoroso.

DEJA tú, Guzmán, El Bueno,
110 deja tu lecho de polvo,
y saluda a la matrona
que es de México tesoro.
Que si en Tarifa pudiste
ganar renombre famoso,
115 no se iguala tu grandeza
a aquesta que yo pregono.

LA FIESTA DE CHEPETLÁN*

- ALEGRE viste sus galas
el pueblo de Chepetlán,
que está celebrando el día
de la fiesta titular.
- 5 ¡Cuál repican las campanas
de la iglesia parroquial!
¡Cómo suena el teponaxtle
con monótono compás!
Y cámaras y cohetes
- 10 estallan aquí y allá,
y se escucha en todas partes
una algarazara infernal.
Por dondequiera, enramadas
en las que vendiendo están
- 15 aguas frescas y sandías,
y al son de un arpa tenaz,
nativos y forasteros
bailan con dulce igualdad;
se oye la voz estentórea
- 20 del que tiene el carcamán,

* Vicente Riva Palacio: “La fiesta de Chepetlán”, en *Páginas en verso*, pp. 128-132, con el subtítulo “Recuerdos de la Guerra de Independencia”.

OTRAS FUENTES: ED 1873: *El Domingo* (24 de agosto de 1873), núm. 37, pp. 491-492, impresa con el pseudónimo *Rosa Espino*; RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 50-53; y PC 2000: *Poesía completa*, pp. 81-85, también con el subtítulo “Recuerdos de la Guerra de Independencia”.

4 la: *su* ED 1873 | RGI 1910.

5 ¡Cuál...!: ¡*Cuán*...! PC 2000.

14 las que: *donde* ED 1873 | RGI 1910.

y de otro, que lotería
llama a todos a jugar.
Entre los arcos de flores
pasa la brisa fugaz,
25 templando apenas el fuego
de ardiente sol tropical.
En grupos la muchedumbre
se agita, en constante afán,
ávida de divertirse,
30 anhelando por gozar.
Los hombres, ancho sombrero
y negro, en lo general,
camisa y calzón muy anchos,
muy blancos, y nada más;
35 las mujeres con enaguas
de extraña diversidad;
y todos ríen y cantan,
y llegan, vienen y van,
tomando de cuando en cuando
40 algún trago de mezcal.

ENTRE tanto forastero
que ha llegado a Chepetlán
buscando en aquellas fiestas
tener un grato solaz,
45 se notan muchos soldados,
que con licencia, quizá,
de las tropas virreinales
se apartaron, sin pensar
en guerras ni en insurgentes,

21 *Otra redacción:*

y del que a la lotería ED 1873 | RGI 1910.

50 porque muy lejos están
Guerrero y todos los suyos,
y no hay que temerles ya,
al menos mientras que dure
la fiesta de Chepetlán.

55 CUANDO la tarde se acerca
y el sol declinando está,
se escucha rumor extraño,
inusitado y marcial,
y la gente se alborota,
60 ya sin poder explicar
lo que causa aquella alarma
y produce lance tal;
de repente, por las calles,
sobre un erguido alazán
65 que tasca el freno impaciente
y echa fuego al respirar,
altivo, pero sereno,
llega un hombre en cuya faz
se pinta el alma de un bravo
70 tan noble como leal:
es Guerrero, el indomable
hijo de la libertad;
le sigue valiente tropa
que al pueblo llegando va,
75 y se ocultan los que temen,
y otros salen a mirar.

57 escucha: *oye* | extraño: *repentino* ED 1873 | RGI 1910.

60 ya: *y* | poder: *poderse* ED 1873 | RGI 1910.

72 hijo: *campeón* ED 1873 | RGI 1910.

74 que: *que ya* | llegando: *entrando* ED 1873 | RGI 1910.

Entra Guerrero a la plaza,
y del soberbio animal
tiempla la rienda y detiene
80 del seco trote el compás.
Transcurren pocos instantes
y comienzan a llegar
unos y otros, prisioneros
los del bando virreinal.
85 Todos ellos cabizbajos
y silenciosos están;
Guerrero les mira un rato,
y luego con dulce faz
les pregunta: “¿A qué han venido?”
90 Y nadie osa contestar.
Vuelve a preguntar Guerrero,
y entonces, saliendo audaz
un sargento, con despejo
contesta: “Mi general,
95 hemos venido a la fiesta
a gustar de Chepetlán,
y venimos con licencia”.
“¿Y nada más?” “—Nada más”.
Vuelve a reinar el silencio,
100 afable Guerrero está,
y dice con voz pausada:
“Pues vinisteis a gustar,
seguid alegres gustando,
que yo os doy la libertad;
105 pero mañana, os lo advierto,

77 Entra: *Llega* ED 1873 | RGI 1910.

81 *Otra redacción:*

Pasan muy cortos momentos ED 1873 | RGI 1910.

100 afable: *sonriendo* ED 1873 | RGI 1910.

que no os halle por acá
la luz de la madrugada”.
“¡Que viva mi general!”
—grita entusiasta el sargento.
110 “¡Viva!” —gritan los demás.
Y alegre sigue la fiesta
que nada vuelve a turbar,
y chaquetas e insurgentes
siguen con grato solaz,
115 que es una noche de gusto
esa noche en Chepetlán.

114 con: *en* ED 1873 | RGI 1910.

LAS HUELLAS DE SANGRE*

ERAN los tiempos de prueba,
eran las horas del llanto,
los momentos de la lucha,
los días en que un pueblo esclavo
5 arrojaba sus cadenas
al rostro de sus tiranos...
Por un sendero escabroso,
hacia Teotitlán sitiado,
de campeones insurgentes
10 va una columna avanzando
mandada por un caudillo
como pocos denodado;
marchaban muy lentamente
aquellos hombres, descalzos,
15 hambrientos, casi desnudos,
y los pies ensangrentados;
llevaba el jefe el semblante
muy pálido, aunque bizarro,
y más que nunca quisiera
20 llegar a la lid volando;
y hay una voz que lo llama
entre el ejército hispano;
es la voz de un prisionero,
y el prisionero es su hermano.

* Eduardo Emilio Zárate: "Las huellas de sangre", en *El Parnaso Mexicano* (15 de febrero de 1886), pp. 92-94.

8 sitiado: *situado*, por errata EPM 1886.

12 *Nota del autor*: "Don Manuel Mier y Terán, coronel entonces y después general".

24 *Nota del autor*: "Don Joaquín Mier y Terán, prisionero, en el sentido de que a la cabeza de un puñado de hombres se encontraba si-

- 25 Detiénense, al fin, inermes,
los infelices soldados
por el cansancio rendidos,
por el dolor abrumados,
y entonces, de angustia lleno,
30 dijo el jefe: “Mexicanos:
¿será esta la vez primera
que el miedo acorte los pasos
de los que con *gachupines*
tantas veces han luchado?”
35 Al punto, de entre las filas
se adelanta un veterano,
y así habló con rudo acento,
mas respetuoso y calmado:
“Coronel: jamás el miedo
40 ha nuestro pecho abrigado;
quien quiera saber la causa
de por qué lentos marchamos,
que vea de sangre la huella
que van nuestros pies marcando”.
45 Levantó al cielo la frente
el jefe de rostro pálido,
y con voz que se extendiera
por colinas y por llanos,
exclamó vuelto a su gente:
50 “¡Aquí no hay jefes ni grados,
aquí no hay sino patriotas
por la libertad luchando;
que sea igual el sufrimiento,
que sean iguales los lauros...!”

tiado en Teotitlán por las numerosas fuerzas españolas mandadas por el general don Melchor Álvarez”.

55 Y haciendo *echaran pie a tierra*
los que a caballo montados
iban siguiendo el camino,
bajó él también del caballo,
y con asombro de todos
60 lejos arrojó el calzado.
Después, entre inmensos gritos
de atronador entusiasmo,
corrió al frente de la tropa
que iba veloz avanzando;
65 la noble y gloriosa espada,
asida en la diestra mano,
con la amargura en el alma,
con la sonrisa en los labios...
¡y con sangre de sus plantas,
70 tras sí una huella marcando!

EL CURA MORELOS*

ROMANCE I EL PRISIONERO

*Que por más que se notaba
ser un preso, descubrirlo
sin sentir, era imposible
cierto respeto sumiso.*

SAAVEDRA

EN AQUEL mismo solar,
hoy de un alcázar asiento,
se alzaba en el siglo XV
otro palacio soberbio.

5 Donde una espléndida corte,
cabeza de un vasto imperio,
ostentaba ricas galas
en armas, oro y arreos;

donde príncipes aztecas,
10 donde capitanes fieros,
caciques de las provincias
y enviados de extraños pueblos,

ante el sultán mexicano
—humildes en boca y gesto—
15 depuestas plumas y joyas,
doblando a la tierra el pecho,

* José de Jesús Díaz: “El cura Morelos”, en *Revista Científica y Literaria de México* (1845), pp. 200-207.

rendían de obediencia parias
y de vasallaje pleito;
siendo felices si logran
20 gracia del monarca egregio,

cuya grandeza acataban,
a cuyo poder tremendo
se inclinaban soberanos,
pontífices y guerreros.

25 Pero poder y grandeza
que a poco andar en los tiempos
pasaron —¡espanto causal!—
en baldón y vilipendio.

Y el monarca y los vasallos,
30 las provincias y el imperio,
la corte como el palacio
en la destrucción cayeron;

no de la edad agobiados,
bajo el yugo de extranjeros,
35 que desde ignotas orillas
camino en el mar abrieron.

Así suele, roto el cráter,
abrasador, mongibelo,
sepultar una región
40 dentro de un lago de fuego.

DE ENTONCES ese palacio
y ese de palacios pueblo,

con sus encumbradas torres,
con sus espaciosos templos,

45 se van alzando y extienden
sobre el caído esqueleto
de alcázares, de teocallis
que le sirven de sustento,

como nace de la encina
50 la yerba, en el tronco excelso,
que derribó el huracán
y se ha podrido en el suelo.

TERRIBLE lección, terrible,
ese palacio ofreciendo
55 ha estado en años lejanos
como en el presente tiempo.

En sus diferentes formas,
en sus matices diversos,
en sus elevados muros,
60 bajo sus dorados techos,

¡cuántos sangrientos arcanos,
cuántos horribles secretos
ha recogido y guardado
de sus señores y dueños!

65 Escrito dice en sus naves,
escrito en el pavimento:
“Fuera el clamor, la miseria,
la pompa, el orgullo, dentro”.

Y —¡vive Dios!— que el alcázar
70 tantos ropajes vistiendo,
en mil fases reproduce
constantemente un efecto.

En ese propio solar,
en el palacio que vemos
75 —morada de los virreyes,
gobernadores del Reino—

de la rica Nueva España,
ha cinco lustros y medio
tras las cortinas de seda
80 que están los vidrios cubriendo,

y a la luz de dos bujías
en apartado aposento,
dos sombras se dibujaban,
el ademán describiendo

85 de dos interlocutores
que discurren satisfechos,
el uno de faz altiva,
adusto, iracundo aspecto;

en un sillón se reclina
90 forrado de terciopelo
carmesí, con franjas de oro,
en pie el otro y descubierto,

ya entrado en edad, vestía
traje militar; al verlo

72 *Nota del autor*: “Este romance se escribía en el año de 1843”.

95 se nota que de camino
llegaba en aquel momento.

Un caballo que en la calle
y de las riendas del freno
tiene un soldado y pasea,
100 también induce a creerlo.

El jefe recién llegado,
aunque muestra gran respeto
al personaje orgulloso,
en su sanguinario ceño,

105 en su encapotada frente,
en su arrugado entrecejo,
de un esbirro o de un verdugo
tiene como escrito el sello.

A saber lo que discurren
110 tan parecidos sujetos,
con el odio, la venganza
se presumiera en concierto.

Después que hablaron de modo
que no se oye por lo quedo,
115 dijo, dejando el sillón
como quien manda, el primero:

“A usted, señor Concha, encargo
la vigilancia del reo;
la ejecución será pronta,
120 como rápido el proceso;

”que la pasada de Cuautla
por Dios olvidar no puedo;
y dudo que esté seguro.
Vuélvase usted a su encuentro,

125 ”y cuente que es responsable...”
“A vuecelencia lo ofrezco”
—contesta el segundo y sale,
humilde saludo haciendo.

El que la orden había dado
130 era el virrey, nada menos,
don Félix María Calleja,
de abominable recuerdo.

TERMINÓ la conferencia,
y a muy poco un movimiento
135 general hay en palacio,
la guardia de alabarderos

se duplica; las patrullas
van la ciudad recorriendo;
no permiten reuniones
140 ni corrillos en el pueblo;

a todo hombre se detiene,
se interroga, y en acecho
van como espías, disfrazados,
los agentes del gobierno.

145 Un rumor ha circulado,
que llena a todos de duelo,
y origina, al que es criollo,

lástima, dolor y miedo.
Por eso, ricos y pobres,
150 ora nobles y plebeyos,
se ocultan, y la ciudad
se queda como un desierto.

En sus desoladas calles,
en los edificios yermos,
155 y de los mustios faroles
en los lánguidos reflejos,

todo es pavor y tristeza,
oscuridad y silencio,
que la voz lúgubre “alerta”
160 de los militares puestos

interrumpe, y se ve sólo
la errante luz de un sereno,
que miente una aparición
en un vasto cementerio.

165 FORMANDO calle camina
una tropa de lanceros,
tirada el arma a la espalda,
los ojos y el pensamiento

clavados en dos personas
170 que cabalgan en el centro:
uno el jefe de la escolta,
coronel de un regimiento

de realistas, tres galones
de plata lo están diciendo,

175 sobre la vuelta de grana
y casaca oscura, puestos.

*En su encapotada frente,
en su arrugado entrecejo,
de un esbirro o de un verdugo,*
180 *tiene como escrito el sello.*

*Es don Manuel de la Concha,
de abominable recuerdo,
quien de sangre mexicana
se manifestó sediento.*

185 El que en la guerra de once años
que crueldades cometieron
con furor, un bando y otro,
en este infelice suelo,

llegó a distinguirse tanto,
190 por lo atroz y carnicero,
que era sentencia en su boca,
por ella hablando el infierno.

Siempre que aprisiona un hombre,
ya con armas, ya indefenso,
195 pacífico, en despoblado,
o en el campo combatiendo,

“¿es insurgente?, que muera.
¿No es insurgente?, pues luego
fusilarlo; de este modo
200 no habrá de llegar a serlo”.

¡Bárbaro! ¿Quién le anunciara
que seis años transcurriendo,
y vencido por las armas
de sus contrarios, al puerto

205 en camino, recogiera
de sus maldades el premio;
y bajo aleve cuchilla
de enemigos encubiertos

con el disfraz en el rostro,
210 la rabia en el alma, ardiendo
en la fiebre de venganza,
a los golpes caería muerto?

Fue un atentado, fue un crimen
que hace erizar el cabello.
215 De los agresores viles
el nombre no conocemos,

y aun es mejor ignorarlo,
si un ejemplar escarmiento
para el malvado que viola
220 de la humanidad los fueros,

no había de purgar la tierra
de esos monstruos. Pero el cielo
tenía de Concha el castigo,
en sus arcanos dispuesto.

225 EN UN todo diferente
de aqueste, el otro sujeto

que caminaba a su lado,
de los soldados en medio,

era de semblante afable,
230 dulce, sin faltar lo serio,
de franca, noble expresión,
y majestüoso aspecto:

indígena la color
se inclinaba a lo moreno
235 sin desagrado, en sus ojos
brillan los rayos del genio.

La forma de su vestido,
sencillo y del todo negro,
y un listón azul que adorna
240 por el derredor el cuello,

demuestran que es sacerdote;
aunque portara, a quererlo,
insignias y distinciones
alcanzadas con sus hechos.

245 Mas, al contrario, desnudo
de pompas, de abatimiento
no da indicios, y tranquilo
marcha con rostro sereno,

como el que camina libre,
250 aunque sabe que va preso;
tal vez a morir cercano
de evitarlo sin un medio.

En este ilustre caudillo
y eclesiástico modesto,
255 a veces peón humilde
erigiendo a Dios un templo;

ora ganando batallas
como indomable guerrero;
o ya reflexivo, sabio
260 y prudente en el consejo;

en el que se ve mezclado
lo celestial y terreno,
y del arcángel y el hombre
lo más puro, lo más bello;

265 al que mira con ternura
y con estupor el pueblo;
y al que Concha ve con susto,
pero trata con obsequio,

extraño en él, hasta entonces,
270 era el gran cura Morelos,
de los mexicanos gloria,
de sus opresores miedo;

que en un azar de la guerra
fue cogido prisionero,
275 y se le juzga y sentencia
como insurgente y ateo,

proscrito y excomulgado,
según la opinión del tiempo,
que unánimes inculcaban
280 anatemas y decretos.

ROMANCE II
EL VATICINIO

*... Aunque joven
esa espada escolté yo.*

SAAVEDRA

EN UN calabozo estrecho
de la fuerte Ciudadela,
cuanto los hierros permiten
de la bien segura verja,

285 dirige la vista absorto
y la campaña contempla,
un reo de Estado, al que guardan
atentos los centinelas.

Algunas veces, a largas
290 cavilaciones se entrega,
como el que discurre medios
contra su fortuna adversa;

tal vez de su Estado antiguo
pasadas glorias recuerda,
295 o de sí mismo olvidado
en otros objetos piensa;

que no es un hombre vulgar
a quien la desgracia aterra,
sino un varón cuyo nombre
300 por todas partes resuena.

Hoy es sólo un prisionero,
al que el destino condena

a merced de los contrarios,
que su perdición anhelan;

305 mientras que otros pensamientos,
otras grandes, lisonjeras,
esperanzas y altos fines,
en aquel muro se estrellan:

en el muro que lo guarda,
310 en la prisión que lo encierra,
solo, pobre, desvalido,
sin apoyo ni defensa;

pero que en tal desventura
mucho de grande conserva.
315 Enemigos lo aborrecen,
mas lo temen y respetan;

y hasta aquella misma gente
y atrevida soldadesca
que lo custodia, a su vista
320 contiene la inmunda lengua;

y no hay tampoco un soldado
español, que a su presencia
se acerque sin saludarlo
con la mano en la visera,

325 la sumisión demostrando,
que sólo a sus jefes muestra,
dominio propio del genio
y de la virtud que impera,

con el poder invisible
330 que al impuro vicio enfrena;
y por eso de admirarse
no es, ni causa extrañeza,

que a despecho de opiniones
y de calumnias protervas,
335 a un general de insurgentes
tales honras se concedan.

YA DE su constancia heroica
hoy ha sufrido otra prueba
en las cárceles de Estado
340 y en la Inquisición funesta.

Allí verdugos, no jueces,
sin descansar lo atormentan,
ya con cargos o capciosas
preguntas, con que quisieran

345 arrancarle, pero en vano,
delaciones; su firmeza
la intención maligna burla,
y aun humillar consiguiera

a Bataller, el oidor,
350 que a pesar de su insolencia,
del preso no ha conseguido
sino precisas respuestas,

332 causa: *causar*, por errata RCL 1845.

y algún sarcasmo que abate
su atrevimiento y soberbia.
355 Los padres inquisidores
con piel de cordero, hienas,

el tribunal diligentes
del Santo Oficio congregan
para juzgar el proceso
360 sobre puntos de creencia.

Nada omitir han querido
en ese antro de tinieblas,
donde gimió largo tiempo
ultrajada la inocencia;

365 y más bien que el omitirse
parece que ora se inventan
nuevos aparatos, farsas,
sambenitos, con la idea

de que a lo injusto del auto
370 lo ridículo encubriera,
o herir la imaginación
para postrar la entereza.

LOS CARGOS Morelos oye,
y con mesura contesta:
375 “No es impío quien por su patria
y su religión pelea;

”no es hereje el que a Dios vivo
con su mano templo eleva,

y escribe las oraciones
380 que en su santuario se rezan”.

Así responde y confunde
a la maligna caterva
que lo acosa; a otras calumnias
opone la indiferencia.

385 ¿Pero ha vencido, o acaso
tiene el dolor otra cuerda
que tocar? Viene Bergosa,
el obispo de Antequera,

a quien Morelos triunfante
390 vida conservó y hacienda;
pero no en el duro trance
a darle consuelos; llega

como juez a presidir
la ceremonia postrera,
395 para que del reo se haga
al brazo seglar la entrega.

DADA que fue la señal,
la ceremonia comienza:
le raen manos y corona,
400 hasta que la sangre enseñan,

para destruir —sacrilegio!—
con el hierro y la violencia
material, aquel carácter
de sacerdote que lleva

405 impreso indeleble el alma...
No es del dolor, no, la fuerza,
la que siente y conmovido
con amargura lamenta.

Cien heridas y la muerte
410 no harán que exhale una queja;
pero es Morelos humano,
tiene una fe que venera,

y el dolor que está sufriendo
es de otra naturaleza.

415 ¡Privado del sacerdocio!
¡Indigno de aquella esencia

que ha recibido...! Su angustia
rompe de abundante vena,
y llora... Luego el obispo
420 también a llorar empieza...

Así dizque el padre Nilo
cría en sus aguas y sustenta
un anfibio monstruoso
que devorando su presa

425 con lágrimas de sus ojos
los desnudos huesos riega...
Mas el prelado no tuvo
sin duda entrañas de fiera.

DENTRO el triste calabozo
430 tan dolorosas escenas,

tiene a los ojos Morelos
y vivas se le presentan.

Como demandando alivio
al cielo la vista eleva
435 y la fija en el ocaso,
donde la tarde serena

con los rayos que declinan
tiñe de carmín la esfera.
Un grupo de pardas nubes
440 que a impulsos del viento vuelan,

suspendido en la montaña
adquiere formas diversas
y describe mil figuras
extrañas, que representan
445 campos, ciudades y gentes,
entre las cuales descuella
una colosal fantasma,
que tiene en la mano diestra

teñido un puñal de sangre;
450 con la otra agita una tea
encendida, que humo arroja,
y lo que toca lo incendia,

cayendo al pie del coloso,
o de la fantasma negra,
455 grupos de formas humanas
que en su sangre se revuelcan.

Morelos suspira entonces,
y dice: “¿De esta manera
sostienen su predominio
460 los déspotas de la tierra?”

Después de una corta pausa,
volviendo a alzar la cabeza,
halla el dibujo variado
y decoraciones nuevas;

465 en vez del monstruo, una planta
coposa y gentil, do cuelgan
rojos sazonados frutos
que descienden y alimentan,

al parecer, a millares,
470 de figuras placenteras,
según el aire y contornos
en que los rayos reflejan

del sol, que asoma un instante,
dorando la cabellera
475 del árbol bello y frondoso
como radiante diadema.

Vuelve a suspirar el preso;
pero en su faz satisfecha
una ráfaga de luz
480 brilla como de suprema

inspiración, y solemne
añade su voz: “Ya llena
está, patria, la medida:
un destino igual espera”.

485 ¡OH, MORELOS! Yo era niño
cuando tu vida y proezas
me contó mi amado padre,
y tu sensible tragedia.

Pasaron después seis años,
490 y aunque ni el bozo siquiera
sobre mi labio asomaba,
ya seguí tras de la enseña

tricolor, y en la ciudad
de México, entré con ella.
495 Todo allí júbilo, gala,
todo regocijo y fiesta;

pero en la marcha triunfal
recordé la historia acerba
con dolor, y a tu memoria
500 pagué una lágrima tierna.

ROMANCE III

¡UN ABRAZO!

Se ajusta el traje, descubre

la garganta...

SAAVEDRA

EN UNA casa del pueblo
de Ecatepec, almorzando
estaba el cura Morelos
con un coronel al lado

505 y con otros oficiales
que lo siguen; colocados
hay algunos centinelas
en las puertas, y a lo largo

dentro la sala pasean
510 otros dos, el arma al brazo.
También la escolta en la plaza
está formada en descanso;

y hay una guardia que niega
de la habitación el paso,
515 a los del lugar confusos
y curiosos paisanos.

Inútil es que procuren
acercarse, o acechando
indaguen lo que allá dentro
520 se está a la sazón tratando;

darían muchos sus haberes
y su vida por lograrlo;
por escuchar un acento
o recoger un vocablo;

525 mas si con este designio
se aproximan, los soldados
los retiran con palabras
soeces y a culatazos.

MIENTRAS sirven a la mesa
530 uno en pos de otros los platos,

jovial la conversación
habíase en ella entablado

sobre la iglesia del pueblo,
su arquitectura y tamaños;
535 Morelos daba su voto
con discernimiento raro;

y prosiguió discurrendo
con igual desembarazo,
hasta que acabó el almuerzo
540 y los manteles alzarón.

REINÓ después el silencio,
que interrumpe a poco rato
el coronel, aunque muestra
encontrarse algo turbado,

545 y como el semblante huyendo,
dice a Morelos: “¿Acaso
usted sabe a qué ha venido...?”
“No lo sé, pero lo alcanzo

—aquél responde—: a morir...”
550 “Sí —contesta—: es necesario
disponerse...” “Lo comprendo,
dentro de breve despacho;

”mas permita usted que acabe
de fumar este tabaco
555 —le replica—: es mi costumbre...”
Y dio principio a fumarlo

con sosiego. Un religioso
del orden de franciscanos
—que ya prevenido estaba—
560 entra para confesarlo.

“Mejor que a su reverencia,
escogiera yo al vicario
del lugar...” —Morelos dice—,
y hacen al punto a llamarlo.

565 Llega, afable lo recibe,
arroja al suelo el tabaco,
étranse en un aposento
la puerta tras sí cerrando.

NO TARDÓ la absolución;
570 salió Morelos del cuarto
con el mismo continente
sereno, con que había entrado;

más triste y más abatido
se ve el rostro del vicario,
575 que no el confesor parece,
sino el preso confesado.

En ese propio momento
fuera las cajas sonaron:
“Es para formar el toque
580 —Morelos dice—: no hagamos

esperar más a la tropa,
y deme usted un abrazo,

señor Concha, ¡el postrimero...!”
Después al cuerpo ajustando

585 la turca, prosigue: “Aquesta
será mi mortaja; no hallo
otra aquí...” Los concurrentes,
a estas palabras lloraron.

A la calle se dirigen,
590 marchan detrás los soldados
de la guardia, el sacerdote
camina del preso al lado;

en la plaza se detiene,
y un crucifijo tomando
595 del ministro que lo exhorta,
lo besa y pronuncia claro

estas preciosas palabras:
“¡Oh, Señor! Si bien he obrado
en el mundo, tú lo sabes;
600 si mal, me acojo al amparo

de tu bondad infinita...”
Se llegan para vendarlo
con un lienzo: lo retira,
diciendo: “No es necesario,

605 nada distraerme puede
en este sitio”; le instaron
otra vez, y cede entonces;
la venda toma en sus manos,

cubre con ella sus ojos,
610 y pregunta: “¿Hemos llegado?
¿Es aquí...?” “Más adelante”
—le dicen—; da algunos pasos:

“¿Aquí?” —otra vez—: “Sí” —responden—;
se arrodilla, y no bastando
615 los tiros que le disparan,
con un ligero intervalo

de larga y común angustia
para los que presenciaron
mudos la escena cruenta...
620 Otra descarga ha sonado.

Xalapa, septiembre 13 de 1845.

620 *Nota del autor:* “Para la formación de este romance, así como para el que titulé «La orden», me he servido en mucha parte del «Elogio histórico del general don José María Morelos y Pavón» que publicó en 1822 el señor don Carlos María de Bustamante, testigo contemporáneo de los sucesos; por consiguiente, las personas y algunas de las palabras que se ponen en su boca, son verídicas”.

EL GIRO*

I

MEDIO oculta entre la selva
como un nido entre las ramas,
y medio hundida en el fondo
tranquilo de una cañada,
5 allá por aquellos tiempos
hubo en Landín una casa,
que no por ser tan sencilla
ni de una fecha tan larga,
era menos pintoresca
10 ni tampoco menos blanca.
Sombreaba su puerta un olmo
de hojosas y verdes ramas,
punto de cita de todas
las aves de las montañas;
15 y en uno de sus costados,
brotando límpida y clara,
saltaba entre los terrones
y entre las yerbas el agua.
De noche siempre tranquila
20 y eternamente callada,
apenas el sol naciente
filtraba por sus ventanas,
cuando estremeciendo el aire

* Manuel Acuña: "El Giro", en *El Domingo* (27 de julio de 1873),
núm. 33, pp. 443-445.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*,
t. I, pp. 23-28.

6 *Nota del autor*: "Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero".

sonaban dulces y claras
25 la voz de una cuna hablando
de cuanto los niños hablan;
la voz de una madre, rica
de sentimientos y de alma,
y la voz de un hombre que era
30 la eterna voz de la patria,
soñando ya con sus glorias
y ya con sus esperanzas.
Tez cobriza como aquellos
primeros hijos de Anáhuac,
35 que tantas veces hicieron
temblar de miedo a la España,
cuando la España atrevida
midió con ellos sus armas;
fuerte y ágil como todos
40 los hijos de las montañas;
como un labriego, robusto;
como un patriota, entusiasta;
como un valiente, atrevido,
y como un joven todo alma.
45 El hombre de aquellas selvas,
el hombre de aquella casa
era el eterno modelo
de esas figuras sagradas,
que en el altar de los siglos
50 hacen un dios de una estatua.
Veinticinco años apenas
por ese tiempo contaba,
y de sus nobles heridas
la suma aun era más larga;
55 que no hubo por el Bajío
ningún combate ni hazaña
donde su ardor no estuviera,

donde faltara su lanza,
ni donde al grito de muerte
60 sus huellas no señalara
con el licor de sus venas
o el de las venas extrañas.
Y allí, tranquilo y oculto,
su triste vida pasaba,
65 lamentando en su impotencia
la esclavitud de la patria,
que renunciando a la lucha
renunciaba a la esperanza,
cuando una mañana, a la hora
70 que el último sueño marca,
despertó, oyendo a lo lejos
un ruido confuso de armas;
y adivinando al instante
la suerte que le amagaba,
75 baja del lecho, al influjo
de una decisión extraña;
besa en los labios a su hijo,
besa en la frente a su amada,
clava los ojos ardientes
80 en la entreabierta ventana,
y al ver por sus enemigos
ya casi envuelta su casa,
salta a las rocas, y entre ellos
se escapa por la montaña.

II

85 AÚN no se alzaba del todo
la niebla de la mañana,
y aún no acertaban a darse

cuenta de tamaña audacia
los sitiadores furiosos
90 que sorprenderle esperaban,
cuando al galope y bajando
camino de la cañada,
vieron venir a lo lejos
un grupo de gente armada,
95 compuesta de ocho jinetes
y el hombre que los mandaba,
en mayor número que ellos
y con superiores armas,
seguros de la victoria
100 fácil que se les aguarda.
Todos empuñan las riendas,
todos afirman la lanza,
todos ven al enemigo,
todos miden la distancia,
105 y en silencio y todos ellos,
prontos a ponerse en marcha,
sólo esperan a que llegue
la hora de entrar en batalla.
Los insurgentes, en tanto,
110 viendo las huestes contrarias,
más de coraje le encienden
y más de amor le entusiasman,
y ansiosos de dar su sangre
por la salud de la patria,
115 sobre el caballo se inclinan,
la floja rienda adelantan;
y fijos los barboquejos
y el sombrero hacia la espalda,
entre la niebla y el polvo
120 corren y vuelan y avanzan,
siguiendo entre los peñascos

al hombre de la cañada.
Y ya los de Bustamante
su primer paso avanzaban,
125 anhelando en su impaciencia
cómo acortar la distancia
que la interpuesta colina
con un recodo aumentaba;
cuando de pie en lo más alto
130 de las rocas escarpadas,
vieron alzarse a un jinete,
que con voz sonora y clara:
“Yo soy el Giro —les dijo—,
si al Giro es a quien aguardan;
135 y el que lo busque que venga
si tiene honor y tiene alma,
que a todos espera el Giro
frente a frente y cara a cara”
—dijo. Y los fieros dragones,
140 al grito de “viva España”
como un solo hombre treparon
hasta donde el Giro estaba,
dispuesto como los suyos
a sucumbir por la patria...
145 Y fue la lucha, y terribles
—al dar la espantosa carga—,
insurgentes y realistas,
ardiendo en cólera y rabia,
se entremezclaron sedientos
150 de victoria y de matanza...
Quiso la triste fortuna
favorecer a la España.

123 *Nota del autor:* “El general don Anastasio Bustamante, presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista”.

El brillo de sus fulgores
negándole a nuestras armas,
155 que ya de los insurgentes
uno tan sólo quedaba
a caballo todavía,
pero ya herido y sin armas.
Era el Giro, que entre doce
160 dragones que le rodeaban,
sin rendirse al desaliento
ni inclinarse a la desgracia,
luchaba y arremetía
contra el que más se acercaba,
165 convirtiendo a su caballo
a un tiempo en escudo y arma.
Por fin, un brazo atrevido
clavó en su pecho una lanza,
perder haciéndole el poco
170 aliento que le quedaba;
pero él, aunque ya en el suelo,
con fuerzas siempre y con alma,
coge la lanza, del pecho
sin vacilar se la arranca,
175 y estremecido y al grito
de independencia y de patria,
de pie sobre los peñascos,
a sus contrarios aguarda;
y después de herir a todos
180 los que acercársele ensayan,
hace huir a los restantes,
que ante heroicidad tamaña
se alejan, y desde lejos
lo rematan a pedradas.

III

185 MÁRTIR, que toda tu sangre
supiste dar por la patria;
tú, de los desconocidos
que murieron por salvarla,
gracias por tu fortaleza,
190 por tu sacrificio, gracias.

INDULTO (1819-1820)*

DESDE el grito de Dolores
eran dos lustros pasados,
y sólo un hombre luchaba
contra el poder del tirano;
5 un hombre cuyas hazañas,
cuyo civismo preclaro,
cuyo valor y virtudes
fama eterna conquistaron.

Él guardó por largo tiempo
10 del patriotismo sagrado
y del honor insurgente
el sublime fuego intacto;
de la sierra a las ciudades,
de los montes a los llanos
15 iba al frente de sus tropas
el libre pendón alzando,

* Gustavo Adolfo Baz: “Indulto. (1819-1820)”, en P NS 1887: Gustavo Adolfo Baz: *Poesías. Nueva serie*, pp. 83-87, sin fechar.

OTRAS FUENTES: ED 1873: *El Domingo* (11 de mayo de 1873), núm. 22, pp. 304-305, con el título “El indulto” y sin subtitular; P 1874: Gustavo Adolfo Baz: *Poesías*, pp. 95-98, también con el título “El indulto”, sin subtitular ni fechar; RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 83-85, de igual manera con el título “El indulto”, sin subtitular ni fechar.

Nota del autor: “El hecho referido en este romance lo narró el mismo general Guerrero a don Lorenzo Zavala, quien lo consigna en su *Ensayo sobre las Revoluciones de México*”. Las versiones aparecidas en ED 1873, P 1874 y RGI 1910 añaden: “obra que por cierto no tiene nada de anecdótica”.

5 hazañas: *acciones* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.

y de Guerrero ante el nombre
se asustaban sus contrarios
como se asustan los tigres
20 con el estruendo del rayo.

Mas un día memorable
de la crueldad en los fastos,
de su valor y constancia
quiso vengarse el tirano,
25 a su hija inocente y pura
y a su esposa encarcelando,
para ver si así domaba
su noble pecho esforzado;
y no pudiendo abatirlo
30 ni con penas ni con llanto
ni con viles represalias
ni con arteros engaños,
le ofreció riqueza, honores,
y quiso —como sarcasmo—,
35 que el padre del héroe fuera
de aquel indulto emisario.

Explicar es imposible
en ningún lenguaje humano
los tormentos y las dudas
40 que su pecho desgarraron,
al ver que su mismo padre
le suplicaba llorando
que traicionase a su patria,
que marchitara sus lauros;
45 mas era su alma de bronce
de aquellas que proclamaron

34 como: *para* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.

que es preferible la muerte
a la paz con los tiranos.

“Padre, mi padre —le dijo
50 con acento sofocado,
mientras con filial ternura
besábale frente y manos—:
que sacrifique en mal hora
el déspota sanguinario
55 para calmar su despecho,
esos seres a quien amo.
Cada lágrima que viertan
en ese martirio santo
la vengaré en los combates
60 con sangre de sus soldados.
Pero no lograré nunca
que ante su yugo nefando
se humille mi altiva frente
ni que enmudezcan mis labios.
65 «¡Libertad! ¡Independencia!»
me verá siempre clamando,
mientras tenga por baluartes
estos altivos peñascos,
hasta que cumplido sea
70 mi juramento sagrado
o me conduzca el destino
a morir en un cadalso”.

47 *Nota del autor*: “Frase del *Manifiesto del Congreso Mexicano*, al expedir en Chilpancingo el Acta de Independencia”.

47-48 En ED 1873, P 1874 y RGI 1910 apareció esta nota: “Estos dos versos no son más que la parodia de una hermosa frase consignada en el *Manifiesto del Congreso de Chilpancingo*, al expedir el Acta de Independencia”.

53 mal: *buen* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.

Y estrechándolo a su seno,
sus sollozos acallando
75 y conteniendo su pena
se despidió del anciano.

Largo tiempo todavía
después del postrer abrazo
estuvo el guerrero ilustre
80 a su padre contemplando,
y cuando le vio perderse
tras el último barranco,
camino de la montaña
se fue triste y cabizbajo.

(1873).

73 estrechándolo: *estrechándole* ED 1873 | P 1874 | RGI 1910.

EL ABRAZO DE ACATÉMPAM
(1821)*

I

DESPEJADO el horizonte
desde el valle hasta la sierra,
y de caléndulas rojas
revestida la pradera,
5 van los mansos arroyuelos
quebrándose entre las peñas,
y cantan enamorados
los pájaros de la selva;
todo anuncia que renace
10 otra vez naturaleza,
bajo el bienhechor influjo
de la dulce primavera.

* Gustavo Adolfo Baz: “El abrazo de Acatémpam. (1821)”, en P NS 1887: *Poesías. Nueva serie*, pp. 88-93.

OTRAS FUENTES: ED 1873: *El Domingo* (8 de junio de 1873), núm. 26, pp. 352-353, sin subtítular ni separar en capítulos numerados; P 1874: Gustavo Adolfo Baz: *Poesías*, pp. 91-94; EPM 1886: *El Parnaso Mexicano* (15 de marzo de 1886), pp. 59-62, sin subtítular; y RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 77-79, sin subtítular.

Se omite en P NS 1887 esta nota:

“*Nota del autor*: «A pesar de que Alamán niega que Guerrero e Iturbide se hablasen antes de la proclamación del Plan de Iguala, otros historiadores afirman lo contrario; y nosotros hemos conocido un testigo ocular de esta entrevista que tuvo lugar en Teloloápam —y no [en] Acatémpam—, como supone la tradición popular. Respetando esa tradición, hemos dado a este hecho el título con que lo conoce la multitud, pues nada pierde de su grandeza con que haya sido en este o en aquel lugar, tanto más cuanto que Teloloápam está a una corta distancia de Acatémpam»”.

En RGI 1910 se omitió “una” en la frase final de esta nota.

Aspirando los perfumes
de los bosques y florestas,
15 y alumbradas por los rayos
de una mañana serena,
vense dos huestes distintas
en apostura guerrera,
y cuyas armas desnudas
20 los rayos del sol reflejan.
Un alegre vocerío
acá y acullá se eleva,
mientras repican sonoras
las campanas de una iglesia;
25 y los nombres de Guerrero
y de Iturbide resuenan
entre los grupos, unidos
a la voz de Independencia;
pero luego entre las filas
30 silencio imponente reina,
mientras para hablar a solas
los dos caudillos se acercan.

II

TIENE el uno alta la frente,
quemada la tez morena,
35 y su condición humilde
en su traje se revela.

Entorchados y galones
y cruces el otro ostenta;
insinuante es su palabra,

33 Tiene: *Tienen*, por errata P 1874.

39 es: *en*, por errata P NS 1887.

40 distinguidas sus maneras,
y antes de darle la mano
así hablándole comienza:

“Si en época ya pasada
para la patria funesta
45 empuñé torpe y culpable
del tirano la bandera,
y fue mi invencible espada
de los verdugos defensa,
para arrancar de mi historia
50 esas páginas sangrientas
y borrar como soldado
de mi frente la vergüenza,
permitid que a vuestras plantas
mi vida a la patria ofrezca,
55 hoy que sigo los impulsos
de la voz de mi conciencia”.

“Coronel —le dice el héroe
con voz, si apacible, entera—:
si otro tiempo vuestra espada
60 fue a nuestra causa funesta,
y vuestro arrojo indomable
semejante al de las fieras,
llenó a la patria de luto
y remachó sus cadenas,
65 hoy en pago de la sangre
que derramó vuestra diestra,
de libertar a la patria
haced la noble promesa
sobre mi pecho, en mis brazos
70 que anhelantes os esperan;
y me veréis que siguiendo

vuestra triunfadora enseña
como el último soldado
busco la muerte en la guerra,
75 que no mando ni oropeles
mi pecho indomable anhela,
sino morir do se luche
por la santa Independencia”.

III

AL ESCUCHAR sus palabras
80 —vivo ejemplo de nobleza—,
los libres y los realistas
olvidando sus querellas
y sus pasados rencores,
con santa efusión se estrechan.

85 Aquellos seres audaces
—tras una lucha sangrienta—
lograron romper por siempre
de esclavitud las cadenas;
pero en su patria, más tarde,
90 un cadalso en recompensa
de sus servicios hallaron,
al final de su carrera.

LA MUERTE DE PEDRO ASCENCIO
(EPISODIO DE LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA)*

A mi primo Evaristo Aznar

I

ERA el tiempo en que aún sufría
encadenado el Anáhuac,
el férreo yugo ominoso
de los tiranos de España.
5 El tiempo en que despertando
tras un pasado de infamia,
un pueblo noble, hasta el cielo
la frente altiva levanta.
El tiempo de los Hidalgos,
10 de los Morelos y Aldamas,
y el tiempo de los heroicos
sacrificios por la patria,
cuando al romperse el anillo
que a tres centurias ligaba,
15 un león repasar intenta
las costas americanas;
porque le falta el aliento,
porque las fuerzas le faltan,
porque sacude en los aires
20 la melena ensangrentada,

* José Peón y Contreras: “La muerte de Pedro Ascencio. (Episodio de las guerras de Independencia)”, en *Obra poética*, pp. 112-118.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 89-91, sin subtítular ni dedicar, y sin las tres primeras estancias.

y a un pueblo que está sediento,
y sediento de venganza,
conoce bien que a saciarla
su sangre toda no basta.

25 Lucha tenaz el ibero
y en nombre de sus monarcas,
de México los virreyes
el solio vetusto guardan;
y en su obstinación impía,
30 y en su furibunda saña,
la noble sangre de Hidalgo
en un cadalso derraman.
El victorioso Morelos
allí mismo se levanta,
35 y por los campos tremola
el tricolor oriflama;
es el guardián de una idea
que a paso gigante avanza;
es el terror de la guerra,
40 el genio de las batallas...
Y él también con cien laureles
coronado en cien jornadas,
en un patíbulo cae
acribillado de balas.

45 Valiente, aguerrido, fiero,
sin municiones, sin armas,
con su voluntad inmensa,
más grande que su esperanza,
un hombre aparece entonces
50 en el confín de la patria;
como al náufrago aparece
el faro tras la borrasca;

como en medio de los campos
al caminante que anda
55 perdido en lóbrega noche,
la aurora serena y clara.
Era Vicente Guerrero
que en boscosas sierras altas
defiende de un pueblo él solo
60 las libertades sagradas.
A su formidable acento
por doquiera se levantan,
intrépidos capitanes
que a la pelea se lanzan.
65 Acaso sin él, acaso
la noble empresa fracasa,
y quién sabe cuánto tiempo
sobre el nopal del Anáhuac,
el águila azteca hubiera
70 batido, rotas las alas.
¡Loor a ti, sombra gloriosa:
que mi humilde labio ensalza
digna de que otro más digno
pronuncie tus alabanzas!

75 Entre los héroes famosos
que independencia proclaman,
y van a empapar con sangre
de la patria el ara santa,
un valeroso guerrero,
80 pone sitio a Tetecala,
do el ejército realista
campo ofrece a sus hazañas.

II

Es DON Cristóbal de Huber
hombre malo y vengativo,
85 quien defiende a Tetecala,
y teme allí ser vencido.
Y teme que Pedro Ascencio,
el valeroso caudillo,
que desde hace muchos días
90 ha puesto a la plaza sitio,
lo derrote y muerto sea
a manos de los patricios
que su bravura han probado
en mil encuentros distintos.

95 Y una tarde que en el cielo
encapotado y sombrío,
denso nublado intercepta
del astro mayor el brillo,
a Pedro Ascencio le manda
100 un enviado, el cual, sumiso
se le presenta, y del jefe
da a conocer los designios.
Una entrevista propónele,
en nombre de Huber, rendido
105 al fin de cerco tan largo
y batallar tan prolijo.
Que tratarán como buenos
para entrambos lo más digno,
y que será en la entrevista
110 caballero, si no amigo,
y Pedro Ascencio la acepta,
y la acepta persuadido
de que ella acaso podría

ser de su causa en servicio,
115 y ahorrar la sangre desea
de sus soldados invictos.

Y rodeado de su escolta
avanza al campo enemigo,
en cuyas astas flamean
120 banderas de blanco lino.

Con el semblante sereno,
con el corazón tranquilo,
marcha Ascencio sin temores,
que nunca temió al peligro,
125 cuando detrás de una cerca,
que está faldeando el camino,
de más de veinte arcabuces
parten los traidores tiros.
Y el bravo jefe en el medio
130 de sus soldados, herido
de muerte, cae rodando
en su ardiente sangre tinto.
Huber sabe el resultado
de proceder tan inicuo,
135 y una expresión feroz baña
el rostro del asesino.

Campanas tocan a vuelo
en son alegre y festivo,
y en vez de banderas blancas
140 flamea en el aire altivo
aquel pabellón hispano,
gala de luengos dominios,
y que es en esos momentos
de su gran nación indigno;

145 burla de sus defensores,
de sus guardianes ludibrio.

No fue Pedro Ascencio un hombre
de noble origen, ni ricos
tesoros guardó en sus arcas:
150 era nada más que un indio.
Pero más que esa nobleza
que se guarda en pergaminos,
vale la de grandes hechos
de honradez y de heroísmo.
155 Nobleza que nunca acaba,
y en bronce y en mármol limpio,
respetará la progenie
de los venideros siglos.

Del gran Guerrero a las órdenes,
160 incansable y decidido,
de la insurrección el fuego
mantuvo perenne y vivo;
y fue entonces el más bravo
y más temible caudillo
165 por su valor y estrategia,
por su constancia y su tino;
dícenlo los españoles,
confesáronlo ellos mismos;
lo dicen los de su tiempo,
170 y la fama y en los libros
así lo dice la historia
y por eso yo lo digo.

164 y: *el* RGI 1910.

SAN JUAN DE ULÚA*

A Justo Sierra

SOBRE estériles arenas
por las olas combatidas,
con sus murallas derruidas
y su corona de almenas,

5 al confín de nuestros lares
se eleva una fortaleza,
cuya indomable firmeza
fue el asombro de los mares.

La doran del sol naciente
10 los primeros resplandores
y con plácidos rumores
la arrulla el mar blandamente.

De las huestes españolas
último refugio un día,
15 en ella la tiranía
murió al compás de las olas.

Y más tarde, resistiendo
al orgulloso invasor,
de la guerra entre el fragor
20 fueron sus muros cayendo.

Los timbres de la victoria
pudo negarle la suerte,

* Gustavo [Adolfo] Baz: "San Juan de Ulúa", en *El Parnaso Mexicano* (15 de enero de 1886), pp. 81-82.

mas no sus palmas la muerte,
ni sus laureles la gloria.

25 Hoy van los golpes del mar
sus murallas arrasando,
mientras la brisa pasando
repite en su murmurar

del llanto de un prisionero,
30 el último eco doliente
o el estribillo indolente
del cantar de un marinero.

Mientras que el tiempo camina,
desmoronándose van,
35 a impulsos de un huracán,
sus altos muros en ruina;

mas olas, siglos y vientos
no borrarán de la historia
ni su nombre ni su gloria,
40 ni sus anales sangrientos.

1869.

AL PÁNUCO*

NO ES Venecia la indolente,
la sultana de los mares,
a quien homenaje rinden
trovadores inmortales,
5 el sacro numen que inspira
estos humildes cantares;
que la gloria es alimento
sólo de las almas grandes,
y no ambiciona la mía
10 sino mirar los cristales
del manso, sonoro río,
que fecundiza los valles
de Tamaulipas la bella,
y cruzando soledades,
15 limpio, callado, tranquilo,
paga tributo a los mares.
¿Cuántos, ¡ay!, en su camino
escuchó sentidos ayes
de hermosuras que vinieron
20 a suspirar en sus márgenes?
¿Cuántos, Pánuco dichoso,
de tierno llanto raudales
habrán guardado en tu seno
las tampiqueñas amables,
25 rogándote que su nombre
y sus infortunios calles?
Y sedientas de ventura,

* Joaquín Téllez: "Al Pánuco", en *El Domingo* (17 de agosto de 1873), núm. 36, pp. 476-477.

OTRA FUENTE: RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 125-128.

enamoradas beldades,
¿cuántas habrás visto, río,
30 en brazos de sus galanes
ebrias de amor, adormidas,
riendo como los ángeles,
al resplandor de la luna,
que brilla con luz süave,
35 cuando apasionado beso
en labio y mejillas late?
Es fama, sonante río,
que a la verde orilla sales
por ver los grupos que forman
40 los venturosos amantes
bajo las tendidas hojas
de tus lindos platanares.
El historiador nos cuenta
—en páginas inmortales—
45 que tus ondas cristalinas
se enrojecieron con sangre
de mil valientes guerreros,
que en mortífero combate
sostuvieron de mi patria
50 el pabellón trigarante,
a Barradas castigando
con espantoso desastre.
Entonces —dice la fama—
que rugiendo de coraje
55 arrebató tu corriente
del invasor el cadáver,
para lanzarlo al abismo
del Atlántico insondable;
y que luego, manso, dulce,
60 entre los cañaverales,
las ceibas y los naranjos

y los blancos azahares
que adornando tus riberas
vierten aroma en el aire,
65 sereno, apacible, hermoso,
volviste alegre a tu cauce
murmurando en son de triunfo:
“Está vengado el ultraje”.
¿Cómo no sentir el alma
70 en un mundo dilatarse
de doradas ilusiones
y de recuerdos brillantes,
si el amor, el patriotismo,
aquí tienen sus altares?
75 ¡Dios te guarde, bello río!
¡Bello río, Dios te guarde!
¡En tu gloriosa carrera
siempre en perlas se desate
tu corriente, fecundando
80 las tierras por donde pases;
los pájaros de la selva
vengan a tu orilla, canten,
y en tu linfa trasparente
alborozados se bañen;
85 el sol con su disco de oro,
cuando en el cenit derrame
torrentes de luz y vida,
en tu fondo vea su imagen;
nunca tu virtud enturbien
90 fragorosas tempestades,
y las vírgenes hermosas
de Tampico, las deidades,
en las horas que embellece
con sus misterios la tarde,
95 te canten sus alegrías

y te digan sus pesares,
como al amigo discreto
que su corazón nos abre!
Mas si con planta atrevida
100 algún invasor osare
pisar la sagrada tierra
que regaron nuestros padres
con la sangre de sus venas,
en época memorable,
105 a rugir vuelve tremendo,
al punto sal de tu cauce,
arrebata caballeros,
caballos, armas, bagajes,
y arroja la hueste impía
110 en el fondo de los mares.

Esto al Pánuco le dije
de su orilla al apartarme,
en la grandeza pensando
de las glorias nacionales;
115 y melancólico, triste,
como marino sin nave,
alejándome con pena
de tan gloriosos lugares,
lleno de entusiasmo el pecho
120 volví a exclamar: “¡Dios te guarde!”
Y deteniendo mis pasos
otra vez volví a mirarle,
y vi que torciendo el curso
—como a su nido las aves—,
125 limpio, callado, tranquilo
fue a sepultarse en los mares.

FUENTES Y APÉNDICES

FUENTES

ACUÑA, MANUEL:

“El Giro”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (27 de julio de 1873), núm. 33, pp. 443-445.

BAZ, GUSTAVO:

“Romancero de la Guerra de Independencia” [prosa], en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (13 de abril de 1873), núm. 18, pp. 247-248.

“La jura de Apatzingán”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (20 de abril de 1873), núm. 19, pp. 261-262.

“Quecholac”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (27 de abril de 1873), núm. 20, pp. 279-280.

“El indulto”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (11 de mayo de 1873), núm. 22, pp. 304-305.

“El abrazo de Acatémpan”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (8 de junio de 1873), núm. 26, pp. 352-353.

“San Juan de Ulúa”, en *El Parnaso Mexicano*, México, Librería la Ilustración, segunda serie (15 de enero de 1886), pp. 81-82.

BEJARANO, MANUEL AMADOR:

“El insurgente. (Leyenda mexicana, 1811)”, en *El Álbum Mexicano*, t. II, México, Impreso por Ignacio Cumplido (1849), pp. 327-335.

BENCOMO, DIEGO:

“Hidalgo”, en *El Federalista. Edición Literaria*, México, t. IV (13 de agosto de 1873), núm. 5, pp. 71-73 y *El Federalista. Edición Literaria*, México, t. V (10 de mayo de 1874), núm. 17, pp. 195-196.

CALDERÓN, FERNANDO:

“Adela” (“Romance segundo: «La prisión»”), en *Obras poéticas de don Fernando Calderón*, prólogo de Manuel Payno, México, Impreso por Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes núm. 2, 1844, pp. 66-73 y 387-388.

DÍAZ, JOSÉ DE JESÚS:

“La orden”, en *El Museo Mexicano*, México, t. IV, Imprenta de Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes núm. 2 (1844), pp. 124-130.

“El cura Morelos”, en *Revista Científica y Literaria*, México, t. I, Imprenta Lito, Calle de Palma núm. 4 (1845), pp. 200-207.

GÓMEZ VERGARA, JOAQUÍN:

“La batalla de Zacoalco”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (29 de junio de 1873), núm. 29, pp. 398-399.

LERDO, FRANCISCO A.:

“Pípila”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (1º de junio de 1873), núm. 25, pp. 340-341.

MATEOS, JUAN A.:

La campana de Dolores. Romance histórico, México, Tipografía Literaria de Filomeno Mata, Calle de la Canoa núm. 5, 1880, 32 pp.

NAJERA, RAFAEL:

“La enseña de los insurgentes”, en RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, México, t. I, Imprenta de *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, 1910, pp. 33-37.

OLAGÚBEL, MANUEL DE:

“Bravo. (San Juan Coscomatepec)”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (4 de mayo de 1873), núm. 21, p. 296, y *El Parnaso Mexicano*, México, Librería La Ilustración, segunda serie (15 de febrero de 1886), pp. 89-91.

“La retirada de Acapulco”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (25 de mayo de 1873), núm. 24, pp. 329-330.

“Valdivia-Cureño”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (15 de junio de 1873), núm. 27, pp. 365-366.

PEÓN Y CONTRERAS, JOSÉ:

“La muerte de Pedro Ascencio. (Episodio de las guerras de

Independencia)”, en *Obra poética*, Parte I, Mérida, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, 1998, pp. 112-118. (La huella del viento, 10).

RIVA PALACIO, VICENTE [*Rosa Espino*, pseudónimo]:

“La fiesta de Chepetlán”, en *Páginas en verso*, México, Librería La Ilustración, 1885, pp. 128-135; *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (24 de agosto de 1873), núm. 37, pp. 491-492 y PC 2000: *Poesía completa*, compilada por Luis Mario Schneider, t. VIII de *Obras escogidas*, México, CONACULTA / UNAM / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto Mora, 2000, pp. 81-85.

RODRÍGUEZ GALVÁN, IGNACIO:

“El insurgente en Ulúa”, en *El Año Nuevo de 1837*, México, Librería de Galván, Portal de Agustinos núm. 3, [1836], pp. 57-60. Fechado: “Noviembre 19 de 1836”; *Poesías*, t. I, *Composiciones líricas originales*, prólogo de Antonio Rodríguez Galván, México, Impresas por Manuel N. de la Vega, calle Santa Clara núm. 23, 1851, pp. 26-28.

RODRÍGUEZ RIVERA, RAMÓN:

“Charo”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (18 de mayo de 1873), núm. 23, pp. 317-319.

Romancero de la Guerra de Independencia, 2 tt., prólogo de Victoriano Agüeros, México, Imprenta de *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, 1910. [RGI 1910].

ROSAS MORENO, JOSÉ:

“El castillo de Granaditas”, en RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, México, t. I, Imprenta de *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, 1910, pp. 29-32.

SOSA, FRANCISCO:

“El grito de Dolores”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (6 de julio de 1873), núm. 30, pp. 410-411.

“La señora López”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (13 de julio de 1873), núm. 31, pp. 416-417.

“Los indios de Ametepéc”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (3 de agosto de 1873), núm. 34, pp. 454-456, y *El Parnaso Mexicano*, México, Librería La Ilustración, segunda serie (1º de febrero de 1886), pp. 29-34.

“José Antonio Torres”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (17 de agosto de 1873), núm. 36, pp. 483-484.

TALAVERA, RODOLFO:

“Atotonilco”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (22 de junio de 1873), núm. 28, pp. 383-384.

TÉLLEZ, JOAQUÍN:

“Al Pánuco”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (17 de agosto de 1873), núm. 36, pp. 476-477.

VALLE, RAMÓN:

“La retirada”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (30 de marzo de 1873), núm. 16, pp. 224-225.

“Brazo de Dios”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (14 de septiembre de 1873), núm. 40, pp. 528-530.

ZÁRATE, EDUARDO EMILIO:

“El tío Bachichas”, en *El Federalista. Edición Literaria*, México, t. IX (30 de abril de 1876), núm. 15, pp. 176-178.

“Las huellas de sangre”, en *El Parnaso Mexicano*, México, Librería La Ilustración, segunda serie (15 de febrero de 1886), pp. 92-94.

APÉNDICE 1
PERSONAJES, SITIOS Y ACONTECIMIENTOS

ABASOLO, MARIANO: “Nació en Dolores, probablemente en 1783. Abrazó la carrera de las armas [...] En 1806 pasó con su regimiento a México llamado por el virrey Iturrigaray en previsión de un ataque inglés [...] Cuando la revolución de Hidalgo, ostentaba el grado de capitán del regimiento de la Reina, de San Miguel el Grande [...] Allende influyó, al parecer, en la actitud de Abasolo, al iniciarse el movimiento por la Independencia. El día 16 de septiembre de 1810 juntamente con Hidalgo, Allende y Aldama, salía de Dolores para San Miguel, ya iniciada la revolución, si bien no intervino en los primeros momentos de la lucha”. En Celaya fue ascendido a coronel. El 28 de septiembre de 1810 se presentó en Guanajuato, junto con Ignacio Camargo, “con una comunicación de Hidalgo dirigida al intendente Riaño, que había preparado la defensa de la ciudad, y en la cual se intimaba a la rendición”. Posteriormente, acompañó a Hidalgo a Valladolid y estuvo en la reorganización del ejército en Acámbaro; más tarde, se le nombró mariscal de campo. “Después de la Batalla de Aculco, dirigióse, en compañía de Allende, Jiménez, Balleza y Arias, a Guanajuato. Cuando días después las tropas realistas entraron en la población, Abasolo, juntamente con los demás jefes insurgentes, a excepción de Jiménez, no estuvo en la acción, permaneció con ellos en las casas reales. Retiróse más tarde a Guadalajara y después del desastre insurgente de Puente de Calderón, dirigióse a Zacatecas. [...] Desde aquel momento una parte de los caudillos independientes miraron a Abasolo con cierta desconfianza”. Cuando Allende intentó designar los jefes que se quedarían al frente del movi-

miento, pues decidió partir a Estados Unidos de Norteamérica, Abasolo rechazó el encargo. El 21 de marzo de 1811 fue hecho prisionero en Acatita de Baján por las tropas de Elizondo; se le trasladó a Chihuahua y allí fue juzgado en mayo de 1811. “En su declaración procuró alejar de él toda responsabilidad, la cual hizo recaer especialmente sobre Hidalgo y Allende. [...] no fue condenado a muerte sino a presidio perpetuo en España, en el castillo de Santa Catalina de Cádiz, donde murió el 14 de abril de 1816 a la edad de 33 años”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 2-3).

ACAPULCO, SITIO DEL FUERTE DE: El fuerte de Acapulco, conocido también como Fuerte de San Diego. “Por la importancia de este puerto [Acapulco], entrada o salida del galeón de Manila, Morelos decidió tomar la plaza y su castillo. Salió de Oaxaca el 7 de enero de 1813, llegando a Acapulco con 1,500 hombres. El [Fuerte] de San Diego estaba defendido por 90 piezas de artillería. Iniciadas las operaciones el 5 de abril, el 19 de agosto se firmaba la capitulación entre Morelos y el comandante del Castillo, Pedro Vélez”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 11).

ACATÉMPAM, ABRAZO DE: Se le conoce de esta manera al abrazo que “se dieron Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide, al terminar la entrevista promovida por el segundo, y que apresuró la Independencia. Verificóse el 10 de marzo de 1821”; aunque la tradición sitúa este hecho en Acatémpam, la reunión se efectuó en el pueblo de Teloloapan, hoy municipio del Estado de Guerrero, cercano al Estado de México. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 11).

ACATITA DE BAJÁN: “Lugar cercano a Monclova (Coahuila), donde Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo, Jiménez y

otros insurgentes fueron apresados el 21 de marzo de 1811 por Ignacio Elizondo”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 12).

ACULCO: Cabecera del municipio homónimo, ubicada en la Ciudad de México. La Batalla de Aculco se efectuó el 7 de noviembre de 1810, en donde Calleja venció a los insurgentes, comandados por Hidalgo. “Como las masas, sin organización debida, se hallaban diseminadas en las inmediaciones de Arroyozarco buscando alimentos, y sin esperar encontrar al enemigo, y aun mal armadas, es fácil comprender que Calleja con 5,200 hombres de las tres armas, bien disciplinados, y diez piezas de artillería, pudiera vencer a 40,000 con trece cañones de distinto calibre”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, pp. 21-22).

ALDAMA Y GONZÁLEZ, JUAN DE: Nació el 3 enero de 1774; fueron sus padres Domingo de Aldama y María Francisca González Riva de Neira. “Abrazó la carrera de armas”. Entró al Regimiento de Dragones Provinciales de la Reina, con el grado de teniente. En 1806, debido a una amenaza de invasión, entró a la Ciudad de México; después, regresó con el regimiento a San Miguel y, más tarde, a San Juan de los Llanos. El 15 de septiembre de 1810 se enteró que la conspiración estaba descubierta y partió para Dolores con la finalidad de comunicárselo a Hidalgo y a Allende. “La resolución fue de Hidalgo y, desde aquel momento, se determinó la revolución. Parece ser que Aldama pedía a Hidalgo, en aquella oportunidad y viéndole tan decidido, calma y moderación”. El 16 de septiembre partió hacia San Miguel el Grande, con Hidalgo, Allende, Abasolo y el ejército improvisado. En Celaya, Aldama desaprobó el saqueo de la clase baja a las casas de los españoles. “Después de la toma de Guanajuato, Aldama salió con Hidalgo

el 3 de octubre a la retaguardia de muchos indios para explorar los movimientos de Calleja que se temía atacara la ciudad”. Aldama recorrió todos los pueblos para inspeccionar las actividades de sus enemigos y captó nuevos adeptos; con esas fuerzas partió a Indapapeo. Más tarde, entró en Valladolid y salió de esta ciudad el 19 de octubre de 1810. En Acámbaro fue nombrado teniente general de los Ejércitos Americanos. El 13 de noviembre de 1810 se retiró, junto con otros insurgentes, a Guanajuato. “Al retirarse con el grueso del Ejército Insurgente hacia los Estados Unidos de Norteamérica fue hecho prisionero por las fuerzas de Elizondo en la mañana del 21 de marzo de 1811. Trasladado a Chihuahua resultó condenado a muerte y ejecutado el 26 de junio de 1811”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 16-17).

ALQUISIRAS, PEDRO ASCENCIO: “Nació en Acuitapan (Guerrero). Según otros autores en Tlatlaya. Era de raza indígena y hablaba el idioma de los tlahuica, como asimismo el otomí. Se dedicaba al tráfico de minerales. En 1811 tomó las armas a favor de la Independencia, probablemente al lado de Tomás de Ortiz. Distinguióse en el campo insurgente y José M. López Rayón lo elevó al grado de capitán de caballería; estuvo después a las órdenes de Vargas, por los años de 1814 a 1816. Más tarde se presentó a las órdenes del general Guerrero. En 1820, aunque decae la causa insurgente, se fortifica en el cerro de la Goleta y combate con éxito a los realistas; el 8 de marzo de 1816 dio en este cerro una batalla contra una sección de tropas recién llegadas de España, mandadas por el teniente coronel Ramón Domínguez, quien quedó admirado de la pericia militar y eficacia de mando de Pedro Ascencio [...] En el cerro de San Vicente venció a Iturbide y, poco tiempo después, en

el mismo lugar, al coronel Rafols; en las cercanías del pueblo de San Pablo, realizó una acción victoriosa el 25 de enero de 1821”. En la batalla de Cerromel venció a todos los realistas. “En mayo de 1821, Pedro Ascencio, aprovechando las escasas fuerzas realistas que había en la demarcación de Cuernavaca, marchó con todas las suyas al ataque del pueblo de Tetecala [...]. Ascencio pidió la rendición, pero los realistas y miembros del pueblo se negaron; el 2 de junio empezó el ataque [...] En todos los asaltos fue rechazado Pedro Ascencio, cosa que le obligó a retirarse. Al día siguiente volvió a insistir, pero, avisado de la marcha de Huber, salió a su encuentro con algunos hombres de infantería y caballería. Las dos fuerzas se encontraron en el paraje conocido con el nombre de Las Milpillas”. En la lucha, un dependiente de la casa Yermo, llamado Francisco Aguirre, mató a Pedro Ascencio, el 3 de junio de 1821. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 22-23).

ÁLVAREZ, MELCHOR: Nació en 1769, en el Puerto de Santa María, “en la Patagonia argentina, cuando sus padres viajaban del Perú, donde residían, a España. Cadete (1785) en las milicias de Arequipa. Sirvió ahí hasta 1793 en que pasó a España donde sirvió en los regimientos de Hibernia, Borbón y Saboya. Tomó parte en la batalla del 2 de mayo de 1808 contra la invasión francesa y en otras muchas acciones de guerra. Prisionero de los franceses en Valencia, logró escapar. En 1813 fue destinado a México para combatir a los insurgentes. Calleja lo manda a Oaxaca, de donde fue gobernador, intendente y capitán general. En agosto de 1818 fue trasladado a Querétaro como jefe político. Allí gobernó hasta 1820. El 2 de septiembre de 1821 se adhirió al Plan de Iguala. Iturbide lo designó Jefe de su Estado Mayor y entró con

él a México el 27 de septiembre. Mariscal de Campo, gobernador y capitán general de Yucatán en enero de 1822. Trató de aplacar los diversos bandos políticos de la península. En mayo de 1823 renuncia al gobierno con motivo de la caída de Iturbide”. En 1823 fue vocal de la Junta Constitucional de Repartimiento de Bienes y Tierras; más tarde, vocal de la Junta de generales para el arreglo del escalafón; posteriormente, presidente, en dos ocasiones, del Supremo Tribunal de Guerra y Marina. Desempeñó los cargos de inspector general de Infantería y Caballería, y de comandante del Departamento de México hasta 1837; después, ejerció como ministro de la Suprema Corte Marcial. Murió en 1847, en la Ciudad de México. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 88).

ALLENDE, IGNACIO DE: “Nació en la Villa de San Miguel el Grande el 25 de enero de 1769; fueron sus padres el español Domingo Narciso de Allende y Mariana de Unzanga”. Fue teniente del regimiento de Dragones de la Reina. “En 1787 ascendió a capitán. En 1806 pasó con su regimiento a México en previsión de un posible ataque inglés”. Tuvo un hijo, a quien llamó Indalecio y que murió en Acatita de Baján. Se casó a los 30 años con María de la Cruz Agustina de las Fuentes. “Desde 1808 concibe un plan formal a fin de conseguir la Independencia de su patria”. El 16 de septiembre de 1810, por iniciativa de Allende, el cura Hidalgo decidió levantarse en armas, luego de que recibieran “la noticia de haber sido descubierto el complot”. Estos cabecillas, después de dejar en libertad a los presos de Dolores, quienes se sumaron a la causa, partieron a San Miguel el Grande; posteriormente, Allende entró a Celaya, ciudad que no le opuso resistencia. Ahí, se le nombró teniente general de los ejércitos americanos. En septiembre de 1810, emprendió un ataque contra

Guanajuato, luego del cual se dirigió a Valladolid, el 19 de octubre. “En Acámbaro fue ratificado su nombramiento de capitán general de los ejércitos americanos”. Dirigió a los insurgentes hacia México y participó en la batalla del Monte de las Cruces, donde “hizo gala de buen sentido militar”. En dicha acción, derrotó a los realistas comandados por el teniente coronel Torcuato Trujillo. Después de la batalla de Aculco, la cual le resultó desfavorable, se dirigió a Guanajuato, mientras Hidalgo iba a Valladolid. Entró a Guanajuato el 13 de noviembre de 1810 y más tarde, al saber que Calleja se acercaba, salió rumbo a Zacatecas. “De Zacatecas pasó a Guadalajara, donde llegó el día 12 de diciembre, siendo recibido por Hidalgo”. El 25 de diciembre partió de Guadalajara para hacer un reconocimiento en los alrededores, pues corría la noticia de que Calleja se encontraba cerca; el 14 de enero de 1811 decidieron los insurgentes hacerle frente, dándose la batalla del Puente de Calderón, lucha que resultó desastrosa. Allende se retiró a Zacatecas, pasando posteriormente a Saltillo; ahí se reunió nuevamente con Hidalgo. Allende decidió partir a Estados Unidos de Norteamérica para solicitar ayuda; sin embargo, el 21 de marzo de 1811, en Acatita de Baján, fue sorprendido, junto con su ejército, cuando se retiraba. En Chihuahua se le condenó a muerte y fue ejecutado el 26 de junio de 1811. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 28-33).

AMETEPEC: METEPEC: cabecera del municipio homónimo, ubicada en la Ciudad de México. Durante la Independencia, su población estaba compuesta de otomíes. A Cristóbal Escalante y a su compañero Ursúa se les recuerda por las acciones que tuvieron lugar en ese pueblo el 19 de abril de 1812. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 1322).

- ANÁHUAC: Significa “cerca del agua [...] se le da el nombre a la región de los lagos centrales, o la llaman «Valle de México» [...] Posteriormente, se aplica por metonimia a todo el país de México”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 101).
- ANTEQUERA: El territorio de Oaxaca constituía la diócesis llamada oficialmente “de Antequera [...] fue erigida como diócesis por Paulo III en 1535 y como arquidiócesis por León XIII en 1891”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 1491).
- APATZINGÁN: Cabecera del municipio homónimo, situada al sur del Estado de Michoacán. En este lugar se firmó la Constitución de Apatzingán, “primera ley fundamental redactada en México y resultado del Congreso de Chilpancingo. Fue sancionada en Apatzingán el 22 de octubre de 1814, con el título de Decreto Constitucional para la libertad de la América Mexicana. En ella se contienen las ideas de Morelos, pero también intervienen en la redacción los firmantes del Acta de Declaración de Independencia”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, pp. 121 y 504).
- ATEMAJAC DEL VALLE: Pueblo del municipio de Zapopan, ubicado en Jalisco, precisamente en el valle de Guadaluajara, al norte de la capital del Estado. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 162).
- ATOTONILCO EL GRANDE: Cabecera del municipio homónimo, se localiza en el Estado de Hidalgo, al noreste de Pachuca. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 169).
- ATOTONILCO, SANTUARIO DE: Ubicado en Guanajuato. “Cerca de San Miguel Allende, el padre oratoriano Luis Felipe Neri de Alfaro construyó un santuario de ejercicios por los años de 1746 a 1765”. El santuario “es una iglesia principal con varias capillas adyacentes [...] Históricamente es importante por haber salido de su sacristía una imagen de la Guadalupana que fue la primera bandera de la Independencia”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 169). “Al pasar por el santuario de Ato-

tonilco, Hidalgo hizo descolgar un cuadro de la Virgen de Guadalupe que había en la sacristía y, después de suspenderlo del extremo de una lanza, hizo, desde aquel momento, la imagen de la virgen tan estimada de los habitantes de Nueva España bandera de combate y símbolo de la emancipación mexicana”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 279).

BAILÉN: Municipio de la provincia de Jaén. Es célebre por la famosa Batalla de Bailén que se efectuó en su territorio el 19 de julio de 1808, la cual fue una de las principales batallas de la Guerra de Independencia española “y cuya gloria pertenece por entero a las armas españolas”. En esta lucha, las fuerzas del emperador Napoleón, al mando del general Pierre-Antoine Dupont, fueron vencidas por los generales españoles Francisco Javier Castaños y Teodoro Reding. El ejército de Castaños emprendió la marcha sobre Andújar, donde se encontraba situado el general francés Dupont, quien había recibido la orden de no internarse en Andalucía; mientras tanto Reding y el marqués de Coupigny se disponían a recuperar Bailén, territorio estratégico ocupado por una división francesa, comandada por Ligier Belair. Dupont, ante el ataque de Castaños, avanzó hacia Bailén, sin saber que el lugar ya había sido recuperado por las tropas españolas (16 de julio de 1808); allí fue sitiado y vencido, después de lo cual, el 22 de julio de 1808, tuvo que capitular. “El resultado inmediato de la victoria fue la evacuación precipitada de Madrid por el rey intruso [José I Bonaparte] (30 de julio), que se trasladó a Miranda del Ebro, reconcentrando allí sus tropas, a las órdenes del mariscal Moncey”. (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. VII, pp. 224-230).

BATALLER: BATALLER Y ROS, MIGUEL ANTONIO: Nació en la provincia de Granada, en 1756; en 1777, su padre Mi-

guel Antonio Bataller y Vasco “llegó a México como asesor general [consejero legal del virrey]”, cuando Bataller y Ros contaba con más de veinte años. Hizo sus estudios en la Universidad de Granada y el tribunal de la ciudad homónima le dio el título de abogado, con el cual podía ejercer en cualquier tribunal. En 1788, a los 32 años y siendo licenciado, recibió el nombramiento como miembro de la audiencia de Guatemala; en este lugar, desempeñó el cargo de fiscal del Crimen durante ocho años; en 1796 pasó a la Audiencia de México con el cargo de alcalde del Crimen, puesto que ejerció su padre hasta 1795, año en que falleció. En 1804, en la misma Audiencia de México, fungía como oidor, función que cesó en 1820 al tomar éste posesión del cargo de regente, a la edad de 64 años. Finalizaron sus funciones como regente en 1821, a raíz del movimiento de Independencia. Figuró entre los magistrados comisionados para juzgar a Morelos por disidente. (Cfr., Mark A. Burkholder y D. S. Chandler: *De la impotencia a la autoridad*, pp. 170, 282-283, 384-385, 392-393 y 400-401).

BATRES, SALVADOR: “Fue nombrado capitán de la primera compañía de caballería de la milicia nacional creada en Guadalajara por el bando del 24 de junio de 1821 para la defensa de la Independencia”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 71).

BÉJAR: SAN ANTONIO DE BÉJAR: Presidio fundado el 5 de mayo de 1718 al noroeste de Texas por Martín de Alarcón, en la actual ciudad de San Antonio, Estados Unidos de Norteamérica; se le dio ese nombre en honor al duque de Béjar, Álvaro de Zúñiga. San Antonio de Béjar, durante los siglos XVIII y XIX, además de convertirse en la capital de la provincia de Texas fue un “importante centro militar [...] En 1778 el presidio tenía una fuerza de 80 hombres y siete años más tarde contaba con cien”.

En 1806, “las fuerzas de toda Texas habían ascendido a 1,368 hombres, de los que más de 300 radicaban en San Antonio” (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. 2, pp. 1849-1850). El 1 de abril de 1812, San Antonio de Béjar fue tomado por el insurgente Bernardo Gutiérrez de Lara; el 24 de agosto de ese mismo año, estando San Antonio custodiado por el insurgente José Álvarez de Toledo, el realista Ignacio Elizondo logró recuperarlo. (*Cfr., Michel i Vergés: Diccionario de Insurgentes*, pp. 181-182).

BERGOSA: BERGOSA Y JORDÁN, ANTONIO: Nació en Jaca, Huesca, España, en 1764, y murió —en fecha desconocida— en Tarragona, donde se desempeñaba como arzobispo de esa diócesis. En 1800 había sido designado obispo de Oaxaca y durante la Guerra de Independencia fue enemigo declarado de los insurgentes: calificaba a Hidalgo, en sus cartas pastorales, como “el protoapoderado de Satanás y del infierno” y a los revolucionarios les atribuía rasgos diabólicos (los describía con uñas, colas, cuernos y picos). Por esta razón, cuando Morelos tomó Oaxaca en 1812, el pueblo se acercaba al caudillo para descubrir si su fisonomía era la del demonio. Participó Bergosa en la degradación de Morelos, tal como lo señala José de Jesús Díaz en “El cura Morelos” (véase “Romance II. «El vaticinio»”, vv. 373-396); también había de ser consejero del virrey Calleja. Figuró más tarde como arzobispo de México, cuyo nombramiento nunca fue confirmado. A su regreso a la Península se le destinó a Tarragona. Sus restos reposan, desde 1967, en la catedral de México. (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 253).

BRAVO, NICOLÁS: “Nació en Chilpancingo probablemente en 1792”. Su padre fue Leonardo Bravo, quien, junto con su familia, se unió al movimiento insurgente. “Fue uno de los oficiales más distinguidos por More-

los”; Bravo estuvo a su lado en el combate de Tuxtla, en agosto de 1811. Se distinguió en la batalla de “San Agustín del Palmar contra las fuerzas realistas dirigidas por Labaqui, en agosto de 1812”. Morelos le confirió el mando de la provincia de Veracruz; allí, precisamente en el Puente del Rey —hoy Puente Nacional—, “atacó a un convoy realista que se dirigía a Xalapa, desbaratándolo y cogiendo muchos prisioneros que mandó a Morelos”. Más tarde, intervino en la toma de Oaxaca; posteriormente, se acantonó en Chilapa por órdenes de Morelos; debido a su fama se le unieron diversos jefes insurgentes, entre ellos Mariano Rincón. El 11 de noviembre atacó la ciudad de Xalapa. También, participó “en el sitio de Acapulco y situóse más tarde (marzo de 1813), en Tlalixcoyan, desde donde se dirigió a Alvarado, puerto que atacó vigorosamente el 30 de abril”. Debido a este hecho, Bravo decidió situarse en San Juan Coscomatepec, donde libró varias batallas. “Ayudó a Morelos en su ataque a Valladolid (diciembre de 1813)”. Después, “Bravo y Galeana se apoderaron de la garita del Zapote, pero poco después un contraataque realista desbarató a los insurgentes”. En 1817 detuvo a Ignacio López Rayón por desobedecer la autoridad de la junta de Jaujilla. Más tarde, Bravo ocupó el fuerte de Cópore. Fue tomado como prisionero el 22 de diciembre de 1817 por el jefe realista Armijo, en el rancho de Dolores; por un indulto logró salvarse y fue encerrado en la Cárcel de Corte de México; en 1820 recobró la libertad. Posteriormente, se alió a Agustín de Iturbide para buscar la Independencia; éste lo nombró coronel. Bravo sitió Puebla, la cual se rindió el 11 de julio de 1821; ahí, Iturbide le otorgó el grado de brigadier. Más tarde, Bravo, Guerrero y otros insurgentes organizaron la revolución en el sur con la que derrocaron a Iturbide.

El 25 de enero de 1823, Bravo intervino en la acción de Almolonga. Bravo escoltó a Iturbide y a su familia hasta Tulancingo; después, Bravo pasó a Veracruz. Don Nicolás participó “en la agitada vida política que sucedió al regreso, detención y muerte de Iturbide [...] En 1831 intervino contra la revolución del Sur patrocinada por Guerrero y ganó la acción decisiva de Chilpancingo, por la cual el congreso decretó para él una espada de oro”. En 1839, juró como presidente interino de la República y, en 1841, siendo diputado del Estado de México, fue designado presidente sustituto. En 1844 era general en jefe del Ejército Mexicano. En 1846 sustituyó al presidente de la República. “Intervino en la guerra contra los Estados Unidos de Norteamérica defendiendo la Ciudad de México y cayendo prisionero en la defensa del Castillo de Chapultepec”. Finalmente, “se retiró a Chilpancingo, donde murió el 22 de abril de 1854”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 87-94).

BRAZO DE DIOS: RÍO BRAZOS: se localiza al norte de Texas; se forma por la confluencia de los ríos Double Mountain Fork y Salt Fork y desemboca al sureste de Texas, en el Golfo de México. Su trayecto es de 2,060 km. El nombre original le fue dado por los primeros exploradores españoles: Brazos de Dios. Ignacio Elizondo fue asesinado en el lugar conocido como Ojo de Agua de los Brazos, llano que se localizaba al noreste de la provincia de Texas, cerca de este río. (Cfr., *The New Encyclopaedia Britannica*, v. 2, p. 489; y Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 181-182).

BUSTAMANTE, ANASTASIO: “Nació en Jiquilpan el 17 de julio de 1780. Fueron sus padres Juan Ruiz Bustamante y Francisca Oseguera. Estudió en Guadalajara y, en México, cursó la carrera de medicina”. Se estableció en la

ciudad de San Luis Potosí. “Ingresó a los ejércitos a raíz de los acontecimientos en España cuando la invasión napoleónica, como oficial, y poco después era teniente del batallón de San Luis. En la hacienda de Pila se reunió con Calleja cuando la guerra de la Independencia, luchando a favor de la causa real. Estuvo en las batallas de Aculco y Puente de Calderón, por la que ascendió a capitán”. En 1812, acompañó a Calleja en el sitio de Cuautla. Persiguió a Morelos. “En 1815 cubrió la retirada del jefe español José Barradas atacado por el insurgente Osorno. En 1817 estuvo a las órdenes de Pascual de Liñán en la persecución de Javier Mina y asistió al tristemente célebre cerco y asalto del fuerte del Sombrero, como también al de los Remedios [...] Se adhirió al Plan de Iguala de Agustín de Iturbide el 19 de marzo de 1821, en la hacienda de Pantoja, en el valle de Santiago”. En junio de 1821 colaboró para que se rindiera la plaza de San Juan del Río y también pactó para la rendición de Querétaro. “Por orden de Anastasio Bustamante fueron quitados de los ángulos de la Alhóndiga de Granaditas los cráneos de los jefes insurgentes que allí permanecían desde el 14 de octubre de 1811”. Posteriormente, se les dio solemne sepultura. “Consumada la emancipación permaneció fiel a Iturbide y a su efímero imperio. Guadalupe Victoria lo ascendió a general de división y, en 1829, fue designado vicepresidente de la República [...] Después del plan de Xalapa fue electo presidente de la República y constituyó un gabinete ultraconservador en el que Lucas Alamán fue el máximo exponente”. Fue desterrado a Europa en 1833 y 1841. En 1844 regresó a México y “fue electo diputado. Poco tiempo después retiróse de la política y murió en San Miguel Allende en 1853”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 96-97).

CALLEJA DEL REY, FÉLIX MARÍA: “Organizador y jefe del Ejército del Centro (1810-1812) durante la Guerra de Independencia y 60º virrey, que gobernó de 1813 a 1816”. Nació en Medina del Campo, Valladolid, y murió en Valencia. “Llegó a la Nueva España con el 2º Conde de Revillagigedo (1789), como capitán agregado al Regimiento de Infantería Fijo de Puebla, y desempeñó con acierto varias composiciones [...], hasta ser nombrado comandante de la Brigada de San Luis Potosí [...] Al ocurrir la insurrección de Hidalgo, sin esperar órdenes del virrey puso sobre las armas las tropas de su brigada, las aumentó con otras nuevas y organizándolas y disciplinándolas, formó el pequeño (4,000 hombres) pero poderoso Ejército del Centro, que logró vencer a Hidalgo y hacer frente a la formidable ofensiva comenzada por Morelos [...] Cerca de cuatro años gobernó luego el país como virrey [...] Vuelto a España, recibió el título de conde de Calderón (1818) y las grandes cruces de Isabel la Católica y San Hermenegildo. Después de ser capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz, tuvo el mando de las tropas expedicionarias de Sudamérica, las cuales se sublevaron antes de partir y le redujeron a prisión (1820). Puesto en libertad, rehusó el gobierno de Valencia y estuvo de nuevo preso, en Mallorca, hasta 1823. «Purificado» en 1825, quedó de cuartel en Valencia hasta su fallecimiento”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 332).

CARÁCUARO: municipio de Michoacán, situado al oriente de Morelia. En este pueblo fue cura Morelos, de ahí que actualmente reciba el nombre de Carácuaro de Morelos. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 359).

CARLOS V: monarca español; subió al trono en 1516 y permaneció allí hasta 1556. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 365).

- CELAYA: ciudad y cabecera municipal del Estado de Guanajuato. “En la guerra de Independencia las fuerzas de Hidalgo entraron a la ciudad el 21 de septiembre de 1810. De ese año a 1821, Celaya fue ocupada por realistas y otras por insurgentes”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 419).
- CITLALTÉPETL O PICO DE ORIZABA: “Montaña de origen volcánico [...] Situada al noreste de Orizaba [...] Esta montaña es la más alta del territorio mexicano”: su altura es de 5, 747 m. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 439).
- COATEPEC: ciudad y cabecera municipal del Estado de Veracruz. “Situada en las estribaciones orientales del Cofre de Perote, en el valle del río Metlactalapan, que después se llama Jalcomulco, uno de los formadores del río La Antigua”. Se comunica con la ciudad de Xalapa, capital de dicho Estado. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 451).
- CONCHA, MANUEL DE LA: “Jefe realista, famoso por su dureza, en la guerra de Independencia. Mandaba las fuerzas que aprehendieron a Morelos, en noviembre de 1815, que le valió el ascenso a coronel. Al terminar la guerra se dirigía disfrazado a Veracruz, para embarcarse hacia España, pero fue asesinado en la madrugada del 5 de octubre de 1821, en las afueras de Xalapa, Veracruz”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 487).
- CÓPORO (FUERTE DE): “El cerro de Cópore pertenece al municipio de Zitácuaro, Michoacán; durante la lucha insurgente fue fortificado por don Ignacio López Rayón, para resistir al ejército virreinal, en junio de 1814”. El 2 de febrero de 1815 y el 4 de marzo de ese mismo año, cuando al frente de Cópore se encontraba Ramón López Rayón, el fuerte fue atacado por las fuerzas realistas, pero todos los ataques fueron rechazados. El 7 de enero de 1817, después de varios meses de sitio, Ramón

López Rayón entregó la fortaleza a los realistas. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 514).

CORTÉS, HERNÁN: nació en Medellín, Badajoz, aproximadamente en 1485 y murió el 2 de diciembre de 1547 en Castilleja de la Cuesta, Sevilla. A su expedición se debe la Conquista de México. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 532).

CRUZADA, LA: cuando José Antonio Torres se presentó en Nueva Galicia proclamando la Independencia, el gobernador Roque Abarca reunió una tropa para proteger su plaza. Esta tropa constaba de doce mil hombres, que pronto se vio menguada debido a las deserciones. “Sólo el obispo Juan de Cabañas mostraba decidido empeño en resistir: con los individuos del clero secular y regular formó un batallón que se llamó de «La Cruzada»; convocábalos diariamente al son de la campana mayor de la catedral, y reunidos, marchaban por las calles a caballo y sable en mano, precedidos de un estandarte blanco con una cruz roja y seguido de numerosas turbas que gritaban: «¡Viva la fe católica!»”. (Cfr., Julio Zárate: *México a través de los siglos*, t. 3, pp. 163-164).

CUAUTLA: ciudad y cabecera municipal que se localiza en el Estado de Morelos. Ahí se efectuó la acción armada “que más ilustra la guerra de Independencia”. El caudillo Morelos se situó en Cuautla de las Amilpas el 19 de febrero de 1812; en este lugar, se enfrentó con las fuerzas de Calleja. Después de una ardua lucha, los insurgentes abandonaron la plaza, víctimas del hambre y de los continuos ataques hechos por las fuerzas realistas; terminó la lucha después de 72 días y los insurgentes se dispersaron, quedándose la partida mayor con Morelos. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 563).

CHAMACUERO: COMONFORT: ciudad y cabecera municipal del Estado de Guanajuato, se localiza al suroeste del mis-

mo. El nombre inicial de la población era Chamacuero, término tarasco que significa “lugar en ruinas”; más tarde, se le llamó Chamacuero de Comonfort; en la actualidad, el lugar sólo lleva el título de Comonfort. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 479).

CHARO: cabecera del municipio homónimo, ubicada en Michoacán. Se localiza en las serranías y su suelo es montañoso. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 590).

CHEPETLÁN: en la época de la Independencia era un pueblo de la alcaldía de Tlapa, hoy Estado de Guerrero, que se localizaba a diez kilómetros en dirección nornoroeste del pueblo de Tenango. Tenía una población indígena de 203 familias, cuyas cabezas se dedicaban principalmente a la artesanía de la loza. (Cfr., Antonio de Alcedo: *The Geographical and Historical Dictionary of America and the West Indies*, t. 1, p. 375).

CHILPANCINGO: municipio ubicado en Guerrero y capital del mismo Estado. “Su importancia histórica arranca del primer Congreso Mexicano, convocado por el general Morelos, en 1813”. El Congreso de Chilpancingo fue la “Primera asamblea política mexicana. La necesidad en que se vieron las fuerzas insurgentes para organizar una autoridad que dirigiera las operaciones de la mayoría, al mismo tiempo de que constituyera un gobierno, llevó a los principales jefes a la celebración de un congreso, que resultó el de Chilpancingo”. En el mes de septiembre de 1813 se celebró la primera sesión en la ciudad de Chilpancingo. El 6 de noviembre el Congreso levantó un acta de declaración de Independencia. Desde septiembre a noviembre de 1813, tuvieron varias reuniones; en 1814 los realistas obligaron a salir a los miembros del Congreso de dicha ciudad. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, pp. 608-609).

DOLORES: ciudad cabecera del municipio homónimo, perteneciente al Estado de Guanajuato. En este lugar se

encuentra la parroquia de Dolores, en la que “ejerció su ministerio sacerdotal don Miguel Hidalgo desde 1803 hasta 1810, año en que, cabe la puerta, a la madrugada del 16 de septiembre, sublevó a su pueblo contra el Gobierno español”. (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 660).

ECATEPEC, HOY DE MORELOS: villa cabecera del municipio homónimo, situada “en la parte central de la cuenca de México”, al noreste de la Ciudad de México. “Este lugar es célebre en la historia por haber sido en él fusilado Morelos, caudillo de la independencia, en 1815. El Congreso decretó la erección de un monumento al héroe, en 1825. Fue construido en 1864. En 1877 fue elevado el pueblo al rango de villa con la adición de Morelos”. (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. 1, pp. 677-678).

ELIZONDO, IGNACIO: “Teniente coronel en Monclova y declarado por el partido de la Independencia. Aunque al poco tiempo agente de la contrarrevolución de la que fue uno de lo miembros más destacados, al extremo que al él se debió la detención de Hidalgo, Allende y los demás jefes del movimiento de la Independencia de 1810”. Elizondo se apoderó de la villa de Monclova el 17 de marzo de 1811; en este lugar, el 21 de marzo, tomó como prisioneros a Hidalgo y a los demás jefes insurgentes, víctimas de la traición planeada por este teniente. “Desde entonces Elizondo figuró de una manera muy destacada en el bando realista, caracterizándose por su crueldad en contra de los insurgentes que caían en su poder”. El 20 de julio de 1812 fue derrotado Elizondo, junto con Arredondo, quien era comandante general de las Provincias Internas de Oriente, por el insurgente Bernardo Gutiérrez de Lara. El 24 de agosto de 1812 reconquistó San Antonio de Béjar, haciendo huir a los insurgentes al mando de José Álvarez de Toledo y persiguiéndolos hasta Nacogdoches; después pasó a Trini-

dad, donde mandó a fusilar a los prisioneros obtenidos. Estando en Ojo de Agua de los Brazos fue asesinado, con un sable, por el teniente español Miguel Serrano, quien también asesinó a Isidro de la Garza, ayudante de Elizondo. “El proceder de Serrano se ha explicado diciendo que a causa de las múltiples ejecuciones que había presenciado, perdió el juicio y se imaginó que Elizondo iba a ordenar también su ejecución. Serrano fue conducido a Béjar y después recluso en San Hipólito de México en donde murió algunos años después”. La muerte de Elizondo sucedió en septiembre de 1812, fue enterrado en las orillas del río de San Marcos. Los insurgentes consideraron su asesinato como un castigo divino por la traición hecha a Hidalgo y a los demás jefes. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 181-182).

EL PÍPILA, SOBRENOMBRE DE JUAN JOSÉ DE LOS REYES MARTÍNEZ: nació el 3 de enero de 1782 en la villa de San Miguel el Grande. “Apodado «el Pípila»; de él se cuenta una prodigiosa hazaña en la Alhóndiga de Granaditas de Guanajuato, cuando las fuerzas insurgentes atacaron la fortaleza, único núcleo de la resistencia de la ciudad, el 28 de septiembre de 1810. Se dice que Juan José Martínez, en lo álgido del combate, se echó a la espalda una losa que protegía su cuerpo; llegó a rastras a las puertas de la Alhóndiga a las que prendió fuego, para facilitar así a los insurgentes la entrada al edificio”. Murió en San Miguel el 25 de julio de 1863. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 364).

ESCALANTE, CRISTÓBAL: “capitán insurgente que, juntamente con un compañero suyo de la misma graduación, apellidado Ursúa, el 16 de agosto de 1812, con una partida de cien hombres, batió a otra realista, compuesta de unos setenta que se hallaba fortificada en la hacienda

de San Marín [*sic*], cerca de Texupilco. Mientras duraba el combate llegó una fuerza de 200 hombres realistas, quienes obligaron a los insurgentes a replegarse, no sin llevarse consigo algunos prisioneros, entre ellos a José Calderón, justicia que fue de Texupilco, el cual fue pasado por las armas. Mereció también ser recordado en el parte de guerra que, con fecha 19 de abril de 1812, envió el coronel Gabriel Marín y Acosta a Ignacio López Rayón referente a la operación de Metepec, en las inmediaciones de Toluca”. (*Cfr.*, Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 185).

FERNANDO: FERNANDO VII: rey de España; fue elevado al trono cuando abdicó su padre, Carlos IV, el 19 de marzo de 1808; pero casi de inmediato fue obligado por Napoleón a abdicar en la cabeza de José I, con lo que se dio paso a la Guerra de Independencia peninsular (1808-1814). Fernando recuperó el trono en 1814; entonces restableció el absolutismo y combatió abiertamente a los afrancesados y a los liberales gaditanos. En marzo de 1820, y a consecuencia de la revolución iniciada por el general Riego, Fernando VII juró la Constitución de Cádiz y con ello se abrió la etapa del Trienio constitucional (1820-1823). Con el pacto francés y la invasión a territorio hispánico por parte de los «Cien mil hijos de San Luis», a partir de enero de este último año volvió a imponer el absolutismo y reinó durante la llamada «década ominosa», hasta su muerte, acaecida en 1833. (*Cfr.*, *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 763).

GALEANA, HERMENEGILDO: “Uno de los jefes más destacados de la insurgencia en el período de 1811 a 1814. Nació en el pueblo de Tecpan (Guerrero), el día 13 de abril de 1762”. Vivió en la hacienda del Zajón, donde se dedicó a las actividades agrícolas. El 7 de noviembre de 1810, Hermenegildo, junto con otros miembros de

la familia, se unieron al ejército de Morelos. Los Galeana intervinieron en la batalla de El Veladero. “El 8 de diciembre se distinguía en una operación en Llano Grande y pocos días después en La Sabana. El 29 de marzo de 1811, en el campo de los Coyotes, destacó [...] como militar”. A Galeana se debe la incorporación de los Bravo al ejército de Morelos. Sostuvo una lucha contra el jefe realista Garrote en la hacienda de los Bravo y salió victorioso; en agosto de 1811, en Tixtla peleó contra el realista Fuentes y obtuvo un ventajoso triunfo. “Al poco tiempo Morelos le destinaba a la toma de Taxco e inmediatamente después de haberse apoderado de la población, acudía en ayuda de los insurgentes en Toluca, a los cuales libró de una completa derrota”. Penetró en Cuernavaca; “estuvo en el sitio de Cuautla, en donde Morelos le confió el punto llamado de Santo Domingo”. En noviembre de 1812 se encontraba en la batalla del Palmar y en la de las cumbres de Acultzingo. “Intervino en la toma de la ciudad de Oaxaca (25 de noviembre de 1812) y en el sitio y toma de Acapulco (6 de abril y 12 de abril de 1813), distinguiéndose, junto con su sobrino Pablo, en el asalto al castillo. Asistió en el desgraciado ataque a Valladolid en diciembre de 1813, a cuyo cargo había de correr la acción en el punto denominado Garita del Zapoté”. En 1812, Morelos le dio el grado de mariscal. El 27 de junio de 1814, mientras huía de los realistas, fue asesinado por el soldado Joaquín de León, de quien recibió un disparo en el pecho. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 210-212).

GARZA, ISIDRO DE LA: Ver Ignacio Elizondo.

GRANADITAS, EL CASTILLO O ALHÓNDIGA DE: Edificio de la ciudad de Guanajuato, donde se dio la famosa batalla con ese mismo nombre, el 28 de septiembre de 1810;

“la Alhóndiga era un majestuoso edificio, hecho construir por el mismo [José Antonio] Riaño para asegurar la provisión de maíz todo el año. Con espaciosas salas y con aspecto de castillo, le pareció [a dicho intendente] el lugar más indicado para hacer frente a los insurgentes”, durante la primer batalla por la Independencia. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 281).

GUAUTIMOC: CUAUHTÉMOC O GUATIMOZÍN: “Último rey azteca. Entró a gobernar al morir Cuitláhuac y fue el que hizo la defensa de su patria, en forma heroica. Nació hacia 1502. Murió en la expedición a las Hibueras”. “La figura de Cuauhtémoc es digna de estudio por la valentía y destreza con que hizo la defensa de su ciudad y de su pueblo, a pesar de sus pocos años”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 560).

GUERRERO, VICENTE: “Nació en Tixtla el 10 de agosto de 1783, de familia muy modesta, perteneciente a la clase indígena y dedicada al campo”. Se dedicó a la arriería. Se unió a Morelos, cuando éste pasó por su pueblo, y muy pronto ascendió a capitán. En diciembre de 1811 permanecía en Izúcar, por órdenes de Morelos. En noviembre de 1812, intervino en la toma de Oaxaca, teniendo el grado de teniente coronel. Recibió de Morelos la orden de extender la revolución a la Mixteca, donde tuvo enfrentamientos con el insurgente Sesma y posteriormente con Rosains, aliado de este último. En Papalotla, Guerrero venció al capitán realista José de la Peña; después se “retiró al rancho de Olomatlán con el fin de organizar a su gente. Obtuvo, entonces, una serie de ventajas contra diversos jefes realistas: derrotó a La Madrid, a Robles en Tlalistaquilla, y al comandante de Tlapa”. Más adelante, se dirigió a Tlamajalcingo del Monte, donde fue sitiado por Rosains y Sesma, con los que hizo una tregua; Rosains lo nombró coronel de

sus fuerzas. En junio de 1812 sitió el pueblo de Acatlán y en octubre, el de Tlapa. “En noviembre de 1816 fue derrotado en una acción habida en la cañada de los Naranjos [...] pocos días después derrotaba Guerrero a los realistas (16 de noviembre) en el cerro de Piaxtla, en donde fue atacado por La Madrid, quien resultó herido en la acción”. En 1816 se retiró al cerro Barrabás y después se estableció en la provincia de Michoacán. El 5 de noviembre de 1819 fue derrotado por el realista Pío M. Ruiz, en Aguazarca, “acción en la que cayeron prisioneros sus dos más próximos colaboradores, Chivilini y Urbizu”. Entre 1820 y 1821, Guerrero, quien estaba internado en la sierra de Jaliaca, tuvo varios enfrentamientos con Iturbide; esta lucha terminaría con una alianza, la cual consumaría el movimiento de Independencia. La entrevista para realizar el pacto se efectuó en Teloloapan. “Consumada la Independencia le fue reconocido el grado de general, obtuvo la capitánía general del Sur y se le concedió la gran Cruz de la Orden de Guadalupe”. Más tarde, debido a las decisiones tomadas por Iturbide, se opuso a él y, junto con Nicolás Bravo, emprendió una lucha. “Derrocado el Imperio, Guerrero fue nombrado general de División y miembro del Supremo Poder Ejecutivo que gobernó hasta la proclamación del primer presidente de la República [...] Intervino en la agitada política del México independiente”. En abril de 1829 tomó posesión de la Presidencia de la República; al año siguiente el Congreso lo depuso de su cargo. Se levantó en armas y nuevamente fue perseguido. El Gobierno para poder aprehenderlo recurrió al italiano Francisco Picaluga, quien lo tomó prisionero en su bergantín. Esta traición ocurrió el 15 de enero de 1831; una vez preso se le condujo a Oaxaca y un consejo dictaminó pasarlo por las armas. Murió

el 14 de febrero de 1831 en la villa de Cuilapam. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 254-258).

GUZMÁN, «EL BUENO»: ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN: “Célebre guerrero español, nació en León el 24 de enero de 1256 y murió en la Sierra de Gaucín (Málaga) el 19 de septiembre de 1309 [...] Era hijo natural de don Pedro de Guzmán, adelantado mayor de Andalucía”. Don Sancho, hijo de Alfonso X, le impuso la tarea de cuidar a Tarifa, convirtiéndolo en el primer alcalde de Tarifa. En 1294, el infante don Juan, junto con algunos musulmanes, sitiaron Tarifa y para debilitar la defensa de Guzmán y así poder entrar a la fortaleza, amenazaron a este alcalde con asesinar a su hijo primogénito, don Alfonso, si no entregaba Tarifa; Guzmán lanzó un puñal, desde la ventana de una torre, al infante para que con éste asesinara a su hijo; ante tal hecho, don Juan tuvo que levantar el sitio a Tarifa y la ciudad quedó salva debido al comportamiento de su alcalde, quien, más tarde, recibió de Don Sancho el sobrenombre de «El Bueno». (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. XXVII, pp. 398-399).

HIDALGO Y COSTILLA, MIGUEL: nació el 8 de mayo de 1753, en la hacienda de Corralejo, perteneciente al pueblo de Pénjamo, en Guanajuato. Sus padres fueron Cristóbal Hidalgo y Ana M. Gallaga. En 1793 era cura de San Felipe Torresmochas. A la muerte de su hermano, Joaquín Hidalgo, se le concedió el curato del pueblo de Dolores. Desde septiembre de 1810 tuvo contacto con Allende y otros conspiradores, decidiendo entrar al movimiento por la Independencia. Al descubrirse el plan, decidió levantarse en armas la madrugada del 16 de septiembre de 1810, dando el famoso grito de Independencia. Ese mismo día, junto con Allende, Aldama y Abasolo,

partió a San Miguel. Más tarde se dirigió a Celaya y de ahí a Guanajuato, donde se dio la lucha de la Alhóndiga de Granaditas. Después marchó hacia Valladolid, a la cual entró el 17 de octubre. El 19 de ese mismo mes partió para Acámbaro, en ese lugar fue proclamado general. El 30 de octubre participó en la Batalla de las Cruces, en los alrededores de Toluca. Después pasó a San Jerónimo de Aculco, donde se dio una lucha desastrosa para los insurgentes; posteriormente, se dirigió a Valladolid y más tarde a Guadalajara, ciudad en la que fundó el primer periódico insurgente: *El Despertador Americano*. Los insurgentes salieron de esta última ciudad, partiendo al puente de Calderón, donde se dio la batalla con ese mismo nombre, también funesta para los insurgentes. “Hidalgo marchó entonces a Zacatecas con la intención de reunir nuevas fuerzas para proseguir la lucha [...] En la hacienda de Pabellón renunció Hidalgo el mando supremo del Ejército insurgente en Allende, quien, juntamente con otros jefes, veía en la táctica de Hidalgo la causa del desastre de puente de Calderón. [...] Hidalgo pasó con una parte de las fuerzas a Matetuala”. Después pasó a Saltillo, donde se reunió con los otros jefes insurgentes. Estando en Acatita de Baján fue sorprendido por Elizondo, quien lo hizo preso y lo trasladó a Chihuahua, donde llegó el 23 de abril. El 30 de julio de 1811 fue ejecutado. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 276-287).

HUBER, CRISTÓBAL DE: Ver Pedro Ascencio.

HUITZILOPOSTLE: deidad adorada en el valle de México, principalmente por los aztecas; su nombre, «El precioso izquierdero», “hace referencia a la dirección del universo que le estaba encomendada, que era la del sur [...] Esta deidad es una forma de adoración del sol”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 1039).

ITURBIDE Y ARAMBURU, AGUSTÍN DE: “Nació en Valladolid, hoy Morelia, el 27 de noviembre de 1783, de padre español, natural de Pamplona, y de madre mexicana de una de las antiguas familias nobles de Valladolid”. Estudió en el Seminario Conciliar y a los 15 años era mayordomo de las fincas agrícolas de su padre. “Entró a servir como alférez en el recogimiento de infantería provincial de Valladolid y a los veintidós años contrajo matrimonio con Ana M. Huarte”. Al iniciarse el movimiento de la Independencia fue el “azote de insurgentes y hombre de confianza de las autoridades realistas”. Luchó en la batalla del Monte de las Cruces el 30 de octubre de 1810. “Debido a la captura que hizo del famoso insurgente Albino García fue ascendido (16 de abril de 1813) a teniente coronel [...] El 1º de septiembre de 1815 se le designó comandante del Bajío”. Posteriormente, se cambió al bando de los insurgentes, sumándosele el capitán Francisco Quintanilla y Vicente Guerrero. “Iturbide quedó reconocido como general en jefe del Ejército Trigarante y el 24 de febrero de 1821 firmaba el famoso plan de Iguala”. Más tarde, Iturbide y O’Donojú se reunieron en Córdoba y firmaron los Tratados que llevan el nombre de la entonces villa, y por los cuales se acordó la Independencia. “El día 27 de septiembre de 1821 entraba el Ejército Trigarante a la Ciudad de México y consumábase, de hecho, la Independencia”. El 21 de julio de 1823, Iturbide fue coronado emperador de México; el 19 de marzo del siguiente año abdicó. Fue desterrado y escoltado por el general Bravo. Una vez en Liorna, viajó a Londres, desde donde regresó a México, por lo cual fue mandado a fusilar por órdenes del Congreso mexicano el 19 de julio de 1823. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 297-302).

LANDÍN: hacienda del Estado de Guanajuato, ubicada en el municipio de Comonfort. (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. XXIX, p. 574).

LA ROTA DE VILLALAR: BATALLA DE VILLALAR: “Libróse el 23 de abril de 1521 entre las fuerzas de las comunidades castellanas y las tropas reales”, en la villa de Villalar, hoy Villalar de los Comuneros, municipio de la provincia de Valladolid. Una serie de descontentos sociales y económicos hicieron que los comuneros, comandados por Juan de la Padilla, se levantaran en armas y tomaran la villa de Torrelobatón; el condestable Íñigo de Velasco, junto con otros nobles que defendían los intereses de Carlos V, le hicieron frente a los comuneros y los vencieron. (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. LXVIII, pp. 1387-1388).

LEPANTO: “Ciudad marítima de Grecia”, ubicada “en la costa septentrional del estrecho de Lepanto, que forma la comunicación de la bahía de Patras con el golfo de Corinto”. El puerto de la ciudad “ha perdido la importancia que tuvo durante el poderío de los venecianos hasta el siglo XVI, pero siempre será famoso por el sitio que sostuvo en 1745 contra los turcos y por la batalla naval en que éstos sufrieron una espantosa derrota”. “El deseo de acabar para siempre con el poder marítimo de los turcos reunió en una confederación o Liga Santa a Roma, Venecia y España, cuyas fuerzas debía mandar, como generalísimo, don Juan de Austria, hijo del emperador Carlos V”. El 7 de octubre de 1571 acació la batalla contra los turcos, quienes estaban comandados por Alí-Bajá. Después de un feroz y encarnizado ataque los cristianos vencieron. “La batalla de Lepanto inspiró la Musa popular que produjo numerosos romances”. (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. XXX, pp. 58-61).

LÓPEZ MERINO, JOSÉ ANTONIO: michoacano, nació en 1780.

“Complicado en la conspiración de Valladolid; aunque servía en el ejército virreinal, no fue perseguido. En 1810 se presentó al cura Hidalgo y en unión de Ruperto Mier reunió varios miles de hombres cerca de La Piedad; estuvo como segundo de Mier en el combate de Urepetiro, donde fueron derrotados. Se separó de los insurgentes y solicitó el indulto; éste le fue concedido a cambio de servir [...] en las filas virreinales. Estuvo en el combate de Zapotlán, donde fueron vencidos los insurgentes [...] Se retiró poco después del ejército. Murió en la ciudad de Morelia, Michoacán”. Siendo teniente de los realistas aprehendió a José Antonio Torres, en Palo Alto, el 4 de abril de 1812. Otra fuente sitúa la muerte de López Merino en plena acción, hecha en contra de los insurgentes. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 1210; y Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 337-338).

LÓPEZ RAYÓN, IGNACIO: “Nació en Tlapujahua el año de 1773 [...] Fueron sus padres Andrés López Rayón y Rafaela López Aguado. Estudió en el colegio de Valladolid, de donde pasó al de San Ildefonso de México, en donde estudió jurisprudencia, recibíendose de abogado [...] A principios de agosto de 1810 contrajo matrimonio con Mariana Ana Martínez de Rulfo, hija de una de las principales familias de Tlapujahua [...] Al invadir los revolucionarios, en octubre de 1810, la provincia de Michoacán, declaróse Ignacio López Rayón a favor de la causa de la Independencia y con fecha 24 de octubre publicó en Tlapujahua un manifiesto invitando a todos los americanos a tomar parte en la lucha que consideraba «justa, santa y religiosa». En la Batalla del Monte de las Cruces, desempeñó el cargo de secretario particular de Hidalgo; después, se reunió con este caudillo en Valladolid y, más adelante, pasó a Guadalajara, donde Hidalgo lo nombró

secretario de Estado y del Despacho. Cuando los principales cabecillas del movimiento decidieron viajar a los Estados Unidos de Norteamérica dejaron a López en Saitillo, nombrándolo jefe insurgente. El primero de abril de 1811 fue atacado por el realista Ochoa, quien le produjo varias pérdidas; esta acción se conoce como la del Puerto Piñones. En abril de 1811 entró a la ciudad de Zacatecas, dejando en la ciudad una pequeña tropa en manos de Víctor Rosales; posteriormente partió a Aguascalientes; el 3 de mayo de 1811, estando en el rancho del Maguey, fue atacado por el coronel Emparán y derrotó a su tropa. En Zitácuaro construyó una fortaleza, la cual fue acometida nuevamente por Emparán, sin embargo, esta vez, fue vencido. En este mismo lugar “instituyó la Junta de Zitácuaro, de la cual fue presidente (agosto de 1811), y que se llamó «Suprema Junta Gubernativa de América»”. En noviembre de 1813 firmó el acta de la declaración de la Independencia, en Chilpancingo; en 1814 se le designó representante de Nueva Galicia. La Junta, creada por la disolución del Congreso, ordenó la persecución de López Rayón, el cual fue aprehendido, por Nicolás Bravo, en el pueblo de Zacapoaxtla. “Trasladado a México se le abrió un proceso. El consejo de guerra, celebrado el 2 de julio de 1818, condenó a Ignacio López Rayón a la pena de muerte”, pero por mediación del virrey Juan Ruiz de Apodaca se suspendió la ejecución. El 9 de octubre de 1818 fue internado en la cárcel de México, después de tres años de presidio, la Constitución de Cádiz le otorgó la libertad. “Fijó entonces su residencia en Tacubaya. No intervino en el movimiento de Independencia patrocinado por Agustín de Iturbide, quien, al parecer le tenía mala voluntad. Figuró en cambio en la política después de la caída de Iturbide y murió el 2 de febrero de 1832”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 338-341).

MATAMOROS Y GURIDI, MARIANO: nació el 14 de agosto de 1770, en la Ciudad de México. “Fueron sus padres José Matamoros y Mariana Guridi [...] Hizo sus estudios en el colegio de la Santa Cruz, de Tlatelolco, y se graduó bachiller en artes y teología en 1789”. En 1811, “siendo cura interino del pueblo de Jantetelco”, fue detenido por las autoridades españolas, “a causa de juzgarlo simpatizante de la insurgencia. Esto hizo que Matamoros, ya decidido, se presentase a Morelos en Izúcar el 16 de diciembre de 1811. Morelos le nombró coronel”. Matamoros acompañó a Morelos en la expedición a Taxco, en el sitio de Cuautla y en la toma de Oaxaca, donde fue ascendido a mariscal de campo por su destreza. El 19 de abril de 1813, en Tonalá, venció al jefe realista Manuel Lambrini, por lo cual Morelos lo ascendió a teniente general. Estuvo en la batalla de San Agustín del Palmar. Posteriormente, estableció su cuartel en Tehuicingo. Intervino en el ataque de Valladolid, desastroso para los insurgentes. En Puruarán, fue “hecho prisionero por un soldado del cuerpo de frontera del Nuevo Santander, de la escolta de Agustín de Iturbide, llamado José Eusebio Rodríguez, quien a su vez lo entregó al granadero de la corona Francisco Terrazas. Matamoros fue conducido a Valladolid, en donde se le formó proceso. Condenado a muerte, fue pasado por las armas en la plaza de la ciudad, el 3 de febrero de 1814”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 367-368).

MATÍAS DE AGUIRRE, MARTÍN: coronel y jefe realista de la División de Ixtlahuaca, en la provincia de México. En noviembre de 1815, sorprendió a Francisco López Rayón saliendo de Ixtlahuaca; después de una lucha, Francisco fue derrotado y detenido; Matías lo mandó fusilar a finales de diciembre de ese mismo año. Más tarde,

Matías participó en el sitio de Cóporo, cuando éste se encontraba fortificado por Ramón López Rayón; para lograr la rendición de los insurgentes, el coronel incendió los pueblos y haciendas de la comarca de Cóporo. El 7 de enero de 1817, Ramón López capituló y, cinco días después, Matías tomó posesión del fuerte. Posteriormente, este realista emprendió el sitio de Jaujilla, logrando que, el 6 de marzo de 1818, los insurgentes, comandados por López de Lara, capitularan. (Cfr., Julio Zárate: *México a través de los siglos*, t. 3, pp. 493-494, 541 y 609).

MIER Y TERÁN, JOAQUÍN: “Hermano de Manuel y Juan. En 1814 defendía un lugar llamado el Cerro del Campanario, en Teotitlán. Tenía a sus órdenes unos 130 hombres bien armados y, aunque el realista Álvarez, el 10 de octubre, intentó apoderarse del lugar, fracasó. A últimos de 1815 era comandante de la fortaleza de Silacayoapan si bien Sesma, por sorpresa, lo depuso del mando”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 383).

MIER Y TERÁN, JUAN: “oficial distinguido en el Ejército insurgente. Cuando el realista Hevia quiso sorprender a Ignacio López Rayón en Teotitlán (1814) éste se puso en fuga hacia Zongolica acompañado de Juan Mier y Terán, de Carlos M. de Bustamante y de Manuel Mier y Terán. Hevia siguió en su persecución e intentó sorprenderlo en Omealca (8 de mayo), punto fortificado y defendido por Juan Mier y Terán, quien hizo que las fuerzas realistas se replegasen. López Rayón retirándose por Mazateopan llegó a Tehuacán, de donde pasó a Zacatlán en busca de Osorno; en Tecamachalco se dio cuenta que Juan de Mier y Terán, con su hermano y otros oficiales, le habían abandonado. En 1816 estaba en Tepeji de la Seda en donde mandaba y, poco

después, tuvo un encuentro victorioso con las fuerzas realistas en la cañada de Los Naranjos en el que los insurgentes demostraron instrucción y disciplina”. Fue comandante de la plaza de Tehuacán; durante el sitio de este mismo pueblo, Mier defendió el convento y logró abandonarlo sin sufrir grandes pérdidas. “Se retiró con su hermano a Tepeji, en donde pudo derrotar al jefe realista Obeso, quien resultó herido en el hombro derecho y sufrió una gran pérdida de hombres y de material”. Juan de Mier y Terán “murió en México en 1842, siendo administrador general de correos con el grado de coronel”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 383-384).

MIER Y TERÁN, MANUEL: “Nació en la Ciudad de México, el 18 de febrero de 1789, y abrazó la causa revolucionaria en 1812 después de haber hecho estudios en el Colegio de Minería [...] Obtuvo el grado de teniente coronel y servía a la junta de Zitácuaro”. Dio su voto para que Morelos fuese electo generalísimo. Morelos lo envió a Huajuapán para “que observara los movimientos de los realistas de Puebla”; ahí, el 29 de enero de 1814, recibió a Ignacio López Rayón, con quien participó en algunas luchas. Sitió Silacayoapan, acción por la que fue elevado a coronel. En 1815, derrotó al coronel Melchor Álvarez, quien pretendía apoderarse de Cerro Colorado. Más tarde, en Tehuacán, organizó sus fuerzas y disciplinó sus tropas; también, fortificó el cerro de Santa Gertrudis, en la Mixteca. El 17 de julio de 1816, salió de Tehuacán con la finalidad de apoderarse del puerto de Coatzacoalcos, donde pretendía desembarcar armamento, ofrecido por el norteamericano Guillermo Davis Robinson, para ayudar a los insurgentes; el 8 de septiembre de ese mismo año, sabiendo los realistas los movimientos de Mier, enviaron al comandante Pedro

Garrido a impedir que éste siguiera avanzando; en el río Huaspala, Garrido logró desorganizar la tropa del caudillo, muchos de sus hombres murieron ahogados. Ante este desastre, Mier decidió regresar a Tehuacán, poblado al que entró el 22 de septiembre. Más adelante, los realistas sitiaron Tehuacán y lograron que Mier capitulara. Después de la capitulación, vivió en Puebla como escribiente de una oficina. A partir de 1821, participó en la política y, en 1824, se le nombró ministro de Guerra y Marina. “Decepcionado, escéptico ante el porvenir de México, se suicidó dramáticamente en Padilla, ante la tumba de Agustín de Iturbide, el 3 de julio de 1832”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 385-386).

MIXCALCO, PLAZUELA DE MIXCALCO: localizada en el actual centro histórico de la Ciudad de México; en la etapa virreinal, era sitio de mercadeo y concentración citadina; funciona como mercado de ropa y diversos artículos.

MOCTEZUMA: “Motecuhzoma Xocoyotzin, o sea, «el más joven»”. Rey azteca. “Comenzó su reinado en 1502 y duró hasta su muerte en 1520. Hijo de Axayácalt. Hombre de temple y de sabiduría. Fue sumo sacerdote y contra su voluntad elegido rey. En el mando se mostró exageradamente autoritario. [...] Esta severidad suya lo hizo odioso y mucho más la benevolencia con que acogió a Cortés, movido por sus preocupaciones religiosas [...] Como personaje de literatura ha sido tratado varias veces, con poca fortuna”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, pp. 1370-1371).

MONTAÑO, EUGENIO MARÍA: “Labrador de la hacienda de Chala que después de la muerte de Aldama se levantó con 5 hombres, que a poco llegaron a 300, y que jugó un papel muy importante en la campaña de Morelos sobre Oaxaca. El 29 de agosto de 1812 derrotó cerca de

Zacatlán a una partida de realistas compuesta de unos 150 hombres. El virrey ordenó al capitán de Lanceros de San Luis, Francisco Salceda, que saliera a combatir a Montañó y habiéndose encontrado con él, el 21 de julio de 1813 cerca del pueblo de Calpulalpan, entabló batalla en la que los insurgentes resultaron vencidos”. Montañó intentó escapar, pero los realistas lo alcanzaron, dándole muerte. El 24 de octubre de 1812, por ser un jefe distinguido, la sociedad de los Guadalupe mandó una carta a Morelos elogiando los servicios de Montañó; la misma admiración le produjo a Vicente Guerrero. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 393-394).

MONTE DE LAS CRUCES, BATALLA DEL: Monte que se localiza en las inmediaciones de la Ciudad de México. “Deriva su nombre de que el sitio era frecuentado por los ladrones y se cometieron allí algunos asesinatos en los pasajeros: existía la costumbre de poner una cruz de madera en el lugar donde se había cometido el crimen. La montaña tenía muchos de esos monumentos, y de aquí la apelación”. A finales de octubre de 1810, los realistas, al mando del teniente coronel Torcuato Trujillo, se situaron en la cumbre de este monte para impedir que Hidalgo avanzara hacia la capital. A las once de la mañana del 30 de octubre se presentaron los insurgentes; Trujillo causó grandes estragos en la avanzada del ejército rebelde. Vista su ventaja, dividió sus fuerzas en dos grupos para acabar con los insurgentes; el primer grupo, comandado por el capitán Bringas, fue vencido pronto, y el segundo, dirigido por el teniente Iturbide, al saber de la derrota de Bringas, huyó rápidamente. “Trujillo quedó reducido al pequeño llano sobre el camino real donde tenía un cañón, defendiendo el paso con el otro, al mando de Mendívil”. Los indios “se

apoderaron de los dos cañones de Trujillo, rompieron el regimiento de Tres Villas, quitándoles las banderas, y dispersaron la caballería”. A las cinco de la tarde el ejército de Trujillo había sido vencido por las fuerzas insurgentes; el teniente, con dificultad, pudo escapar y llegar a la capital; la victoria fue de Hidalgo. (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. 1, pp. 1390-1391).

MORELOS Y PAVÓN, JOSÉ MARÍA: “Nació en la ciudad de Valladolid el día 30 de septiembre de 1765. De familia humilde. En su juventud fue vaquero. [...] A los 32 años, emprendió la carrera eclesiástica en el colegio de San Nicolás de Valladolid, bajo la dirección de Miguel Hidalgo [...] Al terminar sus estudios obtuvo el curato de Carácuaro, en donde le sorprendió la primera noticia de la Revolución”. En Charo se encontró a Hidalgo, quien se dirigía a México; Morelos lo siguió hasta Indaparapeo, donde se le dio la orden de levantar tropas hacia el Sur de la Costa. “En Zacatula uniósele el capitán de milicias del lugar, Marcos Martínez, que siguió a Morelos en las primeras acciones de guerra”. De ahí se dirigió a Patatlán, donde se abasteció de armamento; después pasó por Tecpan, Zanjón, Coyuca y Aguacatillo, donde se le sumaron múltiples hombres. El 4 de enero de 1811 atacó al capitán realista Francisco Paris en su propio campamento y logró vencerlo. Más tarde, sitió el castillo de Acapulco. “El 24 de mayo entró en Chilpancingo sin resistencia alguna, ya que [el realista] Garrote se retiró a Tixtla”. El 26 de mayo se adueñó de Tixtla, la cual fortificó para poder viajar a Chilpancingo. “Atacada Tixtla por el realista Fuentes, Morelos, ayudado por Hermenegildo Galeana y Nicolás Bravo, obtuvo una rotunda victoria (15 y 16 de agosto de 1811)”. El 19 de agosto marchó sobre Chilapa, sin encontrar ninguna resistencia. Formó

parte de la junta de Zitácuaro. En febrero de 1812 se retiró a Cuautla, donde tuvo diversos enfrentamientos contra los realistas, comandados por Calleja. El 25 de octubre de 1812 atacó a Oaxaca, lo cual resultó de suma importancia para los insurgentes, pues ahí Morelos organizó la vida social y militar de la ciudad. El 9 de febrero de 1813 salió con su ejército de Oaxaca rumbo a Acapulco. Después de dos meses de sitio, la ciudad se rindió el 20 de agosto de 1813; pasó posteriormente a Chilpancingo, donde el Congreso lo nombró “generalísimo y jefe del Poder Ejecutivo, con cuyo cargo abolió, en Documento fechado el 5 de octubre, la esclavitud”. Después pasó a Valladolid y más tarde a Puruarán, donde tuvo las batallas más desastrosas de su carrera militar. “En 1815, siendo jefe del poder ejecutivo, dispuso que el Gobierno se dirigiera al sur al fin de tener una salida al mar”. El 5 de noviembre de 1815, en Texmalaca, fue aprehendido por las fuerzas realistas de Manuel de la Concha y Armijo. En México “fue juzgado por las autoridades civiles y condenado a muerte”. Fue pasado por las armas el 22 de diciembre de 1815. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 402-407).

NOCHE TRISTE: “Del 30 de junio al 1º de julio de 1520. Se llama así en la historia de la Conquista la retirada de Cortés de la ciudad de Tenochtitlan”. Cortés y su tropa habían decidido abandonar la ciudad por la noche. Mientras huían fueron sorprendidos por los aztecas, quienes los persiguieron y atacaron hasta aniquilar una gran parte de los españoles y de sus aliados tlaxcaltecas. “Dejados ya en paz por parte de sus enemigos, [los españoles] se detuvieron bajo unos ahuehuetes que había en Popotla. Debajo de uno, según la leyenda, lloró Cortés”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 1471).

PÁNUCO: “El río más caudaloso del territorio nacional. La cuenca tiene una extensión de 107,200 kilómetros cuadrados y en ella se desarrollaron las más importantes civilizaciones prehispánicas del Altiplano. Hoy mismo es la región más intensamente poblada, así como la más pluvial”. El Pánuco pasa por los Estados de México, Hidalgo, Puebla, Tlaxcala, Querétaro, Guanajuato y Veracruz, a este último Estado le sirve de límite con Tamaulipas; este río desemboca en el Golfo de México. “La importancia histórica, cultural, económica, y de bellezas naturales es inapreciable”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 1571).

PARIS, FRANCISCO: comandante de la quinta división de milicias; en 1810, se le designó una sección de mil quinientos hombres de la brigada de Oaxaca para marchar sobre los insurgentes del sur. El 8 de diciembre de 1810, atacó las posiciones de San Marcos y las Cruces; el 13 de diciembre del mismo año, sitió las fortificaciones de la Sábana, defendidas por el coronel Julián de Ávila, pero tuvo que abandonar el asedio por las numerosas bajas que sufrió; se retiró al campo de Tres Palos, donde estableció su campamento. La noche del 4 de enero de 1811, Paris fue sorprendido en Tres Palos por el coronel Ávila, quien seguía las órdenes de Morelos; sin embargo, logró escapar del asalto. Posteriormente, este realista “recobró la plaza de Tlapa, favoreció la contrarrevolución llevada a cabo por los realistas de Chilapa, poniendo al frente de esta villa a los capitanes españoles Cerro y Añorve, y luego, sabedor de la salida de Morelos de Cuautla y creyendo que se dirigía a la costa, se situó con una fuerte sección en el pueblo de Ayutla, resuelto a cortar el paso y a procurar su completo exterminio”. (Cfr., Julio Zárate: *México a través de los siglos*, t. 3, pp. 183-185 y 302).

PIZARRO, FRANCISCO: “Célebre capitán español, conquistador del Perú, marqués de las Charcas y de los Atabillos, apellidado el Marqués o el Gran Marqués”. Nació en Trujillo, Cáceres, hacia 1475 y murió “asesinado en su palacio de Lima (Perú) el 26 de junio de 1541”. (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. XLV, pp. 173-175).

PONCE, LUCIANO: “En una ocasión recomendó a Ignacio López Rayón que se acogiera a Indulto. Más tarde abandonó al ejército con 200 hombres”. Es posible que se le haya comisionado para extender la revolución a tierras de Matehuala, Venado y Catorce. Ya que figuraba con el grado de cuartel maestre, Miquel i Vergés cree que podría tratarse del insurgente Ignacio Ponce, quien “ostentaba el grado de cuartel maestre y fue convocado (19 de agosto de 1811) en Zitácuaro, a fin de elegir los miembros que habían de constituir la Suprema Junta Gubernativa de América. En una acción habida en agosto de 1811 en Tilostoy y de la Asunción de Malacatepec, resultó herido de gravedad muriendo pocos días después”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 469).

PUNTE DE CALDERÓN, BATALLA DEL: sabiendo los insurgentes que la tropa de Calleja se dirigía a Guadalajara y viendo que una batalla entre las dos fuerzas era inevitable, decidieron hacerle frente a los realistas en el puente de Calderón, localizado a 60 kilómetros al este de Guadalajara; el puente recibía ese nombre debido a que atravesaba el río Calderón y alrededor de éste se encontraba una llanura. El ejército de Hidalgo se situó ahí el 15 de enero de 1811. “En la madrugada del 17 de enero de 1811 ambos ejércitos se pusieron sobre las armas”. Aunque en los primeros momentos de lucha la ventaja la obtuvieron los realistas, pues una división de dragones, al mando de Manuel Flon, logró hacer retroceder a las fuerzas insurgentes, un

grupo de revolucionarios, dirigidos por José Antonio Torres, pudo hacerles frente, derrotando rápidamente a las fuerzas del conde realista. Calleja, al percatarse de la situación, envió parte de su tropa a auxiliar a Flon; las milicias de Allende y Abasolo se mantuvieron firmes ante el ataque de los realistas, “sin perder un palmo de tierra”, y hubieran ganado la batalla si una granada no hubiera caído sobre uno de sus carros de municiones, causando grandes estragos debido al incendio y a las explosiones. Calleja aprovechó el desconcierto y el miedo de sus contrarios para avanzar; así, el territorio ocupado por los insurgentes muy pronto fue desalojado. La victoria en esta batalla la obtuvieron los realistas. (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. 2, pp. 1691-1693).

QUECHOLAC: cabecera del municipio homónimo, localizada al sureste de la ciudad de Puebla. Está situada en una región llana. Se comunica con Tecamachalco y Acatzingo. (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. 2, pp. 1698).

QUERÉNDARO: pueblo cabecera del municipio homónimo, localizado al noreste del Estado de Michoacán. “Región montañosa”: el relieve de Queréndaro lo constituye el sistema volcánico transversal, la sierra de Oztumatlán o Mil cumbres, los cerros Blanco, Peña, Rajada y Calvario. (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 1699).

RAYÓN DE LÓPEZ, RAFAELA: RAFAELA LÓPEZ AGUADO DE RAYÓN: nació en 1750 en el Real de Tlapujahua, de la Intendencia de Michoacán. “Sus cinco hijos lucharon en la insurgencia. Cuando el menor de sus hijos fue apresado y condenado a muerte, se le propuso liberarlo a cambio de que intercediera para que los otros cuatro dejaran de combatir por la independencia. Contestó que «prefería ver un hijo muerto a traidor de su patria». Murió poco antes de consumarse la Independencia”. (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. I, p. 1204).

RECACHO: JUAN JOSÉ RECACHO: peninsular, nació en 1773.

Fue capitán de dragones de España. Los Reales Consejos le dieron el título de abogado para ejercer en cualquier tribunal; tenía el grado de licenciado cuando fue nombrado oidor de la Audiencia de Guadalajara, en 1804. A principios de 1820, fue designado oidor de la Audiencia de México, pero no pudo asumir el cargo asignado. Ese mismo año, se le dio el cargo de regente de Guadalajara, el cual desempeñó hasta 1821. (Cfr., Mark A. Burkholder y D. S. Chandler: *De la impotencia a la autoridad*, pp. 292, 334 y 338). Cuando don José Antonio Torres se presentó en tierras de Jalisco proclamando la independencia, la Junta auxiliar de gobierno de la provincia de Nueva Galicia decidió “enviar dos secciones contra los independentes; una de quinientos hombres hacia el rumbo del oriente al mando del oidor don Juan José Recacho, y otra con igual fuerza contra los insurgentes del sur a las órdenes del teniente coronel don Tomás Ignacio Villaseñor, rico propietario de la hacienda de Huejotitlán”. En octubre de 1810, la sección de Recacho avanzó hacia La Barca, “cuya población, abandonada previamente por los insurgentes mandados por Godínez y Huidobro, ocupó el 2 de noviembre”. El 3 de noviembre, los insurgentes atacaron La Barca, allí Recacho logró rechazar a sus enemigos; “pero asaltada de nuevo el 4 hubo de retirarse a Guadalajara con grandes pérdidas de muertos y heridos”. Debido a las victorias de Torres, Recacho tuvo que abandonar Guadalajara y huir hacia San Blas. (Cfr., Julio Zárate: *México a través de los siglos*, t. 3, pp. 163-166).

RÉGULES: JOSÉ RÉGULES VILLASANTE: debido a que el insurgente Valerio Trujano se encontraba en la Mixteca, “zona comprendida entre Oaxaca y Puebla”, el realista Bernardo Bonavia, comandante de la brigada de Oaxa-

ca, “levantó a gran prisa algunas tropas destinadas a combatir la independencia por aquel rumbo, poniéndolas a las órdenes del español don José Régules Villasante, vecino de Nochistlán, quien, ajeno hasta entonces a la carrera de las armas, se distinguía por su actividad y decisión a la causa realista”. Así, en enero de 1812, Régules avanzó hacia el pueblo de Yanhuitlán, donde se fortificó; los insurgentes pronto lo sitiaron, pero fueron derrotados por Régules. En febrero de ese mismo año, se encontraba en el pueblo de Teposcolula; ahí, venció al insurgente Nicolás Bobadilla. Más tarde, Bonavia le ordenó a Régules desalojar a Trujano de Huajuapam, “villa de importancia situada cerca de los límites que separan a Puebla de Oaxaca”; Régules llegó a Huajuapam el 5 de abril de 1812 y cinco días después abrió fuego contra Trujano, quien fue atacado desde el 10 de abril hasta el 24 de julio. En esta fecha llegó Morelos a auxiliar a Trujano, por lo cual Régules ya no pudo mantener el sitio; así que huyó hacia Yanhuitlán, perseguido por Trujano, quien lo ahuyentó hasta Oaxaca. Posteriormente, en la toma de Oaxaca, el 25 de noviembre de 1812, Matamoros encontró a Régules escondido en el convento del Carmen; Matamoros lo llevó hasta Morelos y éste decidió fusilarlo el 2 de diciembre de ese mismo año. (*Cfr.*, Julio Zárate: *México a través de los siglos*, t. 3, pp. 282 y 318-323).

ROSALES, VÍCTOR: “Nació en Zacatecas en 1766. En 1818 tomó parte en la conspiración que costó la vida a Luis Ferrer y Flores Verdad. Huyó de México y, al estallar el movimiento insurgente, se adhirió a él, y tomó parte en una acción el 29 de septiembre, cuando las fuerzas rebeldes entraron en Valladolid, el 15 de octubre de 1810 [...] En 1811 se retiró con el Ejército de Ignacio López Rayón, de Saltillo a Zacatecas y al pasar por la

hacienda de Bañón fue comisionado para que se adelantase, con Juan Pablo Anaya, para que reconociera el estado de defensa de la ciudad de Zacatecas. Cuando Ignacio López Rayón decidió abandonar Zacatecas ordenó a Víctor Rosales que se sostuviera en la ciudad a fin de cubrir su retirada, pero Rosales solicitó y obtuvo (3 de mayo de 1811) indulto para sí y para sus hombres, lo cual hizo que Calleja entrara en la ciudad sin resistencia”. Rosales volvió a la lucha; en 1812, luchaba en Uruapan, con las fuerzas de Pedro Celestino Negrete, al lado de Verduzco y el padre franciscano Delgado. En 1813 intentó apoderarse de Zacatecas, sin tener éxito; más adelante, junto con Verduzco, atacaba Valladolid. En 1814 se encontraba en Valle de Santiago. “En 1816 perteneció a la Junta que presidía José Antonio Torres y que se reunía en el fuerte de Los Remedios, con el fin de dar unificación a la lucha por la Independencia”. En 1817, mientras perseguía a Manuel Muñiz, fue sorprendido por Barragán, quien lo sitió en el rancho De la Campana, donde le dio muerte. “Rosales tenía el grado de mariscal de campo y ostentaba, entre los insurgentes, el título de comandante general de las provincias de Zacatecas y Michoacán”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 515-516).

SAN JUAN COSCOMATEPEC: COSCOMATEPEC DE BRAVO: entonces, villa y cabecera del municipio homónimo, localizada en el Estado de Veracruz. Se ubica en terreno montañoso. “Está en las estribaciones orientales del Pico de Orizaba, próximas al río Seco, después llamado Cotaxtla, principal afluente del río Jamapa” (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 538). Nicolás Bravo se situó en este lugar en septiembre de 1813, “punto tan ventajoso [...] desde donde hostilizaba los convoyes de Veracruz, por lo que [los realistas] destacaron al sargento mayor

Antonio Conti para que lo desalojara”; los realistas atacaron el pueblo en varias ocasiones, sin provocarle daños a la tropa de Bravo. Después de debilitar a los realistas y al verse sitiado por el coronel Luis de la Águila, Bravo decidió abandonar el pueblo el 4 de octubre de 1813 y se dirigió a Pedro Ixhuatlán. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 90).

SAN JUAN DEL REY (CUMBRES DE): SAN JUAN DEL ESTADO: municipio de Oaxaca, perteneciente al distrito de Etlá. “Región montañosa”. Anteriormente se llamaba San Juan del Rey. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 1877).

SAN JUAN DE ULÚA: “Isleta situada frente al puerto de Veracruz. En ella se levanta una fortaleza construida y ampliada a través de los años durante el virreinato. Hasta principios del siglo XVII las flotas que llegaban de España desembarcaban ahí sus mercaderías, las que luego eran trasladadas a tierra firme en pequeñas embarcaciones. Al crearse la nueva ciudad de Veracruz, en los muelles de ésta descargaron directamente los barcos desde entonces. El fuerte, además de llenar sus funciones defensivas del puerto, sirvió desde la época virreinal hasta la de Victoriano Huerta, como prisión de criminales y políticos, entre estos últimos muchos de los precursores de la Independencia y de la Revolución [...] Estuvo bloqueada la fortaleza desde 1821 en que terminó la Guerra de Independencia hasta su capitulación a los mexicanos el 18 de noviembre de 1825”. La capitulación se efectuó de la siguiente manera: “Después de consumada la Independencia, tropas españolas al mando del general José Dávila, siguieron ocupando el castillo de Ulúa. Dos años después Dávila fue sustituido por el general Francisco Lemour, a quien sustituyó el brigadier José Coppinger. Este jefe bombardeó Veracruz y causó graves daños. El presidente Guada-

lupe Victoria decidió en 1825 emprender la ofensiva sobre el castillo”. Así, la fortaleza fue bloqueada por una flotilla mexicana comandada por don Pedro Sainz de Baranda, ante este hecho el fuerte decidió capitular. “Conforme a la capitulación las fuerzas españolas salieron con todos los honores y fueron trasladadas a La Habana por buques mexicanos”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, pp. 2192-2193).

SAN MARTÍN, HACIENDA DE: se ubicada cerca de Texupilco, hoy municipio de Tejupilco, Estado de México. Ver Cristóbal Escalante. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 185).

SANTA CRUZ: HOY SANTA CRUZ DE JUVENTINO ROSAS: cabecera del municipio homónimo, localizada en el Estado de Guanajuato. “En la región del Bajío en la margen izquierda de un afluente del río Lerma. A 26 kilómetros al noroeste de Celaya”. Esta cabecera era conocida anteriormente como Santa Cruz de Galeana, más tarde se sustituyó el nombre del insurgente por el de Juventino Rosas (1868-1894), célebre músico que nació en este mismo lugar. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, pp. 1806 y 1928).

SAYULA: cabecera del municipio homónimo, localizada en el Estado de Jalisco, al pie de la Sierra de Tapalpa y al sur de una laguna que lleva este mismo nombre. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 1959).

SERRANO, MIGUEL: véase Ignacio Elizondo.

SESMA, RAMÓN: hijo de Antonio Sesma y González. “Fue llamado «El Manco», pues tenía ese defecto físico”. En 1812 participó en el asedio de Tehuacán; en agosto de 1812, junto a Nicolás Bravo, estuvo en la batalla de El Palmar. “Antes de la toma de Oaxaca a Ramón Sesma se le confió el ataque al fortín formado en la iglesia y convento de La Soledad, lugar de importancia por dominar

la población; su columna compuesta del regimiento de San Lorenzo, tuvo éxito completo”. Más tarde, siendo coronel, le dio su voto a Morelos para que éste fuese electo generalísimo. “En 1814 estaba a las órdenes de Rossains y éste lo destinó a la Mixteca con el fin de volver a provocar allí la insurgencia”. Cuando llegó Guerrero a Silacayoapan para propagar la revolución, Sesma lo miró con desconfianza y ordenó que no se le otorgara ningún cargo. Después, Sesma y Guerrero se encontraron juntos en el ataque del pueblo de Acatlán, en 1815. Más adelante, “se apoderó de la iglesia fortificada de San Santiago Yolomecatl, que defendían unos 30 hombres del Regimiento de Saboya, de los cuales algunos fueron muertos y, entre ellos, el teniente realista Antonio González”. Sesma permaneció en la Mixteca por algún tiempo. En 1817, en el fuerte de San Esteban, se rindió bajo promesa de indulto. En 1818, por conspirar contra los españoles, fue detenido y enviado a Manila, “en donde murió antes de la consumación de la Independencia”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, p. 549).

SOLEDAD, LA: iglesia y convento; se localiza en el Estado de Oaxaca. Ver Ramón Sesma.

TARIFA: municipio de la provincia de Cádiz. “La ciudad de Tarifa, donde hay autoridad militar y ayudantía de Marina, está edificada en la orilla del mar y en la falda del poco elevado Monte Cabrito”. Tarifa “conserva todavía la torre de los Guzmanes o Guzmán «el Bueno», desde donde se dice que este caballero arrojó su puñal al infante don Juan para que con él degollase a su hijo, con cuya muerte le había el infante amenazado si Guzmán no rendía la fortaleza, que se había comprometido a guardar por un año. La ventana a la que salió Guzmán se distingue por una menuda cenefa de azulejos en su antepecho”. (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. LIX, pp. 635-645).

TECOLOTE, CERRO DEL: ubicado en el Estado de Jalisco.

TEHUACÁN: ciudad cabecera del municipio homónimo, ubicada en el Estado de Puebla. Se encuentra en el valle de Tehuacán, al sureste del Estado. “La región tiene fama por sus numerosos manantiales de aguas minerales con propiedades curativas. [...] En ella se centralizan y distribuyen los productos de la parte este de la región Mixteca, especialmente los artículos tejidos de palma, que manufacturan los indígenas del lugar [...] Es una de las ciudades más antiguas del país, fundada el año de 1540”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2061).

TENOCHTITLAN: “Nombre de la población fundada dentro del lago en la parte meridional, por un grupo de mexicanos. Se da como etimología «donde está el nopal silvestre»: *tenochtli*, haciendo referencia al mito del águila parada sobre un nopal y con una serpiente que devora [...] La población fue fundada, según fecha oficial dada por los mismos mexicanos, en 1325 [...] Al tiempo de la llegada de los españoles, 1519, la ciudad estaba formada por un núcleo central [...] En este centro se hallaban los principales templos y palacios”. La toma de Tenochtitlan por Hernán Cortés se realizó del 22 de mayo de 1521 al 14 de agosto de ese mismo año. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, pp. 2075-2077).

TEPEYAC: “Cerro de la Sierra de Guadalupe”, ubicado en el municipio de Guadalupe, en el Distrito Federal. “Célebre por haberse allí aparecido la Virgen, dando origen a la devoción de Nuestra Señora de Guadalupe”. (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. LX, p. 1110). La tradición oral y escrita “establecen el milagroso hecho de su aparición en el Tepeyac (1531) al indio Juan Diego, en cuya tilma se vio pintada su imagen al mostrar él las rosas que llevaba en la tilma para comprobar ante el obispo Zumárraga la embajada mariana de que era

portador”. Su templo fue erigido en el cerro del Tepayac; primero se construyó una ermita (1531-1556); dicha ermita después se convirtió en parroquia (1702) y, más tarde, en parroquia archipresbiterial (1750); un nuevo templo fue construido entre 1695 y 1709, en él se erigió la Colegiata y la Basílica (1904). “La población fundada en torno al santuario fue erigida en villa en 1789 y en ciudad —Ciudad Guadalupe Hidalgo— en 1828”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 925).

TEOTITLÁN: se desarrolló en este pueblo de Oaxaca la acción de Teotitlán, ocurrida el 12 de octubre de 1815, cuando “las fuerzas insurgentes al mando de don Manuel Mier y Terán, derrotaron a los virreinales, mandados por don Melchor Álvarez, que sitiaba esta plaza”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2083).

TETECALA: municipio de Morelos, ubicado al suroeste del Estado. Limita con Coatlán, Miacatlán, Mazatepec, Amacuzac y el Estado de México. Región montañosa. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2101).

TLALPUJAHUA: pueblo, cabecera del municipio homónimo, ubicado en el Estado de Michoacán. Se encuentra en “la Sierra de Tlapujahua, que forma parte del Eje Volcánico, en una de las zonas mineras más importantes del Estado”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2126).

TLASASALCA: TLAZAZALCA: provincia “establecida en la parte noroeste del actual Estado de Michoacán, en las estribaciones de la Sierra Volcánica Transversal. Por largo tiempo fue corregimiento, sufragáneo primero de la provincia de Michoacán y después de la de Zamora. A principios del siglo XVIII era ya, junto con el corregimiento de Chilcota, una provincia cuya cabecera era el antiguo pueblo tarasco de Ayaramutaro (Aramutaro), convertido en Nuestra Señora de la Piedad (hoy La Piedad de Cabadas). En 1787 pasó a ser subdelegación

de la Intendencia de Valladolid”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2717).

TORRES, JOSÉ ANTONIO: “Conocido por el apodo del «Amo Torres». Nació en San Pedro Piedragorda, en la antigua provincia de Guanajuato, y era mestizo y mayordomo de una hacienda situada en las inmediaciones. Se incorporó a Hidalgo en Irapuato cuando el Ejército insurgente se dirigía a Guanajuato, en septiembre de 1810”. Hidalgo lo comisionó para que extendiera el movimiento en Jalisco, aunque esta designación motivó oposición, en especial del licenciado Fernando Pérez Marañón. Torres “levantó el grito de «Viva la Virgen de Guadalupe», verdadera arma de combate, en los pueblos de Colima, Tierra Caliente, Sayula y Zacualco”. Venció a la tropa de Tomás Ignacio Villaseñor, por lo cual Torres entró victorioso a Guadalajara el 11 de noviembre de 1810; más tarde, recibía a Hidalgo, quien lo exaltó por sus méritos. Después de la batalla de Calderón, donde Torres estaba encargado de las fuerzas de retaguardia, se dirigió a Zacatecas; ahí se encontró con López Rayón: “juntos participaron en la batalla que permitió a López Rayón entrar victorioso en Zacatecas en el mes de abril de 1811”. Al ser derrotado López, Torres se separó de él y se dirigió a la hacienda de Santa Ana Pacheco y pueblo de La Piedad, pero a causa de la persecución realista tuvo que abandonarlo; se retiró a Tacámbaro. Participó en el ataque de Valladolid, el 30 de mayo de 1811. “Torres quedó herido de metralla en el brazo izquierdo, a causa de lo cual se hizo necesario amputárselo. Se le confió el mando militar de los distritos de Pátzcuaro y Uruapan, en los cuales fue intensamente perseguido hasta caer prisionero, en Palo Alto, cerca de Tupafero el 4 de abril de 1812, por fuerzas al mando de José Antonio López Merino. Remitido

a Guadalajara se le juzgó y ejecutó el 23 de mayo de 1812". (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 569-570).

TRES PALOS: LAGUNA DE TRES PALOS: ubicada en el Estado de Guerrero, al sureste del centro de Acapulco. En enero de 1811, en los alrededores de esta laguna, el ejército de Morelos exterminó a la tropa realista, comandada por Francisco Paris. (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. LXIV, p. 64).

TRINIDAD: PRESIDIO DE LA TRINIDAD: se localizaba al noeste de la provincia de Texas, en los alrededores del río Trinity, el río Trinidad de los primeros colonizadores españoles; desemboca en la bahía Galveston. Cerca de este afluente se localiza el río Brazos. Ver también Ignacio Elizondo. (Cfr., *Enciclopedia Universal Ilustrada*, t. LXIV, p. 681).

URSÚA: Ver Cristóbal Escalante.

VENEGAS DE SAAVEDRA, FRANCISCO JAVIER: 59º virrey de la Nueva España, que gobernó de 1810 a 1813. Nació en 1760, en Bujalance, Córdoba, y murió en Madrid, en 1838. "Dejó las letras por las armas y era teniente coronel retirado de las milicias de Écija al comenzar la guerra de España contra Napoleón. Venció, con los suyos, en Bailén, protegió la retirada del ejército batido en Tudela, fue derrotado en Uclés y, teniendo el mando del Ejército de la Mancha, en Almonacid. Teniente general y gobernador de Cádiz, fue nombrado virrey de Nueva España por la Regencia, de la que era miembro su tío don Francisco Saavedra. Supo hacer frente, sin preparación alguna y apenas llegado, a la arrolladora acometida del padre Hidalgo, formar un numeroso ejército y oponer divisiones de tropa a las cuadrillas de insurgentes que por todas partes se levantaban. Su misión, hartó criticada por sus contemporáneos, es-

taba cumplida cuando fue reemplazado en el mando por Calleja. De gran integridad, se retiró pobre, y sus amigos le facilitaron auxilios con que hiciera el viaje de regreso a España, donde recibió el título de marqués de la Reunión de Nueva España (1816) y fue (1818) capitán general de Galicia”. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2245).

VICTORIA, GUADALUPE: “Nació en la villa de Tamazula, antigua provincia de Nueva Galicia, hoy Estado de Durango, el 29 de septiembre de 1785. Fueron sus padres Manuel Fernández y Alejandra Félix”. Su verdadero nombre era Miguel Fernández Félix. “Su tío, el cura de Tamazula, cuidó de su educación, ya que aún niño perdió a su padre”. Estudió en Durango y en el colegio de San Ildefonso. Se unió al ejército de Morelos, adoptando el nombre de Guadalupe Victoria: “Guadalupe por la patrona del Ejército que luchaba por la liberación, y Victoria como esperanza y empeño por la empresa a que se había sumado”. Victoria y Manuel Mier y Terán tuvieron desacuerdos constantemente. Se distinguió en el ataque a Oaxaca; en 1814, fue ascendido a coronel; fue comandante de la provincia de Veracruz. Se distinguió por su valentía y decisión; en 1818, se retiró de la lucha al ser perseguido por el brigadier Ciriaco de Llano y traicionado por su capitán Valentín Guzmán. Se unió al movimiento de independencia de Iturbide; en Tulancingo se adhirió a Nicolás Bravo, con el cual llegó hasta Pachuca, donde se hallaba Iturbide, quien le demostró poco afecto. Más tarde fue encarcelado, por participar en la conjura contra Iturbide; después escapó de su prisión. Cuando Antonio López de Santa Ana se levantó en contra de Iturbide, Victoria se le presentó y se alió a él; aniquilada esta revuelta, Victoria decidió permanecer en Puente del Rey —hoy Nacio-

nal— y fortificar el lugar. Al ser derrocado Iturbide, se le designó como miembro del Poder Ejecutivo, cargo que no pudo desempeñar por estar ausente. Victoria representó a México ante una comisión española para tratar la Independencia. El Congreso Constituyente declaró presidente de la República a Guadalupe Victoria, “quien juró el cargo el día 10 de octubre de 1824 [...] Al terminar su mandato retiróse a la vida privada en su hacienda del Jobo, Veracruz”. Víctima de unos ataques epilépticos, Victoria fue trasladado al fuerte de Perote, donde murió el 21 de marzo de 1842. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, pp. 598-601).

VIGA, CANAL DE LA: antiguo canal de la parte lacustre de la Ciudad de México, donde en la actualidad circula la calzada de La Viga. (Cfr., Artemio de Valle Arizpe: *Calle vieja y calle nueva*, p. 30).

VIGUERA, hoy TRINIDAD DE VIGUERA: comunidad situada en el municipio de Oaxaca de Juárez, al noroeste de la capital del Estado.

VILLASEÑOR, TOMÁS IGNACIO: “se le confió una división realista y se le nombró teniente coronel por la Junta creada en Guadalajara, fue derrotado por Torres en Zacoalco, el 4 de noviembre de 1810; en esta acción los insurgentes vieron aumentado su número por la desertión de los realistas de la milicia de Colima. Villaseñor resultó prisionero en la acción, desastrosa para las armas reales”. (Cfr., Miquel i Vergés: *Diccionario de Insurgentes*, México, Porrúa, 1969, p. 569).

ZACOALCO: villa, cabecera del municipio homónimo, ubicada en el Estado de Jalisco, al sur de Guadalajara. Se encuentra al norte de la Sierra de Tapalpa, en la cuenca cerrada de Zacoalco, en la ribera sur del lago de Atotonilco. Se ubica en una región montañosa y comprende la laguna de Zacoalco. La Batalla de Zacoalco se efec-

tuó en este lugar. “Para contener los progresos de los independientes, salió de Guadalajara una división de 500 hombres, al mando del teniente coronel Tomás Ignacio Villaseñor. Componíase la fuerza principalmente de los jóvenes estudiantes de la ciudad, pesadamente armados, con poca disciplina, y de ningún modo acostumbrados a la fatiga de la guerra. Por eso cuando se encontraron con los insurgentes, mandados por Torres, en el punto de Zacoalco, el mes de noviembre de 1810, día mismo de la Batalla de Aculco, cargados reciamen- te por los indios armados de piedras y de palos, tras corta resistencia fueron puestos en huida, quedando tendidos en el campo la flor de la juventud tapatía. Durante la acción se pasaron a los patriotas, los milicianos de Colima, y quedaron prisioneros Villaseñor, Salvador Batres, capitán de una de las compañías de voluntarios, Leonardo Pintado de la de Tepic, y murió el teniente Gariburu, del regimiento de la Corona, único que opuso alguna resistencia”. (*Cfr., Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2327).

APÉNDICE 2 GLOSARIO

- alabardero*: “Soldado del cuerpo especial de infantería que da guardia de honor a los reyes de España y cuya arma distintiva es la alabarda”. *Alabarda*: “Arma ofensiva, compuesta de un asta de madera de dos metros aproximadamente de largo, y de una moharra con cuchilla transversal, aguda por un lado y en forma de media luna por el otro” [DRAE].
- algazara*: “Ruido de muchas voces juntas, que por lo común nace de alegría” [DRAE].
- arnés*: “Conjunto de armas que se acomodan al cuerpo, asegurándolas con correas y hebillas” [DRAE].
- arteson*: “Elemento constructivo poligonal, cóncavo, moldurado y con adornos, que dispuesto en serie constituye el artesonado”. *Artesonado*: “Techo, armadura o bóveda formado con artesonos de madera, piedra u otros materiales” [DRAE].
- arzón*: “Parte delantera o trasera que une los dos brazos longitudinales del fuste de una silla de montar” [DRAE].
- barboquejo*: “cinta o correa que sujeta una prenda de cabeza por debajo de la barbilla” [DRAE].
- bocamarta*: “Cierta arma de fuego antigua” [DMEX].
- buril*: “Instrumento de acero, prismático y puntiagudo, que sirve a los grabadores para abrir y hacer líneas en los metales” [DRAE].
- caléndula*: nombre científico de la planta conocida como “maravilla”, la cual es una “plata herbácea de la familia de las Compuestas, de tres a cuatro decímetros de altura, con hojas abrazadoras y lanceoladas, flores terminales con pedúnculo hinchado, circulares y de color anaranjado. El conocimiento de las flores se ha usado en medicina como antiespasmódico” [DRAE].

capelo: “Sombrero rojo, insignia de los cardenales” [DRAE].

carcamán: “Persona de muchas pretensiones y poco mérito” [DRAE].

cárcel de corte: *La Real Cárcel de Corte*: Situada al sur del Palacio Real, actualmente Palacio Nacional, en frente de la Plazuela de El Volador. Ahí entraban hombres y mujeres acusados de diversos delitos: robo, homicidio, riña, delitos sexuales, entre otros. Contaba con celdas, calabozos, capilla, salas de confesiones y tormentos. (Cfr., Gustavo Malo Camacho: *Historia de las cárceles en México: etapa precolonial hasta el México Moderno*, p. 84).

chaqueta: *chaquetear*: “Cambiar de bando o partido por conveniencia personal” [DRAE].

cimborrio: “cúpula” [DRAE].

chinacate: “murciélago” [DRAE].

chuzo: “Palo armado con un pincho de hierro, que se usa para defenderse y ofender” [DRAE].

coyunda: “Sujeción o dominio” [DRAE].

cureña: “Armazón compuesta de dos gualderas fuertemente unidas por medio de teleras y pasadores, colocadas sobre ruedas o sobre correderas, y en la cual monta el cañón de artillería” [DRAE].

cruz del pomo: *pomo*: “Extremo de la guarnición de la espada, que está encima del puño y sirve para tenerla unida y firme con la hoja” [DRAE].

de hito en hito: “Fijar la vista en un objeto sin distraerla a otra parte” [DRAE].

defección: “Acción de separarse con deslealtad de la causa o parcialidad a que se pertenecía” [DRAE].

dragones: *dragón*: “Soldado que hacía el servicio alternativamente a pie o a caballo” [DRAE].

esbirro: “Secuaz a sueldo o movido por interés” [DRAE].

esquila: “campana pequeña para convocar a los actos de comunidad en los conventos y otras casas” [DRAE].

- festonado: festoneado*: “Que tiene el borde en forma de festón o de onda” [DRAE].
- gualda*: “Amarillo, del color de la flor de la gualda” [DRAE].
- hueste*: “Ejército en campaña”. “Conjunto de los seguidores o partidarios de una persona o de una causa” [DRAE].
- ijar*: “Ijada del hombre y de algunos mamíferos” [DRAE].
- inicuo*: “Malvado, injusto” [DRAE].
- lares*: “Casa propia u hogar” [DRAE].
- linfa*: “Agua” [DRAE].
- ludibrio*: “Escarnio, desprecio, mofa” [DRAE].
- milano*: “Ave diurna del orden de las Rapaces, que tiene unos siete decímetros desde el pico hasta la extremidad de la cola y metro y medio de envergadura, plumaje de cuerpo rojizo, gris claro en la cabeza, leonado en la cola y casi negro en las penas de las alas, pico y tarsos cortos, y cola y alas muy largas, por lo cual tiene el vuelo facilísimo y sostenido. Es sedentaria en España y se alimenta con preferencia de roedores pequeños, insectos y carroñas” [DRAE].
- mongibelo: mongibel o mongibelo*: “Infierno”. “Es el nombre siliciano del Etna, de lo cual se desprende su significado metafórico antiguo” [EUI].
- nuncio*: “Anuncio o señal” [DRAE].
- oriflama*: “Cualquier estandarte, pendón o bandera de colores que se despliega al viento” [DRAE].
- palios*: “Especie de dosel colocado sobre cuatro o más varas largas, bajo el cual se lleva procesionalmente el Santísimo Sacramento, o una imagen” [DRAE].
- palopique: paloapique*: “Cerca construida con palos hincados verticalmente en la tierra, muy juntos y formando hilera [...] Cada uno de los palos que forman esta cerca” [DRAE].
- parasismo: paroxismo*: “Exaltación extrema de los afectos y pasiones” [DRAE].

- pífano*: “Flautín de tono muy agudo, usado en las bandas militares” [DRAE].
- poma*: “Fruta de árbol” [DRAE].
- precito*: “Condenado a las penas del infierno, réprobo” [DRAE].
- proterva*: “Perverso, obstinado en la maldad” [DRAE].
- púrpura de Tiro*: color. “Dos clases de púrpura distinguían los antiguos: la de Tiro y la de Tarento. La más hermosa era la de Tiro”. Tiro era el nombre de una “antigua ciudad de Fenicia”, la cual “en tiempo de los romanos era un centro importantísimo de fabricación de púrpura y la de Tiro era más apreciada que la de otro lugar cualquiera” [EUI].
- retama*: “Mata de la familia de las papilionáceas, de dos a cuatro metros de altura, con muchas verdascas o ramas delgadas, largas, flexibles, de color verde ceniciento y algo angulosos; hojas muy escasas, pequeñas, lanceoladas; flores amarillas en racimos laterales y fruto de vaina globosa con una sola semilla negruzca” [DRAE].
- ristre*: *en ristre*: “Dicho de un objeto: Empuñado y, ordinariamente, dispuesto para ser utilizado” [DRAE].
- sambenito*: “Capotillo o escapulario que se ponía a los penitentes reconciliados por el Tribunal eclesiástico de la Inquisición”. “Letrero que se ponía en las iglesias con el nombre y castigo de los penitenciados, y las señales de su castigo” [DRAE].
- sayón*: “Verdugo que ejecutaba las penas a que eran condenados los reos” [DRAE].
- sicario*: “Asesino asalariado” [DRAE].
- solio*: “Trono” [DRAE].
- tarecua*: “(Del tarasco tarehcua). En Michoacán, instrumento de labranza, semejante a la coa” [DMEX].
- teocalli*: “(Del azteca *teotl*, dios, y *calli*, casa). Los templos nahuas; la casa de Dios. La palabra se ha corrompido en teucali, forma que sólo la Academia ha acogido, pero que nadie usa” [DMEX].

teponaxtle: teponastle: “Instrumento musical indígena, parecido a un tambor pequeño” [DRAE].

topil: “Alguacil” [DRAE].

torcedor: “Cosa que ocasiona persistente disgusto, mortificación o sentimiento” [DRAE].

vuelta de grana: vuelta: “Adorno que se sobrepone al puño de las camisas, camisolas, etc. [...] Tela sobrepuesta en la extremidad de las mangas u otras partes de ciertas prendas”. *De grana:* color rojo, obtenido de ciertos insectos como la cochinilla o el quermes [DRAE].

yermo: “Terreno inhabitado” [DRAE].

APÉNDICE 3
ROMANCERO DE LA GUERRA
DE INDEPENDENCIA*

EN LA poesía española existe un metro tan fácil, tan sonoro, tan propio al mismo tiempo al oído del pueblo, que en él se han cantado las grandes hazañas de los reyes y de los caballeros que combatieron siete siglos por arrojar de la Península a los sectarios de la media luna; y la reunión de todos los cantares aislados en que constaban los hechos de aquellos héroes, llegó a formar con el tiempo el hermoso Romancero, honra y prez de la literatura española.

Para la formación de un nuevo Romancero se necesitarían, vista la índole popular del romance y el destino que se le puede dar, dos elementos esenciales: uno, el poder usar de ese metro tan precioso, o acostumbrar a las masas a su agradable armonía; el otro, tener en nuestra historia hechos y hazañas dignas de ser exornadas con los adornos de la poesía popular.

Nosotros poseemos ambas cosas. Tenemos, primero, la ventaja de que el habla castellana es un lenguaje común en nuestro país, y por lo mismo nuestro pueblo es susceptible de aceptar el romance como metro popular; en cuanto a hechos y hazañas, nuestra historia patria abunda en ellos. La audacia inconcebible de Hidalgo; el valor, la fortuna, el civismo de Morelos; el arrojo de Galeana, de Matamoros y Victoria; la constancia de Guerrero; la magnanimidad de Bravo, son fuentes de inspiración que pueden inspirar al poeta cantos dignos de la antigua Grecia, y al pueblo virtudes propias de la antigua Roma.

La formación de un Romancero traería además la ventaja de popularizar la historia de nuestra Independencia; de

* Gustavo [Adolfo] Baz: "Romancero de la Guerra de Independencia", en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (13 de abril de 1873), núm. 18, pp. 247-248.

dar a conocer a nuestros héroes; de inspirar en los niños el orgullo nacional; de excitar en ellos el amor patrio, y de describir en cada fragmento alguno de esos paisajes, salvajes hasta lo sublime, que hacen de nuestro vasto territorio un país privilegiado entre todos los países del globo.

En los pueblos, lo mismo que en los hombres, sucede que aquellos que más se conocen a sí mismos, que más estudian su carácter y sus hábitos, son los que siguen una conducta más sabia; y bajo este punto de vista un Romancero nacional vendría a prestar un gran servicio, que sería el estudio de las costumbres, de los instintos, de las aspiraciones de las masas, estudio que subiendo en alas de la poesía popular a las regiones de la discusión literaria, se convertiría en un poderoso auxiliar del legislador y el estadista.

La idea de formar un Romancero de la Guerra de Independencia, nos viene preocupando desde hace largo tiempo; fiados en nuestra audacia más bien que en nuestro talento, y queriendo ser los emprendedores mejor que los realizadores de semejante empresa, la hemos acometido; pero antes nos parece un deber de justicia el echar una rápida ojeada sobre los trabajos que sobre esta misma materia andan dispersos en nuestros libros y en nuestros periódicos.

El general [*sic*] José de Jesús Díaz consagró sus ratos de ocio a escribir pequeños romances sobre esta materia, y cuya lectura nos ha deleitado largas horas; Guillermo Prieto pudo escribir sobre este asunto leyendas tan hermosas como su “Oración de la noche”; pero encumbrado en las regiones de los cantos pindáricos, ha cantado las glorias de la patria, no bajo la forma de una narración sencilla, poética y propia para las veladas de aldea, sino bajo la inspiración arrebatadora del genio de Píndaro; sus cantos, por lo mismo, infundieron el entusiasmo de un instante, pero no irán grabando en el corazón de las mujeres el divino sentimiento de la patria; Rodríguez Galván apenas nos ha dejado una que otra can-

ción fugaz, y tenemos que caminar hasta el año de 1871 para encontrar en las poesías de un joven médico yucateco una narración en romance, de la muerte de Pedro Ascencio, el inmortal guerrillero, y hasta las columnas de nuestro periódico, para registrar un romance del señor Valle, intitulado “La retirada”. Tal vez hayamos omitido aquí algún trabajo de este género; pero nos atrevemos a asegurar que los elementos que existen para la formación del Romancero son insuficientes. Este trabajo está encomendado a la presente generación poética; ella puede hacer que la historia diga que se mostró justa con los padres de la patria, patriótica con el pueblo, y digna de los lauros que adornaban su cabeza; que, como hija cariñosa, relató y dio nombre a las hazañas de sus padres; que educó al pueblo cual madre tierna y sensible, y que iluminó con la luz radiante de su genio el corazón de las masas populares.

APÉNDICE 4
ÍNDICE DE PRIMEROS VERSOS

- ¡Agua!*—gritan los soldados... (“Valdivia-Cureño”)
Alegre viste sus galas... (“La fiesta de Chepetlán”)
Al frente va de sus tropas... (“Brazo de Dios”)
Bañaba el sol las montañas... (“Pípila”)
Caen las sombras a los valles... (“Bravo. [San Juan Coscoma-
tepec]”)
Clara, tibia, deliciosa... (“La enseña de los insurgentes”)
Cual las aguas del arroyo... (“Hidalgo”)
De Charo en el caserío... [“Charo. (Octubre de 1810)”]
De humilde hogar a la sombra... (“José Antonio Torres”)
Desde el grito de Dolores... (“Indulto” [1818-1820])
Despejado el horizonte... (“El abrazo de Acatémpam” [1821])
El castillo de Acapulco... (“La retirada de Acapulco”)
En Apatzingán la hermosa... (“La jura de Apatzingán”. [Oc-
tubre 22 de 1814])
En aquel mismo solar... (“El cura Morelos”)
En contradicción el hombre... (“La orden”)
En medio de áspera sierra... (“La señora López”)
Entre una alfombra de flores... (“El tío Bachichas”)
En un pueblo de Jalisco... (“El insurgente. Leyenda mexica-
na” [1811])
Era el tiempo en que aún sufría... (“La muerte de Pedro As-
cencio. [Episodio de las guerras de Independencia]”)
Eran los tiempos de prueba... (“Las huellas de sangre”)
Era un pueblo, era una aldea... (“La campana de Dolores”)
Estrella del navegante... (“Quecholac. [Octubre 14 de
1813]”)
Hundido en húmeda cárcel... (“El insurgente en Ulúa”)
Jamás se pasaba un día... (“La prisión”)
La confusión y el espanto... (“La batalla de Zacoalco. [No-
viembre de 1810]”)

La muchedumbre insurgente... (“Atotonilco. [Septiembre 17 de 1810]”)

Medio oculta entre la selva... (“El Giro”)

No es Venecia la indolente... (“Al Pánuco”)

Sobre estériles arenas... (“San Juan de Ulúa”)

Su manto sobre la tierra... (“El grito de Dolores. [Septiembre 16 de 1810]”)

Trémula, inquieta, azorada... (“El castillo de Granaditas”)

Triste va el joven soldado... (“La retirada”)

Verdes, muy verdes sus huertas... (“Los indios de Ametepec”)

APÉNDICE 5
AUTORES DEL ROMANCERO

MANUEL ACUÑA (1849-1873). En Saltillo, Coahuila, nació Manuel Acuña el 27 de agosto de 1849. Su formación inicial fue en el Colegio Josefino, de su ciudad, y en 1865 marchó a la de México, en donde comenzó sus estudios preparatorios y continuó después en la Escuela Nacional de Medicina para hacerse médico. Para poder sostenerse tuvo que incorporarse al círculo de escritores y trabajó para diversos periódicos capitalinos, como corrector y colaborador. En 1868, al fundarse la Sociedad Netzahualcóyotl, publicó prosas y poemas en los *Ensayos Literarios* de esa sociedad, que fueron editados por Anselmo de la Portilla en los talleres de su periódico *La Iberia*. Hacia 1872, Acuña se hizo miembro de la Sociedad Literaria La Concordia. Publicó, asimismo, en *El Renacimiento* y *El Anáhuac* (1869), *El Libre Pensador* (1870), *El Federalista* (1871), *El Domingo* (1871-1873), en el que apareció su romance “El Giro”; *El Búcaro* (1872) y en *El Eco de Ambos Mundos* (1872-1873). Fue fundador de la Sociedad de Libres Pensadores (1870), perteneció a la Sociedad Científica Artística y Literaria El Porvenir (1873), en donde poco antes de morir dio lectura a su poema “Nada sobre nada”, y fue miembro del Liceo Hidalgo. La representación de su drama *El Pasado* (1872) lo consagró como escritor y dramaturgo. Pero su fama creció, sobre todo, por su suicidio, ocurrido en la Ciudad de México, el 6 de diciembre del año siguiente. La compilación de sus poemas apareció póstumamente con el título *Versos* (México, Domingo R. Arellano, Editor, 1874). [Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 82-83, 88, 105, 128, 130-131, 138 y 151; Francis-

co Sosa: *Biografías de mexicanos distinguidos*, pp. 5-6; y *Diccionario de escritores mexicanos*, p. 5].

GUSTAVO ADOLFO BAZ (1852-1904). Nació el 3 de septiembre de 1852 en la Ciudad de México y murió en París, Francia, el 14 de marzo de 1904. Fue escritor y poeta precoz; en mayo de 1865 fechó su primer poema, titulado “A media noche”, y en 1869 ya aparecía como colaborador de *La Gaceta de Policía*, donde publicó en su sección “Ensayos literarios” artículos sobre Moratín, Voltaire y la escuela romántica española. Liberal, Baz perteneció a la Sociedad de Libres Pensadores (1870), en donde tuvo como correligionarios, entre otros, a Ignacio M. Altamirano, Justo y Santiago Sierra, Manuel Acuña, Agustín F. Cuenca, Gustavo Gosdawa, barón de Gostkowski; Joaquín Baranda y José G. Zamora. A partir de 1871 empezó a colaborar con artículos y crónicas en *El Federalista*, con el pseudónimo *Calibán*. Ese mismo año trabajaría como redactor de *El Domingo. Semanario Político y Literario*, fundado por Gustavo G. Gosdowa, barón de Gostkowski. En las páginas de este semanario Baz lanzaría la convocatoria para la formación de este *Romancero de la Guerra de Independencia*. Más tarde, Baz continuó su labor de escritor y editor en *El Eco de Ambos Mundos*, en donde fue redactor; en *La Linterna Mágica* (1868) —órgano de la Bohemia Literaria— y en otros medios impresos impulsados por los liberales, como *La Nación*, en donde bajo el pseudónimo de *Tío Bemol* mantuvo la sección “Crónica teatral” (1873). Perteneció al Liceo Hidalgo, donde alcanzó realce. Al fallecer Acuña, Baz pronunció —a nombre de esta asociación— el discurso fúnebre. Ese mismo año había dado a las prensas, en colaboración con Gostkowski, *Guía del viajero de México a Veracruz* e *Historia del Ferrocarril Mexicano: riqueza de México en la zona del*

Golfo de la mesa central, bajo su aspecto geológico, agrícola, manufacturero y comercial. Al año siguiente, debutó como poeta dramático, al estrenar su comedia *Fernanda*, representada en el Teatro Principal, el 19 de agosto. Este año publicó su primer tomo de versos: *Poesías* (1874), luego *Cantares y cinerarias* (1876) y años después, cuando ya radicaba en París y trabajaba en la Embajada mexicana, con la colaboración del periodista, novelista y editor Ireneo Paz, daría a la estampa *Poesías. Nueva serie* (1887). En 1876, había sido electo diputado federal y en 1886 se incorporó al servicio diplomático de México. Desde entonces vivió en París, Lisboa y, de nuevo en París, hasta su muerte. Como biógrafo, Baz compuso las vidas de Benito Juárez y Miguel Hidalgo. (Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 88, 92-93, 105, 110-111, 126, 130 y 145-149).

DIEGO BENCOMO. Hacia 1874, Diego Bencomo era socio distinguido del Liceo Hidalgo, agrupación literaria que vivía entonces en su segunda época. (Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, p. 92).

FERNANDO CALDERÓN (1809-1845). Nació el 20 de julio de 1809 en Guadalajara, Jalisco, y murió en la villa de Ojocaliente, Zacatecas, el 18 de enero de 1845. Realizó todos sus estudios en su ciudad natal y se recibió de abogado en 1829. A los 15 años de edad compuso *Reinaldo y Elina*, su primera obra dramática, que fue representada en Guadalajara en 1827. Entre 1828 y 1836 compuso las siguientes piezas, las cuales fueron representadas en Guadalajara y Zacatecas: *Zadig-Zeila o La Esclava indiana*, *Armandina*, *Los políticos del día*, *Ramiro, conde de Lucena*; *Ifigenia*, *Hersilia* y *Virginia*. En 1836, Calderón se enroló en las filas del ejército liberal, siendo herido en la acción bélica de Guadalupe, Zaca-

tecas. Dos años más tarde fue desterrado de dicha ciudad por sus opiniones políticas y buscó asilo en la Ciudad de México. Después, ingresó a la Academia de San Juan de Letrán y presentó ahí sus poemas “A una rosa marchita”, “El soldado de la libertad” y “El sueño del tirano”. Fue corresponsal del Ateneo Mexicano (1841) y miembro del Liceo Mexicano Científico y Literario. Por esas fechas, escribió cuatro obras dramáticas, las cuales fueron impresas posteriormente: *A ninguna de las tres* (1854), *Ana Bolena* (1854), *Hernán o la vuelta del Cruzado* (1854) y *El Torneo* (1865). Cuando regresó a Zacatecas se le asignaron distintos cargos en el gobierno: secretario del Tribunal Superior de Justicia, coronel de la milicia nacional, magistrado, diputado, jefe de la Junta Departamental y secretario de Gobierno. Se casó con Manuela de Letechipía y tuvo un hijo, quien en 1882 reunió su obra. (Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 49, 61 y 164; Francisco Sosa: *Biografías de mexicanos distinguidos*, pp. 112-113; y *Diccionario de escritores mexicanos*, pp. 50-51).

JOSÉ DE JESÚS DÍAZ (1809-1846). Nació en 1809 en Cholula, Puebla, y murió en septiembre de 1846 en la ciudad de Puebla. Fue portabandera del Ejército Trigarante, el 27 de septiembre de 1821, cuando Agustín de Iturbide proclamó la Independencia de México. Díaz colaboró en *El Mosaico Mexicano*, *El Museo Mexicano* y *El Siglo XIX*. Entre sus obras significativas se encuentran los romances “La cruz de madera”, “El cura Morelos” y “El puente del diablo”. También cultivó el género poético descriptista, con el que recuperó algunos parajes de Xalapa y sus alrededores. Fundó el periódico *El Zempoalteca* y redactó, en dos ocasiones, el *Diario del Gobierno de Veracruz*. Ocupó el cargo de secretario de Gobierno de Veracruz hasta su muerte. Fue padre de los escritores

Francisco, José y Juan Díaz Covarrubias. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 642; Francisco R. Illescas y Juan Bartolo Hernández: *Escritores veracruzanos*, pp. 73-74; y Francisco Sosa: *Biografías de mexicanos distinguidos*, pp. 188-191).

JOAQUÍN GÓMEZ VERGARA (1840-1894). Nació en 1840 en Guadalajara, Jalisco, y murió en 1894 en el pueblo de Mixcoac, hoy integrado al Distrito Federal. En su ciudad natal se le encomendó la dirección del periódico *Juan Panadero*, fundado en 1871. Entre 1885 y 1892 fue colaborador del Liceo Mexicano Científico y Literario. “Diplomático en España, Berlín y Roma”. Entre sus obras figuran: *Fotografías a la sombra* (1871), *La puerta del cielo* (1872) y *Las cruces del santuario* (1893). [Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 160-161; y *Diccionario Porrúa*, t. 1, pp. 889 y 1129].

FRANCISCO A. LERDO. Fue miembro de la Sociedad Literaria la Concordia (1872), así como de la Sociedad Científica Artística y Literaria El Porvenir (1873). Colaboró en el homenaje póstumo a Manuel Acuña, realizado por el Liceo Hidalgo en 1873. Autor del drama *Luisa*, el cual se representó en el Teatro Principal de México el 9 de septiembre de 1874; un año después, publicó unos artículos que tituló *Episodios sociales. Colección de artículos críticos* (México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1875). En 1876, era redactor del periódico *El Eco de Ambos Mundos*. Publicó una compilación de su creación poética titulada *Versos* (México, Imprenta de *El Intransigente*, 1892). [Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 105, 128 y 131; y *Diccionario Porrúa*, t. 1, p. 1173].

JUAN ANTONIO MATEOS (Ciudad de México, 24 de junio de 1831-29 de diciembre de 1913). Polígrafo mexicano; casi toda su vida perteneció al grupo liberal, a excep-

ción hecha de una breve etapa colaboracionista durante el segundo Imperio. Había estudiado en San Ildefonso y en el Instituto Literario de Toluca, en donde fue discípulo de Ignacio Ramírez, quien llegó a ser su cuñado, y de quien asimiló su ideología liberal. Participó con las armas en la Revolución de Ayutla, y a su término concluyó los estudios de jurisprudencia. Su obra novelística, sobre todo, fue dedicada a temas históricos: *El cerro de Las Campanas* (1868), *El sol de mayo* (1868), *Sacerdote y caudillo* y *Los insurgentes* (1869) y muchas otras. Compuso versos de carácter lírico y patriótico, como *Páginas de juventud* y *Romances y leyendas* (1875), y fue autor de diversos dramas y coautor, con Vicente Riva Palacio, de *Liras hermanas* (1871), grupo de comedias que fueron representadas en los teatros de la capital. Durante décadas, cultivó el periodismo y fue relator y escritor de las crónicas parlamentarias. (Cfr., *Diccionario de escritores mexicanos*, 219-221).

RAFAEL NÁJERA (1840-1925). Nació en 1840 en la Ciudad de México, y murió en la de Monterrey, Nuevo León. Trabajó con el editor e impresor capitalino Murguía. Más tarde, entró al Seminario de San Ildefonso. Entre 1855 y 1861 sirvió en la Guardia Nacional. En 1862, siendo comandante de batallón a las órdenes del general Vicente Riva Palacio, combatió a los franceses. De 1865 a 1883, ocupó distintos cargos aduanales. En Chilpancingo, Guerrero, se encargó del *Periódico Oficial* del Estado y fue profesor del Instituto de Ciencias. Más tarde, de regreso en la Ciudad de México, colaboró en *El Diario del Hogar* y *El hijo del Ahuizote*. A partir de 1902, radicó en Monterrey, donde desempeñó los puestos de oficial del Congreso y de director de la Biblioteca Pública, cargo que volvería a desempeñar en 1920. En 1912, se le nombró cónsul de Méxi-

co en Guatemala y, en 1917, regresó a México. Entre sus obras se encuentran *La Masonería y el clericalismo* (1902), *Tradiciones y leyendas*, y *Brisas otoñales*. (Cfr., *Diccionario Porrúa*, t. 1, pp. 1447-1448).

MANUEL DE OLAGUÍBEL (1845-1900). Poeta, discípulo de Altamirano. Socio del Liceo Hidalgo y miembro del Círculo Gustavo Adolfo Bécquer (1877). Colaboró en el periódico *El Domingo*. Entre sus obras figuran *Poesías* (1872), *Después de la lectura. Ensayos literarios* (1873), *Impresiones célebres y libros raros* (1878), *Danzas y flores* (1887) y *Siempre. Poema, últimos versos* (1898). Al morir desempeñaba el cargo de magistrado del Tribunal Superior del Estado de México. Murió en la Ciudad de México. (Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 92-93, 107 y 151; y *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 1510).

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS (1843-1907). Nació el 12 de enero, en Mérida, Yucatán, y murió el 18 de febrero, en la Ciudad de México. Estudió Medicina en Mérida y obtuvo su título en 1862. Un año después se trasladó a México; ahí ejerció su profesión, en el Hospital de Jesús. En 1865 se casó con Leonor del Valle. Más tarde, por concurso de oposición, obtuvo el puesto de director del Hospital de San Hipólito. Peón conjugó sus labores médicas y políticas con la escritura. Su obra dramática es abundante, entre sus piezas destaca *La hija del rey* (1876), considerada por la crítica su mejor composición teatral. El 7 de mayo de 1876 se le hizo un homenaje y se le entregó un diploma en donde lo llamaban el “restaurador del teatro en la patria de Alarcón y Gorostiza”. Ese mismo año, estrenó siete obras más, con gran éxito: *Hasta el cielo*, *El sacrificio de la vida*, *Un amor de Hernán Cortés*, *Gil González de Ávila*, *Luchas de honra y amor*, *Esperanza* y *Juan de Villalpando*;

todas éstas, a excepción de la última, que fue llevada a escena en el Gran Teatro Nacional, se representaron en el Teatro Principal. Peón y Contreras también escribió poesía, la cual apareció en diversos volúmenes: *Poesías* (México, Imprenta de Ancona y Peniche, 1871); *Poesía* (México, Ediciones de *La Patria*, Imprenta y Litografía de Ireneo Paz, 1878) y, entre otros, *Obras poéticas* (México, Ramón Lainé Editor, 1889). Asimismo, fue miembro y socio de diversas agrupaciones culturales, como La Concordia (1860-1861), el Liceo Hidalgo (1873-1874), Sociedad de Escritores Dramáticos Manuel Eduardo de Gorostiza (1875), Sociedad Alarcón (1875), Sociedad Florencio M. del Castillo (1878) y Academia Mexicana de la Lengua (1896). Desempeñó diversos cargos políticos en el Congreso de la Unión. En 1906, acompañado de su hijo José Peón del Valle, comenzó un viaje por Europa, el cual suspendió en París, debido a un ataque de parálisis, mismo que lo llevaría a la muerte. (Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 93, 105, 135, 145-149, 194 y 209-210; *Diccionario de escritores mexicanos*, p. 286; y *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 1603).

VICENTE RIVA PALACIO (1832-1896). Nació el 16 de octubre, en la Ciudad de México, y murió en Madrid, España, el 22 de noviembre de 1896. Ingresó al Colegio de San Gregorio en 1845 y obtuvo el título de abogado en 1854. A lo largo de su vida, tuvo diversos cargos políticos y militares: regidor (1855), diputado suplente (1856), secretario de Ayuntamiento (1856), diputado (1861), gobernador del Estado de México (1863), gobernador del Estado de Michoacán (1865), general en jefe del Ejército del Centro (1865), magistrado de la Suprema Corte de Justicia, ministro de Fomento (1876) y ministro de México ante la Corte española

(1886). Desde 1862 hasta 1867 participó en diferentes acciones de guerra, ocasionadas por la Intervención Francesa, tales como la toma de Toluca (1867) y el sitio de Querétaro (1867). Fue socio de numerosas agrupaciones, como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Asociación Gregoriana (1866-1868), Liceo Hidalgo, Sociedad literaria La Concordia (1872-1876), Sociedad de Escritores Dramáticos Manuel Eduardo Gorostiza (1875) y Liceo Mexicano Científico y Literario (1885-1892). Asimismo, fue presidente del Ateneo Mexicano de Ciencias y Artes (1882) y del Ateneo Nacional Mexicano (1884). Colaboró en el periódico de la Sociedad Artístico Industrial, llamado *Lecturas para el Pueblo* (1870) y en *El Radical* y *El Ahuizote*. Escribió numerosas obras: *Calvario y Tabor* (1868), *Monja y casada, virgen y mártir* (1868), *Martín Garatuza* (1868), *Las dos emparedadas* (1869), *Los piratas del Golfo* (1869), *El libro rojo* (1870), compuesto con información extraída de los archivos del Tribunal del Santo Oficio, los cuales estaban en su poder desde 1861; *Memorias de un impostor, don Guillén de Lampart, rey de México* (1872), *Los ceros* (1882), el segundo tomo de *México a través de los siglos* (1884-1889) y, entre otras obras impresas, *Los cuentos del general* (1896). En 1875, publicó el libro *Flores del alma* con el pseudónimo *Rosa Espino*, que utilizó por varios años para dar a conocer las composiciones supuestamente creadas por una poetisa de la época. Los primeros poemas de *Rosa Espino* aparecieron en el diario *El Imparcial* de Francisco Sosa y fueron muy celebrados por los escritores del momento; incluso el Liceo Hidalgo le extendió a *Espino* un diploma como socia honoraria de aquella institución. Después de algunos años se reveló el engaño y, en 1885, Sosa, en el prólogo a *Páginas en verso* de Riva

Palacio, narró detalladamente aquella historia. Con este mismo pseudónimo, el general compuso el romance “La fiesta de Chepetlán”, sobre el insurgente Vicente Guerrero, abuelo del mismo Riva Palacio. (Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 42, 69-70, 89, 101-102, 105, 115, 131, 145, 156, 165 y 191; *Diccionario de escritores mexicanos*, pp. 325-326; y *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 1769).

IGNACIO RODRÍGUEZ GALVÁN (1816-1842). Nació el 22 de marzo, en Tizayuca, Hidalgo, y murió el 26 de julio en La Habana. Trabajó en la librería de su tío Mariano Galván Rivera, donde alimentó su pasión por la literatura. Autodidacta, aprendió pronto el francés y el italiano. De 1833 a 1836, acudió a las tertulias literarias de Francisco Ortega, quien, posteriormente, lo instruyó en los conocimientos del latín y los clásicos latinos. Miembro de la Academia de San Juan de Letrán; los textos literarios que presentó en esta academia los publicó en *Año Nuevo* (1837-1840), entre éstos se encuentran “La hija del oidor”, “Manuelito el Pisaverde” y “La procesión”. Su primer drama, titulado *Muñoz, visitador de México*, se representó en la Ciudad de México, con gran éxito, el 27 de septiembre de 1838. En 1841, escribió *El privado del virrey*, drama dedicado al ministro José María Tornel, su benefactor, quien, en 1842, le conseguiría el puesto de oficial de la Legación de México en las Repúblicas Sudamericanas. Salió del país para cumplir este encargo y, cuando se encontraba en La Habana, contrajo el vómito negro, que le provocó la muerte. En 1851, su hermano Antonio publicó, en dos volúmenes, sus obras. (Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 49, 51 y 54; Francisco Sosa: *Biografías de mexicanos distinguidos*, pp. 537-538; y *Diccionario de escritores mexicanos*, pp. 332-333).

RAMÓN RODRÍGUEZ RIVERA (1850-1889). Nació el 22 de mayo, en Córdoba, Veracruz, y allí mismo murió el 29 de septiembre. Hizo sus estudios en el Colegio Carolino de Puebla y en la Preparatoria Nacional de México. Se tituló como médico en la Escuela Nacional de Medicina en 1875. Impartió la materia de Historia Universal en la Escuela Preparatoria de Córdoba. Diputado al Congreso de la Unión y a la Legislatura del Estado de Veracruz. También, desempeñó el cargo de secretario general de Gobierno, durante la administración de Apolinar Castillo. Miembro de la Sociedad literaria La Concordia (1872-1876), de la Sociedad de Geografía y Estadística, de la Sociedad de Historia Nacional, del Liceo Hidalgo, y fue socio honorario de la Sociedad Científica Literaria José María Mena (1889), de Córdoba. En 1876, recogió su obra poética en el volumen *Versos*. (Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 130 y 207-208; Francisco R. Illescas y Juan Bartolo Hernández: *Escritores veracruzanos*, pp. 154-155; y *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 1792).

JOSÉ ROSAS MORENO (1838-1883). Nació el 14 de agosto, en Lagos, Jalisco, y en este mismo suelo murió el 13 de julio. Pariente del insurgente Pedro Moreno, defensor del fuerte del Sombrero. Hizo sus estudios primarios en la ciudad de León, Guanajuato, y, después, en 1851, ingresó al Colegio de San Gregorio, en la Ciudad de México. En 1862 fue regidor del Ayuntamiento de la ciudad de León y, más tarde, miembro de la Junta de Instrucción Pública. A partir de 1867, obtuvo, en varios periodos, el cargo de diputado. De 1867 a 1868, participó en las Veladas Literarias organizadas por Altamirano en la capital del país y, en 1872, este grupo recibía el nombre de Bohemia Literaria. Fundó, junto con otros literatos, la Sociedad de Escritores Dra-

máticos Manuel Eduardo de Gorostiza en 1875. Fue miembro del Liceo Hidalgo y de la Sociedad Científica Artística y Literaria El Porvenir (1877-1878). Fundó diversos periódicos. En León, *El Tío Canillitas*, *La Madre Celestina*, *La Educación* y *El Álbum Literario* y, en México, *La Edad Infantil* y *Los Chiquitines*. Entre sus obras dramáticas se encuentran *Flores y Espinas* (1861), *Nadie se muere de amor* (1862), *Una mentira inocente* (1863), *Los parientes* (1872) y *Sor Juana Inés de la Cruz* (1876). Una parte considerable de su producción está dedicada a los niños: *La mujer de César*, *Alrededor de la cuna*, ambos dramas; *Fábulas* (1872), obra que sirvió de libro de texto en las escuelas primarias de México; *Nuevo compendio de la historia de México* (1877), *Un viajero de diez años* (1881) y, entre otros, *Un libro para mis hijos* (1881). [Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 72-73, 78, 80-81, 105, 108, 124, 128 y 144-145; Francisco Sosa: *Biografías de mexicanos distinguidos*, pp. 555-559; *Diccionario de escritores mexicanos*, pp. 339-340; y *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 1807].

FRANCISCO SOSA (1848-1925). Nació el 2 de abril, en San Francisco de Campeche, y murió el 9 de febrero en Coyoacán, Distrito Federal. Cursó latinidad, filosofía y derecho en Mérida, ciudad donde publicó sus primeros trabajos, en el periódico *La Esperanza* (1864), y fundó, junto con Ramón Aldana, la *Revista de Mérida* en 1869. Al año siguiente, era miembro del Liceo de Mérida. Fundó ya en México, en 1873 y junto con Vicente Riva Palacio, *El Radical*. Ocupó diversos cargos públicos: diputado al Congreso de la Unión, miembro de la delegación que envió México a España con motivo del cuarto Centenario del descubrimiento de América y, entre otros, el de director de la Biblioteca Nacional.

Colaboró en *El Siglo XIX*, *El Eco de Ambos Mundos*, *El Federalista*, *El Domingo*, *El Renacimiento*, *El Nacional*, *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, etc. Asimismo, fue miembro de agrupaciones como el Liceo Hidalgo, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1873), la Sociedad de Escritores Dramáticos Manuel Eduardo de Gorostiza (1876), la Sociedad Literaria La Concordia (1875-1876), el Liceo Mexicano Científico y Literario (1885), la Sociedad Literaria Cuauhtémoc (1891) y la Academia Mexicana de la Lengua (1892). Entre sus obras destacan: *Manual de biografía yucateca* (1866), *Doce leyendas* (1877), *El Episcopado Mexicano* (1877), *Efemérides históricas y biográficas* (1883), *Biografías de mexicanos distinguidos* (1884), *Los contemporáneos* (1884), *Recuerdos* (1888), *Las estatuas de la Reforma* (1890) y *Escritores y poetas sud-americanos* (1900). [Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 41, 93-94, 101-102, 107, 114-115, 130, 135, 147, 165, 170 y 210; *Diccionario de escritores mexicanos*, pp. 370-371; y *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2013].

RODOLFO TALAVERA (+ 1881). Socio de número de la Sociedad Literaria La Concordia (1875-1876). [Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, p. 131].

JOAQUÍN TÉLLEZ (1821-1887). Nació en Morelia, Michoacán, y murió en la Ciudad de México. Miembro del Liceo Hidalgo, la Asociación Gregoriana (1866) y la Sociedad Netzahualcóyotl (1875-1880). De 1867 a 1868, participó en las Veladas Literarias organizadas por Altamirano; este joven poeta, llamado el “oficial calavera”, se dio a conocer en estas reuniones, donde varias veces “hizo reír a la concurrencia con sus composiciones festivas”. Colaboró en *La Linterna Mágica*, órgano de publicidad de la Bohemia Literaria (1867), y en *El Parna-*

so Mexicano (1886). En 1873, publicó *Ratos perdidos o sean, Algunas composiciones en verso* (México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1873). [Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 70, 78, 81 y 144; y *Diccionario Porrúa*, t. 2, pp. 2068-2069].

RAMÓN VALLE (1841-1901). Nació en la ciudad de Guanajuato y murió en la de México. Hermano del poeta Juan Valle. Se educó en los seminarios de León y Pátzcuaro; más tarde, estudió teología y recibió las órdenes en León. Participó en las acciones de guerra que desencadenó la Intervención Francesa, obteniendo el grado de coronel (1862-1867). Socio corresponsal, en 1875, de la Sociedad de Escritores Dramáticos Manuel Eduardo de Gorostiza. En 1876, era diputado al Congreso de Guanajuato y secretario del Ayuntamiento de esta ciudad. Colaboró en la revista *El Liceo Mexicano*, órgano de difusión del Liceo Mexicano Científico y Literario, y en diversos periódicos de la época. Promotor fiscal del Obispado de León y, posteriormente, capellán en la Ciudad de México. Intervino en el Concilio Provincial de Oaxaca y en el IX Congreso de Americanistas (1895). Su producción dramática es vasta, entre sus piezas se encuentran *El segundo amor* (1870), *La vida íntima* (1870) y *Cidalía* (1888). Respecto a su poesía, entre 1869 y 1870 se publicaron tres tomos con el título *Colección de las obras poéticas del C. Ramón Valle* (México, Imprenta de Vicente García Torres, 1869-1870), y posteriormente publicó *Pequeños poemas* (León, Imprenta de Jesús Villalpando, 1884). [Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 145, 160-161 y 164-165; y *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2223].

EDUARDO EMILIO ZÁRATE (1853-1913). Nació en Xalapa, Veracruz, y murió el 19 de octubre, en Tacuba, Distrito Federal. Hizo sus estudios primarios en su ciudad na-

tal y se recibió de abogado en el Colegio Carolino, en Puebla. Impartió cátedra en el Colegio de Letras y en la Escuela de Artesanos, en la ciudad de Xalapa. Tuvo diversos cargos públicos: regidor del Ayuntamiento de su ciudad natal, diputado al Congreso de la Unión y representante de México tanto en París (1889) como en Chicago (1892). Colaboró en el periódico xalapeño *El Demócrata* (1867). Fue miembro de la Sociedad Literaria La Concordia (1873) y de la Sociedad Netzahualcóyotl (1875), así como socio del Liceo Hidalgo. Publicó la novela *Episodios mexicanos 1862-1867, Xalapa* (México, Eusebio Sánchez, Impresor, 1894). [Cfr., Alicia Perales Ojeda: *Asociaciones literarias mexicanas*, pp. 94-95, 115, 130-131 y 140; *Diccionario Porrúa*, t. 2, p. 2337; y Francisco R. Illescas y Juan Bartolo Hernández: *Escritores veracruzanos*, p. 169].

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DIRECTAS DEL ROMANCERO

1. *Libros*

- AGÜEROS, VICTORIANO: *Romancero de la Guerra de Independencia*, 2 tt., México, Imprenta de *El Tiempo*, 1910.
- BAZ, GUSTAVO ADOLFO: “Quecholac. (Octubre 14 de 1813)”, en *Poesías*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2, Edición del *Siglo XIX*, MDCCCLXXIV, «Romancero de la Guerra de Independencia», pp. 99-102.
- : “Quecholac. (Octubre 14 de 1813)”, en *Poesías. Nueva serie*, México, Editorial de *La Patria*, Imprenta, Litografía y Encuadernación de Ireneo Paz, callejón de Santa Clara núm. 6, 1887, «Romancero de la Guerra de Independencia», pp. 78-82. (Biblioteca de *La Patria*).
- : “La jura de Apatzingán”, en P 1874: Gustavo Adolfo Baz: *Poesías*, pp. 87-90.
- : “La jura de Apatzingán”, en *Poesías. Nueva serie*, 1887, «Romancero de la Guerra de Independencia», pp. 73-77.
- : “El indulto”, en P NS 1887: Gustavo Adolfo Baz: *Poesías. Nueva serie*, pp. 83-87.
- : “El abrazo de Acatémpam”, en P NS 1887: Gustavo Adolfo Baz: *Poesías. Nueva serie*, pp. 88-93.
- : “El abrazo de Acatémpam”, en P 1874: Gustavo Adolfo Baz: *Poesías*, pp. 91-94.
- : “El abrazo de Acatémpam”, en *El Parnaso Mexicano*, México, Librería La Ilustración, segunda serie (15 de marzo de 1886), pp. 59-62.
- : “San Juan de Ulúa”, en *El Parnaso Mexicano*, México, Librería La Ilustración, segunda serie (15 de enero de 1886), pp. 81-82.

- CALDERÓN, FERNANDO: “Adela” (“Romance segundo: «La prisión»”), en *Obras poéticas de don Fernando Calderón*, prólogo de Manuel Payno, México, Impreso por Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes núm. 2, 1844, pp. 66-73 y 387-388.
- MATEOS, JUAN A.: *La campana de Dolores. Romance histórico*, México, Tipografía Literaria de Filomeno Mata, Calle de la Canoa núm. 5, 1880, 32 pp.
- OLAGUÍBEL, MANUEL DE: “Bravo. (San Juan Coscomatepec)”, en *El Parnaso Mexicano*, México, Librería La Ilustración, segunda serie (15 de febrero de 1886), pp. 89-91.
- RIVA PALACIO, VICENTE: “La fiesta de Chepetlán. Recuerdos de la Guerra de Independencia”, en *Páginas en verso*, México, Librería La Ilustración, 1885, pp. 128-132.
- : “La fiesta de Chepetlán. Recuerdos de la Guerra de Independencia”, en *Poesía completa*, compilada por Luis Mario Schneider, t. VIII de *Obras escogidas*, México, CONACULTA / UNAM / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto Mora, 2000, pp. 81-85.
- RODRÍGUEZ GALVÁN, IGNACIO: “El insurgente en Ulúa”, en *El Año Nuevo de 1837*, México, Librería de Galván, Portal de Agustinos núm. 3, [1836], pp. 57-60.
- : *Poetas*, t. I, *Composiciones líricas originales*, prólogo de Antonio Rodríguez Galván, México, Impresas por Manuel N. de la Vega, calle Santa Clara núm. 23, 1851, pp. 26-28.
- ROSAS MORENO, JOSÉ: “El castillo de Granaditas”, en RGI 1910: *Romancero de la Guerra de Independencia*, t. I, pp. 29-32.
- SOSA, FRANCISCO: “Los indios de Ameteppec”, en *El Parnaso Mexicano*, México, Librería La Ilustración, segunda serie (1º de febrero de 1886), pp. 29-34.
- : “La muerte de Pedro Ascencio. (Episodio de las guerras de Independencia)”, en *Obra poética*, Parte

I, Mérida, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, 1998, pp. 112-118.

TÉLLEZ, JOAQUÍN: “Al Pánuco”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (17 de agosto de 1873), núm. 36, pp. 476-477.

ZÁRATE, EDUARDO EMILIO: “Las huellas de sangre”, en *El Parnaso Mexicano*, México, Librería La Ilustración, segunda serie (15 de febrero de 1886), pp. 92-94.

2. Periódicos

ACUÑA, MANUEL: “El Giro”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (27 de julio de 1873), núm. 33, pp. 443-445.

AMADOR BEJARANO, MANUEL: “El insurgente. (Leyenda mexicana, 1811)”, en *El Álbum Mexicano*, México, t. II, Impreso por Ignacio Cumplido (1849), pp. 327-335.

BAZ, GUSTAVO ADOLFO: “La jura de Apatzingán”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (20 de abril de 1873), núm. 19, pp. 261-262.

— : “Qucholac. (Octubre 14 de 1813)”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (27 de abril de 1873), núm. 20, pp. 279-280.

— : “El indulto”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (11 de mayo de 1873), núm. 22, pp. 304-305.

— : “El abrazo de Acatémpam”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (8 de junio de 1873), núm. 26, pp. 352-353.

BENCOMO, DIEGO: “Hidalgo”, en *El Federalista. Edición Literaria*, México, t. IV (13 de agosto de 1873), núm. 5, pp. 71-73.

— : “Hidalgo”, en *El Federalista. Edición Literaria*, México, t. V (10 de mayo de 1874), núm. 17, pp. 195-196, sin la dedicatoria ni la fecha.

- DÍAZ, JOSÉ DE JESÚS: “La orden”, en *El Museo Mexicano*, México, t. IV, Imprenta de Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes núm. 2 (1844), pp. 124-130.
- : “El cura Morelos”, en *Revista Científica y Literaria de México*, México, t. I (1845), pp. 200-207.
- ESPINO, ROSA: “La fiesta de Chepetlán”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (24 de agosto de 1873), núm. 37, pp. 491-492.
- GÓMEZ VERGARA, JOAQUÍN: “La batalla de Zacoalco. (Noviembre de 1810)”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (29 de junio de 1873), núm. 29, pp. 398-399.
- LERDO, FRANCISCO A.: “Pípila”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (1º de junio de 1873), núm. 25, pp. 340-341.
- OLAGUÍBEL, MANUEL DE: “Bravo. (San Juan Coscomatepec)”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (4 de mayo de 1873), núm. 21, p. 296.
- : “La retirada de Acapulco”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (25 de mayo de 1873), núm. 24, pp. 329-330.
- : “Valdivia-Cureño”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (15 de junio de 1873), núm. 27, pp. 365-366.
- RODRÍGUEZ RIVERA, RAMÓN: “Charo”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (18 de mayo de 1873), núm. 23, pp. 317-319.
- SOSA, FRANCISCO: “El grito de Dolores. (Septiembre 16 de 1810)”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (6 de julio de 1873), núm. 30, pp. 410-411.
- : “La señora López”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (13 de julio de 1873), núm. 31, pp. 416-417.
- : “Los indios de Ametepec”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (3 de agosto de 1873), núm. 34, pp. 454-456.

- : “José Antonio Torres”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (17 de agosto de 1873), núm. 36, pp. 483-484.
- TALAVERA, RODOLFO: “Atotonilco. (Septiembre 17 de 1810)”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (22 de junio de 1873), núm. 28, pp. 383-384.
- VALLE, RAMÓN: “La retirada”, con el subtítulo “Del Romanero Histórico Mexicano”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (30 de marzo de 1873), núm. 16, pp. 224-225.
- : “Brazo de Dios”, en *El Domingo*, México, [t. IV], cuarta época (14 de septiembre de 1873), núm. 40, pp. 528-530.
- ZÁRATE, EDUARDO EMILIO: “El tío Bachichas”, en *El Fede-ralista. Edición Literaria*, t. IX (30 de abril de 1876), núm. 15, pp. 176-178.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ALCEDO, ANTONIO DE: *The Geographical and Historical Dictionary of America and the West Indies*, London, t. I, G. A. Thompson, 1812.
- BURKHOLDER, MARK A. y D. S. CHANDLER: *De la impotencia a la autoridad*, México, FCE, tr., de Roberto Gómez Ciriza, 1984. (Serie Obras de Historia).
- CURIEL, GUADALUPE y MIGUEL ÁNGEL CASTRO (coordinadores): *Obras monográficas mexicanas del siglo XIX en la Biblioteca Nacional de México: 1822-1900. (Acervo general)*, México, UNAM, 1997.
- Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*, 2 tt., México, Editorial Porrúa, 4ª ed., 1976.
- [DMEX]: SANTAMARÍA, FRANCISCO J.: *Diccionario de mejicanismos*, México, Porrúa, 2ª ed., 1974.

- [DRAE]: *Diccionario de la Lengua Española*, 2 vv., Madrid, Espasa-Calpe, Real Academia Española, 21ª ed., 1992.
- [EUI]: *Enciclopedia Universal Ilustrada*, 70 tt., Madrid, Espasa-Calpe, 1979-81.
- GAMBOA, FEDERICO: *Mi diario. Mucho de mi vida y algo de la de otros*, Primera serie, I, Guadalajara, Imprenta de *La Gaceta de Guadalajara*, Independencia 977 y 983, 1907.
- : *Mi diario. Mucho de mi vida y algo de la de otros*, Primera serie, III, México, Eusebio Gómez de la Puente, Editor, 1920.
- : *Impresiones y recuerdos*, nota preliminar de José Emilio Pacheco, México, CONACULTA, 1994, p. 22.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL: *Meditaciones políticas (1877-1894)*, *Obras*, t. XIII, introducción, notas e índices de Belem Clark de Lara, edición de Yolanda Bache Cortés y Belem Clark de Lara, México, Nueva Biblioteca Mexicana, UNAM, 2000.
- ILLESCAS, FRANCISCO R. y JUAN BARTOLO HERNÁNDEZ: *Escritores Veracruzanos. Reseña Biográfica-Antológica*, México, Imprenta Veracruz, 1945.
- MALO CAMACHO, GUSTAVO: *Historia de las cárceles en México: etapa precolonial hasta el México Moderno*, México, Cuadernos del Instituto Nacional de Ciencias Penales, núm. 5, 1979.
- MARTÍ, JOSÉ: *Epistolario, Obras completas*, t. 20, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965.
- : *Obras completas*, t. III, edición de Ela López Ugarte, La Habana, Casa de las Américas, 1985. (Centro de Estudios Martianos).
- MIQUEL I VERGÉS, JOSÉ MARÍA: *Diccionario de Insurgentes*, México, Porrúa, 1969.
- OCAMPO DE GÓMEZ, AURORA M. y ERNESTO PRADO VELÁZQUEZ: *Diccionario de escritores mexicanos*, prólogo de

- María del Carmen Millán, México, Centro de Estudios Literarios, UNAM, 1967.
- OLAVARRÍA Y FERRARI, ENRIQUE DE: *El arte literario en México. Noticias biográficas y críticas de sus más notables escritores*, Madrid, Espinosa y Bautista Editores, San Lorenzo núm. 16, 2ª edición, sin año.
- PERALES OJEDA, ALICIA: *Asociaciones literarias mexicanas*, México, UNAM, 1957.
- PEZA, JUAN DE DIOS: *Memorias, reliquias y retratos. Para la gaveta íntima*, París, 1900.
- RUIZ CASTAÑEDA, MARÍA DEL CARMEN y SERGIO MÁRQUEZ ACEVEDO: *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000.
- SIERRA, JUSTO: *Crítica y artículos literarios, Obras completas*, t. III, edición de José Luis Martínez, México, UNAM, 3ª edición, 1984 (Nueva Biblioteca Mexicana, 51).
- : *Epistolario y Papeles privados, Obras completas*, t. XIV, edición de Catalina Sierra de Peimbert, México, UNAM, 3ª edición, 1984 (Nueva Biblioteca Mexicana, 62).
- SILVA CASTILLO, JORGE (coordinador): *Las relaciones franco-mexicanas (1884-1911)*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, serie Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Guías para la Historia Diplomática de México, t. IV, 1987.
- SOSA, FRANCISCO: *Biografías de mexicanos distinguidos*, México, Porrúa, 1985.
- The New Encyclopaedia Britannica*, v. 2, Encyclopaedia Britannica, 15 ed., 2003.
- VALLE ARIZPE, ARTEMIO DEL: *Calle vieja y calle nueva*, México, Editorial Diana, 2ª edición, 1980.

- WECKMANN, LUIS: *Las relaciones franco-mexicanas*, t. III, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1972 (Archivo Histórico Diplomático Mexicano).
- ZÁRATE, JULIO: “La Guerra de Independencia”, en Vicente Riva Palacio (coordinador): *México a través de los siglos*, t. 3, México, Editorial Cumbre, 11 ed., 1974.

ÍNDICE GENERAL

Prólogo	7
---------------	---

ROMANCERO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA [Textos]

El grito de Dolores. (Septiembre 16 de 1810), <i>por</i> Francisco Sosa	23
Atotonilco. (Septiembre 17 de 1810), <i>por</i> Rodolfo Talavera	28
La enseña de los insurgentes [1810], <i>por</i> Rafael Nájera	31
El castillo de Granaditas [28 de septiembre de 1810], <i>por</i> José Rosas Moreno	37
Pípila [28 de septiembre de 1810], <i>por</i> Francisco A. Lerdo	41
Charo. (Octubre de 1810), <i>por</i> Ramón Rodríguez Rivera	45
La batalla de Zacoalco. (Noviembre de 1810), <i>por</i> Joaquín Gómez Vergara	51
El insurgente en Ulúa, <i>por</i> Ignacio Rodríguez Galván.....	57
La retirada de Acapulco [febrero de 1811], <i>por</i> Manuel de Olaguíbel	61
El insurgente. (Leyenda mexicana, 1811) [marzo], <i>por</i> Manuel Amador Bejarano	63
Valdivia-Cureño [abril de 1811], <i>por</i> Manuel de Olaguíbel	90
Hidalgo [1811], <i>por</i> Diego Bencomo	94
La campana de Dolores [1811], <i>por</i> Juan A. Mateos	102

El tío Bachichas [1812],	
<i>por</i> Eduardo Emilio Zárate	139
La retirada [2 de mayo de 1812],	
<i>por</i> Ramón Valle	145
José Antonio Torres [23 de mayo de 1812],	
<i>por</i> Francisco Sosa	149
Los indios de Ametepac [<i>ca.</i> mayo de 1812],	
<i>por</i> Francisco Sosa	153
Brazo de Dios [septiembre de 1812],	
<i>por</i> Ramón Valle	158
La orden [25 de noviembre de 1812],	
<i>por</i> José de Jesús Díaz	165
La prisión [1813],	
<i>por</i> Fernando Calderón	193
Bravo. (San Juan Coscomatepec) [4 de octubre de 1813],	
<i>por</i> Manuel de Olaguíbel	202
Quecholac. (Octubre 14 de 1813),	
<i>por</i> Gustavo Adolfo Baz	205
La jura de Apatzingán [octubre 2 de 1814],	
<i>por</i> Gustavo Adolfo Baz	209
La señora López [1815],	
<i>por</i> Francisco Sosa	213
La fiesta de Chepetlán [<i>ca.</i> 1815],	
<i>por</i> Vicente Riva Palacio	217
Las huellas de sangre [12 de octubre de 1815],	
<i>por</i> Eduardo Emilio Zárate.	222
El cura Morelos [22 de diciembre de 1815],	
<i>por</i> José de Jesús Díaz.	225
El Giro [<i>ca.</i> 1810-1815],	
<i>por</i> Manuel Acuña	250
Indulto [1816],	
<i>por</i> Gustavo Adolfo Baz	257
El abrazo de Acatémpam (1821)[10 de marzo],	
<i>por</i> Gustavo Adolfo Baz	261

La muerte de Pedro Ascencio. (Episodio de las guerras de Independencia) [3 de junio de 1821], <i>por</i> José Peón y Contreras	265
San Juan de Ulúa [1825], <i>por</i> Gustavo Adolfo Baz	271
Al Pánuco [1829], <i>por</i> Joaquín Téllez	273

FUENTES Y APÉNDICES

Fuentes.	279
------------------	-----

Apéndices

1. Personajes, sitios y acontecimientos	283
2. Glosario	336
3. Romancero de la Guerra de Independencia, <i>por</i> Gustavo [Adolfo] Baz	341
4. Índice de primeros versos	344
5. Autores del <i>Romancero</i>	346

BIBLIOGRAFÍA	361
------------------------	-----

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Raúl Arias Lovillo,
Romancero de la Guerra de Independencia
se terminó de imprimir en julio de 2010
en Master Copy, S. A. de C. V., avenida Coyoacán núm. 1450,
col. Del Valle, Delegación Benito Juárez, CP 03220,
México, D. F., teléfono 55242383.
Fue impresa en papel cultural de 75 g
y consta de 500 ejemplares, más sobrantes para reposición.
Se usaron tipos AGaramond de 10/12, 11/14 y 12/14 puntos.
Formación: Enriqueta del Rosario López Andrade
Corrección: Biaani Sandoval Toledo y Priscila Galeana Arzate
Diseño y edición:
Ángel José Fernández y Leticia Mora Perdomo.

Esta obra restaura el programa del *Romancero de la Guerra de Independencia* que lanzó a la comunidad de poetas de México el joven escritor Gustavo Adolfo Baz, el 13 de abril de 1873. Lo hizo desde las páginas del semanario *El Domingo* —de orientación liberal—, que había sido fundado en la capital de la República por Gustavo G. Gosdowa, barón de Gostkowski.

El proyecto editorial del *Romancero* consistía en formar un libro de romances históricos, con algunos escritos sobre pedido, o con otros ya hechos e inclusive publicados, siempre y cuando tuvieran como tema las incidencias de la guerra contra el opresor español, la relevancia de sus protagonistas, el recuerdo de hazañas gloriosas o el sacrificio de los héroes.

Hace un siglo, en 1910, al celebrarse el centenario del inicio de la Guerra de Independencia, como parte de las fiestas oficiales y del boato porfirista, el impresor Victoriano Agüeros editó en dos tomos una versión espuria del *Romancero de la Guerra de Independencia*; esta publicación malversó su programa original, al grado de desvirtuarla totalmente; alteró en mucho su contenido y añadió ingente cantidad de romances, escritos con prisa por encargo del impresor de *El Tiempo*. La idea de restaurar el proyecto de Gustavo Adolfo Baz y, sobre todo, de la intencionalidad de fondo del programa liberal que en un principio lo hizo fructificar, fue el impulso que han tenido los editores para darse a la tarea de reconstruir su forma y contenido originales, y de hacerlo con un aparato crítico para ponerlo a disposición de los jóvenes y del público en general. La idea original del *Romancero de la Guerra de Independencia* se publica para recordar esta efemérides, en ocasión del bicentenario de la Independencia de México y del centenario de la Revolución Mexicana.



Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial

1810 1910
2010
CENTENARIOS
Commemoración / Reflexión



CONACYT

